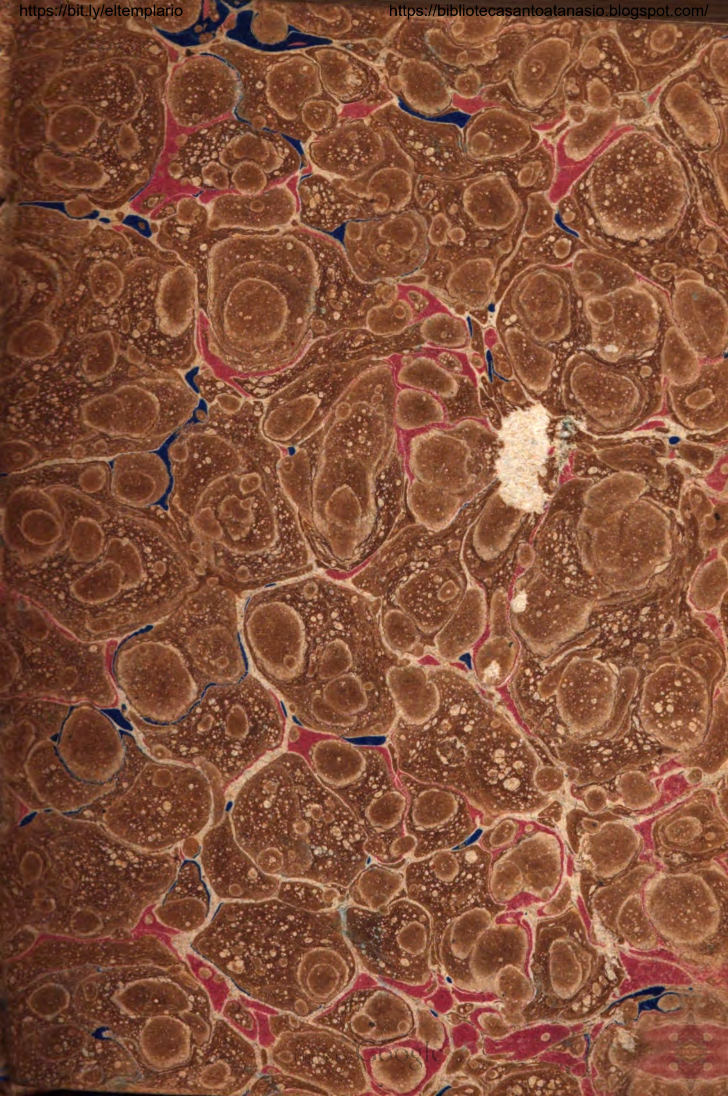




JHS
PERTANY
Á
FRANCISCO CODINA
Y SERT, PBRE.
Ex-Libris
Biblioteca
Central
de la
Diputación
Provincial
de
Barcelona



# VELADAS RELIGIOSAS.

BIBLIOTECA POPULAR.

# VELADAS RELIGIOSAS

ó

## INSTRUCCIONES FAMILIARES

SOBRE

TODAS LAS VERDADES DE LA RELIGION,

POR

MONSEÑOR SEGUR.




TOMO II.

BARCELONA:

CALLE DEL PINO, 5, BAJOS.

1872.

**BARCELONA: Imprenta religiosa, Condesa de Sobradiel, 10.**



# VELADAS RELIGIOSAS.

## CUARTA PARTE.

### La señal de la cruz.

Ninguna de las obras de Dios es pequeña é insignificante. La modesta flor del valle que ni siquiera os dignais mirar, el último grano de arena que pisais, examinados cuidadosamente hasta en sus detalles, os revelarán, al par que el sol y los esplendores del firmamento, la omnipotencia, la sabiduría y la grandeza infinita de su Criador.

Lo mismo sucede con la religion cristiana; salida de las manos de Dios, como la naturaleza, es, mejor aun que esta, la manifestacion, la revelacion

que de sí mismo ha hecho Dios á los seres racionales que tuvo la dignacion de crear.

De ahí es que hasta en los mas insignificantes pormenores de la Religion, considerados y analizados atentamente, descubrimos bellezas y grandezas tan admirables como las de la naturaleza, y así ante las unas como ante las otras nos vemos obligados á exclamar: «Solo Dios puede hacer maravillas semejantes. ¡Aquí está el dedo de Dios!» Tomemos por ejemplo la *señal de la cruz*, esta sencilla práctica religiosa, tan universal y frecuente en nuestros dias.

Todos hacemos la señal de la cruz, ¡cuántos de nosotros la hacemos sin sospechar siquiera los misterios que encierra! no de otra suerte el buey, el caballo y otros animales menos nobles huellan las agraciadas flores ocultas entre la yerba del prado sin conocer sus encantos.

Si reflexionáramos mas, daríamos á la señal de la cruz toda la importancia que merece.

La *señal de la cruz* es un signo exterior que los cristianos hacen ordinariamente con la mano derecha, trazando la figura de una †, sobre el pecho, ó sobre la frente, ó sobre el corazon ó sobre algun objeto exterior.

La *señal de la cruz* es la *señal del cristiano*, esto es, el signo exterior ó divisa que distingue al cristiano de los demás hombres.

Es de institucion apostólica: en efecto, los Após-

toles, que estaban revestidos de la autoridad de Jesucristo, enseñaron á los primeros discípulos del Evangelio esta práctica religiosa.

¿Por qué escogieron esta señal con preferencia á cualquier otra? ¿Por qué y cómo esta señal es la *señal del cristiano?*

1.° Porque recuerda al que la hace y á los que la ven hacer, que Jesucristo es el Dios de los cristianos y el único Señor de sus corazones.

Porque nos recuerda que este Dios bueno y grande nos ha amado hasta el punto de entregarse por nosotros al suplicio de la cruz y que debemos amarle con todas nuestras fuerzas.

La señal de la cruz nos pone sin cesar ante los ojos á nuestro modelo, Jesucristo crucificado, cuyas virtudes debemos bosquejar en nosotros si queremos ser salvos en Él y por Él. Siendo Jesús crucificado la regla viva de todos sus discípulos, y la cruz el código de su moral, se sigue que la señal de la cruz de Jesucristo resume toda la moral cristiana y recuerda al que la hace atenta y devotamente la obligacion que tiene de imitar ó bosquejar en su conducta la penitencia, mortificacion, humildad, mansedumbre, paciencia, abnegacion, castidad y obediencia de su divino Maestro; de imitarle en su amor al Padre celestial, á su santísima Madre y á todos los hombres en su misericordia para con los enemigos y en su sed de padecer.

2.° La señal de la cruz es ademas la señal pro-

pia del cristiano, porque le trae á la memoria la bienaventuranza eterna. Pues así como Jesús resucitó despues de su pasion y muerte, y por la cruz entró en la gloria, así tambien sus discípulos saben que la gloria del paraíso será el premio de su vida crucificada y semejante á la del Salvador. Por esto nos declara en el Evangelio que cuando vendrá en el postrer dia á juzgar á todos los hombres, aparecerá con la sagrada señal de la cruz, para que sirva como de marca de aprobacion para los elegidos y de condenacion para los réprobos: solo reconocerá por suyos á los discípulos de la cruz, á los imitadores de su vida crucificada, en una palabra, á los verdaderos cristianos.

3.° La tercera razon por la cual la señal de la cruz es el signo distintivo del cristiano, es porque recuerda los puntos mas capitales de la religion cristiana.

Y en efecto; recuerda en primer lugar el misterio de la santa é indivisible Trinidad: pues al hacerla, decimos: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;* con cuyas palabras confesamos las tres personas; el Padre, el Hijo y el Espiritu Santo; y tambien un solo Dios, diciendo: *en el nombre*, y no *en los nombres*. En segundo lugar recuerda el misterio de la Encarnacion, es decir, aquel acto de incomprensible amor por el cual el Hijo de Dios se dignó bajar del cielo á la tierra por nosotros en el seno de la Vírgen María; porque al

decir, en el nombre *del Hijo*, bajamos la mano de la frente al pecho, accion que es una viva imágen del anonadamiento del Hijo de Dios, que descansa en el corazon de sus fieles como en otro tiempo en las castas entrañas de María. Recuerda tambien el misterio de la Redencion, ó sea á Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muriendo en la cruz para borrar nuestros pecados, alcanzarnos con sus méritos el perdon y la salud, y abrirnos las puertas del cielo que nos cerrara el pecado, y finalmente, el misterio de la Iglesia, es decir de la sociedad una, santa y católica de los discípulos de Jesucristo, de los hijos de la cruz; porque siendo igual para todos la señal de la cruz, es el signo de su union en un solo cuerpo y el sello exterior de su sociedad. Así pues, es el signo ó sello de la Iglesia, y recuerda admirablemente:

1.° Por su unidad, que la Iglesia es *una*, es decir, que no forma sino un solo cuerpo, fuera del cual no pertenecemos ya al rebaño de Jesucristo.

2.° Por su universalidad, que la Iglesia es *católica* (ó universal), es decir, que se extiende á todas las regiones del globo, á todos los pueblos, trayéndoles á todos y haciendo brillar sobre todos la luz de la verdad.

3.° Que la Iglesia es *santa* porque tiene por cabeza y modelo al Santo de los Santos, á Jesús crucificado, cuya imitacion es el único medio segurísimo de alcanzar la verdadera santidad.

4.° Que la Iglesia es *apostólica*, es decir, fundada por los Apóstoles (instituidores de la señal de la cruz), los cuales la gobiernan siempre en la persona de sus legítimos sucesores que son los pastores de la Iglesia católica.

5.° Dedúcese, por fin, de lo que acabamos de decir, que la señal de la cruz recuerda á los cristianos que la verdadera, la única Iglesia de Jesucristo es la Iglesia *romana*, es decir, la Iglesia regida y gobernada por el Papa, vicario de Dios y sucesor de san Pedro, príncipe de los Apóstoles, que por Jesucristo padeció en Roma el martirio de la cruz.

Despues de haber visto como la señal de la cruz resume y simboliza lo que hay de mas grande y fundamental en el dogma y en la moral del Cristianismo, comprenderéis con cuánta razon nos le dieron los Apóstoles como *nuestro signo* distintivo. Este es tambien el motivo por que lo emplea la Iglesia en la administracion de las cosas sagradas, en los Sacramentos, en las bendiciones y al principio y fin de todas sus oraciones. Hagamos de aquí en adelante esta señal tan venerable con el respeto y atencion convenientes: hagámosla no por costumbre y con la yema de los dedos, como si nos sacudiéramos el polvo, sino religiosa y pausadamente y del fondo del corazon.

Hagámosla á menudo, sobre todo en las tentaciones, en las penas y aflicciones, antes y despues

de comer; y al trazarla sobre nuestro cuerpo, procuremos acordarnos de los santos misterios que encierra y de las obligaciones que nos impone nuestro título tan grande de *cristianos.*

## Del respeto á la señal de la cruz.

Es increible cuánto importa hacer con respeto y religiosidad *la señal de la cruz.* Un cristiano que tomara con empeño esta práctica de piedad tan sencilla, tocaría muy luego los mas excelentes resultados, y la proponemos á todos como un medio tan fácil como eficaz de santificar el dia.

Para hacer bien la señal de la cruz debemos levantar la mano derecha extendida á la frente, bajarla luego sobre el pecho, y pasarla despues del hombro izquierdo al derecho. No hay necesidad de decir, cada vez que se hace la señal de la cruz, la tan conocida fórmula: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; bueno y muy útil es pronunciar esta corta oracion, pero podemos persignarnos y santiguarnos muy útil y santamente sin decir nada.

Debemos tener gran cuidado en no hacer mal la señal de la cruz, es decir, en no hacerla por rutina, riendo y sin pensar en lo que hacemos, en no ha-

cerla con precipitacion y sin tomarnos la pena de llevar la mano á la frente, al pecho y á los dos hombros.

Nada edifica tanto como ver un cristiano que se santigua con dignidad y penetrado de la importancia de su accion religiosa y católica. El célebre P. Ravignan se santiguaba siempre con escrupuloso cuidado; conocíase que se enorgullecia de formar sobre su frente y su cuerpo la señal de Jesucristo, la marca ó insignia del cristiano. Con esto solo predicaba aun antes de predicar, y sin haber proferido aun ninguna palabra habia ya causado en sus oyentes profunda impresion. Un ministro protestante que un dia habia ido á Nuestra Señora de París para oirle, cuando hubo visto la gravedad tan santa como llena de majestad con que se persignaba el venerable religioso, dijo al que estaba á su lado: «Ya ha predicado; el sermon ha concluido y podríamos volvernos.»

El santiguarse bien recoge de un modo extraordinario el alma, establece íntima union con Dios en el fondo del corazon, arroja el demonio, disipa poderosamente las tentaciones, da al cristiano un gran espíritu de fe y le preserva de las disipaciones mundanas. Pero santiguándose mal, la señal de la cruz pierde toda su virtud y deja de tener influencia alguna sobre la piedad.

Los padres y maestros deben inculcar mucho á los niños la práctica religiosa de santiguarse y

persignarse; y como los niños son pequeños *monos* que imitan cuanto ven hacer, los padres y madres, maestros y maestras, deben empezar por practicar lo que enseñan, haciendo siempre, tanto en casa como en la iglesia, antes y despues de trabajar, antes y despues de comer, etc..., la señal de la cruz como verdaderos católicos.

¿Cómo haceis la señal de la cruz? ¿os santiguais con frecuencia durante el dia? Resolveos decidida y valerosamente á avivar vuestra fe respecto á esta práctica, y no hagais jamás con distraccion y negligencia la *señal* augusta de Nuestro Señor Jesucristo.

## El Padre nuestro.

Refiere el sagrado Evangelio que estando orando un dia Nuestro Señor Jesucristo, cuando hubo concluido, se le acercaron los Apóstoles y le dijeron: «Señor, enseñadnos á orar, como lo ha hecho Juan Bautista con sus discípulos.»—Y Jesús les respondió: «Cuando oreis, decid: *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

*El pan nuestro de cada dia dánosle hoy, perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos*

*á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion; mas líbranos de mal. Amen.*

Y luego para aumentar nuestra confianza, añadió:

«Si alguno de vosotros tuviese un amigo y á media noche fuese á llamar á su puerta para pedirle prestados tres panes, y si este amigo no quisiese molestarse para abrirle desde luego ¿pensais que á la postre no se levantaria para librarse de vuestra importunidad y que no os daria lo que le pedís si continuárais llamando á su puerta? Del mismo modo os digo: Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. ¿Cuál es el padre que, cuando su hijo le pide pan, le da una piedra? Y si vosotros que sois malos sabeis dar cosas buenas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro buen Padre que está en los cielos dará el Espíritu Santo á los que se lo pidieren en la oracion?»

Debemos, pues, orar con una ilimitada confianza en la bondad del Señor; pues al dirigirle la oracion que Él mismo nos enseñó, estamos seguros de presentarle una oracion que le es agradable.

Pero para hacer mejor esta oracion, conviene entender y meditar todas sus palabras, cada una de las cuales, y aun cada sílaba, contiene tesoros de inmenso valor.

El Padre nuestro (ú oracion dominical, es decir, oracion del Señor) tiene tres partes: 1.° un corto prefacio; 2.° tres peticiones que miran directamente á Dios; 3.° cuatro peticiones que se refie-

ren directamente á nuestras necesidades y á las del prójimo.

El prefacio se compone de estas palabras: *Padre nuestro que estás en los cielos.*

Las tres peticiones que miran directamente á Dios, son éstas: 1.ª *santificado sea el tu nombre;* 2.ª *venga á nos el tu reino;* y 3.ª *hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

Las cuatro que tienen por objeto directo nuestras necesidades y las del prójimo, son las siguientes: 1.ª *el pan nuestro de cada dia dánosle hoy;* 2.ª *perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores;* 3.ª *no nos dejes caer en la tentacion;* y 4.ª *mas líbranos de mal.*

*Amen*, quiere decir: así sea; que Dios me conceda lo que le pido.

Y pregunto luego: ¿qué cosa hay mas dulce y mas augusta que esta santa oracion? ¿No es capaz su primera palabra para cautivar todos los corazones? PATER NOSTER: *Padre nuestro.*

¿Lo ois cristianos? hablamos á un Padre, y á un Padre tan bueno que no se desdeña de abajarse hasta nosotros con toda su grandeza eterna para levantarnos por el amor hasta Él. Un Padre es, que no un dueño, ni un juez; y no nos pide sino confianza filial, buena voluntad y amor sincero. ¡Oh! ¡cuán bueno y cuán dulce es estar á los piés de un Dios semejante!

No decimos: «Padre mio;» sino: PADRE NUESTRO,

porque todos somos hermanos, miembros de la misma familia que es la Iglesia de Jesucristo. El Padre de esta familia es aquel Padre que está en los cielos; nuestra Madre es la santísima Vírgen María, que el Padre celestial tomó por esposa, haciendo que concibiese á su único Hijo en el misterio de la Encarnacion: nuestro hermano mayor es Jesucristo, Dios hecho hombre, Hijo de Dios y de María; y son hermanos nuestros los santos, es decir, los cristianos fieles que nos precedieron en el camino de la vida y han entrado en el techo paterno del paraíso.

Tamhien nosotros, que por el bautismo somos hijos de Dios y de María y hermanos de Jesucristo, de los santos y mártires, constituimos en la tierra una gran familia en union con la del cielo. Tenemos un padre visible, vicario de nuestro Padre celestial é invisible, á saber: el Papa, jefe y padre de la Iglesia, á quien por este motivo llamamos *nuestro santísimo Padre el Papa;* la Iglesia es nuestra madre; hermanos nuestros, todos los cristianos; y la mesa de familia, en torno de la cual nos reunimos todos, el sagrado banquete de la Eucaristía, en el cual nos alimentamos con el mismo manjar misterioso que nos da las fuerzas necesarias para llegar á la casa de nuestro Padre celestial despues del viaje de la vida...

Hé aquí lo que nos dicen estas dos solas palabras: PADRE NUESTRO.

Prosigamos; y este Padre ¿en dónde habita? En el cielo. *Padre nuestro* QUE ESTÁS EN LOS CIELOS. Luego, nuestra morada y nuestra patria no están en la tierra. Y si no están en la tierra ¿quién no ve que será insigne lectura poner el corazon en las pasajeras frivolidades de este mundo, y que el objeto de nuestros deseos, aspiraciones y esperanzas debe ser el cielo, la santa eternidad que vendrá despues de esta vida de un momento? ¡Qué motivo tan poderoso para que no nos dejemos seducir por los engañosos atractivos del placer! Despreciemos lo caduco y perecedero para no desear sino lo estable y eterno; amemos á Dios, que es nuestro Padre, y tengamos siempre fijo el pensamiento en la felicidad que nos tiene preparada en su reino.

Hé aquí un *prefacio* que, con ser tan corto, valia por cierto la pena de que fijárais en él la atencion. Confesad que hasta ahora, no solo no habíais descubierto, sino acaso ni sospechado, que encerrara tan altas y consoladoras verdades.»

2.° No es menos admirable la segunda parte del *Padre nuestro*. Lo primero que en ella nos enseña nuestro Señor es rogar al Padre celestial, Padre suyo y nuestro, que extienda por toda la redondez de la tierra la gloria de su santísimo nombre. *Sanctificetur nomen tuum: Santificado sea el tu nombre,* es decir, conocido, respetado, amado, glorificado, celebrado y alabado por nosotros y por todos nuestros hermanos, por los justos que le honran tan

cumplidamente, y por los pecadores que le blasfeman, rechazan y olvidan. Con estas palabras pedimos la propagacion de la religion cristiana por todo el universo, la extincion de la idolatría y la conversion de los herejes, impíos y blasfemos; pedimos que Dios suscite santos predicadores del Evangelio y sábios doctores que, ya con buenos libros ó ya con buenos discursos, nos enseñen á conocer y amar mas y mejor á nuestro Padre celestial; protestamos solemnemente contra el detestable vicio, tan extendido por desgracia, en nuestro siglo, de blasfemar el santo nombre de Dios; y unidos todos ante nuestro Padre, irritado por la blasfemia, nos esforzamos en compensar con nuestros homenajes los ataques de los impíos, cuyas blasfemias procuramos ahogar diciendo todos á una como si tuviéramos un solo corazon y una sola voz: *Pater, sanctificetur nomen tuum: Padre nuestro, santificado sea el tu nombre*, bendito sea tu nombre, y ensalzado, adorado, amado y glorificado en el cielo.»

Como decíamos no ha mucho, el *Padre nuestro* contiene siete peticiones, de las cuales las tres primeras miran directamente á los deberes que tenemos para con Dios; y las cuatro restantes á nuestras necesidades personales y á las de nuestros hermanos.

Hemos explicado ya la primera peticion del *Padre nuestro: Padre nuestro... santificado sea el tu nombre.*

Digamos ahora una palabra sobre la segunda y tercera.

ADVENIAT REGNUM TUUM: *Venga á nos el tu reino.* Tal es la segunda peticion del Padre nuestro.

En ella pedimos á Dios que establezca y afirme en nosotros su divino reino, es decir, el reinado de su gracia; que nuestra conciencia no se manche jamás con el pecado mortal; que no cometamos nunca el venial con deliberado propósito; y que Jesucristo, rey de nuestra alma, la gobierne y la rija sin obstáculo, y que la halle siempre perfectamente sumisa á su santa dominacion.

Esta peticion expresa tambien nuestros deseos de que la Iglesia se extienda y propague por toda la tierra; pues la Iglesia no es otra cosa que el reino de Dios ó sea el establecimiento del reinado del Padre celestial y de su único Hijo Jesucristo sobre la humanidad.

Asimismo pedimos en ella y deseamos la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo y el definitivo triunfo de la Iglesia en la tierra y en el cielo. El reino de Dios no se establecerá completamente en el mundo sino en la segunda venida del Redentor, que solo entonces disipará y anonadará para siempre la rebelion de Satanás y los triunfos del pecado y de los pecadores.

Finalmente, con esta segunda peticion renovamos cada dia el deseo de la felicidad eterna; suspiramos por el paraíso, en donde reinarémos feli-

ces con Jesucristo que es el rey de la gloria eterna.

Tercera peticion del Padre nuestro: *Padre nuestro*... HÁGASE TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.

La única cosa buena, verdaderamente buena y necesaria de este mundo, es conocer y cumplir la santa voluntad de Dios: fuera de eso todo es vanidad y, muy á menudo, pecado. El bien deja en algun modo de serlo desde que se hace contra la voluntad de Dios. Por ejemplo: Supongamos que yo soy un trabajador padre de familia; la voluntad de Dios es, por lo tanto, que trabaje para ganar honradamente mi subsistencia y la de mi mujer é hijos; pero si en vez de trabajar, paso el dia, como las Hermanas de la Caridad, orando, cuidando enfermos, etc., falto á mi deber y, por consiguiente, obro mal. Y sin embargo, ¿qué cosa mejor en sí, que la oracion y el asistir á pobres enfermos? Pero, para mí, y atendidas las circunstancias en que me ha colocado la divina Providencia, no es esto el bien que debo hacer, por mas que en sí sea cosa de mayor perfeccion el orar y ejercer la caridad que el trabajar: y si prefiero la oracion al trabajo, no hago la voluntad de Dios, falto á mi obligacion y eso que era un bien deja de serlo para mí.

Otro ejemplo: Hoy es domingo ó un dia de fiesta. Yo trabajo en cosas de mi oficio. Ninguna cosa mejor, ¿verdad? ni mas honrosa ante Dios y los hombres que ganar el pan de la familia con el sudor de

nuestro rostro. Pero como la voluntad de Dios es que santifique los domingos y fiestas, suspendiendo este trabajo, yendo á la iglesia, asistiendo á la santa misa y á las instrucciones cristianas; héos ahí que ese mismo trabajo es culpable y que dedicándome á él peco, y peco gravemente. ¿Por qué? Porque Dios *no quiere* que trabaje en los domingos y dias de fiesta.

Así, pues, la única cosa necesaria es conocer y cumplir con amor la voluntad de Dios: este es el compendio del deber, de la virtud y de la perfeccion para todos y cada uno de nosotros. Cumpla cada cual la voluntad de Dios, y reinarán en todas partes la paz, el órden y la felicidad. En efecto, Dios no quiere sino el bien, y no rechaza ni prohibe sino el mal. Todo lo que es bueno y útil al hombre, Dios lo quiere, así como prohibe cuánto le es dañoso; de ahí es que la voluntad de Dios es nuestra felicidad, y la felicidad consecuencia inevitable del cumplimiento de la voluntad de Dios. Dejad de cumplirla, y la infelicidad entrará por las puertas de vuestra casa. ¿Veis este padre de familia? ¿por qué es tan desgraciado? Porque su esposa tiene mala conducta, ó bien porque sus hijos desconocen su autoridad, ó porque hombres sin probidad le han robado su pequeña fortuna. Pero, pregunto, ¿no hubiese sido remedio de todos estos males, y de la pena que es consecuencia de ellos, el cumplimiento de la voluntad de Dios? Dios que-

ria que esa esposa fuese casta, fiel, dulce y amable; Dios queria que ese hijo fuese dócil, respetuoso y atento á las necesidades de su padre; Dios queria que ese amigo fuese leal y respetase la propiedad ajena; pero no hicieron la voluntad de Dios, y héos aquí el pecado, las lágrimas que le acompañan siempre.

Luego, cuando decimos en nuestra oracion cotidiana estas admirables palabras: *Dios mio, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*, es como si dijésemos: Dios mio: deseo que yo y todos mis hermanos seamos buenos y felices. Quiero y deseo que todos los hombres hagan el bien y eviten el mal y que de esta suerte sean todos dichosos. Deseo que cada uno cumpla exacta y perfectamente sus deberes, el de cristiano, que es el primero de todos, el de ciudadano generoso y fiel, el de padre, hijo, esposa y amigo, y el de hombre casto y honrado.» ¿Puede darse cosa mejor? Esto es decir en otros términos: «Deseo que la tierra sea la mansion de la paz y de la felicidad, y que despues de las pruebas de esta vida yo y todos mis hermanos recibamos en el paraíso la imperecedera recompensa de la virtud.»

No sé si me equivoco, mas paréceme que esta corta oracion vale tanto como cualquier otra que se nos pueda presentar; ¿qué decir? Nadie sino Jesús podia decir tantas cosas buenas con tan pocas palabras.

Y luego, si padeceis, si sois pobres, si estais afligidos (y por cierto que no son las penas lo que menos abunda en esta tierra de destierro!), ¡cuán profunda paz infundirá en vuestros corazones el pensar que Dios lo quiere! Lo quiere, no por el gusto de hacernos sufrir, que es demasiado bueno, sino para probar vuestra fidelidad; para daros ocasion de merecer mayor felicidad en el cielo y para acabar de purificaros de vuestras manchas que sin esta expiacion os retendrian largo tiempo en las terribles llamas del purgatorio! Hé aquí la razon por que os envia Dios el dolor. Aceptémoslo con resignacion ya que no con alegría; pero que nos sirva siempre para acercarnos á nuestro buen Padre, y para pedirle el paraíso despues de una vida, de la cual procura disgustarnos con las amarguras que siembra á nuestro paso por ella; digámosle sin cesar en nuestras aflicciones y dolores: «¡Dios mio y Padre mio que estais en los cielos, hágase en mi tu voluntad; cúmplase tu voluntad sin que yo murmure contra Tí! Por cierto que es un tesoro esta peticion del Padre nuestro; ¡dichoso el que sabe comprenderla, y mas dichoso aun el que la toma por única regla de sus deseos y conducta!

Falta ahora que digamos una palabra sobre las cuatro últimas peticiones del Padre nuestro, relativas á nuestras necesidades espirituales y temporales, y á las de nuestros hermanos.

1.° *Padre nuestro...*, EL PAN NUESTRO DE CADA DIA DÁNOSLE HOY.

Nuestro Señor Jesucristo nos impone el precepto de pedir á Dios todo lo necesario para satisfacer las necesidades de la vida; quiere que nos acordemos cada dia de que Dios vela por nosotros con paternal providencia y de que no nos olvida jamás.

Jesucristo quiere que pidamos el *pan de cada dia*, es decir, lo estrictamente necesario; de manera que debemos estar dispuestos siempre á decir con san Pablo: «Contentémonos con tener de qué alimentar, vestir y alojar nuestro cuerpo,» y no busquemos lo supérfluo. Y aun, de esto mismo que es necesario, no debemos pedir á Dios una provision abundante que, en algun modo, nos dispense de acudir á la divina Providencia; sino que cada dia debemos pedir lo que baste para cada dia.

Así como en el desierto cada mañana caia del cielo el maná en gran cantidad al rededor del campamento de los hebreos; y cada cual recogia su porcion, es decir, lo necesario para el dia, y si alguno tomaba mas de lo que necésitaba, encontraba lo sobrante echado á perder y lleno de gusanos; así tambien nosotros debemos, en cierto modo, vivir al dia, sin preocuparnos demasiado de un porvenir que no es nuestro. Cada dia tiene su parte de males; á cada dia tambien está reservada la gracia necesaria para llevar la cruz de aquel dia, y no la del siguiente.

Limitemos, pues, nuestros deseos á las presentes necesidades: *El pan nuestro* DE CADA DIA *dánosle hoy.*

2.° PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS Á NUESTROS DEUDORES.

Cada dia pecamos, y por lo tanto cada dia debemos pedir perdon de nuestras ofensas. Es tan bueno Dios, y tan inagotable el abismo de su misericordia, que por grandes y numerosas que sean nuestras faltas, jamás hemos de desesperarnos como Judas.

Y con tanto mayor motivo, cuanto en las citadas palabras la divina misericordia nos ofrece á todos indistintamente un admirable medio de reconciliacion. En efecto, el Juez eterno, Jesucristo mismo, nos declara que si perdonamos á los que nos ofendieron, nos perdonará tambien á nosotros el Padre celestial. ¿Quién teniendo á la mano un medio tan fácil de salir de apuros, y despues de una tan formal promesa del Señor, podrá desesperar de obtener el perdon? «Perdonadme, Dios mio, puedo decir en adelante; pues yo perdono á todos los que me han ofendido. Está empeñada vuestra palabra y sé que es infalible.»

Y hé aquí como, para nosotros los cristianos, el mal se convierte en bien. Al recibir una ofensa, no tengo motivos sino para alegrarme y decirme á mí mismo: «Hé aquí lo que estaba esperando tanto tiempo hacia. Tenia contraida con Dios una enorme deuda de pecados, y no sabia cómo pagársela. Pero

ahora mi divino Acreedor me ofrece por sí mismo una excelente ocasion de arreglar las cuentas de mi pobre conciencia. De todo corazon y por amor de Jesucristo voy á perdonar la injuria, la injusticia, el ultraje que me hace fulano; y con solo eso estoy seguro de que Dios me perdonará todos los pecados. He perdonado; soy un verdadero cristiano, y no tengo ya nada que temer de mi gran Juez.»

Mas, para esto es menester perdonar de corazon, sinceramente, y rechazar para en adelante todo proyecto y todo pensamiento voluntario de venganza.

3.° Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION.

Nuestra vida en la tierra es un combate incesante; el paraíso es la recompensa; las armas la oracion, la vigilancia y los Sacramentos; los enemigos, el demonio, el mundo con sus seducciones, la carne corrompida por el pecado original y los atractivos del pecado. Es necesario luchar con valor y no cansarse de combatir; porque las tentaciones vuelven incesantemente á la carga, ora de un lado ora de otro. Exactamente semejantes á un ejército que quiere tomar una plaza por asalto. Si el ejército sitiador es rechazado en un punto, intenta escalar por otro; y es menester que los sitiados estén muy sobre aviso, vigilen mucho y opongan una resistencia constante á todos los ataques.

Para luchar contra las tentaciones, no nos vale-

mos de espadas, sables ni fusiles; porque como el combate se dirige contra el alma, las armas que en él se empleen deben ser espirituales. Estas son: una vigilancia continua, huir de las ocasiones de pecar, oracion frecuente, pensar en la presencia de Dios y, sobre todo, la Confesion y Comunion. Cualquiera que emplee estos medios esté seguro que no sucumbirá á la tentacion; mientras es cási seguro que el que los descuide tardará muy poco en caer.

4.° Mas líbranos de mal.

El mal, el mal verdadero, es ante todo el pecado, y la condenacion eterna castigo del pecado.

Cada dia debemos pedir á Dios que nos libre de este doble mal.

Muy lícito es pedirle tambien que nos libre de enfermedad, miseria y otros males temporales; pero, como muchas veces estas aflicciones son en realidad de verdad un bien para nuestra alma, á causa de los designios que, al enviárnoslas, tiene Dios sobre nosotros, no debemos pedir en absoluto que nos libre de ellas, sino condicionalmente, es decir teniendo cuidado de añadir á nuestras súplicas lo que Jesucristo nos enseñó en su oracion del huerto de Getsemaní: «No obstante, no como yo deseo, sino como Tú quieres. Hágase tu voluntad, y no la mia.» Efectivamente, mejor que nosotros sabe Dios lo que nos conviene, y cuando nos envia penas y aflicciones, señal cierta es de

que tiene sobre nosotros miras de bondad y misericordia.

El verdadero mal, repetimos, del cual debemos pedir al Señor que nos libre, es el infierno y sus eternos ardores; es el pecado, el apego al pecado y el vicio que es causa de él.

La palabra *Amen* en que termina el Padre nuestro, así como todas las oraciones de los cristianos, es toda una oracion, resumida en una sola palabra, y debemos acostumbrarnos á pronunciarla con atencion: expresa el ardiente deseo que tenemos de ser oidos.

Rezemos todos en adelante el Padre nuestro con mas recogimiento y devocion que hasta ahora; meditemos sus admirables palabras. Padres y madres, enseñad á vuestros hijos su alto significado, explicádselas, y dadles buen ejemplo recitándolas pausadamente, devotamente con el mas profundo respeto, y no como aturdidos ó papagayos.

## El Ave María.

El *Ave María*, ó Salutacion angélica, es la mas bella y popular de todas las oraciones que los cristianos dirigen á la santísima Vírgen María, Madre del Salvador.

No hay niño que no sepa decirla; y la madre cristiana, que enseña á su hijo á rogar á Dios, tiene buen cuidado de añadir siempre al Padre nuestro el *Dios te salve*, MARÍA.

Vamos, pues, á explicar tambien al *Ave María.*

Y en primer lugar ¿sabeis quién la compuso? Tres son los autores que vinieron á depositar en ella el tributo de su amor. El *arcángel* san Gabriel y santa Isabel compusieron la primera parte; y la Iglesia católica la segunda. Expliquemos ahora en qué ocasion, en qué circunstancias y en qué época se dieron á los cristianos las dos partes de la Salutacion angélica. El *Ave María* empieza con estas palabras: *Dios te salve*, MARÍA; LLENA ERES DE GRACIA, *el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre Jesús.*

Vivia María en Nazaret, retirada en una especie de gruta que servia de trastienda en la pobre casa de su casto esposo José. Era el 25 de marzo. De repente aparece á María un ángel radiante de luz, que la saluda, diciéndole: «Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.» Y como la santísima Vírgen se turbase al oir aquella salutacion, y que discurriese en su interior, qué sentido podian tener aquellas palabras: «No temas, María, añadió el Arcángel; porque hallaste gracia delante del Señor. Y hé aquí que concebirás y parirás un hijo, al cual pondrás por nombre Jesús

(es decir Salvador). Será el Hijo de Dios, y su reino no tendrá fin. Entonces María respondió al Ángel: «¿Cómo podrá realizarse esto que me dices, porque yo no conozco varon?» (Habia hecho voto de perpétua virginidad como tambien san José). Y el Ángel dijo á María: «El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Y por esto el Santo que nacerá de tí, será el Hijo de Dios. Para Dios nada hay imposible.»

Respondió entonces María: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.» Y desapareció el Ángel. Y María, la Vírgen inmaculada, fue la Madre de Dios; y nueve meses despues, el 25 de diciembre, daba milagrosamente á luz, en el establo de Belen, á su Hijo Jesús.

No habian transcurrido muchos dias desde el grande acontecimiento que acabamos de referir, y la Vírgen á quien el ángel, con el objeto de cerciorarla de su divina mision, manifestara que santa Isabel llevaba un hijo en sus entrañas á pesar de su avanzada edad, emprendia en compañia de su esposo un penoso viaje á traves de montañas y riscos, deseosa de prodigar á su prima los cuidados que exigia el estado interesante en que se hallaba. Al verla llegar santa Isabel, instruida por revelacion del cielo del inefable misterio que la santisima Trinidad habia obrado en el el seno de la Vírgen sin mancha, le sale al encuentro, la abraza con

efusion, prorumpe en exclamaciones de júbilo por tener la dicha de alcanzar los tiempos del Mesias, por tantos siglos esperado, se reconoce indigna de hospedar á la Madre de su Salvador y se deshace en alabanzas á Maria por haber merecido la altísima honra de ser escogida por Dios entre todas las mujeres para madre de su Hijo. Y entonces añade á las palabras del ángel estas otras: « Y BENDITO ES EL FRUTO DE TU VIENTRE.

Si la primera parte del *Ave María* ha venido del cielo, otro tanto podemos decir de la segunda, pues no en nombre y por propia autoridad, sino en nombre y por autoridad de Dios habla á los hombres la Iglesia católica que es la que, inspirada por el Espíritu Santo, mandó en el año 451 añadir á la Salutacion Angélica esta sencilla y hermosa plegaria; «*Santa Maria, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.*

Hé aquí con que motivo hizo la Iglesia la mencionada adicion:

Habiéndose atrevido un arzobispo de Constantinopla llamado Nestorio, á atacar en el púlpito y en sus escritos la verdad de la divina maternidad de la santísima Vírgen, muchos obispos ortodoxos acudieron en queja al papa san Celestino, jefe supremo de la Iglesia y doctor de la verdadera fe, en su calidad de vicario de Jesucristo. Como se deja entender, el papa Celestino hizo justicia á las reclamaciones de

los obispos. Al principio probó si con suavidad y dulzura podria atraer al buen camino á Nestorio, y le hizo ver que, estando unidas la naturaleza divina y la humana en Jesucristo, que era una sola y única persona, Dios y hombre á la vez, simultánea é inseparablemente Hijo de Dios é Hijo de María; la Madre de Jesucristo Dios, era verdadera y necesariamente la Madre de Dios. Nestorio no hizo caso de las amonestaciones, consejos y pruebas de benevolencia que le daba el Papa, el cual se vió obligado á emplear medidas de rigor. Condenó á Nestorio por hereje y fautor de herejía, excomulgóle, depúsole de sus dignidades eclesiásticas y convocó un Concilio general ó ecuménico que juzgase al culpable. Reunióse el Concilio en la ciudad de Éfeso, en Asia, el año 451, celebrando sus sesiones en la iglesia de Santa María, la primera, segun dicen, que se haya levantado en honor de la santísima Vírgen. Nada tan solemne como la sesion en que los Padres juzgaron á Nestorio. Desde el amanecer se habian encerrado en el templo; un gentío inmenso inundaba todas las calles y plazas adyacentes; ya anochecía y aun no se abrian las puertas...

Por fin termina la sesion; y aparecen sobre las gradas del pórtico los obispos, presididos por los tres Legados del Papa. Uno de ellos, san Cirilo, arzobispo de Alejandria, en medio de un silencio imponente lee y proclama la sentencia, la decision

del Concilio: *María es verdaderamente madre de Dios. Cualquiera que diga lo contrario es hereje y excomulgado. ¡ Anatema á Nestorio !* Al instante se levantan de todas partes gritos de alegría y júbilo; la muchedumbre rodea á los obispos, les lleva en triunfo á sus casas, quema incienso ante ellos y la ciudad aparece de improviso iluminada de un extremo á otro.

En memoria de esta gran decision mandó el concilio de Éfeso que en adelante se añadiese á la Salutacion angélica la mencionada oracion: «SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS, etc.»

Así, por una blasfemia contra la santísima Vírgen, ¡cuántos millones de alabanzas se elevan al cielo catorce siglos ha! y ¡cuán admirablemente sabe Dios hacer servir el mismo mal para la gloria de su nombre tres veces santo!

Nestorio, excomulgado, degradado de su dignidad de obispo, fué á morir, como Judas, en un desierto, maldito de Dios y de los hombres. Acabó sus dias en la impenitencia y, aun en vida, fue pasto de los gusanos aquella lengua que habia blasfemado de la Madre de Dios.

Tal es el magnífico orígen del *Ave María* que, con ser enteramente santo, bastaria por sí solo para recomendar á nuestra veneracion la *Salutacion angélica*. Pero todavía nos sentirémos mas movidos á mirarla con respeto, á decirla con frecuencia y á rezarla siempre con nueva atencion y fervor, si

meditamos y penetramos el sentido de sus palabras.

El saludo con que empieza, *Ave*, es á un tiempo mismo un grito de amor y un testimonio de respeto hácia la bienaventurada Vírgen. Este saludo, este *Ave*, debemos decirlo animados de los dos sentimientos de amor y respeto: de amor y confianza, porque María es nuestra bondadosa Madre, el refugio y la abogada de los pobres pecadores, la Madre de misericordia; de respeto y profunda veneracion, porque es la Reina santísima del cielo y de la tierra y la gloriosa Madre de Dios.

El nombre de *María* significa en hebreo *reina:* tambien significa *mar de amargura* y *estrella brillante*. En efecto la santísima Vírgen es la reina de los ángeles, de los santos y de los hombres; en el Calvario sufrió el mayor dolor que haya afligido ni afligirá nunca á criatura alguna; y en fin, ella dió al mundo á Jesucristo que es la verdadera luz de la verdad y de la santidad.

El arcángel san Gabriel no pronunció el nombre de María por respeto á la que iba á ser Madre de su Dios.

La Iglesia lo ha añadido á la salutacion del Angel, en primer lugar por amor á este nombre bendito, y en segundo para manifestar claramente que el título de *llena de gracia* no podia darse á nadie sino á María. En la lengua original tiene esta expresion un sentido que no es posible traducir exactamente. En hebreo significa: *formada con gracia;*

*hecha*, *amasada*, *petrificada*, en algun modo, *con la gracia*. En efecto, María está sumergida toda en la gracia de Dios; jamás ha sido manchada por el pecado original, ni por el actual, destructores de la gracia; siendo este privilegio único de santidad lo que la ha hecho dar el nombre de *Inmaculada*. *El Señor es contigo;* estas palabras son el testimonio que el mismo Dios ha dado de la santa union del Señor y de María. El Padre está en María como un rey en su palacio, un hacendado en sus tierras, un Dios en su templo, como el alma, en fin, en el cuerpo; el Hijo es para ella como un hijo para su madre, y el Espíritu Santo como un esposo para su querida esposa. *El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres.* Como decíamos poco ha, santa Isabel repitió á María, en el dia de la Visitacion, estas palabras del Arcángel. María es la mujer bendita entre todas las mujeres, la mujer por excelencia, la mujer de la cual Dios habia dicho á Adan y Eva, al prometerles que enviaria un Salvador de su descendencia que pondria perpétuas enemistades entre ella y el demonio; María es la mujer por la que suspiraron cuarenta siglos y la que estaba predestinada á la gloria inefable de dar á luz al divino Redentor del mundo.

Segun llevamos dichó, santa Isabel añadió: *Y bendito es el fruto de tu vientre*, á cuyas palabras la Iglesia ha añadido el nombre de *Jesús*, para que en esta oracion se encontrasen los tres grandes nom-

bres que dominan el Cristianismo: Dios, Jesús, María: Dios, único señor y criador de todas las cosas, último fin de nuestras almas; Jesús, Dios hecho hombre, Salvador del mundo; y María, madre de este mismo Dios encarnado, lazo de union entre el cielo y la tierra.

*Bendito* es el Hijo de María, porque Dios, Padre suyo, ha derramado en él sin tasa ni medida sus bendiciones y gracias: y no solamente es bendito él, sino que en él son eternamente benditas todas las generaciones humanas; que en él hallan todas la fuente de bendicion y de vida y fuera del cual no hay sino maldicion y muerte.

¡Qué palabras tan hermosas! ¡y con cuánto respeto, piedad y devocion debemos pronunciarlas!

*Santa María;* verdaderamente *santa*, y mas que santa; puesto que la Iglesia le tributa un culto especial, diferente del de los otros Santos. La Iglesia no *adora* á María; esto seria sacrílega idolatría, pues solo Dios, solo Jesucristo, debe de ser adorado. Pero la santísima Vírgen merece y recibe de la Iglesia un culto especial, propio, peculiar y exclusivo de ella, llamado de *hiperdulia*, es decir, *honor sobre todo honor*. No hay quien sea superior á María, sino Jesucristo, sino Dios; inferiores á María, é inmensamente inferiores, son los serafines, querubines, arcángeles, ángeles y todos los santos.

*Madre de Dios*, ¡Qué título, qué gloria! ¿Qué podrá negar Dios á su propia Madre? «Una sola de

sus miradas, dice el gran san Bernardo, desarma el brazo justamente irritado de la divina justicia, y cuando habla en nuestro favor, las gracias del Omnipotente corren como rio caudalosísimo.» Digamos, pues, con entera confianza: «¡O Madre de Dios y Madre nuestra, vuelve hácia nosotros aquellos tus ojos misericordiosos.» *Ruega por nosotros pecadores.* No merecemos que nos oiga nuestro Padre, que está en los cielos, pero á Vos que sois su santísima Madre, y la privilegiada entre todas las criaturas, á vos os oirá. Rogad, sí, rogad por nosotros pecadores; acordaos de que vuestro mas preciado título es el de Refugio de los pecadores.

Rogad, pues, querida Madre nuestra, rogad por por nosotros *ahora* durante nuestra triste vida; rogad por nosotros cuando nos asedie la tentacion; alcanzadnos la pureza, la humildad, la mansedumbre, una fe viva y la perseverancia final. Defendednos de nuestro enemigo el demonio; libradnos del pecado hoy, mañana, á cada instante, á cada minuto de nuestra vida; y sobre todo, *en la hora de nuestra muerte. Amen.*

Este es el momento decisivo; de esta última hora pende nuestra eternidad feliz ó desgraciada; entonces es, pues, cuando tenemos sobre todo necesidad del auxilio de la santísima Madre de Dios.

Tengamos confianza; no nos faltará la Vírgen en aquella hora suprema si durante la vida hemos sido constantes en pedirle su asistencia. «Héme

aquí, hijo mio, nos dirá María con bondad, porque me has llamado. Tú me has saludado *llena de gracia*; y yo á mi vèz, vengo á proclamarte lleno de la gracia de mi Hijo, que va á recompensarte con la gloria eterna. Tú me has dicho que el *Señor estaba conmigo*: tambien está contigo, hijo mio, y vas á estar para siempre con él en el paraíso de delicias.

«Tú me has bendecido y has bendecido el nombre de mi Hijo Jesús; á mi vez te he bendecido yo, y mis bendiciones te han acompañado toda la vida; te he alcanzado la gracia de una buena muerte, y en este terrible trance te bendigo una vez mas. Ten confianza; ¡aquí está tu Madre!...

«Tú me has tomado por abogada y refugio en tus cuitas y necesidades; ¡cuán bien has hecho, mísero pecador, en buscar en mi seno un asilo en que ponerte al abrigo de la justicia de tu Dios! Él me hizo madre de misericordia, y misericordia he alcanzado para tí. Ven, pues, alma querida de mi Hijo; ha llegado la hora suprema de que me hablabas cada vez que me dirigias tus súplicas. Yo hago que sus terrores se truequen para tí en dulces esperanzas!... ¡Hijo de la Madre de Dios, entra en el gozo de tu Señor!...»

Tal es el *Ave María.*

¡Dichoso el que en todos los actos de su vida sabe elevar al cielo esta dulce oracion; porque tras los consuelos que recibirá en este mundo, recogerá las eternas recompensas del otro!

## El Credo.

Despues del *Padre nuestro* y del *Ave María*, viene el *Credo* que se enseña á todos los hijos de la Iglesia como parte integrante de la oracion de la mañana y noche; completando esta gran fórmula de la fe cristiana, junto con el *Ave María* y el *Padre nuestro*, la protesta de fe, esperanza y caridad que cada dia hacemos á Dios. Y en efecto, el *Credo* rezado con devocion y fervor es el mejor y mas solemne de todos los actos de fe; el *Ave María*, el mas dulce y consolador de tódos los actos de esperanza; y el *Padre nuestro* el mas santo y mas sublime de todos los actos de caridad.

Verdaderamente debe avergonzarse todo cristiano de no saber bien de memoria el *Padre nuestro*, el *Ave María* y el *Credo*; y no solo debe saberlos bien en su lengua materna, y comprender el sentido de todas sus palabras, sino que seria muy conveniente que supiese tambien estas tres grandes oraciones católicas en latin que es la lengua en que las dice cada dia la Iglesia católica por todo el universo. Mejor se ora en latin que en una lengua vulgar, porque una gracia especial acompaña siempre á la lengua de la Iglesia; y de ahí es que en los países de robusta y arraigada fe, los niños de cinco y seis años saben y rezan cada dia en latin

no solo el *Padre nuestro* y el *Ave María*, sino tambien el *Credo*. Añadiré que no es difícil aprender dichas oraciones en latin, y que basta leerlas cada dia en la oracion de la mañana y de la noche por espacio de tres semanas ó un mes. El latin es la lengua de la Iglesia, porque en la época de san Pedro y demás Apóstoles era la lengua del mundo entero, habiéndola conservado la Iglesia desde entonces hasta nuestros dias por respeto á la tradicion apostólica.

El *Credo* que compusieron los Apóstoles antes de separarse, unos doce años despues de la Pasion y Resurreccion del Señor, contiene, expuestos en compendio los grandes misterios del Cristianismo. En primer lugar recuerda á todos los cristianos la obligacion de *creer*, es decir de someterse á la enseñanza de la Iglesia, que es una enseñanza infalible, porque es la misma de Jesucristo, Dios hecho hombre. Creer es someter el entendimiento á la palabra de la Iglesia católica, apostólica y romana.

En seguida, el Credo trae á la memoria el misterio de la existencia de un Dios único, inefable y supremo; infinitamente incomprensible, eterno, purísimo espíritu, infinito en todo linaje de perfecciones; Padre, Hijo y Espíritu Santo; Criador del cielo y de la tierra, es decir de los espíritus y de los cuerpos, del mundo invisible y del visible.

Recuerda y expone brevemente el misterio fundamental y práctico de toda la Religion, el miste-

rio de Jesucristo, eterno Hijo de Dios, Dios como el Padre y el Espíritu Santo, verdadero Dios y verdadero hombre, verdadero Hijo de Dios y verdadero Hijo de la santísima Vírgen María, en cuyas entrañas tomó carne por el mayor de los milagros y por la omnipotencia del Espíritu Santo, uniendo, sin confundirlas, en su indivisible persona la naturaleza divina y la humana.

Recuerda que el Hijo de Dios hecho hombre quiso padecer y morir en expiacion de los pecados de los hombres, pagando él, que era inocente, la deuda infinita que el género humano tenia contraida con la justicia, tambien infinita de su Padre celestial; que, por consiguiente, Jesucristo no solo es Señor nuestro, sino tambien nuestro Salvador, nuestro Redentor y nuestra Víctima de propiciacion; que murió para darnos la vida, que resucitó y subió al cielo para atestiguarnos su omnipotente divinidad, y que vendrá al fin del mundo para juzgar á los buenos y á los malos, á los justos y á los pecadores, á los vivos y á los muertos.

Continúa el Credo recordando al cristiano que Jesucristo envió al Espiritu Santo á la reunion de los fieles que, bajo el gobierno y obediencia de san Pedro y de sus sucesores los Soberanos Pontífices, profesán y profesarán hasta la consumacion de los siglos la pura y santa religion cristiana. La Iglesia es *santa* porque la asiste y gobierna el Espíritu *Santo*, que es el Espíritu de verdad y de santidad;

y es católica, es decir universal, porque Jesucristo, su divino Jefe, es el Señor del universo mundo, y tambien porque toda criatura humana que quiere salvarse, debe someterse en todo á la autoridad espiritual del Soberano Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra y Jefe visible de la única religion verdadera. En la Iglesia y por la Iglesia, el Espíritu Santo junta como en una sola familia á todos los *santos* del cielo, de la tierra y del purgatorio; combate por todas partes el pecado y salva á los infelices pecadores arrepentidos, por medio del Bautismo y de los demás Sacramentos; nos dispone para la resurreccion de la carne que tendrá lugar en el dia del juicio final, y por último deposita en nombre de Jesucristo y por un efecto del amor infinito del Padre, deposita, digámoslo así, en el alma de cada uno de los fieles el gérmen de la vida eterna y bienaventurada.

Tal es el *Credo*, el compendio apostólico de la fe cristiana; tal es la grande y santa oracion que desde los Apóstoles resuena por toda la tierra como un grito de salud, verdad, adoracion y puro amor.

¡Salga á menudo de nuestros labios este grito divino; salga de lo íntimo de nuestros corazones, en los cuales arraigará y robustecerá la fe, fundamento de la vida cristiana y de la salvacion, al par que será enérgica profesion de la misma!

## El Confiteor.

Si despues del bautismo el cristiano fuese impecable, bastaríale honrar á Dios con la fe, la esperanza y el amor; pero desgraciadamente, en medio de las tentaciones y combates de la vida, conserva la triste posibilidad de pecar, y efectivamente peca con mucha frecuencia. Así, pues, no solo es una cosa justa, sino tambien absolutamente necesaria que á los actos de las virtudes teologales añadamos cada dia el acto de contricion, es decir que nos humillemos ante Dios, á quien hemos ofendido con nuestros pecados, y le manifestemos el dolor que sentimos por haberlos cometido. Por esta razon, al *Padre nuestro*, *Ave María* y *Credo*, que son actos de fe, esperanza y caridad, debemos añadir en nuestras oraciones de cada dia el hermoso acto de confesion contenido en el *Confiteor*.

El *Confiteor* es la cuarta gran oracion católica que la Iglesia hace rezar cada dia en la misa y en el oficio divino á todos sus ministros, y que aconseja á todos sus hijos. Nada tan sencillo, tan consolador y tan majestuoso como esta bella plegaria del arrepentimiento cristiano.

*Yo me confieso* quiere decir: yo reconozco que soy culpable; en efecto, la primera condicion y

tambien la primera muestra del verdadero arrepentimiento, es un reconocimiento sincero de la falta cometida. Sin este reconocimiento no hay humildad; sin humildad no hay arrepentimiento; sin arrepentimiento no hay perdon; y podríamos añadir: sin perdon no hay salvacion; pues todos indistintamente somos pecadores, y los mas grandes santos (á excepcion de la santísima Vírgen) son asimismo pecadores que han alcanzado perdon y se han purificado de las manchas del pecado.

Puesto que á Dios hemos ofendido con nuestros pecados, á Dios todopoderoso confesamos en primer lugar nuestras miserias; y con razon, pues es Dios, y como tal bondad infinita y al mismo tiempo santidad infinita, omnipotente en su bondad, y por consiguiente, si nos arrepentimos del fondo del corazon, tenemos derecho á esperarlo todo de su paternal misericordia.

No decimos «yo me confieso con mi Salvador Jesucristo,» por una razon muy profunda y consoladora; en efecto, Jesucristo mismo, Víctima de nuestros pecados, pide perdon á Dios, Padre suyo y nuestro, con nosotros, por nosotros y en nosotros. Nuestro arrepentimiento no llega hasta Dios y no alcanza el perdon, sino cuando va unido á la penitencia de nuestro divino Salvador. Jesús está en nosotros, orando interiormente con nosotros, alcanzándonos misericordia y dando á nuestra oracion y penitencia la eficacia de su propia penitencia y de

su omnipotente oracion. Al rezar, pues, el *Confiteor* y, en general, al pedir á Dios perdon de nuestros pecados, es necesario que nos unamos muy íntimamente con Jesús que, si se hizo el pecador de los pecadores y el penitente de los penitentes, fue para darnos á todos acceso al trono de Dios.

*Yo me confieso... con la bienaventurada Vírgen María.* Confesamos nuestros pecados á la santísima Vírgen, porque ella es el refugio de los pecadores, la salud de los enfermos, la puerta del cielo, la Madre de misericordia, la abogada y el auxilio de los cristianos. María en su bondad se compadece de los desventurados pecadores, como una madre de su hijo enfermo; ruega por ellos y con su poderosísimo valimiento alcanza, sobre todo en nuestros dias, gracias milagrosas é innumerables gracias de arrepentimiento y perdon.

*A san Miguel Arcángel*, que es el esclarecido vencedor de Satanás y el gran atleta de Jesucristo, pedímosle tambien que nos ayude y ruegue por nosotros; porque mas que nadie, puede él ayudarnos á destruir en nosotros el pecado, que es la obra de su enemigo y nos incorpora desde este mundo con la raza de los demonios. En efecto, ¿qué es un pecador impenitente y reprobado sino un demonio?

Exponemos en seguida nuestros pecados, nuestras lamentables caidas y debilidades *á san Juan Bautista, á los apóstoles san Pedro y san Pablo*, y finalmente *á todos los Santos*, porque todos ellos, y en

particular san Juan Bautista, san Pedro y san Pablo pueden asistirnos y alcanzarnos el perdon que solicitamos. San Juan Bautista, precursor de Jesucristo, preparó en nosotros los caminos del Señor; san Pedro, que tiene en sus manos las llaves del reino de los cielos, nos obtendrá la gracia de que seamos desatados de nuestros pecados; y san Pablo, el grande Apóstol de Jesucristo, nos salvará con su intercesion, como en otro tiempo salvó á la gentilidad pecadora con el celo de su predicacion y la sangre de su martirio.

Cuando confesamos nuestros pecados en el tribunal de la Penitencia, á los piés del sacerdote, depositario de las llaves de la Iglesia y del perdon de Jesucristo, añadimos «y á vos, Padre.» Y con mucha razon le damos el nombre de Padre; porque ¿qué es un padre sino el instrumento de que se sirve el Todopoderoso para dar la vida á una criatura? ¿Y qué hace el sacerdote al perdonarnos en nombre de Dios todas las culpas que hemos cometido, sino restituir ó dar de nuevo á nuestra alma la vida de la gracia que habia perdido? La Iglesia es por el Bautismo y los demás Sacramentos nuestra verdadera *madre;* su ministro, el sacerdote católico, es nuestro verdadero *padre* espiritual, el verdadero padre de nuestras almas. La absolucion es una resurreccion tan real como la de Lázaro. En el sacramento de la Penitencia estamos obligados á confesar minuciosamente al sacerdote todos

los pecados de que nos acordamos, porque Nuestro Señor lo quiere así: no nos los perdona sino con esta condicion, como lo explicamos arriba, al tratar de la Confesion sacramental.

¿Qué confesamos á Dios, á la santísima Vírgen y á los Santos? Que hemos pecado mucho, «de pensamiento, palabra y obra,» tres clases ó categorías de pecados que comprenden todos los que en este mundo puede cometer un hombre. Añadimos, dándonos, en señal de dolor y arrepentimiento, tres golpes en el pecho: «por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.» Enséñanos la Iglesia con esto que no hemos de aminorar ó atenuar nuestros pecados con vanas sutilezas, sino que por el contrario debemos reconocerlos plenamente y humillarnos con franqueza y de todo nuestro corazon. Despues pedimos á María santísima y á los mismos Santos (y en la Confesion al sacerdote), que se dignen rogar por nosotros al Señor, que es nuestro Dios así como el suyo.

El resultado de la humilde confesion de nuestros pecados es el perdon: y la Iglesia que conoce la bondad del corazon de Dios, nos hace decir inmediatamente: «¡Apiádase de nosotros Dios todopoderoso, y llévenos á la vida eterna! ¡Dígnase el omnipotente y misericordioso Señor concedernos la indulgencia, absolucion y remision de todos nuestros pecados! Amen.»

Todo cristiano debe saber el *Confiteor* en su pro-

pia legua y en latin, tan bien y corrientemente como el *Padre nuestro*. Cuando tengamos la desgracia de caer en alguna falta podemos rezarle con mucho provecho de nuestra alma; y así como el *Credo*, el *Ave María* y el *Padre nuestro*, jamás debemos omitir el *Confiteor* en el ejercicio de mañana y noche.

## El Rosario.

Era costumbre entre los pueblos de la antigüedad, en Oriente, ofrecer coronas de rosas á las personas distinguidas; y los primeros cristianos se complacian en honrar de este modo las imágenes de la santísima Vírgen María y las reliquias de los mártires.

Un ilustre obispo, san Gregorio Nazianzeno, que profesaba la mas tierna y ardiente devocion á la augusta Madre del Salvador, tuvo la inspiracion de sustituir á la corona material de rosas una corona espiritual de oraciones, persuadido de que esta seria mas agradable que aquella á la bienaventurada Reina de la Iglesia: y compuso al efecto una larga série ó corona de oraciones, tejida con las mas bellas alabanzas, con los mas gloriosos títulos y las mas excelentes prerogativas de María.

Santa Brígida, patrona de Irlanda, perfeccionó en el siglo V esta piadosa idea; y puso al alcance

de todos el pensamiento de san Gregorio, sustituyendo á las bellas oraciones que habia compuesto, pero que no conocia el vulgo, las mas bellas aun y mas populares, del *Credo*, *Padre nuestro* y *Ave María.* Y para que al rezarlas no se perdiese la cuenta, adoptó un índice ó señalador material muy en uso entre los anacoretas de la Tebaida, y ensartó en forma de corona granos de piedra y madera.— *Rosario* significa corona de rosas; de rosas espirituales, de oraciones llenas de amor con que adornamos las sienes de nuestra Madre.

En el *Rosario* tenemos, pues, una manera muy sencilla y fácil de rogar á Dios y de tributar á María los honores que le son debidos.

El *Rosario*, actualmente en uso en la Iglesia, consta de tres partes, cada una de las cuales se compone de *cinco decenas*, es decir, de cinco veces diez *Ave Marías*, separadas unas de otras por un *Padre nuestro;* de suerte que cada parte contiene cinco *Padre nuestros* y cincuenta *Ave Marías.*

Así dispuso esta admirable oracion, por expreso mandato de la bienaventurada Madre de Dios, santo Domingo, uno de los mas grandes Santos del Cristianismo y uno de los mas fervorosos hijos de la santísima Vírgen. Aprobado por los Soberanos Pontífices que lo enriquecieron con innumerables y preciosas indulgencias, el *Rosario* de santo Domingo se extendió rápidamente por todo el universo, y

ahora no hay familia cristiana que no tenga su Rosario.

El Rosario, segun la feliz idea de santa Brígida y santo Domingo, lo forman las dos mas sagradas oraciones de la Religion, á saber la *Oracion dominical* y la *Salutacion angélica.* La primera nos la enseñó Nuestro Señor Jesucristo; la segunda, en su primera parte, el arcángel san Gabriel; y en la segunda, el concilio general de Éfeso, reunido el año 431 por el Papa san Celestino, para condenar las blasfemias del arzobispo hereje llamado Nestorio, que atacaba el culto de la santísima Vírgen.

Los protestantes nos hacen un cargo de que digamos en el *Rosario* mas *Ave Marías* que *Padre nuestros*; cargo que, como todos los suyos, es completamente infundado. En efecto, decimos mas Ave Marías que Padre nuestros, pero no porque, como suponen ellos, honremos mas á la Vírgen que al mismo Dios, sino porque teniendo el Rosario por principal objeto tributar las debidas alabanzas á la Madre del Salvador, es muy natural que nos dirijamos á la misma de un modo particular. « Cada cosa en su tiempo y lugar » podríamos responderles.

El Rosario, dicen ciertos espíritus sútiles, será una devocion buena para las mujeres.— En primer lugar, no veo en qué superen tanto los hombres á las mujeres, ni relativamente al ingenio, ni en cuanto al corazon. En muchos casos las mujeres va-

len mas que los hombres. Y así decir « bueno para las mujeres» es no decir nada.

Pero además, ¿qué hay en el Rosario que no sea bueno para todo el mundo? ¿Será que el Padre nuestro sea bueno para los hombres, y no para las mujeres? ¿Acaso cuando el Salvador enseñaba á los Apóstoles esta sublime oracion, no hablaba sino con ellos, ó no se dirigia á las mujeres y á otros sin estas? Será que el Ave María no sea una oracion bastante elevada para los hombres? ¿ó bien la señal de la cruz?

No, nada hay en el Rosario que no haya sidó hecho para todos, hombres y mujeres, grandes y pequeños, jóvenes y ancianos, ricos y pobres. De ahí es que los hombres mas grandes de los modernos tiempos han rezado su Rosario como esas buenas mujeres á quienes miran con desden los *sprits forts*. Luis XIV, la gloria mas brillante de la monarquía francesa, Luis XIV rezaba cada dia el Rosario; habiéndole visto una noche con el Rosario en las manos uno de los cortesanos, menos devoto que su señor, le manifestó que le causaba sorpresa y admiracion ver que tan gran monarca rézara una oracion tan popular y sencilla. Reprendióle Luis XIV por esta observacion tan necia, y le dijo: «La Reina mi madre, me enseñó á rezar el Rosario, y desde mi infancia muy pocas veces, gracias á Dios, he faltado á esta práctica piadosa.»

El gran Bossuet, Fenelon, san Vicente de Paul,

san Cárlos Borromeo, san Francisco Javier y tantos otros, pagaban igualmente á la santísima Vírgen este tributo cotidiano de alabanzas, y san Francisco de Sales hasta habia hecho voto de rezar cada dia el Rosario.—Menester es que tenga desmedido orgullo quien se desdeñe de una oracion con la que se honraban estos grandes hombres.

El mejor modo, ó á lo menos el mas provechoso de rezar el Rosario es meditar, haciendo una corta pausa antes de cada decena, un misterio de la vida de Nuestro Señor, ó de su santísima Madre; pedir á Dios, por la intercesion de María, tal ó cual virtud que resplandece mas en este misterio y de la cual tenemos mayor necesidad; ó tambien rezar cada decena con una intencion especial, por ejemplo, para alcanzar de Dios tal ó cual gracia, la conversion de un amigo, de un padre, de una madre, de un hijo, la curacion de una enfermedad, un buen éxito en tal asunto, ó en caso de mal éxito; la resignacion y la paciencia, etc.

El rezo constante del Rosario es fecundo manantial de gracias espirituales y temporales.

Un predicador del siglo pasado fue llamado un dia para confesar á un jóven, á quien habia sobrevenido un ataque de apoplegía. Corre y encuentra al paciente privado de conocimiento. Celebra por el moribundo una misa votiva á la santísima Vírgen: apenas la habia concluido, viene un criado á anunciarle que su señor ha recobrado la palabra. ¡Cuán

agradablemente sorprendido quedó el confesor, cuando al llegar al lado del nuevo penitente, le encontró lleno de los mas vivos sentimientos de dolor y arrepentimiento, y ofreciendo á Dios su vida en expiacion de sus pecados. Aprovechando estas felices disposiciones, el predicador le confesó y le administró los últimos Sacramentos. No sabiendo á que atribuir su conversion, dirigió varias preguntas al jóven, el cual le respondió: « Padre, no puedo atribuir esta gracia sino al fervor de vuestras oraciones y de las de mi difunta madre; la cual estando para morir, me llamó y, hablándome de los peligros que iba á correr mi juventud, pronunció estas palabras que no se han borrado jamás de mi memoria: « Hijo « mio, la única cosa que me consuela es pensar que « te dejo bajo la proteccion de la Vírgen santísima; « prométeme que rezarás cada dia el Rosario. » Prometíselo, y confieso que de unos diez años á esta parte este es el único acto de religion que he practicado. » El confesor reconoció en esta relacion la proteccion visible de la Madre de Dios, proteccion que se manifestó hasta el último suspiro del enfermo, cuya muerte fue de las mas consoladoras y edificantes.

## La Misa.

General y por demás lamentable es la ignorancia que en nuestros dias reina sobre cási todos los puntos de la doctrina cristiana; pero acaso entre todos no hay uno tan ignorado, y á la par tan importante, como el que vamos á tratar. Es tan frecuente la práctica de él y produce tan abundantes y saludables frutos para el que sabe apreciarle, que bien puede llamársele *el alma del Cristianismo,* el centro y como el compendio de la religion de los cristianos. Hablo de la Misa.

La *misa* no es una oracion como las otras. Hay personas que creen que se puede suplir la misa con las vísperas ó algun otro ejercicio religioso. Grandemente yerran los que tal piensan: las vísperas son indudablemente un excelente ejercicio de piedad, pero en definitiva, no pasan de ser oraciones. Oracion es tambien la misa;, pero además y antes que oracion, es un *sacrificio*, y ¡ qué sacrificio! ¡Un sacrificio en el que Dios mismo se presenta ante su pueblo! un sacrificio en que el mismo Dios baja al altar para inmolarse como víctima!

El *sacrificio* es el acto mas santo del culto del verdadero Dios; porque el sacrificio es la ofrenda que se hace al Ser supremo, de la vida de una víc-

tima, para reconocerle por único soberano Señor de toda criatura.

Cuanto mas excelente es la víctima sacrificada, tanto mas excelente es el sacrificio; porque todo su mérito estriba en el valor y dignidad de la víctima que se inmola.—Júzguese por ahí de la *infinita* santidad del sacrificio de la cruz, en el cual Jesucristo, el Hijo eterno del Dios vivo, la segunda persona de la adorable Trinidad, Dios humanado, ofreció su propia vida al Padre eterno para tributarle un homenaje digno de él, es decir, infinito, con una expiacion igualmente infinita por todos los pecados del mundo.

¿Puede concebirse cosa alguna mas grande?

¡Pues bien! la *misa* tiene la misma grandeza infinita, puesto que es este mismo divino sacrificio de Jesucristo, continuado y renovado sin cesar al través de los siglos.

Realmente presente Jesucristo, aunque invisible en el Sacramento del altar, convierte por la omnipotente eficacia que dió á la palabra de sus sacerdotes, el pan y el vino en su propio cuerpo y en su propia sangre; y allí sobre el altar, en el momento santísimo de la *consagracion*, se ofrece de nuevo como víctima universal en presencia de Dios, su Padre; renueva el acto de voluntario ofrecimiento que dió á su pasion y muerte de cruz todo su infinito valor; é inmolándose así otra vez de una manera incruenta, hace que todas las generaciones huma-

nas asistan al único sacrificio que nos ha salvado.

El sacrificio, pues de la cruz y el de la misa no son *dos* sacrificios, sino el mismo y único sacrificio de Jesucristo, aunque ofrecido bajo dos formas diferentes. Así en la cruz como en el altar, la víctima es la misma, Jesucristo; y tanto en la cruz como en el altar, esta única víctima se ofrece á Dios con los mismos fines. Solo varia la forma exterior, las apariencias.

Así pues el momento mas solemne del sacrificio de la misa es el de la *consagracion* ó *elevacion*.

Para avisar á los asistentes que llega el momento en que el Señor descenderá sobre el altar y llenará el templo con la gloria de su divina presencia, se toca repetidas veces una campanilla. El que oye la misa, debe arrodillarse entonces, si no lo está ya, prosternarse, adorar profundamente la majestad de Jesucristo y unirse á Él para tributar por Él, con Él y en Él, el homenaje de adoracion, alabanza, amor y gratitud que toda criatura debe á su Dios y Señor, para pedirle el perdon de nuestros pecados y exponerle nuestras necesidades espirituales y temporales.

Comete una irreverencia el que, sin necesidad, permanece sentado ó en pié durante la elevacion; y con mas razon todavía el que habla, rie, mira á derecha é izquierda, como acostumbran muchos cristianos á medias; y aun debe procurarse no mover ruido en tan preciosos instantes. El que no guar-

dare la debida compostura en este solemne momento, daria á conocer que tiene muy debilitado y cási apagado todo sentimiento religioso. Si tuviesemos una fe viva, nos sentiríamos poseidos del mas profundo respeto y humildad á la presencia de un Dios que nos ha amado hasta el exceso.

Todo lo que en la misa precede á la consagracion es una preparacion para el augusto momento en que se consuma el sacrificio de Jesucristo; así como todo lo que sigue es complemento del mismo y una accion de gracias.

Nada tan solemne como todas las ceremonias de la misa; la mayor parte de ellas se remontan á los tiempos mas remotos.

Ya en los siglos I y II, empezaba, como ahora, la celebracion de los santos misterios con el canto de los salmos y con oraciones que el sacerdote rezaba en voz alta y á las cuales respondian los fieles, diciendo *amen*. El altar, levantado de ordinario sobre las reliquias de algun mártir, estaba adornado con cirios ó lámparas encendidas; quemábase incienso; y el sacerdote saludaba á los fieles reunidos, diciendo: *Dominus vobiscum*. Despues se leian las cartas (ó epístolas) de los Apóstoles, o bien algun pasaje de los profetas del Antiguo Testamento. Poníanse en pié los fieles para oir la lectura del sagrado Evangelio, que explicaba en una *homilia* (ó sermon) el sacerdote ú obispo celebrante. Despues de este discurso se rezaba el *Credo*

ó Símbolo de la fe cristiana. En seguida se ofrecia al sacerdote el pan, el vino, la cera y el aceite necesarios para el sacrificio y el culto. Antes de consagrar el pan y el cáliz, el sacerdote cantaba la gran oracion llamada *Prefacio* (es decir oracion que precede), y poco despues de la consagracion, el *Pater noster*, absolutamente como en nuestros dias. Antes de comulgar, los fieles se daban el ósculo de paz; despues daban gracias; el sacerdote daba la bendicion con la señal de la cruz y cada cual se retiraba llevando á Dios en el corazon.

Los protestantes van muy errados cuando pretenden que la *misa* es de institucion moderna. Jesucristo es el que en la memorable noche de la Cena, momentos antes de dar principio á su sangrienta pasion, ofreció por primera vez el sacrificio de la Eucaristía; y desde entonces los apóstoles, los obispos y los sacerdotes han celebrado la misa en todos los lugares y en todos los tiempos.

A menos de estar absolutamente impedidos, todos tenemos la obligacion de oir devotamente la misa en los domingos y dias festivos; y el que se precie de buen cristiano no debe faltar á ella en los dias laborables, si puede. No hay práctica de piedad que pueda compararse á esta. ¡Cuantos tendrian tiempo de ir cada mañana á recibir la bendicion de Jesucristo y que, á causa de su negligencia, se privan de gracias que les harian dichosos ya en esta vida!

## Las ceremonias de la Iglesia.

En todo tiempo la Religion se ha valido de ceremonias para expresar exteriormente la adoracion, la alabanza, las acciones de gracias y los otros sentimientos que inspira al corazon del hombre para con Dios.

Cuando estos actos, dejando de estar encerrados en el fondo del corazon, se manifiestan al exterior y se practican en público, están sujetos á ciertas formas: estas formas son las ceremonias que constituyen el culto público de los servidores de Dios.

Tomadas en su sentido mas lato, puede decirse que las ceremonias religiosas se remontan, no solo hasta los Apóstoles, sino hasta la misma cuna del género humano.

En efecto, en los Libros santos leemos que, despues de la creacion, Dios bendijo el séptimo dia y lo santificó, es decir lo destinó exclusivamente á su culto, enseñando á Adan, padre del género humano é hijo suyo adoptivo, la manera como debia emplear este dia bendito. La primitiva forma del culto externo, tributado públicamente al Señor, fue ampliada y desarrollada, por expresa órden del mismo Dios, en la ley escrita; y Moisés, el gran profeta de la religion judáica, recibió en la montaña del Sinaí, en

medio de truenos y relámpagos, las leyes ceremoniales que trasmitió al pueblo escogido.

Nuestros Señor Jesucristo, á pesar de haber venido al mundo para enseñar á los hombres á adorar á Dios *en espíritu y verdad*, no por esto suprime las ceremónias de la antigua ley; y no solo no las suprime, sino que conserva muchas de ellas, instituye otras nuevas y envia el Espíritu Santo á su Iglesia, para que se conserve y desarrolle su obra al través de los siglos.

Así es que vemos como, ya desde los mismos orígenes del Cristianismo, los Apóstoles dictan reglas y disposiciones sobre el culto divino, convocan reuniones religiosas, consagran ciertos edificios destinados para esas reuniones de cristianos, celebran el sacrificio de la Eucaristia, etc.; y san Pablo escribe á los fieles de Corinto que ha recibido de Jesucristo mismo, por revelacion, todo cuanto les tiene prescrito sobre el sacrificio y recepcion de la Eucaristía.

Los Apóstoles que continuaron reunidos en Jerusalen por espacio de algunos años despues de la Resurrccion y Ascension del salvador, celebraban juntos los divinos oficios, *y desempeñaban las funciones de su ministerio delante del Señor*, segun refiere san Lucas en el libro de los Actos de los Apóstoles. Cuando se hubieron dispersado por todo el mundo para predicar el Evangelio, instruyeron las cristiandades que formaban en las diversas naciones, en la

misma fe, en la misma moral y en el mismo culto. Así se explica como, á pesar de la diferencia de lenguas y de costumbres locales, las ceremonias sagradas sean idénticas en el fondo por todo el mundo católico. Por esto, las principales ceremonias con que se celebra el sacrificio eucarístico, son las mismas en todas partes: la señal de la cruz, el rezo ó canto de los Salmos, la lectura de los escritos inspirados del Antiguo y Nuevo Testamento, principalmente del sagrado Evangelio, seguida de la instruccion ú homilia en los domingos y dias festivos; la ofrenda del pan y del vino, materia de la Eucaristía; el Prefacio ó preparacion para el momento solemne de la consagracion; la consagracion de la sagrada Eucaristía, hecha por el obispo ó por el sacerdote, con las mismas palabras que pronunció el Salvador en la cena. Antes y despues, el *memento* ó plegaria por los vivos y por los difuntos; la oracion dominical, seguida del ósculo de paz; la comunion ó recepcion de la Eucaristía; la accion de gracias; la bendicion del sacerdote; el uso de vestiduras y ornamentos especiales, y la observancia de ciertos ritos. En una palabra, vese que por todas partes el fondo es el mismo y que solo en puntos secundarios hay diferencias; cuyo orígen se esplica fácilmente por la necesidad, en que sin duda se encontraron los Apóstoles y sus primeros sucesores, de acomodarse al genio y diversas costumbres de los pueblos, á fin de facilitar con esta con-

descendencia la propagacion del reino de Jesucristo. Y luego vino el tiempo á traer consigo modificaciones legitimadas por la autoridad de los Soberanos Pontífices, á quienes Jesucristo, Hijo de Dios, ha prometido su asistencia hasta la consumacion de los siglos y ha dado la mision de legislar sobre todo lo concerniente á la conservacion de la fe, de la moral y de la majestad del culto divino.

Estas ceremonias y antiguas fórmulas de oraciones, muchas de las cuales se remontan á los tiempos apostólicos y á los primeros siglos de la Iglesia, se conservan en ciertos libros, por cuya integridad velan los Papas y obispos; y son el *Misal*, el *Ritual*, el *Breviario* y el *Ceremonial*.

En algunos de los capítulos siguientes nos proponemos explicar brevemente las principales ceremonias de la Religion, y en particular hablarémos de las iglesias, de las ceremonias de la misa, de los ornamentos y vasos sagrados y, en fin, de los oficios de la tarde, tales como vísperas, completas y exposiciones. Con esta sencilla ojeada verémos cuán infundadas y absurdas son las preocupaciones que los impíos y protestantes abrigan contra la religion católica, la cual va apareciendo tanto mas santa, mas grande y mas digna de Dios y del hombre, cuanto mas á fondo se la conoce. «Una ciencia á medias, con razon decia en otro tiempo un célebre sábio inglés, el canciller Bacon; una ciencia á medias aleja de la Religion; pero una ciencia ver-

dadera y profunda conduce á la fe y confirma en ella al cristiano.»

## Las iglesias.

Hemos visto la importancia y la razon de las ceremonias del culto. Hemos visto que, no siendo el hombre un puro espíritu, sino un compuesto de cuerpo y alma, era muy natural y razonable que la Religion emplease el uno y la otra en el servicio del verdadero Dios, y que se valiese por medio de los sentidos del cuerpo para infundir en nuestra alma los sentimientos de fe, respeto y adoracion que constituyen al verdadero cristiano.

Al condenar cási por completo el uso de las ceremonias sagradas, los protestantes dan con este solo hecho una prueba palmaria de que su religion no procede de Aquel que nos hizo tales como somos; y así, no es de extrañar que bajo pretexto de perfeccionar y *reformar* la religion católica, solo hayan logrado *deformarlo* y desfigurarlo todo, causando la perdicion de innumerables almas.

Pero, como decíamos tambien, para que las ceremonias de la Religion alcancen el fin por que fueron instituidas y sean de algun provecho, es necesario que se sepa lo que significan. Empezarémos, pues, por algunas explicaciones generales sobre las iglesias y cosas sagradas, reservándonos explicar

en seguida mas detalladamente lo que se hace en la celebracion de la misa, en los oficios de la tarde, vísperas, manifiesto ó exposicion del Santísimo, etc.; las ceremonias con que se administran los Sacramentos, principalmente el Bautismo, Confirmacion, Confesion, Extremauncion y Matrimonio.

Dos cosas muy distintas significa la palabra *Iglesia*. 1.° Entiéndese por Iglesia la reunion total ó parcial de los fieles que profesan la ley de Dios, y forman en la tierra la grande y santa familia del Padre celestial; en este sentido, la Iglesia es una sociedad de hombres, no una casa de oracion. 2.° Dase igualmente el nombre de *iglesia* al edificio en que acostumbran reunirse los cristianos para tributar á Dios un culto público, tomando el continente por el contenido.

Las *iglesias* ó casas de oracion son unos lugares sagrados y bendecidos, que está expresamente prohibido emplear en otros usos fuera del culto divino.— Representan de una manera admirable la *Iglesia viviente* de que hemos hablado en primer lugar.—Las piedras que se emplean para construirlas representan á todos los cristianos cuya reunion constituye la Iglesia, y los pilares ó columnas que sostienen el edificio son una imágen de los pastores legítimos, de los obispos encargados de fundar y sostener el edificio espiritual de la fe. Y así como las paredes y columnas descansan todas sobre el pavimento del templo; sobre la base,

sobre los cimientos, de la misma manera los fieles y los obispos descansan y se apoyan todos sobre el Papa, Vicario de Jesucristo, Jefe y único fundamento de la santa Iglesia de Dios. La base, pues, de nuestras iglesias representa al Soberano Pontífice que es el inconmovible y firmísimo asiento sobre el cual se apoyan la fe, la doctrina, la moral, la disciplina, la liturgia, etc., y por decirlo de una vez, la Iglesia toda.

En segundo lugar, de la misma manera que la Iglesia de Jesucristo se compone de los Santos que están ya en el cielo, de los cristianos que luchan todavía en la tierra y de las santas almas que están esperando su libertad en el purgatorio, así tambien las iglesias materiales se componen del *coro*, destinado á los sacerdotes, imágenes (como dirémos despues), de los ángeles y bienaventurados, de la *nave*, destinada á los simples fieles, servidores y soldados de Jesucristo; y en fin del *cementerio* en donde descansan los restos de los cristianos que fallecieron, los cuales, á seguir siempre el verdadero espíritu de la liturgia, deberian ser enterrados bajo el pavimiento de los templos, ó á lo menos junto á ellos, á la sombra de sus paredes. Otro rasgo muy notable de semejanza existe, por fin, entre la *Iglesia viviente* de Jesucristo y los templos en que nos reunimos. Así como en la primera, Jesucristo, único Hijo de Dios, es el principio y el centro de toda la gloria de los ángeles y bienaventurados, de la santidad de

los cristianos que moran en la tierra y de las esperanzas de las almas del purgatorio, así tambien en nuestras iglesias todo el culto se ordena y dirige á la Eucaristía en la que reside el mismo Jesús en persona, presente en nuestros altares, para ser el centro de la Religion y nuestro mediador para con Dios. Las iglesias tienen ordinariamente una especie de torre mas alta que ellas, en cuya punta brilla la cruz, sagrado signo del Cristianismo, y á veces tambien la figura de un gallo, símbolo de la vigilancia con que debemos servir á Dios. Esta torre se llama *campanario*, porque en ella están las *campanas*, que sirven para convocar á todos los fieles con su majestuoso sonido.

Catorce siglos ha que la Iglesia católica emplea á este objeto las campanas, cuyo uso introdujo un santo obispo de la ciudad de Nola, en Italia, llamado san Paulino. Hasta entonces, para convocar á los fieles á las solemnidades y funciones que se celebraban en el templo, se habia recurrido á varios medios menos cómodos y sobre todo menos eficaces, tales como trompetas, matracas y hasta pregones ó anuncios hechos de viva voz.

A las campanas se las *bautiza*, es decir, se las bendice, para hacerlas dignas del santo uso á que se las destina, bendicion que no debe confudirse con el Bautismo propiamente dicho, en el que se aplican á las almas los méritos de Jesucristo para lavarlas de la mancha del pecado original, hacerlas

cristianas é introducirlas en la sociedad de los hijos de Dios.

Podríamos añadir aun muchos otros detalles interesantes sobre la forma y exterior de nuestras iglesias; pero no disponemos del espacio suficiente para tratar esta materia con la extension que requeriria su importancia é interés, y así nos contentarémos con llamar la atencion de nuestros lectores sobre los puntos mas esenciales.

## Los altares y los vasos sagrados

La parte mas noble de la iglesia es el coro ó presbiterio, es decir, el lugar reservado á los presbíteros; y la parte mas noble del presbiterio es el altar, ó sea el lugar donde se celebra el sacrificio de la misa.

La palabra *altar* viene de otra latina que significa *elevado*; y en efecto, el *altar* debe estar mas *elevado* que el pavimento: es decir, el altar no se puede levantar sobre el desnudo suelo, sino que debe subirse á él por tres gradas ó á lo menos por una. Esta elevacion de los altares significa la santidad del sacrificio que en ellos ofrece el sacerdote y de las oraciones que en nombre de todos los fieles dirige al cielo.

El altar debe estar adornado siempre con un crucifijo y algunas velas de cera; debe contener algunas reliquias que el obispo deposita en él al consagrarlo, y estar cubierto con tres manteles blancos, sin los cuales no se puede celebrar la misa.

El principal objeto á que están destinados los altares es la celebracion del incruento sacrificio y además cuanto concierne al culto ó distribucion del cuerpo de Jesucristo, presente en el santisimo Sacramento de la Eucaristía.

Los tres manteles blancos representan las tres divinas personas, distintas y á la vez inseparables. Está prohibido, por respeto á su santidad, poner en el altar cosa alguna que no sea necesaria para la celebracion del augusto sacrificio.

El *crucifijo*, colocado en medio del altar y sin el cual no se puede decir misa, tiene por objeto recordar al sacerdote y á los fieles que el sacrificio de la misa es el mismo que el de la cruz, en el cual Jesucristo, llevado de su infinito amor, quiso inmolarse por la salvacion del mundo.

A uno y otro lado del crucifijo deben encenderse cirios ó vela de cera; dos no mas, cuando es un simple sacerdote el que dice la misa; cuatro cuando es un obispo.

Estas luces representan á Jesucristo, verdadera luz del mundo, al cual da vida iluminándole con los dones del Espíritu Santo.

Símbolo del mismo misterio es la lámpara que dia y noche arde delante del Santísimo Sacramento. En las grandes iglesias de Roma, se encienden delante del tabernáculo, no una, sino siete lámparas, expresiva imágen de los siete dones del Espíritu Santo, de los cuales es principio y fecundo manantial Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y segunda persona de la Trinidad augustísima.

En el culto de la Eucaristía la Iglesia hace uso de tres clases de vasos sagrados; á saber: el *cáliz* que sirve para la celebracion de la misa; el *globo* ó *copon* en el que se guardan las formas consagradas, y que se colocan en el tabernáculo; y finalmente, el *viril* ó *custodia* que se emplea para las exposiciones solemnes del santísimo Sacramento y en las procesiones.

Es inútil que nos entretengamos en hacer notar la santidad de estos vasos sagrados, sobre todo del cáliz. En todos tiempos y hasta en medio de las crueles persecuciones de los primeros siglos, los cristianos se esmeraron siempre en tenerlos tan ricos y y magníficos como se lo permitian sus facultades; muchas veces los hicieron de oro y plata macizos, adornados de pedrería y primorosamente cincelados; aun hoy dia se procura hacerlos tan dignos como sea posible de su sublime destino, y siempre la parte de ellos que está en contacto inmediata con el Santisimo Sacramento, debe ir cubierta de una capa de oro. El oro, por su excelencia, es el símbolo

de la caridad; y la plata, por su blancura, el de la pureza é inocencia.

Hemos hablado ya de los *manteles*, que el obispo tiene derecho de bendecir; tócanos ahora decir una palabra de algunos otros lienzos sagrados que se emplean en la celebracion de la misa. El mas digno de veneracion de todos es el que se conoce con el nombre de *corporales*, porque el cuerpo de Jesucristo descansa sobre ellos durante el santo sacrificio. En el tabernáculo ó sagrario se ponen siempre unos corporales debajo del globo y de la custodia. El lienzo que se pone sobre el cáliz para enjugarle y purificarle, que por esta razon se llama *purificador*.

Solo á los eclesiásticos está permitido tocar los vasos y lienzos sagrados, á causa del respeto debido á cuanto se refiere á la sagrada Eucaristía.

# EXPLICACION
# DE LAS CEREMONIAS DE LA IGLESIA.

---

## Ornamentos sagrados.

En los primeros siglos del Cristianismo, los obispos y sacerdotes no se ponian para la celebracion del culto divino vestiduras de forma diferente de las

que se usaban en la vida ordinaria. Pero es cosa puesta fuera de toda duda que ya en tiempo de los Apóstoles se empleaban para el servicio del culto ricos vestidos, bordados muchas veces de oro y plata, á fin de realzar la majestad de los santos misterios.

Cuando despues de las persecuciones, la Iglesia contó entre sus hijos á los emperadores y á los grandes del mundo, rodeó el culto de un esplendor desconocido hasta entonces; y sus ministros vistieron en el altar, por respeto al santo sacrificio, magníficas telas de oro, de plata ó de seda.

Salvo algunas alteraciones poco esenciales, se ha conservado hasta nuestros dias la forma de los antiguos ornamentos. En la antigüedad consistian estos principalmente en un largo ropaje talar ó toga blanca, adornada con una *estola* ó banda de púrpura que se ponia sobre los hombros y caia por delante hasta los piés; en una ancha y rica capa llamada *casulla;* y finalmente, en un aro de oro con el que el sacerdote ceñia sus sienes.

A dichos ornamentos añadió la Iglesia, en el transcurso de los siglos, el *cíngulo* que sujeta los pliegues de la toga blanca llamada *alba* y el *manípulo*, ó banda de tela bordada que el sacerdote trae en el brazo izquierdo durante la celebracion de la misa. Para los obispos la diadema de oro ha sido reemplazada por la majestuosa mitra, símbolo de la divina dignidad real de Jesucristo.

Al principio, hasta el siglo V ó VI, los ornamentos sagrados eran siempre de color blanco. El blanco era el color del traje de la nobleza entre los romanos, y siempre ha sido considerado como glorioso símbolo de santidad é inocencia. Hasta seis ó setecientos años atrás no se odoptó de una manera general la diversidad de los colores *blanco, encarnado, verde, morado y negro* que ahora vemos empleados en la liturgia. Con ellos la Iglesia quiere representar, en lo posible, el sentido de los misterios cuya memoria celebra.

El antiguo uso del color *blanco* se ha conservado para las fiestas de Nuestro Señor Jesucristo, de la Vírgen y de los santos y santas no mártires. Los ornamentos *encarnados* se emplean para las fiestas de los mártires, ó sea de aquellos santos que ganaron el cielo derramando su sangre por Jesucristo; úsanse igualmente para las misas del Espíritu Santo, porque el dia de Pentecostés apareció en forma de lenguas de fuego; y tambien se usa de los mismos para celebrar la memoria de la sangrienta pasion del Salvador. El *verde*, que es poco usado, es el símbolo de la esperanza; finalmente el *morado* y el *negro*, colores de tristeza y emblemas de mortificacion, se emplean en los tiempos de penitencia, sobre todo en el Adviento y en la Cuaresma.

Todas las vestiduras y ropas litúrgicas deben ser bendecidas por el obispo ó por un sacerdote que delega al efecto.

La *sotana*, larga túnica, negra para los sacerdotes, morada para los obispos, encarnada para los cardenales y blanca para el Papa, no es un vestido sagrado, sino simplémente un traje especial para que los eclesiásticos se distingan del comun de los fieles, y tambien para que la gravedad del mismo sea una constante advertencia á los que se han consagrado al Señor, de cuán léjos debe estar su vida de la ligereza habitual de las personas mundanas. La diferencia de colores denota los diversos grados de la jerarquía eclesiástica.

Cuando los sacerdotes ejercen las funciones de su santo ministerio, traen sobre la sotana una vestidura blanca con anchas mangas (tiradas á veces para atrás en forma de alas), que se llama *sobrepelliz.* Es de color blanco para denotar que, siendo el sacerdote el ángel de la tierra, enviado por Dios para santificar á sus hermanos y enseñarles el camino del cielo, debe estar revestido siempre de la santidad de Jesucristo.

Llámase *roquete* otra vestidura eclesiástica con mangas estrechas que, como el sobrepelliz, baja hasta las rodillas. No es un vestido sacerdotal, sino mas bien una insignia propia de los prelados, la cual nunca puede reemplazar al sobrepelliz en la administracion de los Sacramentos y en los oficios de la Iglesia.

Para decir la misa, el sacerdote no se pone el sobrepelliz, sino el *alba,* la larga túnica de tela blan-

ca de que poco ha hablábamos. Cíñesela á la cintura por medio del *cíngulo* ( un cordon blanco ), que entre los romanos era el emblema de la gravedad y morigeracion de costumbres, de la decencia y de la pureza. En el brazo izquierdo lleva el *manípulo*, que en su orígen era un pañuelo destinado á enjugar, en caso de necesidad, las manos y el rostro.

El cuarto ornamento sacerdotal es la *estola*. El sacerdote se la pone sobre los hombros para significar el yugo de Jesucristo, y al cruzársela sobre el pecho le recuerda que para llevar bien éste yugo celestial debe llevar la cruz de cada dia, es decir, renunciar á las perversas inclinaciones de la naturaleza, morir al mundo, á la carne y al pecado.

Por último, el sacerdote se reviste la *casulla* que le cubre cási por entero, y con su anchura expresa la perfeccion de santidad necesaria para ofrecer dignamente el santo sacrificio. — La casulla tiene bordada una cruz en la parte anterior y posterior; en la anterior para recordar al sacerdote que debe imitar á Jesucristo crucificado; en la posterior, para recordar la misma obligacion á los fieles que asisten á la misa; en la anterior, porque el sacerdote ofrece la sangre de Jesucristo por la remision de sus propios pecados; en la posterior, porque tambien debe hacer penitencia y rogar por los de sus hermanos.

Terminarémos estas explicaciones diciendo una palabra sobre la *capa*, especie de manto que se usa

en los manifiestos, procesiones y otras funciones solemnes. Antiguamente era un gran manto con una capilla (de donde le ha venido el nombre de *capa)*, del cual se servian los eclesiásticos para las ceremonias religiosas que se hacian fuera de la iglesia, porque les ponia al abrigo de la lluvia y del polvo. Mucho tiempo ha que la capilla ó cogulla no sirve para cubrir la cabeza; ha cambiado la forma y se ha convertido en un simple ornamento enriquecido con franjas y bordados.

## Ceremonias de la Misa.

### DESDE EL PRINCIPIO HASTA LA EPÍSTOLA.

La *misa* es el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo, ofrecido por el ministerio de los sacerdotes, no bajo una forma sangrienta como en el Calvario, sino bajo las apariencias de pan y de vino.

El sacrificio de la misa y el de la cruz no son dos sacrificios distintos, sino un solo y mismo sacrificio; ya que es una misma é idéntica la víctima que en ambos se inmola y son unas mismas é idénticas las intenciones con que Jesucristo ofrece á su Padre celestial ambos sacrificios. Solo son diferentes las apariencias exteriores; de suerte que el sacrificio

del Calvario y el de nuestros altares no difieren en su esencia.

Las *ceremonias de la misa* son unos actos de religion y unos signos misteriosos que emplea la Iglesia en la celebracion de este adorable sacrificio, para dar mas realce á su majestad y fomentar la piedad de los fieles.

La *misa* se divide en tres partes principales, á saber: la preparacion para el sacrificio; el sacrificio propiamente dicho; y por último, la comunion y la accion de gracias.

La *preparacion* empieza desde que el sacerdote hace la señal de la cruz al pié de las gradas del altar y dura hasta la consagracion.

El *sacrificio propiamente dicho* consiste en la consagracion del pan y del vino.

La tercera parte comprende las acciones y oraciones que se dicen desde la consagracion exclusive hasta la conclusion del último Evangelio.

*Oir misa* quiere decir estar presente en la iglesia mientras el sacerdote ejecuta el conjunto de las ceremonias sagradas que vamos á explicar.

1.° *Preparacion para el sacrificio.*— Puede dividirse en cuatro partes distintas.

1.ª Las oraciones que el sacerdote y el clero (que responde en nombre del pueblo cristiano) rezan al pié y en el altar hasta la epístola;

2.ª Las instrucciones y la profesion de fe contenidas en la epístola, Evangelio y Credo;

3.ª La oblacion y santificacion del pan y del vino que han de ser consagrados;

4.ª Y por último, la solemne invocacion y las secretas oraciones del *Cánon*, que preceden inmediatamente á la consagracion de la Eucaristía.

El sacerdote y el clero empiezan haciendo la señal de la cruz, con lo cual indican desde luego que van á celebrar el sacrificio mismo del Salvador. Inclinados ó arrodillados ambos, sacerdote y clero, dan á entender con esta humilde postura el religioso acatamiento que es debido á la majestad de Dios y las humillaciones que aceptó Jesús, Dios eterno, en los sagrados misterios de la Encarnacion, de la Redencion y de la Eucaristía. Al rezar estas oraciones, y sobre todo el *Confiteor*, el sacerdote y los fieles deben excitarse á un sincero arrepentimiento de sus pecados que han sido la verdadera causa de los dolores y de la pasion de su Salvador Jesucristo.

Recuerden la dolorosa oracion de Jesús en el huerto de los olivos, en la cual postrado de hinojos y con el rostro pegado al suelo, pidió gracia por los pecadores y se ofreció al Padre celestial como víctima expiatoria de todos los extravíos del género humano. Con estos recuerdos y en union con Jesús penitente y víctima, debemos humillarnos al empezar la misa.

El sacerdote sube al altar. Como Jesucristo á quien representa, mediador entre Dios y los hombreo, empieza por besar el altar, pidiendo al Señor

que se digne conceder á todos el perdon de sus pecados, por los méritos de los Santos, cuyos restos descansan bajo el altar. Durante la misa, el sacerdote besa el altar *siete veces*, como *siete veces* dirige á los fieles el sagrado saludo: *¡Dominus vobiscum!* (¡sea con vosotros el Señor!). Este misterioso número significa los siete dones del Espíritu Santo, cuyo único manantial es Jesucristo que los comunica al mundo por los méritos de su sacrificio y los aplica por el ministerio de sus sacerdotes.

El sacerdote pasa luego al lado izquierdo del altar (á la derecha del espectador, es verdad, pero realmente á la izquierda del crucifijo y del tabernáculo, punto principal y centro de la Iglesia). Profundo sentido encierran las estaciones que el sacerdote hace ya en medio del altar, ya en su lado izquierdo, ya en el derecho. El lado izquierdo representa la antigua alianza de los patriarcas, de los profetas y de la ley de Moisés desde la creacion del mundo hasta la venida del Mesías. El derecho que es el mas digno y noble, representa la ley de gracia, la nueva alianza, desde la venida de Jesucristo hasta la conversion de los judíos, que se realizará en las últimas edades del mundo.

Colocado en medio del altar, en donde está la mayor parte de la misa, el sacerdote, viva imágen de Jesucristo, significa que el Hijo de Dios encarnado es el centro en que vienen á unirse la antigua y la nueva alianza.

La primera oracion que recita en el lado izquierdo se llama *Introito* (es decir, principio). La Iglesia expresa en ella de una manera general el objeto de las fiestas que se celebran durante el transcurso del año.

El sacerdote vuelve al medio del altar, y reza el *Kyrie eleison*, que consiste en tres invocaciones á cada una de las personas de la beatísima Trinidad. *Eleison* es una palabra griega que quiere decir *ten piedad.*

Viene despues el *Gloria in excelsis*, himno de gozo y de triunfo, que no se dice sino en los dias de fiesta ó en los tiempos de alegría. Las primeras palabras de este magnífico himno, son las que cantaron los ángeles el dia del nacimiento del Salvador; lo restante, compuesto mas de mil quinientos años ha por un grande obispo francés, san Hilario de Poitiers, viene á ser el desarrollo de este solemne exordio. Rezemos el *Gloria* uniéndonos al sacerdote y á los ángeles, que le asisten invisiblemente en el altar, para con ellos tributar á Dios la gloria que le es debida.

El sacerdote se vuelve en seguida de cara al pueblo, saludándole como de costumbre despues de haber besado el altar, para dar á entender que va á sacar del seno del mismo Dios las bendiciones que tiene la mision de derramar sobre la tierra. Dice en seguida la oracion llamada *colecta*, es decir, *union*, porque se hace en nombre de todos

los cristianos y es el resúmen de todas las peticiones. La Iglesia la termina siempre (la colecta) con una invocacion al nombre de Jesucristo, con el objeto de hacernos conocer bien que solo tenemos acceso á Dios por medio de aquel que reconcilió el mundo. Al empezar estas públicas oraciones, el sacerdote dice en alta voz: *Oremus*, es decir, oremos, á fin de excitar á los oyentes á rogar con fervor; y mientras las dice tiene las manos extendidas segun una antigua costumbre de la primitiva Iglesia, instituida por los Apóstoles sin duda para recordar á Jesucristo crucificado.

Aquí terminan las oraciones de la preparacion mas remota del sacrificio de la misa; sigue la lectura de la epístola y del Evangelio, así como el rezo del símbolo, de los cuales hablarémos en el capítulo siguiente.

## Ceremonias de la misa

### DESDE LA EPÍSTOLA HASTA EL CÁNON.

*Epístola* quiere decir *carta*; llámase así la primera lectura de la misa, porque ordinariamente está sacada de las inspiradas cartas de los Apóstoles. Decimos ordinariamente, porque algunas, aunque pocas veces, está sacada de los libros de los profetas del Antiguo Testamento.

Cuando ha terminado la lectura de la epístola, el sacerdote pasa al lado derecho del altar, significando con esto que Dios ha retirado su bendicion del pueblo judío, porque al rechazar á Jesucristo ha perdido la fe, y la ha transferido al pueblo cristiano que ha reconocido á este divino Salvador.

Así que el sacerdote empieza á leer el *Evangelio* todos los que oyen la misa se ponen en pié y se persignan. El Evangelio es la historia compendiada de las principales acciones y mas importantes enseñanzas del Salvador: acciones admirables y sublimes que debemos imitar en la medida que lo permitan nuestras débiles fuerzas; enseñanzas igualmente admirables y sublimes que debemos grabar en nuestra memoria para tenerlas por norma de nuestra conducta. Nos levantamos para escuchar las divinas palabras del Evangelio, demostrando con esto que estamos prontos á seguir y servir á nuestro adorable Maestro y á combatir por Él. Hacemos la señal de la cruz en la frente, para dar un público testimonio de que no nos avergonzamos de ser discípulos del Evangelio; hacémosla en los lábios, porque deben ser santos para pronunciar las divinas palabras del Salvador; y en el pecho, para arrojar de nuestro corazon al demonio y para prepararle á recibir con fruto la divina palabra.

Concluido el Evangelio, el sacerdote besa el libro en señal de respeto, y vuelve al medio del

altar en donde reza en alta voz el *Credo* ó fórmula abreviada de la fe cristiana, compuesta por los Apóstoles y desarrollada por los obispos del primer Concilio general celebrado en Nicea mil quinientos años ha.

Permanecemos en pié durante el Credo como durante el Evangelio, para protestar altamente de nuestras creencias y de nuestro firme propósito de conformar nuestra línea de conducta con las prescripciones de nuestra fe.

Sin embargo, por un sentimiento fácil de comprender, el sacerdote y los fieles hacen con gran reverencia una genuflexion al llegar al *incarnatus*, es decir al llegar á aquellas palabras en que se consigna que el Hijo eterno de Dios tomó carne en el seno de la Vírgen María y se hizo hombre para salvarnos. Al acabar el Credo, los fieles como el sacerdote hacen la señal de la cruz, que es el distintivo del cristiano.

Aquí terminan las dos primeras partes de la *preparacion de la misa*, que podríamos llamar *súplicas* é *instrucciones*.

Sigue inmediatamente el *Ofertorio*, ú ofrenda del pan y del vino, que por la consagracion se convertirán en cuerpo y sangre de Jesucristo; quien, al instituir la Eucaristía, enseñó por sí mismo á los Apóstoles cómo debian ofrecer el divino sacrificio, regla sagrada á la cual se ha atemparado siempre la Iglesia católica con severísima escrupulosidad.

no tolerando jamás la menor variacion ni en las divinas y omnipotentes palabras que pronunció el Redentor, ni en las augustas ceremonias que ejecutó en la memorable noche de la Cena.

Toma, pues, el sacerdote la patena (especie de pequeño plato dorado que va siempre con el cáliz), sobre la cual está el pan, ú hostia; y despues de levantar los ojos al cielo como para implorar sus bendiciones, eleva la hostia y la presenta á la santísima Trinidad, depositándola luego sobre los corporales, al mismo tiempo que forma sobre ellos la señal de la cruz con la patena.

Dirijese en seguida al lado de la epístola, en donde el monacillo le presenta sucesivamente la vinajera del vino y la del agua; despues de haberlas besado con respeto una y otra. El sacerdote bendice el agua y echa algunas gotas en el cáliz, en memoria de la misteriosa agua que salió del costado de Cristo, cuando el Centurion se lo atravesó con la lanza, así como para expresar el misterio de la Encarnacion, representando el vino, por su fuerza, la divinidad del Salvador, y siendo el agua figura de la humanidad, santificada por su union con la divinidad.

Volviendo al medio del altar, el sacerdote eleva y ofrece el cáliz, como antes elevó y ofreció la hostia; y levantando luego los ojos y las manos al cielo, invoca al Espíritu Santo, á fin de que con su divino fuego realice el sacrificio y los adorables

misterios de la Encarnacion y Redencion. El lavatorio de manos, que sigue inmediatamente á estas hermosas ceremonias, es símbolo de la perfecta pureza de corazon con que debe el sacerdote tratar los misterios del cuerpo y sangre del Señor. Vuélvese en seguida hácia los asistentes para invitarles por última vez á que unan sus preces con las que él va á dirigir al Altísimo; y despues de algunas oraciones secretas empieza la magnífica invocacion, usada desde los primitivos tiempos del cristianismo, que se llama *prefacio* (de una palabra latina *præfari*, que significa *oraciones que deben rezarse* antes de la consagracion). Al acabar el prefacio con la triple invocacion: *Sanctus, Sanctus Sanctus Dominus, Deus Sabaoth...*, es decir, *Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos...*, el monacillo, ó el que ayuda la misa, toca por tres veces la campanilla para avisar á los asistentes que se arrodillen, si no lo están ya, y se recojan mas íntimamente á causa de la consagracion que se prepara. Levántase despues de haber tocado la campanilla, y enciende, en algunas partes, un tercer cirio, llamado el cirio de la comunion, porque no se apaga hasta despues de la comunion del sacerdote y de los fieles; retírale entonces del altar y lo deja en la *credencia* (mesita colocada cerca del altar, en la que se pone lo que debe servir para la misa.) Este cirio de que hablamos, á mas de indicar á los fieles la presencia de Jesucristo en el altar, repre-

senta por medio de la blancura de la cera y de su luz, la divina pureza de Jesucristo, luz del mundo, que iluminará las almas de los fieles y las abrasa con los ardores del Espíritu Santo.

Las sublimes oraciones que el sacerdote reza en voz baja antes y despues de la consagracion, constituyen lo que se llama *cánon* de la misa, palabra griega que significa *regla*. Dáselas este nombre á dichas oraciones, porque son invariablemente las mismas por toda la Iglesia latina, al paso que en las otras menos solemnes de la misa se han introducido y adoptado algunas modificaciones. Una parte del cánon la formuló el mismo apóstol san Pedro, y cuando sus sucesores los Soberanos Pontífices han juzgado conveniente añadirle algunas palabras, hánse considerado estas adiciones como un hecho de tanta importancia, que se le ha hecho constar en la historia de la Iglesia: tan venerable y venerada es la solemnidad de estas antiguas fórmulas.

Así es que desde el siglo VI no seha añadido ni quitado un ápice del cánon de la misa, tal como lo rezamos hoy dia. Dícelo el sacerdote en voz baja por un sentimiento de respeto y veneracion, y para indicar la inconmensurable grandeza del misterio del altar. Por muchos siglos solo tuvieron conocimiento de las oraciones del cánon los ministros del santuario, y prohibióse muchas veces traducirlas en lengua vulgar; contentándose los fieles con

unirse de corazon á las oraciones del sacerdote. Y efectivamente, en momentos tan solemnes es preferible el recogimiento del espíritu y de los sentidos á cualquier oracion que podamos leer ó rezar.

## Ceremonias de la misa.

### DESDE EL CÁNON HASTA EL FIN.

Como ya dijimos en otro lugar, solo la *consagracion* constituye el sacrificio de la Eucaristía; de suerte que cuanto la precede no es sino una preparacion para ella, así como todo lo que la sigue no es sino su complemento y aplicacion.

Cuando el sacerdote, preparado y santificado por los ritos que hemos explicado hasta ahora, ha llegado á este solemne momento, toma la hostia en sus manos consagradas, é identificándose completamente con Jesucristo, soberano sacerdote y soberana víctima del sacrificio, ejecuta las acciones y pronuncia las palabras que por primera vez ejecutó y pronunció el Hijo de Dios en la sacratísima Cena, cuando instituyera la Eucaristía. De ahí es que no habla ya el hombre, sino que Jesucristo mismo habla por boca de su sacerdote, el cual armado con la omnipotente fuerza de aquella palabra divina que sacó al mundo de la nada, convierte el pan en el

Cuerpo adorable, y el vino en la preciosa Sangre del Redentor; no quedando en el altar sino las *apariencias* (ó *especies*) de pan y de vino, que cual túpido velo ocultan á nuestras miradas á Jesucristo, vivo y realmente presente con su divinidad y sacratísima humanidad.

Ante la majestad de Dios que tiene en sus manos, el sacerdete se inclina en señal de acatamiento y adoracion; luego elevando la sagrada hostia y el cáliz sobre su cabeza, le presenta á la adoracion de los fieles, á quienes el sonido de la campanilla, que por tres veces toca el monacillo, advierte que se prosternen; y despues le deja en el altar, en donde está hasta la comunion. Permanezcamos, pues, arrodillados á lo menos mientras Dios está presente haciendo del fondo de nuestro corazon actos de fe, de adoracion, de amor, de contricion y de agradecimiento por los innumerables beneficios que de Él hemos recibido y estamos recibiendo sin cesar; aprovechemos tan preciosos instantes para pedir al Salvador cuanto nos sea necesario para el alma y para el cuerpo, para el tiempo y para la eternidad. Si hay tantas personas que no guardan la debida compostura en la misa, débese á la falta de fe y á que no saben los grandes misterios simbolizados ó realizados por las augustas ceremonias de la misma, ceremonias que juzgan como meras exterioridades.

El solemne silencio de que está rodeada la con-

sagracion, desde el *Sanctus* hasta el *Pater*, solo lo interrumpe una vez el sacerdote para pronunciar á media voz el *Nobis quoque peccatoribus: tambien para nosotros pecadores*, etc., conmovedora exclamacion de humildad, terminando poco despues la secreta oracion del cánon con el gran recuerdo de la eternidad: *Per omnia sæcula sæculorum: por todos los siglos de los siglos.* En nombre de los asistentes responde el monacillo: *Amen,* palabra hebrea, griega y latina, que quiere decir: *Así es* y *así sea,* expresando á un mismo tiempo la fe y los deseos del pueblo cristiano.

Durante el cánon de la misa, el sacerdote hace repetidas veces el señal de la cruz sobre la hostia y el cáliz, cruces cuyo profundo sentido recuerda la economía total del misterio de Jesucristo. Cuando hace tres cruces consecutivas sobre la Eucaristía, representa las tres fases de la gran victoria de Cristo sobre Satanás, príncipe de los pecadores y usurpador de su imperio; la primera que terminó con un diluvio; la segunda que terminó en la sangrienta tragedia del Calvario, y la tercera que terminará con el fuego despues de la completa derrota del Anticristo, cuando el Espíritu Santo purificará para siempre las criaturas. Al formar el sacerdote consecutivamente dos cruces sobre la hostia, y luego otras dos sobre el cáliz, simboliza las dos venidas de Nuestro Señor Jesucristo; representada la primera por la sagrada hostia, y la segunda por el sagrado cáliz; y

así como las dos especies consagradas no son sino una misma y sola Eucaristía, un solo y mismo Jesús, un solo y mismo misterio, así tambien las dos venidas del Hijo de Dios, aunque distintas y separadas una de otra por luengos siglos, no son sino un solo y mismo misterio, á saber el misterio de Jesucristo, de la gracia y de la Iglesia.

Despues de las oraciones secretas del cánon, el sacerdote dice en voz alta y en nombre de los fieles el *Pater*, la sublime oracion que enseñó á su Iglesia el mismo Señor que está presente en el altar. En seguida el sacerdote parte la hostia en dos fracciones, imitando á Jesucristo que en la última noche de la Cena partió el pan, antes de distribuirlo á sus discípulos, y significando tambien con esta ceremonia, de una manera mística, la separacion del alma y del cuerpo del Salvador en el cruento sacrificio del Calvario. Invoca luego por tres veces, con el tierno título de *cordero de Dios*, la grande y universal víctima de los pecados del mundo, que á la par reina gloriosa y omnipotente y se anonada cada dia por nosotros en el sagrado misterio de la Eucaristía.

El sacerdote va á *comulgar*, es decir va á recibir, va á unirse íntimamente con su Criador y Salvador Jesucristo; toma entonces con la mano izquierda el pan vivo bajado del cielo, y penetrado de su indignidad, exclama por tres veces, dándose con la derecha tres golpes en el pecho: « Señor, no

soy digno de que entres en mi casa, dí solamente una palabra, y mi alma quedará sana.» Comulga, y despues de haberse recogido interiormente para admirar las finezas de aquel Dios que es todo amor, y del cual es templo vivo, hasta en cuanto al cuerpo, toma el cáliz, hace sobre sí la señal de la cruz y comulga bajo la segunda especie.

Si se presentan algunos fieles para participar del divino sacrificio, el monacillo reza en alta voz el *Confiteor;* y los que han de comulgar, arrodillados al pié del altar ó delante de la balaustrada, llamada la *mesa de la comunion*, cojen los manteles con ambas manos á fin de que, si por desgracia se le escapara al sacerdote la hostia, no caiga en tierra. Cuando el sacerdote pone la sagrada forma sobre los lábios de los fieles, dirige á cada uno en particular las siguientes palabras, que expresan el vivo deseo que le anima á él y á la Iglesia, de que tan santa accion redunde en provecho espiritual del comulgante: «El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma hasta darle posesion de la vida eterna.»

Despues de comulgar, el sacerdote purifica primero el cáliz, y luego sus manos que han tocado el Santísimo Sacramento, con un poco de vino y agua que le echa el monacillo; despues enjuga el cáliz, dobla los corporales y el purificador, vuelve á ponerlo todo en su primitivo lugar y lo cubre con un velo, que se llama el *cubrecáliz.*

Mientras el sacerdote arregla el cáliz, como acabamos de decir, el monacillo pasa el *Misal* del lado derecho al izquierdo del altar, símbolo de la futura conversion de los judíos, del antiguo pueblo de Dios destinado á participar tambien de la luz del Evangelio antes del fin del mundo. Y así como, segun las profecías de la Escritura, esta conversion de los judíos no se verificará hasta las últimas edades, así tambien la ceremonia que la figura se ejecuta poco antes de acabar la misa.

Por última vez se vuelve el sacerdote de cara á los fieles, les despide y les bendice en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, haciendo sobre ellos la señal de eterna salud; ceremonia sublime en la que el sacerdote es vivísima imágen de Jesucristo, cuando en su última venida aparecerá á los hombres á la fin de los siglos, y terminará la obra de su Iglesia con esta bendicion suprema: «Venid á mí, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo.»

Antiguamente la misa concluia con la bendicion, despues de la cual el sacerdote bajaba del altar recitando los primeros versículos del Evangelio de san Juan; pero hoy dia ha prevalecido la costumbre del principio de dicho Evangelio en el extremo derecho del mismo altar.

¡ Quiera Dios que lo poco que hemos dicho acreciente vuestro respeto y reverencia á las cosas de

la Iglesia, y que en adelante oigais con mas devocion y fervor el adorable sacrificio de la misa!

## Ceremonias del oficio ó misa cantada.

Hay *misa rezada* y *misa cantada* ú *oficio*.

Tan excelente y tan valiosa á los ojos de Dios la primera como la segunda, no difieren sino en la solemnidad exterior de las ceremonias.

El nombre con que se designa la una y la otra explica por sí solo su principal diferencia. No siempre emplearon los cristianos el canto en el culto de Dios, y parece fuera de duda que en los tres primeros siglos de la Iglesia se contentaban con rezar las sagradas oraciones. Pero cuando hubo cesado el furor de las persecuciones y la conversion del imperio romano les permitió celebrar sin temor los santos misterios, apresuráronse á realzar su divina majestad, no solo con la magnificencia de las iglesias, ornamentos y vasos sagrados, sino tambien con el canto. Uno de los mas grandes papas que han gobernado la Iglesia, san Gregorio el Grande, no creyó faltar á su suprema dignidad, escribiendo por sí mismo y regulando el canto eclesiástico ó *canto-llano*, llamado por esta razon canto *gregoriano*.

San Gregorio recogió y corrigió los cantos sagra-

dos que estaban ya en uso y añadió otros muchos que él mismo habia compuesto.

En el transcurso de los siglos, grandes santos, papas, obispos, monjes, emperadores ó reyes, y á veces hasta piadosas reinas, enriquecieron con sus composiciones la venerable coleccion que aun en nuestros dias se conoce con el nombre de *Canto romano*. En Francia, en el siglo pasado, algunos, que son siempre amigos de novedades, quisieron corregirlo, y solo lograron despojarlo de su cadencia y armonía.

En otro tiempo el cantar las alabanzas de Dios era una cosa reservada exclusivamente á los eclesiáticos consagrados por entero al servicio del altar; mas hoy, que ha disminuido mucho el número de los ministros del santuario, los cantores son por lo comun laicos que desempeñan esta funcion, sea por celo religioso, sea por un salario.

Dichos cantores van revestidos de sotana y sobrepelliz en las misas cantadas y otros oficios, vestigios de la antigua costumbre (1).

En la misa solemne hay algunos trozos, como el *Kyrie*, el *Gloria*, el *Credo*, el *Sanctus* y el *Agnus Dei*, y las cortas respuestas á las palabras del sacerdote: *Et cum spiritu tuo, Deo gratias*, *Amen*, etc., que deben ser cantados por *todos los fieles*, y enton-

(1) Recuérdese que el Autor es francés y habla, por consiguiente, de costumbres vigentes en su patria.

ces los cantores no hacen sino dirigir y sostener el canto. Permítasenos insistir sobre esta observacion: los oficios públicos se han hecho para que los *cantara* el público que á ellos asiste; y si los fieles tomaran en ellos la participacion conveniente, ó mas bien debida, no se cansarian y fastidiarian como les acontece tan á menudo. Nada tan bello, tan conmovedor, tan majestuoso como una misa solemne ó unas vísperas cantadas por todo el pueblo.

Habiendo ya explicado las ceremonias de la misa rezada, y siendo iguales en el fondo la rezada y la solemne, añadirémos muy pocas palabras para explicar el sentido de algunos ritos propios de la última.

La primera de dichas ceremonias ó ritos es la *aspersion del agua bendita.* Antes de la misa, el sacerdote recorre las filas de asistentes, y derrama sobre sus cabezas algunas gotas del agua que acaba de santificar con especiales bendiciones; recordando con esto al pueblo cristiano cuán santa debe ser su vida, y con qué pureza de corazon debe asistir á los santos misterios.

Este mismo objeto tiene el agua bendita que hay siempre á la puerta de la iglesia, para que se persignen con la misma.

Despues de la aspersion y antes de la misa viene la *procesion*, bella y grandiosa ceremonia, usada desde los primeros siglos, que encierra un profundo sentido.

La *procesion* de que hablamos figura y simboliza la marcha de la Iglesia á través de los siglos. Efectivamente, así como la procesion sale de la sacristía para volver á entrar en ella, despues de haber recorrido todo el templo llevando á su frente la cruz de Jesucristo y presidida por el sacerdote, viva imágen de Jesús, así tambien la Iglesia, que salió del seno de su Criador para volver á Él á la fin de los siglos, tiene por cabeza á Jesucristo, Hijo de Dios, principio y fin de todas las cosas, el único que es el camino, la verdad y la vida; bajo cuyo divino estandarte debemos marchar y con el cual debemos unirnos si hemos de abrigar la esperanza de entrar un dia en nuestra patria celestial.—Despréndese de ahí, que es altamente ridículo criticar á los cristianos piadosos que se complacen en formar parte de las procesiones.

En la misa solemne asisten al celebrante en el altar dos ministros sagrados, llamados *diácono* y *subdiácono*. El subdiácono representa el Antiguo Testamento, es decir á los patriarcas, profetas y santos de la antigua ley, y al pueblo de Dios que tenia la mision de dar al mundo la sacrosanta humanidad del futuro Salvador; así es que el deber del subdiácono es preparar el pan y el vino, destinados á convertirse por la consagracion eucarística en el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y cantar en medio de la asamblea de los fieles las profecías y las epístolas. Y de la misma manera que

la antigua alianza, despues de haber preparado y dado á luz la santa humanidad de Jesucristo, desconoció al Redentor y no supo aprovecharse de su sacrificio; del mismo modo el subdiácono, despues de haber presentado al diácono la materia del sacrificio, baja á la parte inferior del altar, extraño por decirlo así á los misterios que en él se realizan, y permanece envuelto en un largo velo desde el ofertorio hasta el *Pater noster*, teniendo la patena levantada á la altura de los ojos para significar la ceguera del pueblo judío. Pero como esta ceguera debe cesar algun tiempo antes del juicio final, y el antiguo pueblo de Dios se convertirá y participará de los méritos del Salvador, el subdiácono vuelve á subir, despues del *Pater noster*, al lado del celebrante, figura de Jesucristo, y comulga despues del diácono, símbolo del pueblo cristiano.

Solo el diácono, en su calidad de representante de la nueva alianza, está encargado de cantar el Evangelio y de asistir al sacerdote durante toda la misa. Nada tan imponente como el rito solemne del canto del Evangelio. Despues de haber dejado el libro sagrado sobre el altar, en el mismo lugar en que reposará muy luego el cuerpo del Señor, el diácono se inclina profundamente y pide á Dios que purifique su corazon y sus labios, á fin de que pueda anunciar dignamente la divina palabra. Toma en seguida el libro y, apoyándolo en el pecho, recibe la bendicion del celebrante y va con gravedad al si-

tio en donde ha de cantar el Evangelio, precedido, en algunas partes, de la cruz y de los acólitos que llevan el incensario y los candelabros con cirios encendidos. La cruz significa que el Evangelio contiene la ley de un Dios crucificado, y los cirios que la palabra de Jesucristo es la luz del mundo; el incienso es un homenaje tributado á la divinidad de Jesús.

Cuando ha terminado la santa lectura, el subdiácono toma el libro y lo trae abierto al celebrante, el cual lo besa diciendo: «Perdonados sean nuestros pecados por las palabras del Evangelio.»

Despues del Evangelio tiene lugar la plática, sermon ó instruccion familiar que el párroco, ó el que hace sus veces, dirige cada domingo al pueblo, la cual consiste ordinariamente en una explicacion del Evangelio que se acaba de leer.

Por último, otra ceremonia en que se diferencia la misa solemne de la rezada es la bendicion y el uso del *incienso*, símbolo de la oracion de los fieles.

## Gloria in excelsis Deo.

Así empieza una de las mas bellas oraciones de la Iglesia católica, tomada del cántico con que en la noche de Navidad celebraron los ángeles el nacimiento de Jesucristo, Rey eterno, adorable Criador,

omnipotente Señor, y bondadosísimo, dulcísimo y misericordiosísimo Salvador.

Despues de haber implorado el perdon de los pecados con el *Kyrie eleison*, el ministro de Dios, levantando los ojos y las manos al cielo, entona ó reza en voz alta el himno angélico:

¡GLORIA IN EXCELSIS DEO!

¡Gloria á Dios en las altas alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad! Alabámoste. Bendecímoste. Adorámoste. Glorificámoste. Dámoste gracias por tu inmensa gloria. ¡O Señor Dios, Rey celestial! ¡Dios, Padre todopoderoso! ¡Dios, Hijo unigénito de Dios, Jesucristo, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, Tú que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros. Tú que quitas los pecados del mundo, oye benigno nuestra plegaria deprecacion. Tú que estás sentado á la diestra del Padre, compadécete de nosotros. Pues, Tú solo eres Santo; Tú solo Señor; Tú solo Altísimo, ó Jesucristo, con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre. Amen!

Las primeras palabras de este magnífico himno están sacadas textualmente del Evangelio. Los santos ángeles enviados por Dios á los pastores de Belén para anunciarles la venida de Jesucristo, fueron los que por primera vez cantaron: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» El sacerdote, igualmente

enviado de Dios cerca los hombres, les dirige las mismas palabras al principio de la misa, para decirles que se preparen dignamente á recibir á Jesucristo que va á descender sobre el altar, humilde, oculto, pequeño como en el pesebre, y velando su divina majestad bajo las apariencias de la hostia en el misterio del Santísimo Sacramento.

Los pastores de Belén, hombres rectos y religiosos, respondieron fielmente á la invitacion del cielo, creyeron, adoraron, alabaron y bendijeron de todo corazon al Dios eterno que se les aparecia como tierno niño; y aunque oculto tras el velo de carne mortal, reconocieron en él por la fe al Hijo de Dios, eterno é infinito, que adoran los ángeles en el cielo con el Padre y el Espíritu Santo. Así debemos hacerlo todos nosotros los cristianos; así debemos corresponder á la invitacion de nuestros sacerdotes; así debemos decir del fondo del corazon á Jesucristo que va á bajar muy luego sobre nuestros altares: «Bendecímoste, adorámoste, dámoste gracias, Señor Dios, Rey del cielo, Padre todopoderoso que eres Dios; Señor Jesús, verdadero Hijo de Dios, y pedímoste misericordia porque Tú eres el solo Dios Altísimo con el Padre y el Espíritu Santo en el cielo.»

Como hemos dicho ya en otro lugar, las palabras del *Gloria* que siguen á la dulce invitacion de los ángeles, se remontan á los primeros siglos de la Iglesia. Muchos sábios las atribuyen al papa san Telesforo, que sufrió el martirio en el siglo segundo;

muchos otros al gran san Hilario, obispo de Poitiers y lumbrera de nuestras iglesias de las Galias en el siglo IV. Lo cierto es que esta bella oracion expone de un modo admirable la fe católica sobre el misterio de la Encarnacion, atacado en tiempo de Hilario por la herejía de los arrianos y enérgicamente defendido por aquel grande Obispo. Pretendian los arrianos que el Hijo de Dios no era igual en todo al Padre y al Espíritu Santo, y que por lo tanto Jesucristo, que es el Hijo de Dios hecho hombre, era inferior á su Padre; pero á este error contesta victoriosamente el *Gloria*, cuando al dirigirnos á Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, pone en nuestra boca las palabras: «Adorámoste, Señor Jesucristo, único Hijo de Dios, Señor Dios, Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo; ten piedad de nosotros, dígnate acoger nuestras súplicas; compadécete de nosotros, Tú que estás sentado á la diestra del Padre (es decir que eres igual á Él en dignidad y en poder); porque, ó Jesus, solo Tú eres el Santo, solo Tú eres el Señor, solo Tú eres el Altísimo, con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre.»

Así, pues, debemos cantar siempre el *Gloria* con un vivo sentimiento de fe y amor á Jesucristo, identificándonos así con los sentimientos de los ángeles que asisten invisiblemente al sacerdote en el altar mientras celebra el santo sacrificio de la misa.

## Las vísperas y la exposicion.

El oficio de la tarde se compone por lo comun de cantos y oraciones, llamadas *vísperas*, *completas* y *manifiestos* ó *exposiciones*.

*Vísperas*, significa plegaria de la tarde, ó mejor del anochecer.

No hay una obligacion estricta y rigurosa de asistir al oficio de la tarde; pero los buenos cristianos se hacen un deber de no faltar á él. En otro tiempo la asistencia á las vísperas se consideraba obligatoria como la asistencia á la misa. Las *vísperas* se componen ordinariamente de cinco salmos, un himno, el cántico *Magnificat* y una oracion. Despues de haber rezado en voz baja el *Pater* y el *Ave Maria*, el celebrante revestido con los hábitos de coro ó con el sobrepelliz, en pié y vuelto de cara al altar, hace la señal de la cruz para manifestar que nuestras oraciones no podrian llegar hasta Dios si no fuera por los méritos de Jesucristo crucificado, y canta al propio tiempo las siguientes palabras con que empiezan siempre los divinos oficios: *Deus in adjutorium meum intende*: *Señor, ven en mi auxilio*. Mil doscientos años ha dispuso el papa san Gregorio el Grande que al principio de cada una de las Horas canónicas se rezara dicho versículo, sacado del sal-

mo LXIX: síguelo el *Gloria Patri*, ó invocacion á la Santísima Trinidad, en honor de la cual se reunen los fieles para orar. *Alleluia* es una palabra hebrea que significa *gloria á Dios.*

Sin que sea nuestro ánimo descender aquí á pormenores sobre los salmos, nos contentarémos con decir que es cási imposible juzgar de la admirable belleza de estos sagrados cánticos por las ordinarias traducciones que se leen en nuestros devocionarios; y no es por culpa de los traductores; porque se puede afirmar sin temor que los salmos son intraducibles en francés (1). Ya al pasar del hebreo, que es la lengua original en que fueron escritos, á la latina, dicen los sabios que han perdido mucho; y una segunda traduccion les hace perder todavía mas de su hermosura. Inspirados por el Espíritu Santo, los salmos, en número de ciento cincuenta, expresan todos los sentimientos íntimos de Jesucristo, de la Iglesia y de las almas de los fieles, formando uno de los mas preciosos libros de la sagrada Escritura. Cási todos los compuso el profeta rey David, unos mil años antes de la venida del Salvador; y están llenos de sublimes profecías relativas al Hijo de Dios, el cual en persona declaró que « de él habia escrito David en los salmos.»

(1) Téngase siempre presente que el Autor es francés: pero sobre este particular lo mismo podria decirse poco mas ó menos de todas las lenguas modernas.

Las vísperas empiezan cási siempre con el salmo *Dixit Dominus*, etc. Este salmo, que Jesucristo se aplicó á sí mismo á la presencia de los fariseos que habian ido para tentarle, resume en algunos versículos la divinidad, la encarnacion, el sacerdocio, la omnipotencia, el reinado y los padecimientos del Salvador.

En el canto de los salmos se emplean diferentes modulaciones llamadas *tonos*, cuya armonía llena de grandiosidad y verdaderamente religiosa, causa en el alma impresiones dignas de la santidad del Cristianismo: muchos de ellos están tomados del canto griego, llevando, por consiguiente, el sello de la mas remota antigüedad. Repetirémos aquí lo que hemos dicho para la misa solemne: Los salmos no son simplemente oraciones, sino que son *cantos de oraciones*. Es necesario *cantarlos* y no contentarse con rezarlos ó escucharlos; la deplorable costumbre que tienen los cristianos de muchas comarcas de Francia, de abstenerse de cantar en las vísperas y en las exposiciones del Santísimo Sacramento, quitan á estos oficios su interés y solemnidad.

Todos los salmos acaban con la alabanza de la Santísima Trinidad, ó sea con el *Gloria Patri*, etc., que rezan con la cabeza descubierta é inclinándose. Es una costumbre muy antigua de la Iglesia católica, que se atribuye al papa san Dámaso, que vivió en el siglo IV; pero es muy anterior á su pontificado.

Llámanse *antífonas* algunas sentencias ó dichos breves, destinados á recordar á los fieles el espíritu de los diferentes misterios que se celebran en la liturgia; se cantan de diferente manera que los salmos, á fin de evitar la monotonía.

Antes del cántico *Magnificat* viene el himno que tiene por objeto celebrar, como las antífonas, el misterio ó las virtudes del santo del dia. En la liturgia romana, la mayor parte de estos himnos son preciosos monumentos de la antigüedad cristiana, debidos á la inspiracion poética y á la par religiosa de los papas san Gelasio, san Dámaso, san Gregorio el Grande, de san Ambrosio, obispo de Milan, y de otros muchos santos Pontífices y Doctores de todos los siglos.

Las vísperas terminan con el solemne canto del *Magnificat*, cántico divino sacado todo entero del Evangelio; magnífica y sublime improvisacion en que prorumpió la santísima Vírgen, el dia de la Visitacion, en casa de su prima santa Isabel. San Bernardo lo llama «el cántico de la humildad.» En efecto, la bienaventurada Vírgen no sabe como responder á las alabanzas y felicitaciones que se le dirigen por haber sido exaltada á la sublime dignidad de Madre del Salvador, sino hablando de su nada y de la misericordia de Dios que ha bajado sobre ella.—Mientras se canta el *Magnificat*, todos los fieles están en pié, por respeto á las augustas palabras de María; igual regla se observa para el

cántico de *completas: Nunc dimittis*, sacado tambien del Evangelio de san Lúcas.

Despues de los primeros versículos del *Magnificat* empieza la *incensacion* del altar, del sacerdote, del clero y de los fieles. El *incienso*, cuyas embalsamadas nubes de humo suben siempre hácia el cielo, representa las plegarias y las adoraciones que los cristianos dirigen al Señor; el fuego sin el cual el incienso seria inútil, es el símbolo del Espíritu Santo, y de Jesucristo sobre todo, sin el cual no podemos orar ni alcanzar que Dios atienda nuestras súplicas. Se inciensa el altar porque es figura de la divinidad de Jesucristo, segun antes dijimos; y las incensaciones dirigidas sucesivamente al celebrante, al clero y á la multitud de los fieles tienen tambien por objeto honrar á Jesucristo, que reside en cada uno de los miembros de su Iglesia para hacerles participantes de su vida eterna. A los sacerdotes se les inciensa dos veces para honrar el doble carácter de que se hallan revestidos; pues, como todos sabemos, al carácter que imprime el sacramento del Bautismo, en fuerza del cual todos los bautizados somos miembros de Jesucristo, el sacerdote añade el que da el sacramento del Órden, por el cual participa del divino sacerdocio del Hijo de María.

Durante la ceremonia de que hablamos los fieles deben recogerse interiormente y adorar á Jesucristo que vive en ellos, renovando en su corazon el pro-

pósito de conservarse siempre dignos de su santa vocacion.

Las *completas* (palabra que significa complemento de las oraciones del oficio) se componen, como las vísperas, de algunos salmos, de un himno y un cántico. Instituyólas en el siglo V san Benito, á fin de que sus religiosos se preparasen santamente para el descanso de la noche; y la Iglesia romana encontró tan bueno y hermoso el pensamiento del Santo, que lo adoptó y mandó á todo el clero que rezara las *completas*. Terminan estas con una invocacion á la Vírgen santísima que varia segun las diferentes épocas del año religioso. La principal de dichas invocaciones, á saber, la *Salve*, es un recuerdo de las cruzadas, pues fue compuesta en el año 1096 por un célebre guerrero francés llamado Adhémar de Monteil, el cual habiéndose consagrado á Dios y llegado á ser obispo de Puy, tomó parte en la primera cruzada en calidad de legado del Papa.

Ordinariamente (1) el oficio de la tarde termina con la bendicion del Santísimo Sacramento, piadosa costumbre que se generalizó especialmente en el siglo XVI en reparacion de las blasfemias y de los sacrílegos ultrajes que los protestantes come-

(1) Advertimos á nuestros lectores que la funcion religiosa que describe el Autor en las siguientes líneas, aunque muy generalizada en Francia, apenas se conoce en España, á lo menos en la forma que verán para las exposiciones ordinarias.

tian contra la divina Eucaristía. La bendicion ó exposicion (salut) consiste en algunas oraciones cantadas, tales como las Letanías de la santísima Vírgen y otras oraciones propias de la festividad que se celebra; despues de la cual se abre el tabernáculo y se expone ó descubre su divina Majestad, habiendo antes encendido cierto número de velas. En las bendiciones ordinarias solo se expone, sin abrirlo, el globo ó copon en donde se guarda el Santísimo Sacramento; pero en los manifiestos solemnes se hace uso de la *custodia*, especie de vaso sagrado en forma de sol, cuyo centro ocupa la sagrada Hostia, encerrada entre dos cristales trasparentes que permiten verla á los fieles. Al descubrir el globo ó la custodia todos los fieles se postran á la presencia de Dios; el sacerdote inciensa el tabernáculo tres veces, en memoria del misterio de la Santísima Trinidad, y entona el *Tantum ergo Sacramentum*, compuesto por santo Tomás de Aquino, en honor del augusto Sacramento del altar; los cantores y los fieles continúan el canto de dicho himno, y despues de la oracion el sacerdote, que se ha echado sobre los hombros un largo velo blanco, símbolo de la perfecta santidad de Jesucristo, de la cual deben estar como revestidos sus ministros para acercarse dignamente á Él, sube al altar, se arrodilla, hace una profunda reverencia, toma la custodia y se vuelve de cara al pueblo; el sonido de las campanas advierte á los concurrentes que ha

llegado el momento solemne; y el divino Salvador, que está presente en el Sacramento de su amor, bendice por sí mismo á sus hijos. Hé aquí porqué se da en silencio la bendicion.

Al terminar este artículo, no puedo menos de exhortar á mis lectores á que asistan á las funciones de la Iglesia, y á que guarden en ellas la debida compostura. Acuérdense de que Dios está presente en el tabernáculo, que si esto consideran y meditan, se sentirán sin duda poseidos del mas profundo respeto y religiosa atencion; absténganse de hablar, de mover ruido, de bostezar, de escupir al suelo, etc.; oren con todas las fuerzas de su corazon: únanse á sus hermanos, cantando tan bien como sepan cuando les sea posible; y den á todos el buen ejemplo de santificar los dias consagrados al Señor.

## Los salmos.

Hemos hablado ya de los salmos; pero como es una materia tan importante y tan práctica, se hace necesario tratarla con alguna mayor detencion.

Los salmos son unos himnos proféticos y unas oraciones que por inspiracion divina compusieron cási en su totalidad los dos reales profetas David y Salomon. Son en número de ciento cincuenta, y forman uno de los mas admirables libros de la sa-

grada Escritura. Es de fe que todos los ciento cincuenta salmos son inspirados por Dios. Es tan difícil, por no decir imposible, el verterlos exactamente en una lengua cualquiera que no sea el hebreo, y sobre todo en las lenguas modernas, que sin temor se puede afirmar que las personas que solo pueden leerlos en lengua vulgar, los desconocen cási por completo.

Todos los salmos son *profecías*, en el sentido de que todos expresan de una manera mas ó menos transparente el adorable misterio de Jesucristo, único centro de la Religion; y respecto á un gran número de ellos esto es de fe; como por ejemplo respecto al *Dixit Dominus*, que el mismo Salvador interpreta aplicándolo á su persona, en el capítulo XXII del Evangelio de san Mateo. Todos los Padres de la Iglesia interpretaron los salmos, haciendo de ellos áplicacion directa á Nuestro Señor y á todos los misterios de su reinado, desde el principio hasta el fin de los siglos; porque háse de saber que estos divinos cánticos no se refieren menos á la segunda venida de Jesucristo con su triunfo definitivo en la tierra y en el cielo, que á la primera, seguida de las terribles luchas de la Iglesia militante.

En cási todos los salmos hay un sentido que podríamos llamar vulgar é histórico el cual tiene muy poco interés para nosotros: es el salmo en cuanto se refiere á los personajes ó describe los aconteci-

mientos figurativos del Mesías. Porque efectivamente, así David, como los demás personajes del Antiguo Testamento, eran una figura profética del Cristo-Rey que habia de venir un dia; y la mayor parte de los acontecimientos de su reinado, como igualmente los del de Salomon, que dieron lugar á la composicion de cási todos los salmos, no fueron sino profecías y símbolos representativos de los grandes y divinos misterios que un dia realizaria Jesucristo, como Rey del verdadero Israel, es decir como Rey de la santa Iglesia militante primero, y luego triunfante. Preciso es confesar que los combates de David y las glorias de Salomon no ofrecen para nosotros sino un mediano interés; pero lo que sí nos interesa en sumo grado, lo que nos interesa directa y personalmente, son los combates que libra nuestro Rey Jesucristo, y los triunfos que alcanza con nosotros, por nosotros y en nosotros para la salud de nuestras almas y por la gloria de Dios.

Así, pues, es preciso dejar á un lado, abrirse paso por este primer sentido literal é histórico de los salmos, para llegar al sentido oculto, al sentido espiritual y cristiano que, no solamente es el mas importante, sino en realidad el único importante. La letra del salmo encubre á Jesucristo, como la corteza encubre y encierra una excelente fruta; dejemos la corteza y comamos de la deliciosa fruta. El cristiano que en el salmo no descubre ó no ve á

Jesucristo, no comprende el salmo; parécese á un niño que quiere comer una nuez y no puede romper la cáscara, pues así como la corteza de una fruta no satisface al paladar ni al estómago, así tampoco satisface á la piedad el sentido histórico del salmo. Por esto, san Agustin enseñaba en otro tiempo á su pueblo de Hipona, que Jesucristo es á todos los libros de la Biblia, y en particular al libro de los salmos, lo que el alma al cuerpo; la parte histórica del salmo, añadia, no tiene mas objeto que presentar y manifestar los misterios del Salvador, á la manera que el constructor de liras, al colocar el aparato de madera, no se propone otro fin que el de que las cuerdas se mantengan tirantes y vibren mejor al pulsarlas un hábil músico. «Así, pues, decia, si al rezar el salmo descubriste en él á Cristo, entonces díste con el verdadero sentido, *si intellexisti Christum, tunc intellexisti*; pero si, por el contrario, en el salmo no viste á Cristo, entonces señal es de que se te escapó el verdadero sentido, *si Christum non intellexisti, non intellexisti.*»

Esta observacion basta para hacernos palpable toda la divina profundidad de los salmos, y tambien para darnos á entender que no es cosa fácil entenderlos bien. Pero no desmayemos por esto; no dejemos de rogar al cielo por medio del rezo de los salmos; verdad es que somos demasiado rudos para penetrar el sentido de estos sublimes cánticos; pero consuélenos el saber que Jesucristo que ora

en nosotros y con nosotros, comprende por nosotros en toda su extension unas oraciones que él mismo inspiró á sus profetas. En los salmos, Jesucristo alaba y glorifica á su Padre celestial, en nombre de toda la Iglesia, en nombre de toda la creacion, en nombre del cielo y de la tierra; y al prestarle para la recitacion de dichos salmos, nuestros labios y nuestra palabra, tenemos la altísima honra de ser órganos suyos vivientes é instrumentos predilectos suyos al través de los siglos.

Cuando rezemos, pues, los divinos salmos, debemos ante todo unirnos interiormente con Jesús, que ruega en nosotros, como dice san Pablo, con gemidos inefables, y en el cual rogamos nosotros, *Christus, in quo oramus.* Es mucho mas religioso y suave *cantar* los salmos que no *recitarlos* solamente.

Con mucha frecuencia sucede que el mismo salmo tiene varios sentidos á la vez, todos igualmente verdaderos, que saboreamos mas ó menos, segun que Dios se digna concedernos de los mismos una inteligencia mas ó menos clara. Bastará un ejemplo para que se comprenda esta multiplicidad de sentidos en un mismo salmo: á propósito escojo uno, que es muy corto y de todos conocido; el salmo CXVI:

| | |
|---|---|
| *Laudate Dominum, omnes gentes; laudate eum omnes populi. Quoniam confirmata est super nos misericordia ejus; et veritas Domini manet in æternum.* | Alabad al Señor, naciones todas; ensalzadle, pueblos todos. Porque se ha confirmado sobre nosotros su misericordia; y la verdad del Señor permanece intacta para siempre. |

Primer sentido: es la oracion que en los dias de su vida mortal decia el Salvador para expresar á su Padre los votos que, como Redentor de todos los hombres, formaba para que todos los pueblos de la tierra llegasen á conocer, bendecir y amar al verdadero Dios, se aprovechasen de los beneficios de la Redencion y viesen reinar sobre sí para siempre al Señor.

Segundo sentido: la misma oracion, los mismos votos formados por Jesucristo que vive en su Iglesia y por medio de ella conquista sucesivamente á todas las naciones, atrayéndolas á la verdadera fe.

Tercer sentido: oracion de la Iglesia, del Papa, de los obispos, de los sacerdotes y de los fieles que se regocijan de conocer á Jesucristo, y convidan con todas las veras de su corazon á los pueblos herejes é infieles á participar de tan alta dicha.

Cuarto sentido: oracion de Jesucristo en cada uno de nosotros, y de cada uno de nosotros en Jesucristo, que expresa la misma accion de gracias por los beneficios de la fe, del bautismo y de la perseverancia en la piedad; idénticos votos formados individualmente por cada fiel para la conversion del mundo entero.

Quinto sentido: grito profético del rey David, que de léjos saludaba al Mesías venidero, al Ungido del Señor, é invitaba á todos los pueblos, á los gentiles como á los judíos, á adorarle y á consentir en que reinara sobre ellos; profecía del reinado

universal de Jesucristo y de la Iglesia, en los últimos tiempos antes del juicio final; profecía del retorno del pueblo judío, que despues de haber renegado de Jesucristo, se convertirá sinceramente y recibirá por la misericordia del Señor, la *confirmacion* de las antiguas promesas.

Sexto sentido: plegaria profética de la gloria de Jesucristo en su segunda venida, y gozo de la Iglesia militante que se consuela de sus pruebas presentes y del endurecimiento de tantos pueblos contemplando de antemano y de léjos el triunfo universal y eterno del verdadero Salomon.—No hay duda que este salmo es una verdadera profecía para nosotros, como lo era para el rey David; puesto que nos anuncia acontecimientos que no se han realizado todavía, á saber, la total y simultánea conversion de *todas* las naciones, el retorno definitivo de los judíos y su reintegro en los privilegios religiosos de que disfrutaban antiguamente, y por último el reinado universal y eterno de Jesucristo, que es la verdad personificada, la verdad viviente y encarnada, *veritas Domini*.

Este hermoso salmo es además un cántico de accion de gracias y de alegria religiosa, con el cual mostramos á Dios nuestra gratitud por todas las gracias en general que se digna concedernos.

Por esta pequeña muestra, cualquiera puede formarse una pequeña idea de los inmensos tesoros espirituales que se encierran en los salmos.

Otro ejemplo práctico, pero en pocas palabras: todos saben el salmo *Miserere*. Es admirable; es un grito de arrepentimiento, de penitencia y á la vez de dulce y humilde confianza, que se eleva á la majestad de Dios, 1.° del corazon y de los lábios de Jesus que, cargado con nuestros pecados, pide perdon en su calidad de penitente universal y de víctima expiatoria; 2.° del corazon y de los labios de Jesús que vive en su Iglesia y por medio de ella hace penitencia por todos los pecados del mundo; 3.° del corazon y de los labios de cada cristiano, de cada infeliz pecador, que pide perdon, primero por sus propias faltas, y luego por las de los demás.—Podríamos añadir todavía muchas otras cosas; pero lo poco que acabamos de decir basta para dar á las almas piadosas la llave de muchos pasajes y de muchos salmos.

A imitacion de los antíguos fieles, cantemos, y cantemos con fervor los salmos, los sagrados cánticos del Señor. Dígolo una vez mas y lo repetiré otras ciento, es necesario *cantarlos*. La melodía con que nos los propone la Iglesia está llena de majestad y uncion, y es tan sencilla que hasta los mas ignorantes la pueden fácilmente cantar. Las tonadas de los salmos nos vienen del Oriente; son antiguas y venerables como los mismos salmos. Cantémoslos pues, que el canto de los salmos eleva singular y extraordinariamente el alma á Dios: cantémoslos, ya que la Iglesia, al reunirnos para celebrar los divinos

oficios, nos invita á *todos* á *cantar*. Hay quienes se fastidian en la Iglesia; no les sucediera tal cosa si entraran en la forma católica de la oracion y cantaren en union con sus hermanos. ¿Y por qué no habríamos de cantar cuando hasta el mismo Señor nos convida en muchos salmos á cantar sus alabanzas? «¡Cantad, cantad al Señor! ¡cantad bien y con inteligencia! ¡Cante todo el orbe las alabanzas de Dios! ¡*Cantate Domino, omnis terra!*»

## Dixit Dominus.

Este salmo, que es el CIX es muy conocido de los fieles, porque la Iglesia lo canta siempre al empezar el oficio de la tarde en los domingos y dias festivos. Es una magnífica profecía que exalta la gloria de Nuestro Señor Jesucristo, vencedor de Satanás, en su divina persona y en su primera venida, vencedor de Satanás en su Iglesia y en las personas de sus elegidos al través de siglos y sobre todo en su segunda venida. Vamos á decir, pues, algo sobre este precioso salmo, porque los buenos fieles lo cantarán con mas fe y provecho, á medida que comprendan mejor sus palabras. Es de fe, por haberlo declarado el mismo Salvador, que el *Dixit Dominus* habla de Jesucristo y de su reinado.

«Dijo el Señor á mi Señor: *Dixit Dominus Domino meo.*» Dios Padre es Señor, es Señor Dios Hijo, como es Señor Dios Espíritu Santo; sin embargo, como el Hijo de Dios, por el misterio de su encarnacion se ha constituido Rey del mundo y Príncipe de los fieles, es Señor de nosotros con doble título; y si Dios Padre es *el* Señor, Jesucristo es *nuestro* Señor, es *mi* Señor. Por esto la Iglesia nos hace decir en el *Credo* de la misa: «Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso.. y en un solo *Señor nuestro*, Jesucristo...»

A pesar de que en cuanto á su humanidad es el Ministro del Padre y servidor suyo perfectísimo, Jesús es y permanece siempre igual en todo al Padre y al Espíritu Santo, puesto que es Dios; y como su humanidad está unida á su divinidad en una sola é indivisible persona que es divina, eterna y omnipotente, el Padre dice á Jesús resucitado y subido al cielo: «Siéntate á mi derecha, hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus piés; *sede à dextris meis, donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum.*»

Siendo Dios purísimo espíritu, no tiene derecha ni izquierda; pues, ¿qué significa esta expresion del salmo: *Sede à dextris meis;* siéntate á mi diestra? La diestra de Dios significa completa igualdad de poder y de gloria, plena participacion de la eterna dignidad real del Padre. Tampoco Jesucristo está *sentado* en la gloria; porque el cielo es un estado inefable que no se puede comparar con

ninguno de la tierra; ni aun en lo que se refiere á los cuerpos glorificados hay la menor relacion, la mas remota semejanza con lo que conocemos y vemos aquí abajo; así es que en el cielo los cuerpos no ocupan lugar, sino un modo de existir que el apóstol san Pablo llama *espiritual, corpus spiritale;* estado divino, sobrenatural, que nuestro entendimiento no puede concebir, estado por el cual es posible, entre otras cosas, que Nuestro Señor, con su cuerpo entero, esté realmente presente en todas y cada una de las hostias consagradas, que hay esparcidas por toda la faz de la tierra; y que al dividir en partes una hostia, al trasladarla de un lugar á otro, de ningun modo se haga pedazos ni se ponga en movimiento el cuerpo celestial y divino de Jesús. Jesucristo, pues, comparte en el cielo con el Padre la dignidad real, y desde su trono de gloria combate por el ministerio de la Iglesia con sus enemigos; triunfando tarde ó temprano de sus furores, y de su jefe é instigador Satanás.

Los enemigos de Jesucristo son todos los incrédulos, todos los impíos, todos los pecadores, todos los que se levantan contra el Papa, Vicario de Jesucristo, contra los obispos y sacerdotes ministros de Jesús, contra los buenos cristianos, discípulos de Jesús, contra la fe, contra el bien, contra las instituciones católicas, y en una palabra, contra la ley y la Iglesia de Jesús. Hoy dia, como en todos los siglos, Jesús tiene muchos enemigos; enemigos su-

yos son todos los revolucionarios que atacan el Papado y la Iglesia; enemigos suyos son los malos Príncipes que no quieren escuchar al Papa y á los obispos; enemigos suyos son los herejes, los protestantes, los judíos, los turcos, los infieles y todos los que hacen guerra á la religion católica, apostólica, romana; y finalmente enemigos suyos son los falsos cristianos, los católicos fingidos y *sinceros*, que atacan, ó á lo menos abandonan lo que quieren aparentar que respetan, convirtiéndose en los mas peligrosos auxiliares de los enemigos declarados de Jesucristo y de la Iglesia.

El mas terrible de todos los enemigos de Jesús, que muchos creen que no ha de tardar mucho en aparecer, será el Antecristo á quien san Pablo llama *el primogénito de Satanás*; será un abominable soberano, peor que Neron, mas perverso que ninguno de los malvados que desde el principio del mundo han declarado la guerra á Dios y á la Religion; por algun tiempo reinará sobre el mundo entero; por todas partes perseguirá de muerte á los ministros de la Iglesia y á los católicos fieles; dirá de sí mismo que es el Cristo y el verdadero Hijo de Dios; con la ayuda de Satanás hará falsos milagros, «capaces, dice el Evangelio, de seducir hasta á los escogidos;» jamás sufrieron Jesucristo y la Iglesia un ataque tan terrible, una persecucion tan tremenda como aquella... Pero hé aquí que cuando parecerá que todo está perdido, aparecerá de repente Nues-

tro Señor, rodeado de toda la majestad de su gloria y fulminará los rayos de su cólera contra el terrible enemigo de su nombre, contra sus mas culpables secuaces, y, como añade el salmo, « hará salir de Sion el cetro de su divina realeza ; *virgam virtutis tuæ emittet Dominus ex Sion.* » En efecto, segun venerables tradiciones, en Sion, en el monte Calvario, destruirá y aniquilará para siempre Nuestro Señor el imperio del Antecristo y de Satanás ; y así como en su primera venida, desde Jerusalen se lanzó la Iglesia militante á conquistar el mundo y á sostener el buen combate, así tambien en la segunda venida del Salvador (que, segun todas las apariencias, no será de un momento, sino una época como la primera, época de gloria y de triunfo universal para la santa Iglesia ; época de descanso despues del combate ; sábado de la gran semana, que precederá al domingo de la eternidad), así tambien, digo, en la segunda venida del Redentor, de Jerusalen, de la ciudad santa, de la ciudad de Jesús y María, se derramarán por todo el mundo como un torrente de amor, la salud, la gloria y la vida divina.

Vencido y atado Satanás, como dice san Juan, toda la tierra será entonces cristiana y fiel ; no habrá ya sino un solo Pastor y un solo rebaño, y Jesús, el Pastor celestial, dominará y reinará plenamente sobre todas sus criaturas.

El salmo *Dixit Dominus* profetiza los supremos

combates y el dichoso reinado de Jesús y de su Iglesia, que acabamos de relatar: « Triunfa, le dice su Padre, y domina en medio de todos tus enemigos vencidos: *dominare in medio inimicorum tuorum.* Porque en tí está el principio de todo triunfo, de toda fuerza y de toda santidad: *tecum principium*; tú eres el Señor; tú, el Príncipe.»

« *In die virtutis tuæ, in splendoribus Sanctorum*: en el dia de tu triunfo, rodeado de los esplendores de los Santos.» Este dia del triunfo de Jesucristo es, en primer lugar, el dia de su Resurreccion y el de su Ascension; en segundo lugar y principalmente, será el dia de su segunda venida, el dia del gran triunfo y de la resurreccion de su Iglesia, el dia que la confirmará para siempre « en medio de los esplendores de los Santos.» Los Santos serán todos los escogidos y, en particular los grandes Profetas, los Apóstoles, los mártires y los grandes servidores de Jesucristo que resuscitarán gloriosos en el mismo instante en que Él aparecerá, y con Él vencerán á Satanás, al Antecristo, al pecado y al mundo. Así nos lo anuncian formalmente el Evangelio, el Apocalipsis y los Profetas. Y en efecto, muy justo es que, despues de haber tomado generosamente parte en los combates y de haber luchado constante y valerosamente, los miembros participen del triunfo de su Cabeza, ó Jefe. Si somos fieles á Jesucristo hasta la muerte, tambien nosotros resuscitarémos y triun-

farémos en este gran dia, y reinarémos con nuestro Salvador por todos los siglos de los siglos.

En loor y gloria de Jesucristo añade el salmo las dos siguientes expresiones, que proclaman su primacía sobre toda criatura y su eterno Sacerdocio: *Ex utero ante luciferum genui te. Juravit Dominus, et non pœnitebit eum; Tu es sacerdos in æternum:* yo te engendré (siempre es Dios Padre que habla á su Hijo), te engendré antes de Lucifer, antes de la luz. El Señor lo afirmó con juramento y no se arrepentirá: Tú eres el Sacerdote eterno.» Jesucristo, que es el Verbo encarnado, el Hijo de Dios y de la Vírgen sin mancilla, es, como dice san Pablo, el primogénito de toda criatura, no es en el órden del tiempo, sino en el órden de la gracia y del reinado de Dios sobre sus criaturas. En este sentido, Jesús es el primero y el jefe; es antes que María, antes que David, antes que Abrahan, antes que Adan y Eva, antes que toda criatura, antes que la luz, antes que los ángeles y antes que Lucifer, el primero y mas grande de los ángeles, que no quiso reconocer y adorar al Hijo de María como Hijo de Dios, que pretendió usurpar el trono del reino universal de Jesús y que, en castigo de este sacrilegio fue, es y será precipitado del cielo al infierno, vencido por Jesucristo, Señor suyo y nuestro. En la segunda venida del Redentor, Lucifer y el mundo serán igualmente vencidos por nosotros, miembros vivos del Señor, miembros vivos del Rey de la gloria.

Jesucristo, el «Sacerdote eterno,» porque es el Mediador entre Dios y los hombres, el Mediador que da á Dios á los hombres y une á los hombres con Dios, que ofrece á la divina majestad el sacrificio perpétuo de adoracion, de accion de gracias, de oracion y de perdon, que enseña la verdad y la religion á los hombres, los bendice, los consuela, los santifica y los salva; que tal es el ministerio del sacerdote. Jesucristo es á un mismo tiempo el Criador, el Dios vivo, el único Señor, el Rey, el Sacerdote y el Salvador de los hombres.

Es sacerdote «segun el órden de Melquísedec,» porque, á semejanza del misterioso personaje de la Escritura llamado Melquisedec, que ofreció delante de Abrahan y por Abrahan, un sacrificio singular en el que no llevaba en las manos sino pan y vino, Jesucristo instituyó el dia de Jueves santo en el Cenáculo, bajo la forma y apariencias del pan y del vino, el sacrificio de la nueva alianza, en el cual se inmola perpétuamente en nuestros altares hasta el fin del mundo en las manos y por el ministerio de sus sacerdotes. Jesús es el Sacerdote eterno y la Víctima eucarística; y los sacerdotes solo lo son porque les comunica su divino sacerdocio por el sacramento del Orden.

«*Dominus á dextris tuis: confregit in die iræ suæ reges*: ¡O Padre! El Señor vuestro Hijo está sentado á vuestra derecha, y en el dia de su ira hizo astillas los tronos de los reyes, y los humilló.» Llámase en

general dia de la cólera del Señor aquel en que un malvado cualquiera recibe en este mundo ó en el otro el justo castigo de sus maldades; en particular es el dia en que Jesús reaparecerá en medio de los resplandores de su gloria, destruyendo de un solo golpe el poder del Antecristo, fulminando rayos sobre el mismo y dándole muerte á él y á los *diez* reyes de que habla la Escritura, que serán los principales auxiliares y secuaces del «hijo primogénito» de Satanás. Los reyes de que habla el salmo, son tambien los demonios y su príncipe, Lucifer, á quienes vencerá definitivamente y hundirá en el polvo para siempre en aquel dia tan terrible y admirable.

Entonces Jesús será el único Juez, el Juez supremo de todos los pueblos de la tierra: *judicabit in nationibus*. De un extremo á otro del mundo, demolerá hasta los cimientos sin dejar piedra sobre piedra, todas las obras del demonio, destruirá todo el mal, restablecerá en todas partes el órden primitivo, la divina armonía que en otro tiempo hizo en el Eden la felicidad del hombre inocente; el orbe entero será, en este séptimo dia del mundo, el gran paraíso terrestre, el gran reino de Jesucristo, y la Iglesia llena de gozo olvidará, bajo el pacífico cetro del divino Salomon, á los crueles enemigos, sobre cuyas cabezas habrá tenido necesidad de pasar antes de llegar á este hermoso dia, á esta gran Pascua, á esta divina resurreccion. Ha-

bránse acabado para siempre sus humillaciones y dolores; cuán grandes fueron estos, tan grande será su gloria que de allí en adelante será inmutable: *de torrente in via bibet, propterea exaltabit caput.*

Como se comprende, esta profecía va realizándose en detall y poco á poco desde los primeros triunfos de Jesucristo en la persona de sus primeros mártires, hasta el dia en que se cumplirá en todas sus partes con el triunfo universal y completo de Jesús y de su santa Iglesia.—¡Con qué sentimientos de esperanza, de entusiasmo cristiano y de fé viva y consoladora cantaríamos este hermoso salmo, si reflexionáramos un poco en los grandes acontecimientos que nos anuncia!

## Laudate, pueri, Dominum.

Como en los oficios de la Iglesia se encuentra tantas veces el salmo *Laudate, pueri, Dominum*, creemos prestar un verdadero servicio religioso á los fieles añadiendo aquí una corta explicacion del salmo CXI á las que hemos dado del *Dixit Dominus*, del *Laudate Dominum, omnes gentes*, y del *Miserere*. El *Laudate, pueri*, es un bellísimo himno de amor y gratitud que hace vibrar las fibras mas delicadas del corazon.

«Servidores de Dios, alabad al Señor; ensalzad

el nombre del Señor: *Laudate, pueri, Dominum; laudate nomen Domini.»* ¿Quiénes son estos servidores de Dios, estos hijos de Dios, *pueri?* ¿Quién es este Señor, y este nombre del Señor? Este Señor bendito es Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, que por su sacratísima humanidad, indisolublemente unida á la divinidad, tiene un título enteramente especial y particular para que le llamemos Señor, como ya hemos explicado en otro lugar. El *nombre* del Señor es tambien el mismo Jesucristo. Y en efecto, el *nombre* de una persona cualquiera es aquel signo sensible que expresa, representa, manifiesta y resume la personalidad entera; es así que Jesús expresa y manifiesta en su persona al verdadero Dios vivo, puesto que por Él los hombres conocen á Dios, por Él Dios está sensiblemente presente en medio del mundo y por Él se exterioriza, si es lícito hablar así, aquel Dios que, fuera de Jesucristo, no puede ser conocido ni poseido por criatura alguna, porque «habita la luz inaccesible,» como dice el apóstol san Pablo; luego Jesús es el *nombre* del Señor. Quien conoce á Jesucristo conoce á Dios; quien ignora á Jesucristo ignora á Dios, ignora el verdadero nombre de Dios. —Los servidores, los hijos, los muchachos á quienes se invita á alabar á Jesucristo, á ensalzar á Jesús, nombre vivo de Dios, son todos los ángeles y todos los cristianos que han sido, son y serán desde el principio hasta el fin de los siglos; porque para toda criatura

es Jesús el centro divino y humano, increado y creado, de la única religion verdadera.

Hé aquí cómo responden á la invitacion que se les hace todos los servidores de Dios, ángeles y hombres: *Sit nomen Domini benedictum, ex hoc nunc et usque in sæculum*: ¡ bendito y alabado sea el nombre del Señor, ahora y por siempre jamás !

Desde la salida del sol, es decir, desde el dia del triunfo de Jesús sobre Satanás, de la luz sobre las tinieblas, hasta el anochecer, es decir, hasta el fin de los tiempos, debemos alabar á nuestro Rey, á nuestro único Jefe; debemos ensalzar y glorificar el amabilísimo nombre de nuestro amantísimo Dios: *A solis ortu usque ad occasum laudabile nomen Domini.*

Jesús es el Señor todopoderoso que, despues de las luchas que ahora sostiene en y por su Iglesia, despues de sus combates contra los ángeles y naciones rebeldes, dominará y reinará sobre todas las criaturas. Y aquí nos encontramos de nuevo con otra profecía del futuro reinado del Salvador sobre todas las naciones: *Excelsus super omnes gentes Dominus, et super cœlos gloria ejus.* Los «cielos» de que se habla aquí son los ángeles: los buenos y santos, cuya gloria en el cielo es infinitamente menor que la de la Humanidad de Jesucristo; y tambien los malos que pretendieron usurpar esta gloria incomunicable y en castigo de crímen tan enorme fueron humillados y arrojados á lo mas profundo

del infierno. En efecto, ¿quién como el Señor Dios nuestro, que habita en lo mas alto de los cielos, y se digna bajar sus miradas sobre las viles criaturas, ya del cielo, ya de la tierra? *Quis sicut Dominus, Deus noster, qui in altis habitat? et humilia respicit in cælo et in terra?*

Cuanto mas humilde, dulce y modesta es una criatura, tanto mas la ama y bendice Dios; cuanto más ella se humilla, tanto mas la exalta Dios. Al tomar carne humana Jesús, en cuanto hombre, se anonadó ante la majestad de su Padre con una humildad tan perfecta, tan absoluta y tan llena de amor, que mereció, como dice el Apóstol, ser exaltado por su divino Padre y participar tan de lleno, hasta en cuanto á la humanidad, de la gloria y de la eterna autoridad real de Dios, que al nombre de Jesús, es decir, del Hombre Dios, del Hijo de María, se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y hasta en el infierno. Él es *ese pobre*, trasladado de la tierra á los *cielos*, *ese pequeño* que, reducido á las mayores humillaciones, se sienta despues entre los bienaventurados ángeles, por encima de todas sus jerarquías: *suscitans à terra inopem, et de stercore erigens pauperem, ut collocet eum cum principibus, cum principibus populi sui.*— A su vez Jesús, ministro del Padre, exalta y se lleva al cielo á todos aquellos servidores suyos que, como Él, son mansos y humildes de corazon, sin vanidad y sin orgullo, *inopem et pauperem;* ante

todos y sobre todos, encumbra, corona, exalta y glorifica á la humildísima Vírgen María, la mas pura y la mas santa de todas las criaturas, porque fue la que mas se humilló; y en segundo término, á sus grandes servidores del cielo y de la tierra, cuyos nombres y bienaventuranza veneramos; á saber, los arcángeles y serafines, Miguel, Gabriel y Rafael; Abel, Noé, Abrahan, Isaac, Jacob, José, Moisés, Job, David, Isaías, Daniel y demás Profetas, en la antigua ley; y en la nueva, san Juan Bautista, san José, san Pedro, san Pablo, san Juan y todos los Apóstoles, santa Magdalena y santa Marta, y, por último, todos los grandes *Santos* que, desde la cuna del Evangelio hasta nuestros dias, resplandecen con una luz mas celestial en el firmamento de la santa Iglesia.

Desde su alto trono de gloria y desde el fondo del tabernáculo en donde reside en la Eucaristía, es Jesús el principio de vida y de fecundidad de la Iglesia: la Iglesia antigua, la Iglesia de los judíos, tuvo vida y fue fecunda en tanto que creyó y esperó en él, desde Moisés hasta la Encarnacion; pero así que le rechazó, volvióse estéril, y anda errante por el mundo al través de los siglos, deshonrada y llena de desolacion. Antes de la segunda venida del Salvador y aun antes de aparecer el Antecristo, esta Iglesia se convertirá, volverá á su primitiva fe, á la fe de sus Profetas, á la fe de Abrahan y de los santos Patriarcas, en una pala-

bra, á la fe cristiana y católica; Jesús, por un efecto de su misericordia y con el poder de su gracia, la llamará y la sacará del desierto, y la hará entrar en la casa del padre de familias, en donde con Cristo recobrará el principio de la vida, y la fecundidad y la alegría y la felicidad. Todo lo cual está profetizado en el último versículo del hermoso salmo que explicamos: *Qui habitare facit sterilem in domo, matrem filiorum lætantem.*

## El De Profundis.

El *De profundis* es el salmo CXXIX. Desde el orígen del Cristianismo la Iglesia lo ha escogido y designado para canto funerario y principal oracion en los entierros de los cristianos; y ha procedido con mucho acierto, porque efectivamente es un salmo lleno de esperanza, de dulzura, y al mismo tiempo de sentimientos de humildad y tristeza. Ya que cada dia, ó á lo menos con mucha frecuencia, lo rezamos para el eterno descanso de los difuntos, no será inútil que demos aquí del mismo una breve explicacion.

«*De profundis clamavi ad te, Domine!* ¡Desde el fondo del abismo levanté mis clamores, á tí ó Señor!» Quien en primer lugar habla así es Jesucristo que

está cubierto de confusion y se anonada ante la infinita santidad de su Padre, porque llevado de su amor hácia nosotros, ha cargado sobre sus hombros el insuportable peso de *todas* nuestras faltas; y ese peso que nos arrastra á nosotros al fondo del abismo infernal, tiene reducido á nuestro santísimo Salvador y dulce Víctima á los últimos grados de humillacion y abatimiento de que sea capaz una criatura. *De profundis*, del fondo de este abismo de humillacion Jesús clama á su Padre: «¡Señor, dígnate escuchar mi voz! ¡dígnate prestar oidos á los acentos de mi oracion! *Domine, exaudi vocem meam. Fiant aures tuæ intendentes in vocem deprecationis meæ.*» La oracion de Jesús siempre es atendida por el Padre, porque aun cuando sea la Víctima del pecado y el Penitente de todos los penitentes, el amadisimo Hijo de María no deja de ser el adorable Hijo de Dios, y el eterno objeto de las complacencias del Padre. El perdon que nosotros no podríamos alcanzar, Jesucristo lo pide y alcanza por nosotros.—Hé aquí porque al rezar, al cantar el *De profundis*, debemos unirnos, sí, no nos cansarémos de repetirlo, debemos unirnos interiormenté con Jesucristo que habita en nuestros corazones y suple la indignidad de nuestras pobres oraciones.

Siendo Jesucristo nuestro Dios y al mismo tiempo nuestro Abogado, podemos igualmente dirigirle estas hermosas palabras del *De profundis*: «Señor Jesús, desde el fondo del abismo de mi miseria,

elevo hácia tí mí voz suplicante; dígnate escuchar el grito de mi plegaria, tú que tanto has padecido por mí, tú que tanto has llorado y has sufrido la muerte para sacarme de este abismo.»

Finalmente la Iglesia nos hace cantar estas mismas palabras en nombre de las infelices almas, sumergidas en las espantosas profundidades del purgatorio, á las cuales, en virtud de la comunion de los Santos que de todos los cristianos del cielo, de la tierra y del purgatario hace un solo cuerpo, prestamos nuestra lengua para que alcanzen una pronta y entera libertad.

«*Si iniquitates observaveris, Domine, Domine, quis sustinebit?* ¡Oh Dios, Señor Jesús, si no nos miras con ojos de misericordia, si quieres juzgar nuestras faltas en rigor de justicia, ¿quién podrá salir bien librado de tu tribunal?» ¡Qué acentos de verdadera humildad! ¿Quién no vé aquí el grito de un infeliz pecador que, reconociendo toda su indignidad, se abandona á la merced de la misericordia de Dios? Pero como la verdadera humildad va siempre acompañada de amor y esperanza, el salmo añade á continuacion: «Mas tu corazon es fuente inagotable de perdon, y todo lo espero de tu misericordia, á causa de tu ley. *Propter legem tuam.*» Y ¿qué se entiende por «la ley del Señor?» Para Jesucristo con relacion á su Padre, era aquel amor infinito que llevó al Hijo de Dios al extremo de que no se desdeñase de ser nuestro Salvador: y así *propter legem tuam*,

es lo mismo que si dijese : á causa de tu voluntad, de tu ley de amor, Padre mio, yo me regocijo y espero, aun cuando el pecado me reduzca á la agonía á la crucifixion, á la muerte y muerte de cruz ! Para la Iglesia militante y doliente, y para cada uno de nosotros « la ley del Señor » es el misterio de la Encarnacion y el de la Redencion, es Jesucristo mismo, ley viviente de Dios, objeto único de nuestra esperanza y él solo que nos saca del abismo del pecado y del abismo del purgatorio. En efecto, conocer, amar y servir á Jesucristo, tal es la ley de Dios para la humanidad y para cada uno de nosotros en particular.

« Sí, mi alma espera, confiada en tu palabra ; ella espera en el Señor.» — « La palabra de Dios, » el Verbo de Dios, es asimismo Jesucristo, nuestro bondadosísimo Salvador y Señor, en quien confiamos y á cuya providencia nos entregamos para el tiempo y para la eternidad, « desde el principio hasta el fin del dia : *A custodia matutina usque ad noctem, speret Israel in Domino.*» La Iglesia de la tierra y la del purgatorio, hé aquí cual es el verdadero Israel, el verdadero pueblo de Dios. «Desde el amanecer,» es decir desde el principio del mundo, desde Adan, Abel, Seth y los primeros justos, « hasta la noche,» es decir, hasta la venida del Antecristo, hasta el fin de los tiempos, la Iglesia y cada uno de sus hijos cree en Jesucristo, espera en Jesucristo, ama á Jesucristo y solo por Jesucristo se libra definitiva-

mente del pecado y del castigo que merece. En el purgatorio como en la tierra, Israel confia en Jesucristo; y en el cielo poseerá en Jesucristo aquella bienaventuranza infinita que en el tiempo esperó firmemente.

« El Senor Jesús, está lleno de misericordia, añade el salmo, y su redencion es un tesoro inagotable.» Sus méritos son infinitos, porque son divinos, y aun cuando se hubiesen de lavar, purificar y santificar cien millones mas de almas pecadoras de las que ha habido, hay y habrá, siempre correria sobreabundantemente la sangre de Jesucristo y las revestiria de gracia y de gloria delante de la justicia de Dios. « Sí, él será, será Jesús, quien redimirá á Israel de todas sus iniquidades: *et ipse redimet Israel ex omnibus iniquitatibus ejus.*»

Por lo poco que acabamos de decir, puede verse con cuánta razon decíamos al principio que el *De profundis* era un grito de esperanza, un profundo gemido que parte del corazon de Jesucristo y se extiende á todos los nuestros. Al esperar para nosotros, esperamos tambien para nuestros afligidos hermanos del purgatorio y abrigamos la confianza de que, si oramos con todas nuestras fuerzas, nuestro bondadoso Dueño y Señor, pondrá muy pronto en libertad aquellas almas, mas amadas todavia de él que de nosotros, y las hará entrar completamente purificadas en la paz y en el descanso de la eternidad. *Et ipse redimet Israel ex omnibus iniquitatibus ejus.*

## El Magnificat.

El *Magnificat*, es el cántico de accion de gracias que el Espíritu Santo inspiró á la Vírgen cuando María, que llevaba en sus purísimas y virginales entrañas al Verbo encarnado, fué á visitar á su prima santa Isabel.

Isabel que, á la edad de ochenta años, habia concebido milagrosamente al futuro Precursor del Mesías, habia recibido del arcángel Gabriel órden de poner á este hijo de gracia y bendicion el misterioso nombre de Juan, que en hebreo significa *lleno de gracias*. Así que apercibió á María, santa Isabel sintió que su hijo daba saltos de alegría en su seno; ante la Vírgen santísima que representaba la nueva alianza y la Iglesia cristiana, que posee, lleva en sí y da al mundo á Jesús, Isabel representaba la antigua alianza, la Iglesia judáica, madre de los profetas y del Precursor. La sola presencia de María y de Jesús, bastó para que al momento quedaran llenos del Espíritu Santo el hijo y la madre; san Juan Bautista fue santificado, es decir purificado del pecado original, en el seno de Isabel, de la misma manera que desde el principio de los siglos habian sido santificados Adan, Abel, Seth, Noé, Abrahan y demás santos Patriarcas; Moisés, Aaron, Josué, David, Isaías y demás Profetas; de la misma ma-

nera, en fin, que todos los justos del Antiguo Testamento se habian santificado por su fe y esperanza en el Cristo que habia de venir. Isabel, que por revelacion del cielo conocia el misterio de la Encarnacion y la divina maternidad de María, adoró á Jesús en el seno de la Vírgen Madre, exclamando en un transporte de humildad y amor: «¿De dónde me viene á mí tanta dicha, que la Madre de mi Señor venga á visitarme en mi propia casa?» Y María, igualmente llena del Espíritu Santo que inundaba su purísima alma con el inmenso raudal de sus gracias, respondió: «*Magnificat anima mea Dominum:* mi alma engrandece al Señor;» al Señor, es decir, á Dios Padre que me ha escogido por esposa suya y me ha hecho madre de su eterno Hijo, del Verbo adorable al cual engendra infinitamente y desde toda la eternidad en los resplandores de su gloria; á Dios Hijo, que se ha dignado tomarme por madre, y es mi hijo, que llevo en mí, á quien doy mi sangre y mi carne y mi propia sustancia, que con ser mi Dios, mi Criador y mi Señor, es tambien y á pesar de ello mi tierno hijo, hueso de mis huesos y carne de mi carne; á Dios Espíritu Santo que me llena de su luz, de su celestial amor, de todos sus dones, de todas sus gracias, que ha hecho milagrosamente fecunda mi virginidad y ha obrado en mí el inefable misterio de la Encarnacion, centro de toda la Religion, razon de ser de la creacion entera, salud y redencion de los pecadores, principio

y fin de todas las cosas. «Mi alma engrandece y glorifica al Señor.»

«*Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*: y mi espíritu se regocija en Dios Salvador mio.» La alegría y la paz habitan en las almas fieles en que descansa Jesucristo; el alma mas santa es siempre la mas tranquila, la mas serena y la mas gozosa; el amor, la paz y la alegría junto con la paciencia, la bondad, la ternura, la constancia, la mansedumbre, la fidelidad, la modestia, la continencia y la castidad son los frutos que á manos llenas derrama el Espíritu Santo en el alma profundamente cristiana. ¿Cuál y cuán grande debió ser, pues, la alegría de María, que llevaba en su seno al purísimo manantial de donde procede todo gozo, toda alegría, al mismo Jesús, á Jesús que era su Salvador? Y digo *su Salvador* porque realmente Jesús es el Salvador de María, no en el sentido de que tuviese necesidad de purificarla como á nosotros del pecado original y actual, sino en el de que por sus infinitos y divinos méritos la preservó de todo pecado, de toda mancha y de toda imperfeccion.

«*Quia respexit humilitatem ancillæ suæ*: porque se ha dignado mirar la humildad de su sierva.» ¿Sabeis por qué Dios escogió á María? Porque María ha sido la mas humilde de todas las criaturas. A la luz de la fe, ella sabia y veia claramente que no era nada delante de Dios, que dependia absolu-

tamente de Él en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma, no solo en el espíritu, en la voluntad y en todas sus potencias, sino tambien hasta en su existencia; y no saliendo nunca de esta perfecta dependencia, se anonadaba y se olvidaba completamente de sí misma en todos los detalles de su vida, para no pensar sino en Dios, para no seguir sino la voluntad de Dios, para no vivir sino por Dios, en una palabra, para ser toda de Dios; y esto con un tierno y profundo amor. Ahora bien, tal es la humildad cristiana, que no no se ve á sí misma, porque solo ve á Dios, pero que por lo mismo es objeto de las soberanas complacencias del Altísimo. En esta ocasion como siempre, la Virgen santísima se declara «la esclava del Señor;» tenia mucha razon; pues si Dios la escogió para hacerla gloriosa Madre suya, Reina de los ángeles y de los hombres y Soberana de la Iglesia y del paraíso, fue por su profundísima humildad, por su justicia, por su sinceridad, por su sencillez y candor. Cuanto mas humildes y mansos de corazon seamos, tanto mas nos amará Jesucristo, nos mirará con ojos mas benignos y se complacerá mas en habitar y descansar en nosotros...

«*Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes:* y hé aquí que de hoy en adelante todas las generaciones me llamarán bienaventurada.» *Beata* significa á un mismo tiempo *santa* y *bienaventurada;* hé aquí porque á María la Iglesia la llama indiferentemente «la santísima Vírgen y «la bienaventu-

rada Vírgen.» Todas las generaciones cristianas, desde la generacion apostólica hasta la venidera de los fieles que combatirán el buen combate en los dias del Antecristo á la fin de los tiempos, han saludado, saludan y saludarán con transportes de fe, esperanza y amor, con profundo respeto y tierna confianza á la bienaventurada Vírgen María, Madre del Salvador, Madre de Jesucristo y Madre, en fin, de Dios. Los protestantes y demás herejes que no aman ni quieren honrar á la Vírgen santísima, no forman parte de «esas generaciones» que únicamente nacen aquí abajo en el fecundo seno de la Iglesia, para llegar á ser en el dia de su verdadero nacimiento, que es el dia de la muerte, hijos de la patria celestial, hijos del reino eterno del cual es amadísima soberana la Vírgen María. Al honrar á la Madre de Dios, no hacemos mas que dar cumplimiento á la profecía de este pasaje del Evangelio.

«*Quia fecit mihi magna qui potens est:* porque ha hecho en mí cosas grandes el Omnipotente.» Efectivamente, son tan grandes las cosas que Dios ha hecho en María, que jamás criatura alguna podrá sondear su profundidad ni abarcar su infinita y divina extension. Todos estos misterios, todas estas gracias, todas estas cosas grandes: *magna*, se resumen en un solo nombre: Jesucristo. Jesucristo; hé aquí lo que en su infinita bondad y con su omnipotencia ha hecho en María la santísima Trini-

dad, el Dios vivo; Jesucristo, es decir, el mistèrio de los misterios, el centro, el principio y fin de todo el órden de la naturaleza, del de la gracia y del de la gloria; de la eternidad en el tiempo y el tiempo unido á la eternidad; la vida divina convirtiéndose en nuestra propia vida, el hombre que llega á ser Hijo de Dios, que llega á ser Dios, el solo Dios vivo que con el Padre y el Espíritu Santo reina por todos los siglos... Hé aquí lo que Dios ha hecho en María, en María, Madre de Dios. Sí; la maternidad divina, ó en otros términos, el misterio de la Encarnacion, Jesucristo, es la gracia fundamental, el foco de donde irradian, la fuente de donde emanan todas las demás gracias con que plugo á Dios adornar á la sacratísima Vírgen.

«*Et sanctum nomen ejus*: y su nombre es santo.» Como hemos explicado mas arriba, el *nombre* dé Dios omnipotente es Jesucristo, porque solo él personifica, por decirlo así, á Dios, le hace accesible á los sentidos, le expresa, le resume, le da á conocer y, en una palabra, le da *nombre* delante de las criaturas. Jesús es santo, es *el* Santo de los Santos, porque es el solo que santifica á los Santos; es santo porque él es la fuente de la santidad de la Iglesia y de la de cada uno de sus miembros; y finalmente es santo porque es Dios, y solo Dios es santo (por esencia, es decir por íntima necesidad de su naturaleza). María es el canal de toda santidad y de toda gracia, porque solo ella nos da á Jesús.

«*Et misericordia ejus á progenie in progenies timentibus eum;* y su misericordia se extiende de raza en raza sobre los que le temen;» y no sobre los otros, no sobre los incrédulos, no sobre los indiferentes, no sobre los que el mundo llama hombres de bien, á pesar de que viven como si no hubiera Dios, ni Cristo, ni Iglesia; no, la misericordia de Dios no se extiende sobre estas razas de hombres. Porque al par que debemos amar á Dios debemos tambien temerle; debemos tener temor de ofenderle, de incurrir en su indignacion y de experimentar el rigor de su justicia, pero al mismo tiempo debemos entregarnos con entera confianza á la ternura de su corazon lleno de misericordia y amor hácia nosotros. Así viven los buenos cristianos, procurando conservar la conciencia limpia y exenta de todo pecado, y esperando siempre en la divina misericordia. De esta suerte vivieron tanto en la antigua alianza como en la nueva; y la misericordia de Dios, que no es otra cosa sino la gracia del perdon y de la salvacion traida al mundo por Jesucristo, se ha extendido, *à progenie in progenies*, sobre todas las generaciones de fieles que se han sucedido desde Adan hasta el diluvio, desde Noé hasta Moisés, desde Moisés hasta Juan Bautista, y sobre todas las que se sucederán desde Juan Bautista hasta el fin del mundo. Jesucristo es la misericordia viva de Dios Padre; y la Iglesia, así como la Vírgen santísima, la dispensadora de la miseri-

cordia de Dios, la verdadera Madre de misericordia y amor.

«*Fecit potentiam in brachio suo; dispersit superbos mente cordis sui;* desplegó el poder de su brazo, y hundió en el polvo á los soberbios que se enorgullecian en su corazon.» Esos soberbios que, en su pensamiento, se levantan contra Dios y le obligan á aplastarlos con el poder «de su brazo,» es decir, por medio de su Ungido, son, en primer lugar, los ángeles rebeldes y su jefe Lucifer, que no quisieron someterse ni obedecer; y en segundo lugar todos los hombres rebeldes que declaran la guerra á Jesucristo, á su Iglesia, á su Vicario y á su santa ley. Los primeros habian dicho: «*Non serviam;* no me someteré» al Hijo de María, al Hombre Dios, á Jesús; y Jesús, que es el brazo de Dios, el ministro omnipotente de las voluntades del Padre, les precipitó del cielo al infierno: los segundos, haciéndose eco en la tierra del grito de Luzbel, repiten á su vez, ya con la boca, ya con las obras: «*Non serviam;* no obedeceré;» pero en el juicio final Dios levantará su brazo que por toda la eternidad pesará sobre los pecadores impenitentes. ¡Dignaos, dulcísima y humilde Vírgen María, guardarnos del maldito vicio de la soberbia, y haced, Madre amorosa, que no se extienda jamás sobre nosotros el brazo de Dios, sino para bendecirnos y llevarnos al seno de su Padre!

«*Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles:* ar-

rojó del trono á los que se creian fuertes, y exaltó á los humildes.» Es el mismo pensamiento del versículo anterior; esos fuertes, esos poderosos á quienes Jesucristo derriba y barre como vil polvo, y trata como se merecen, son los demonios y los malvados; y de un modo muy particular los malos príncipes, los falsos sábios y, en general, todos los que abusan de una superioridad, de una fuerza cualquiera para hacer la guerra á la Iglesia, al Papa y á la verdad. Por el contrario, los humildes, los pequeños, á quienes Jesucristo levanta del suelo y exalta, son los fieles cristianos que padecen persecucion por la justicia y son despreciados del mundo, porque, á semejanza de su divino Maestro, son mansos y humildes de corazon. Al frente de estos está la Vírgen santísima, como Satanás acaudilla á aquellos y como un dia debe acaudillarlos el Antecristo.

«*Esurientes implevit bonis, et divites dimissit inanes:* á los hambrientos los colmó de bienes, y á los ricos los despidió con las manos vacías.» En este mundo, los dicípulos del Salvador están como la uva en el lagar; tienen por patrimonio la penitencia, la tribulacion y las lágrimas; «somos despreciados, recibimos malos tratos, decia en otro tiempo el apóstol san Pablo; pasamos por seductores, nosotros que somos sinceros; el mundo, que nos conoce tambien, afecta desconocernos; créenos muertos, y poseemos la vida; tristes, y estamos llenos de alegría; faltos de todo, y lo poseemos todo.» Al con-

trario, los mundanos, es decir los hombres que no conocen á Jesucristo, parecen ricos, y son pobres; poderosos, y no son sino vanidad y miseria; felices, y están muy lejos del camino de la felicidad. Solo Jesús es el principio de la verdadera felicidad, sólo Él es la fuente de la verdadera alegría; á los que por su amor se privan de las bagatelas del mundo, los colma de sus imperecedoros dones, y en el dia de su justicia despoja de los falsos bienes á lo insensatos que no vivieron sino para sí mismos. ¡Oh! cuán bien comprenderémos en la eternidad la verdad de aquella doble sentencia; Quien tiene á Jesús, lo tiene todo; quien no tiene á Jesús, nada tiene!

«*Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordiæ suæ:* acordándose de su misericordia, ha levantado del suelo en donde yacia, á su servidor, Israel.» Escogióse Dios en otro tiempo un pueblo, el pueblo dé Israel, al cual trató como á hijo y servidor amadísimo; prometióle á ese pueblo que de él naceria el Mesías, el Cristo ó Ungido, el Señor y Salvador de todas las naciones; pero díjole que, en cambio de tan inefable gloria y distincion, queria que le fuese sumiso y fiel amenazándole de lo contrario con retirarle su proteccion y dejarle abandonado á merced de sus enemigos que le reducirian á esclavitud. A la sazon en que María pronunciaba las palabras del versículo que nos ocupa, ese pueblo escogido habia perdido, en justo castigo de sus infidelidades, la independencia y cási la nacionalidad, y

César empuñaba el cetro de Judá; por esto dice la Vírgen que su pueblo está abatido, humillado, postrado; pero al mismo tiempo proclama altamente que Dios le tiende la mano y le levanta, que ha llegado el tiempo tan deseado de los Patriarcas, que ha amanecido para Israel el dia de gloria vaticinado por los Profetas; dia de gloria inmarcesible, dia de gloria infinitamente superior á la que haya jamás tenido pueblo alguno de la tierra. ¡Ay, desventurado pueblo judío! Solo un corto número comprendieron gloria tan grande, solo un corto número abrieron los ojos á la luz de aquel gran dia y recogieron los inapreciables frutos del misterio de la misericordia, es decir de la Encarnacion y Redencion de Jesucristo. Sin embargo, en los últimos tiempos, Israel, el hijo pródigo de la parábola, volverá á la casa paterna, y Jesús, el buen Pastor, el Padre de la gran familia humana, le recibirá, como recibió en otro tiempo á la gentilidad y se acordará de sus antiguas misericordias, segun anuncian todos los Profetas y Padres de la Iglesia. La purísima Vírgen, punto donde se enlazan el Antiguo y Nuevo Testamento, afirma y renueva esta consoladora profecía que empezaba á cumplirse en ella por la primera venida del Salvador, y que tendrá perfecto cumplimiento con la conversion de los judíos, antes de las terribles persecuciones del Antecristo, terminando su cántico con estas palabras: «Segun lo prometió (el Señor) á nuestros padres, á Abrahan y á su desen-

dencia, para siempre: *sicut locutus est ad patres nostros, Abraham et semini ejus in sæcula.*» El Señor que prometiera á Abrahan que «todas las naciones de la tierra serian benditas en su Hijo,» es decir en el Mesías que un dia habia de nacer de su raza, era El mismo que, habiendo tomado carne en el seno de María, iba á darse muy pronto al mundo por medio de ella, y á cumplir en parte las profecías que habia inspirado á los antiguos padres: *ad patres nostros.* En las últimas edades tambien por María, por la inmaculada Vírgen, acabará de dar cumplimiento á los oráculos de la Escritura; por ella convertirá á los judios, por ella santificará de una manera extraordinaria á los fieles de los postreros tiempos, y con su bienaventurada Madre reinará, primero aquí abajo y luego en el cielo, por todos los siglos de los siglos: *in sæcula.*

El *Magnificat* forma parte del Evangelio de san Lúcas y está sacado del capítulo II. Es una oracion enteramente divina que es muy conveniente rezar y cantar á menudo. Difícil, imposible seria encontrar un cántico de accion de gracias mejor para despues de la comunion, para aquellos instantes en que está dentro de nosotros el mismo Señor Jesús que habitaba en María, cuando esta prorumpia en su sublime cántico.

## Las lámparas del Santísimo Sacramento

En todos los tiempos ocuparon las *luces* un lugar importante en el culto de Dios. La razon de este hecho es muy profunda; no queremos explanarla ahora, pero bástenos decir que la luz es la mas perfecta de todas las sustancias creadas, que la luz es el símbolo de la verdad que ilumina las inteligencias, y que Nuestro Señor Jesucristo declaró por su divina boca que él era «*la verdadera luz* y *la luz del mundo.*»

Por estos motivos y otros muchos mas, la luz formó siempre parte integrante del culto externo de los cristianos, y en particular, de cuanto se refiere al misterio de la Eucaristía. Ya en los tiempos apostólicos, cuando rugía la persecucion sobre las cabezas de los cristianos y se veian obligados á ocultar á todas las miradas sus reuniones religiosas, refugiándose en las catacumbas y en otros secretos asilos, jamás omitieron las luces; y ya desde aquellos tiempos antiguos, ha manifestado la Iglesia con sus prescripciones, una solicitud muy particular por el uso, y un uso espléndido de las luces, ya para la celebracion de la misa, ya para los divinos oficios, ya tambien para el culto que

tributa á las santas imágenes y á las reliquias de los mártires.

En las catacumbas de Roma hánse encontrado, entre otras, magníficas lámparas de cobre, de plata y de oro, en forma de coronas de flores, en cada una de las cuales ardia, en honor de los cuerpos de los mártires, cierto número de torcidas alimentadas dia y noche por la piedad de los fieles. Dichas coronas luminosas estaban suspendidas de la bóveda de las capillas de las catacumbas, y honraban con sus resplandores los sagrados despojos de los pontífices, de las vírgenes y de los millares de mártires que habian permanecido fieles hasta la muerte á Jesús, que es la luz del mundo.

Cuando, despues de los siglos de persecucion, pudo la Iglesia desplegar á la luz del dia las pompas de su culto, las luces entraron por mucho en el ceremonial religioso. Los papas, los emperadores cristianos y, á ejemplo suyo, los piadosos fieles adornaron á porfia las nuevas iglesias con preciosas lámparas, acompañadas de fundaciones para mantenerlas perpétuamente de puro aceite. Así es que quince siglos ha, y aun en nuestros dias, en la basílica de san Pedro de Roma, el venerable sepulcro del Príncipe de los Apóstoles se halla rodeado de una brillante aureola formada por ciento cuarenta lámparas; así tambien arden continuamente cuarenta lámparas al rededor de las reliquias de la célebre vírgen y mártir santa Cecilia; y en gene-

ral, jamás se expone en Roma una reliquia á la veneracion de los fieles, sin honrarla con luces.

Si esto se hace con las reliquias de los santos fácil es concebir con qué piadosa solicitud ha velado siempre la Iglesia porque haya á lo menos *una* lámpara encendida delante del Cuerpo del Señor, realmente presente en la Eucaristía. Tambien en esto se muestra Roma á la cabeza de la piedad, y nada es tan imponente como la vista de las siete lámparas que, en las grandes basílicas de la ciudad Eterna, arden delante del altar del Santísimo Sacramento.

Seria muy de desear que en todas partes, hasta en las mas pequeñas iglesias en que estuviese reservado el cuerpo adorable de Jesucristo, los sacerdotes y los fieles tuviesen los medios de dar una prueba de sus sentimientos de fe en el misterio de los misterios, conservando un piadoso alumbrado. Pero lo calamitoso de los tiempos, una fe poco viva y la indiferencia religiosa no permiten, por desgracia, una manifestacion tan rica y costosa como en la capital del Catolicismo. Pero á lo menos seria de desear que dia y noche ardiese una lámpara, una sola delante del santísimo Sacramento; ella recordaria á todos los que entrasen en el templo la presencia del Señor y atestiguaría el espíritu de fe de los habitantes del lugar (1).

(1) Demos gracias á Dios de que en nuestra querida España, á pesar de las dificiles circunstancias porque atraviesa

En las parroquias pobres, en que á duras penas puede el sacerdote atender con su módica retribucion á las necesidades de los menesterosos y á las suyas propias, ¿porque no habrian de formar algunas mujeres y jóvenes, que se sintiesen animadas de piadosos sentimientos, una pequeña asociacion para la conservacion y entretenimiento de la lámpara del santísimo Sacramento en su iglesia? Una podria traer un poco de aceite; otra, algunas torcidas; otra, en fin, ir por la mañana y por la tarde, á limpiar y arreglar la lámpara. La persona principal de la asociacion recogería las pequeñas cuotas, los céntimos y maravedises, lo cual haria que esta pequeña obra fuese la obra de todos, del pobre mas bien que del rico, la obra hasta de los niños; y el buen cura veria con las lágrimas en los ojos y rebosando el corazon de alegría, como sus feligreses vienen en su auxilio para una accion tan santa y sencilla á la vez. No hay duda alguna que estas *siervas* del Santísimo Sacramento, se atraerian muy pronto grandes bendiciones del cielo y la Religion volveria á florecer en países que ahora parecen abandonados de Dios.

la Iglesia y de la suma escasez y penuria á que se ve reducido el clero por gracia y voluntad del liberalismo, no hayamos llegado al extremo que lamenta el ilustre Autor. En España hay siempre á lo menos una lámpara encendida delante del sagrario ó tabernáculo, y esto aun en las iglesias mas pobres.—(N. del T.).

El soberano pontífice Pio IX, animado de una devocion tan tierna como profunda hácia el augusto Sacramento del altar, desea vivamente ver que se reanima por todas partes el culto de la Eucaristía, y pone particular empeño en que haya siempre lámparas encendidas delante de los tabernáculos. Hasta se ha dignado conceder una indulgencia de *siete años* para cualquier acto de piedad y devocion con que los fieles cooperaren á dicho mantenimiento y conservacion. Así la pobre mujer, el pobre trabajador, que no pudiendo hacer mas, dieren su gota de aceite, su ochavo, su óbolo, para honrar al Santísimo Sacramento, podrán en adelante ganar la tan preciosa gracia de las indulgencias.

Reanimemos, pues, todos y cada uno de nosotros nuestra fe y nuestro celo, y en cuanto alcancen nuestras débiles fuerzas, hagamos que en todos los puntos de la tierra sea honrado, adorado y exaltado el Sacramento del amor de Dios!

## Indulgencias y Jubileos.

### EL JUBILEO ES UNA INDULGENCIA.

*Indulgencia*, viene de una palabra latina que significa: *usar de misericordia, no tratar con rigor*. La *indulgencia* es una gracia que, en nombre de Jesucristo, concede la Iglesia á los pecadores arrepen-

tidos cuyos pecados han sido ya perdonados en el sacramento de la Penitencia. Despues de haber alcanzado el perdon de los pecados, fáltanos todavía expiarlos por medio de la penitencia, en este mundo ó en el purgatorio. Pues bien, la indulgencia es la remision total ó parcial de dicha expiacion; ó en otros términos, es la remision de la pena temporal debida por los pecados ya perdonados: no dispensa de hacer penitencia, pero suple lo que falta á la penitencia para ser perfecta.

Al conceder una indulgencia, el Papa hace como el intendente ó mayordomo de un príncipe que, habiendo recibido de su Señor plenos poderes para administrar sus negocios y haciendas, condonase la totalidad de una deuda enorme á un deudor que, á pesar de todos sus esfuerzos, no hubiese podido pagar sino una pequeña parte.

Así tambien, en nombre del Hijo de Dios, nos dice el Papa: «Haced lo que podais para expiar vuestros pecados y servir á Dios; y, por la autoridad de Aquel que me dijo: *Cuanto desatares en la tierra, desatado será en los cielos*, os hago gracia de lo restante de vuestras deudas que no hayais podido pagar.»

El *jubileo* es la mayor de todas las indulgencias que la Iglesia concede á sus hijos; es por excelencia el tiempo de las gracias del perdon y de la misericordia.

*Jubileo*, quiere decir *júbilo, alegría, libertad.*

En otro tiempo, el jubileo solo tenia lugar cada cien años; mas para que todos los hombres puedan aprovecharse de este favor, se han dignado fijarlo á cada veinte y cinco años. A mas de los jubileos periódicos, los Soberanos Pontífices conceden otros, con motivo de grandes alegrías ó de grandes dolores que experimente la Iglesia.

Nada tan magnífico como la apertura del jubileo en Roma. El Papa se dirige procesionalmente, acompañado de un brillantísimo cortejo á la *Santa Puerta*, que es una de las puertas de la iglesia de San Pedro. Con un martillo de plata dá tres golpes á la pared que tiene siempre cerrada dicha puerta; cae inmediatamente á los esfuerzos de los albañiles que retiran los escombros y el Padre santo es el primero que pasa por ella, seguido de los cardenales y del numeroso pueblo que le ha acompañado en su marcha. Al terminar el jubileo, vuelve otra vez á la *Santa Puerta*, en donde despues de haber bendecido las piedras y argamasa para la nueva pared que ha de cerrarla, coloca la primera piedra con una llana de plata, y concluye dando una bendicion solemne á la inmensa multitud que siempre asiste á estas grandes ceremonias.

Como todas las del culto cristiano, esta ceremonia es simbólica; y significa que el Papa, por el poder que ha recibido de Dios de desatar á los pecadores, abre realmente la puerta del cielo á todos los que tienen el corazon verdaderamente contrito y humillado.

El que quiere ganar la indulgencia del jubileo, ha de cumplir *todas* las obras prescritas por el Soberano Pontífice, y hacerlas con la intencion que designa; y en general para ganar una indulgencia, es necesario estar en gracia y hacer lo que manda el que la concede.

Las obras que ordinariamente se prescriben con la Confesion, la sagrada Comunion, visita de algunas iglesias en las cuales deben rezarse determinadas oraciones y tambien algun ayuno y alguna limosna. Para no equivocarnos, debemos atenernos á lo que manda el obispo del lugar en que nos encontremos; pues él es el que publica el jubileo en su diócesis, y regula en sus detalles las buenas obras que deben hacerse, y el tiempo que dura el jubileo. — Una sola confesion basta para cumplir la obligacion anual impuesta á todos los fieles y para ganar el jubileo.

Los enfermos pueden alcanzar de sus confesores conmutacion de los ayunos y de la visita de iglesia.

Los niños que aun no han hecho la primera comunion pueden ganar el jubileo sin ayunar ni Comulgar, y con solo confesarse, visitar las iglesias y dar la limosna.

Puesto que es una gracia la indulgencia del jubileo, no hay obligacion de ganarla; pero el que por incredulidad ó menosprecio no se aprovechase de este favor, cometeria un pecado.

Abrigamos la esperanza de que *todos* nuestros

lectores comprenderán cuánto les interesa ganar el jubileo. ¡Qué alegría no será la nuestra, cuando en el momento de la muerte veamos que hemos ya satisfecho cumplidamente á la terrible justicia de Dios y que podemos entrar en el goce inmediato de la felicidad del paraíso!

## El escapulario.

En latin, la palabra *scapula* quiere decir *hombro*, por cuya razon dióse por espacio de muchos siglos el nombre de *escapulario* á la especie de blusa que se ponian los trabajadores sobre el vestido para impedir que se manchase y deteriorase. Consistia dicho escapurlario en dos anchas fajas de tela que venian á juntarse sobre las espaldas, aunque dejando en medio un agujero para que pudiese pasar la cabeza, y cubrian el cuerpo hasta la rodilla por delante y por detrás.

Pero habiendo dejado de emplearse mucho tiempo ha esta prenda para los usos comunes de la vida, el escapulario ha venido á ser una insignia religiosa, con motivo de una piadosa cofradía fundada por los carmelitas en el siglo décimo tercero.

Las religiosos del Cármen, cuya institucion se remonta á los primitivos tiempos del Cristianismo, y

que siempre han honrado á la santísima Vírgen, Madre de Dios, con un culto muy especial, viéronse obligados á abandonar su antiguo monasterio del monte Carmelo, en Palestina, para hüir del furor de los turcos. Refugiáronse en Europa, en donde encontráron muchos obstáculos, y la Órden iba á perecer, cuando su superior general, san Simon Stock, probó cerca del cielo un último y supremo esfuerzo para impedir semejante catástrofe. Redobló sus austeridades y oraciones, y ofrecióse de nuevo con todos sus hermanos á la gloriosa Reina del paraíso, suplicándole que viniese en su auxilio. No quedaron defraudadas sus esperanzas; hé aquí en qué términos refiere el santo religioso á sus hermanos lo que le sucedió: «Queridos hermanos mios: bendito y alabado sea Dios, que no abandona jamás á los que esperan en Él y no desprecia las oraciones de sus servidores; bendita sea tambien la santísima Vírgen, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, que acordándose de sus antiguas misericordias en favor de su pueblo, se apresura á socorrernos en medio de las excesivas tribulaciones que por todas partes nos rodean! Como yo, á pesar de no ser sino polvo y ceniza, abriese mi corazon ante Dios, y pidiese á á la Vírgen santísima que tuviese á bien dar alguna señal de proteccion y amor á la antigua familia religiosa de los carmelitas, á quenes ella misma habia honrado con el título de *hermanos de la bienaventurada Vírgen María*, la santa Madre de Dios

se dignó aparecérseme rodeada de los resplandores de su gloria y llevando en la mano un *escapulario* misterioso, dirigióme estas palabras: «Toma, hijo «mio, este vestido que de hoy en adelante será el «distintivo de la Órden del Carmelo y de mi cofra- «día; en él encontraréis tú y todos tus hermanos «una poderosa salvaguardia. Cualquiera que viva «y muera llevando piadosamente este sagrado ves- «tido, no caerá en las llamas del infierno, y mi «proteccion maternal le acompañará siempre y en «todas partes.»

Apresuráronse todos los religiosos del Carmelo á vestir aquel escapulario, que de este modo podia considerarse como la gloriosa librea de la Vírgen; y los soberanos pontífices, despues de aprobar esa piadosa institucion, enriquecieron, en diversas épocas, con magníficas indulgencias no solamente la órden de los Carmelitas, sino tambien una cofradía de piadosos y devotos fieles que, á pesar de vivir en medio del siglo, llevan así mismo sobre su ordinario vestido el escapulario de la bienaventurada Madre de Dios.

Concíbese fácilmente que desde entonces hubo necesidad de modificar el antiguo escapulario, en cuanto á sus dimensiones, reemplazándole con dos pedazos de tela de lana de oscuro, cosidos á dos cintas que pasan por los hombros. Tanto para nosotros, como para los religiosos del Carmelo, el escapulario es una preciosa prenda de la proteccion

de la santa é inmaculada Madre de Dios, para todo el tiempo de nuestra vida y particularmente para el pavoroso tránsito de este mundo á la eternidad.

No obstante para participar de las especiales bendiciones prometidas por la Vírgen santísima y para ganar las indulgencias concedidas por los soberanos pontífices á los cofrades del escapulario, no basta que llevemos encima la pequeña insignia de que acabamos de hablar; sino que además es necesario que seamos admitidos ó recibidos en la Cofradía por un religioso Carmelita, ó bien por un sacerdote que haya recibido de la Santa Sede poderes al efecto. Pero una cosa hay mas importante todavía, y que debe tenerse muy presente, y es que para alcanzar las gracias que están vinculadas al santo escapulario, es de absoluta necesidad vivir cristianamente. No, el que no lleve una vida cristiana, el que quebrante los mandamientos de Dios y las leyes de su Iglesia y sobre todo, el que, con sus desarregladas costumbres profane el bendito escapulario, librea de la castísima, santísima é inmaculada Vírgen María, ese tal, aunque lleve todos los escapularios del mundo, no se libra del terrible juicio de Dios, y las promesas de la Madre de Dios pasarán á otros mas dignos.

Tomad el santo escapulario, si os es posible; y tomadlo tan pronta como podais. El sacerdote que os lo dé os explicará mas detalladamente de lo que podríamos hacerlo nosotros ahora, las gracias espi-

rituales con que la Iglesia ha enriquecido la cofradía del Cármen, y en particular las innumerables indulgencias que le han sido concedidas; entre las cuales hay indulgencia plenaria para el dia de la recepcion.

## La tercera Órden de san Francisco.

A principios del siglo XIII la misericordia divina suscitó á san Francisco de Asis y á santo Domingo para que fueran firmísimas columnas del edificio de la Iglesia, que amenazaba ruina á consecuencia de impías guerras que por espacio de mas de doscientos años habian hecho emperadores y reyes que se llamaban cristianos, á los Soberanos Pontífices, Vicarios de Jesucristo, Jefes supremos de la santa Iglesia y defensores natos de la verdadera libertad de los pueblos, así como de la verdadera y legítima autoridad de los príncipes. A favor de aquellas turbulencias, habíase introducido una espantosa relajacion en la disciplina y en las costumbres, y de cada dia se hacia mas necesario que Dios suscitara de en medio de su pueblo almas grandes, capaces de reunir y hacer triunfar todos los elementos de resurreccion y de saludables reformas, etc... Para realizar la mitad de esa grande empresa, envió el Señor á santo Domingo, español

de nacion ; la segunda mitad la llevó á cabo san Francisco de Asis, que por su vida angelical mereció ser llamado *seráfico Patriarca*, y junto con su santo amigo, renovó la faz del mundo.

San Francisco habia nacido en Asis, pequeña ciudad de los Estados Pontificios, hácia fines del siglo XII. Sintióse poseido de un santo amor á la pobreza evangélica, abandonó todos sus bienes, humillóse y anonadóse á ejemplo del Salvador, trocó sus vestidos por un grosero sayal de lana, ciñóse con una cuerda, y con los piés descalzos como un pobre perfecto de Jesucristo, haciendo consistir todas sus riquezas en tener á Jesús en el corazon, púsose á predicar penitencia por todas partes, y bien pronto vió agruparse en torno suyo, no centenares, sino millares y millares de discípulos, que seguian con entusiasmo sus huellas y reproducian con su vida austera y angelical, la de los primitivos fieles. El mismo Papa, aprobando el pensamiento del seráfico Padre Francisco, llamó á los nuevos religiosos *hermanos menores: Fratres minores.* No tenian mas regla que el Evangelio : pobreza, humildad, mansedumbre, penitencia, sencillez, infatigable celo por la salud del prójimo, y sobre todo, por la santificacion de los pequeños y de los pobres, sumision absoluta al Soberano Pontífice y á la Iglesia, tierna devocion á la Vírgen santísima y, sobre todo, ardentísimo amor al dulce Salvador Jesús, Rey de la Iglesia y Luz del mundo; tal era el espíritu que les animaba.

San Francisco, auxiliado por santa Clara de Asís, habia establecido para las mujeres el mismo instituto de penitencia; y los monasterios de esas *Señoras de la pobreza*, que despues se llamaron Clarisas, del nombre de su fundadora, se multiplicaron rápidamente como nidos de paloma.

Inspiró Dios á san Francisco que fundara un tercer Órden de penitencia para los cristianos que vivian en el siglo, sacerdotes y laicos, á fin de que tambien ellos participasen individualmente de aquel espíritu de renovacion evangélica y de santificacion religiosa que producia tan maravillosos frutos en los monasterios de Clarisas y en los conventos de frailes menores. Esta es la Órden que se conoce con el nombre de *Tercera Orden de san Francisco*, que fue aprobada solemnemente por la Santa Sede; propagóse rápidamente por todas las comarcas del mundo católico, y, desde seis siglos y medio, se han alistado en ella millones de almas santas.

Nada tan sencillo como la Regla de la *tercera Órden* de san Francisco: hecha para adaptarse á todas las condiciones de la vida del siglo, instituida para los ricos como para los pobres, para los eclesiásticos como para los militares, para los negociantes como para las mujeres de mundo; dirigiéndose á todas las edades, se doblega y acomoda, á semejanza del Evangelio, á todas nuestras necesidades de posicion, salud y fortuna. Prescindiendo de que no obliga jamás bajo pena de pecado, aco-

módase á todos los casos particulares, gracias al permiso dado por el santo Fundador á todos los Padres de la primera Órden y tambien al confesor de cada terciario, de conmutar, segun las circunstancias, los diversos puntos de la Regla. En efecto, lo principal en la tercera Órden es el *espíritu*, el espíritu de penitencia, el espíritu de desprendimiento y abnegacion, el espíritu de pobreza cristiana, el espíritu, en fin, de candor y amor en la piedad: las prácticas y los medios indicados en la Regla solo tienen una importancia secundaria y están subordinados por completo al fin principal. Y aun añadiré que en el actual estado de nuestra sociedad, corroida por la indiferencia, muy pocas son las personas que, viviendo en el mundo, puedan observar exactamente toda la Regla de la *tercera Órden*. Pero, de que sea evidente que, ora por nuestra salud, ora por las exigencias de vuestra salvacion, no podeis observar sino una parte de la Regla, ¿deduciréis acaso que no debeis entrar en la *tercera Órden?* De ningun modo; desde el momento que esteis resueltos á hacer lo que podais, desde el momento que san Francisco vea en vuestros corazones una verdadera buena voluntad de hacer penitencia y amar tiernamente á Nuestro Señor, él os abre su corazon, os tiende la mano y os invita á formar en las filas de la bendita *tercera Órden* que sostendrá y perfeccionará vuestras excelentes disposiciones.

Tres obligaciones impone la Regla á los terciarios como penitencia corporal: 1.ª llevar siempre, de dia y de noche, el escapulario de lana debajo de los vestidos y el cordon de san Francisco ceñido á la cintura; esta primera obligacion, que jamás puede dañar á la salud, no tiene excepcion ni dispensa; 2.ª comer de vigilia los miércoles, viernes y sábados; 3.ª ayunar los viernes. Repito que muchos terciarios no pueden cumplir esas dos últimas disposiciones á causa de su salud ó de las necesidades de familia y posicion; pero obtienen dispensa de ellas y el confesor les conmuta dicha penitencia por alguna otra práctica mas fácil de mortificacion ó piedad; como, por ejemplo, oir misa, ó bien rezar en sufragio de las almas del purgatorio los seis *Padre nuestros*, *Ave Marías* y *Gloria Patri*, de que hablarémos luego, ó hacer una comunion suplementaria, ó una limosna, etc.

Como oraciones, la Regla impone á los terciarios que saben leer, el rezo cotidiano del Oficio Parvo de la Vírgen segun el rito romano; y á los que no saben leer, cierto número de *Padre nuestros* y *Ave Marías*, número que varia segun las personas. Muchos terciarios se hallan tambien imposibilitados de rezar cada dia el Oficio Parvo; pero alcanzan conmutacion por otras oraciones mas cortas y fáciles; tales como el rezo cotidiano de algunas decenas del Rosario, del *Miserere* con los brazos en cruz, etc... Para los eclesiásticos, el rezo

del Breviario suple por todas las oraciones de la Regla.

Incomparables gracias de sólida y tierna devocion acompañan á los hijos de san Francisco. La Iglesia les ha colmado de bendiciones y ha abierto para ellos con increible largueza el tesoro de sus indulgencias. Indulgencia plenaria para el dia de entrada en la Órden; indulgencia plenaria en el artículo de la muerte; indulgencia plenaria cada dia por el rezo del rosario de san Francisco, compuesto de siete decenas y tres *Ave Marías*, en memoria de los setenta y tres años que vivió la santísima Vírgen; indulgencia plenaria, tambien para cada dia, por rezar treinta y tres *Padre nuestros* y *Ave Marías*, en memoria de los treinta y tres años de nuestro señor Jesucristo; indulgencia plenaria comulgando por las festividades de Nuestro Señor, de la Madre de Dios, de los Apóstoles, de san Francisco y de *todos* los santos y beatos de la seráfica Órden, que son muy numerosos, á veces doce ó quincc en un mes; en fin, una multitud de indulgencias plenarias y parciales que se hallan consignadas en el Manual de la tercera Órden, y entre las cuales me contentaré con indicar los seis *Padre nuestros*, *Ave Marías* y *Gloria Patri*, por cuyo rezo la Santa Sede se ha dignado conceder *todas* las indulgencias plenarias y parciales de los santuarios de Tierra Santa, y *todas* las indulgencias plenarias y parciales de todas las Basí-

licas de Roma, las cuales son tan considerables en calidad y cantidad, que es realmente imposible enumerarlas. Cada terciario puede ganarlas muchas veces al dia, tantas como reza devotamente dichos seis *Padre nuestros, Ave Marías y Glorias*, rogando por las intenciones del Papa, por las necesidades de la Iglesia y en honra y gloria del seráfico san Francisco. Esto es lo que se llama el *gran perdon*. Cási todas las indulgencias de la tercera Órden se pueden aplicar á las benditas almas del purgatorio.

El Señor prometió á san Francisco que su triple familia espiritual, y por consiguiente la tercera Órden, subsistiria hasta el fin del mundo. Permítasenos referir la historia de esa promesa divina. Encontrábase un dia el Santo en el monte Alverno y habíase retirado á una gruta para entregarse á la oracion. Toda la noche estuvo arrebatado en éxtasis, durante el cual recibió los *sagrados estigmas* de la crucifixion, ó sea la impresion de las llagas. Su compañero y querido discípulo, fray Leon, á quien se complacia en llamar «ovejuela de Dios» á causa de su inocencia y dulzura, le sorprendió en medio de aquel grande éxtasis. Oyéndole hablar y viendo la gruta llena de una luz celestial, el bueno de fray Leon tomóse la libertad de acercarse á la entrada de la gruta, y fue testigo de las maravillas de aquella noche sagrada. Su seráfico Padre, arrobado y como suspendido en el aire, resplan-

decia de luz y parecia que estaba sumergido en una inmensa llama que ocupaba toda la parte superior de la cueva, hablaba y una voz le respondia; pero fray Leon no comprendia las misteriosas palabras de aquella conversacion celestial... Habiendo observado que por tres veces distintas san Francisco habia llevado la mano en el pecho, como para tomar alguna cosa, que en seguida habia ofrecido á Aquel con quien hablaba, al dia siguiente por la mañana, confesó muy sencillamente á su buen padre san Francisco, que habia visto lo que habia pasado; y pidiéndole perdon por su atrevimiento, suplicóle que se lo explicara todo. «Fray Leon, respondióle san Francisco, fray Leon, ovejuela de Dios, puesto que has sorprendido mi secreto, voy á decírtelo todo. La divina llama que me ha rodeado durante toda la noche, era el Espíritu Santo; y mi Salvador Jesucristo se ha dignado aparecerme en medio de ella y hablarme familiarmente, como un amigo habla á otro amigo... y me ha dicho: «Francisco, dame cuanto tienes;» y como yo le respondiese: «¡Ah, dulcísimo Señor mio! yo no tengo nada; todo lo he dejado por Vos; no tengo sino este vestido roto; ¿queréis que os lo dé?» me ha mandado que pusiera mi mano en el pecho y que le diese lo que encontrase. Obedezco, y con gran sorpresa mia me encuentro una hermosa moneda de oro, que le he presentado al momento: «¿Qué es esto? le digo; yo estaba persuadido de que

no tenia nada.»—«Busca otra vez,» añade el Señor. Y he buscado, y he encontrado otra pieza de oro que le he entregado como la primera. Por tercera vez me ha dicho que buscara, y he encontrado, y se lo he dado. Y al expresarle mi extrañeza por haber encontrado oro sobre mí, yo que me habia hecho pobre por su amor, Jesús me ha dicho: «Pues tú me lo has dado todo, tambien yo te lo daré todo. Tú me has dado tres familias de fieles discípulos; en recompensa, te hago hoy tres promesas. La primera es que tus tres Órdenes subsistirán hasta el fin del mundo. La segunda, que en el trance de la muerte asistiré con un amor especial á los que hayan pertenecido á ellas. Y la tercera, que amaré y bendeciré á todos los que las veneren y amen.» Así me ha hablado el Señor. «Pero tú, fray Leon, no digas una palabra de lo que acabas de oir, hasta el dia en que convendrá que hables.»

Tal es la venerable tercera Órden de san Francisco de Asis, la gran familia religiosa á la que están invitadas las almas fieles, que deseen santificarse mas sólidamente en medio de los peligros del mundo. Pio IX es terciario de san Francisco.

Muchos cardenales, obispos, príncipes y princesas tuvieron y tienen todavía esta dicha. Nuestro glorioso rey de Francia, san Luis, era terciario de san Francisco; éranlo tambien san Fernando, rey de España, santa Isabel de Hungría, santa Margari-

ta de Cortona, san Francisco de Sales y santa Juana de Chantal, así como el venerable Olier, fundador de los seminarios en Francia, y una multitud de grandes personajes, guerreros, artistas, poetas, etc. Miguel Angel era terciario; terciario era el Dante, que quiso ser enterrado con el hábito de la tercera Órden; y terciario era igualmente el sacerdote mas santo de nuestro siglo, el incomparable Párroco de Ars. Sin hablar de otros países católicos, la Francia está cubierta de terciarios; solo en Alsacia se cuentan mas de diez mil. Llenas están de ellos Italia, España; y hasta las mas lejanas misiones han visto crecer, á la sombra de la cruz recien plantada por los Padres Franciscanos, abundantes y florecientes cosechas de fieles alistados bajo la bandera del seráfico Patriarca.

En nuestros dias, sobre todo, deben los verdaderos hijos de Dios saludar con amor la tercera Órden de san Francisco; puesto que combate directamente todas las plagas que nos arruinan, y su espíritu, que es el del Evangelio y de la Iglesia, es el antídoto directo de ese detestable espíritu que los enemigos de la fe católica quieren hacer considerar como un progreso social y hasta religioso. Nuestra sociedad moderna no quiere que se le hable de penitencia, sobre todo de penitencia exterior y corporal; no quiere que se le hable, y no habla efectivamente, sino de goces, de lujo, de industria, de riquezas, de millones; no sueña sino independen-

cia y libertad; va perdiendo mas y mas el espíritu cristiano, el espíritu católico, el respeto á la Santa Sede, á la autoridad eclesiástica, á la seglar y á la paterna; y crece de dia en dia en arrogancia, presuncion, egoismo... En su tercera Órden nos ofrece san Francisco el remedio inmediato, el contrapeso de todas esas deplorables tendencias: una vida cristiana y sériamente penitente; el desprendimiento de las bagatelas y vanidades mundanales, y principalmente del dinero, dios del siglo actual; la sencillez en medio de la afectacion, disimulo y dobleces del mundo; la humildad y la obediencia; la sumision práctica al Sumo Pontífice y el respeto á toda autoridad legítima sea en la Iglesia, en el Estado, ó en la familia; la caridad cristiana para con los pobres y desvalidos; en una palabra, el espíritu del Evangelio, la fe y el amor á Nuestro Señor Jesucristo, á su adorable Sacramento y á su inmaculada Madre (1).

(1) Para alistarse en la tercera Órden, basta dirigirse á un religioso capuchino ó franciscano, el cual dará al postulante todos los detalles necesarios, y le recibirá desde luego en calidad de *novicio*, y despues, pasado un año, como *terciario* propiamente dicho.— Si no hubiese ningun religioso de san Francisco, bastará escribir al R. P. Provincial de los capuchinos ó de los franciscanos, pidiéndole que tenga á bien delegar el confesor ó el sacerdote tal, que se le indicará para hacer la ceremonia de la admision.

# QUINTA PARTE.

## La resurreccion de Lázaro.

Un milagro es un hecho exterior que excede *evidentemente* á las fuerzas de la naturaleza; es el ejercicio *extraordinario* de la omnipotencia de Dios en el mundo.

Negar la posibilidad de los milagros, es negar el poder de Dios, y por consiguiente, su existencia.

Siendo el milagro el sello de la divinidad, si Jesucristo es Dios, Jesucristo ha tenido que hacer milagros, y podemos preguntarle como los judíos de aquellos tiempos:

—¿Qué milagros haceis para que veamos en vos?

No rehusa esta prueba Jesucristo; puede decirse que en vida pública no ha sido mas que una série no interrumpida de milagros. Formado está el Evangelio con el divino relato de aquellos prodigios; pero entre ellos hay uno, el mas importante, el mas solemne tal vez de todos ellos: la resurreccion de Lázaro.

Lázaro era un hombre rico, muy amado de Jesús, hermano de Marta y de María Magdalena: habitaba en Bethania, á cuatro leguas de Jerusalen, y muy

á menudo daba en su casa hospitalidad al Salvador y á sus Apóstoles.

Enfermó Lázaro gravemente, y viéndole sus hermanas en peligro mandaron avisar á Jesus, que se encontraba á la sazon en Galilea.

—Señor, dijéronle los enviados, aquel á quien amas está enfermo.

—No es para la muerte esta enfermedad, contestó Jesús; es para que por ella sea glorificado el Hijo de Dios.

Apesar del amor que profesaba á Lázaro y á sus hermanas, permaneció todavía Cristo dos dias en el lugar dó se hallaba: pasados los cuales les dijo á sus discípulos:

—Vamos ahora á Judea. Lázaro, nuestro amigo, duerme y voy á dispertarle.

—Pero si duerme, estará curado, observaron los Apóstoles.

Y Jesús contestó:

—Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que sea confirmada vuestra fe.

Pusiéronse, pues, en camino, y cuando Jesús llegó á Bethania, Lázaro habia muerto hacia cuatro dias, y estaba ya sepultado.

Marta y María estaban sentadas en su casa, abismadas en dolor y en llanto. Con ellas encontrábanse todavía sus parientes y amigos para compadecerlas y consolarlas.

Habiendo sabido Marta que se aproximaba Jesús, levantóse al instante y exclamó corriendo á su encuentro.

—Señor, si hubierais estado presente, mi hermano no habria muerto.

Y díjola Jesús:

—Tu hermano resuscitará.

—Sé, respondio Marta, que resuscitará en el último dia.

—*Yo soy*, repuso Cristo, *la resurreccion y la vida;* aquel que en Mí cree vivirá hasta despues de muerto, y aquel que en Mí cree no morirá en toda la eternidad. ¿Crees esto?

—¡Oh, Señor! exclamó la fiel Marta; sí, creo que tú eres el Cristo Hijo de Dios vivo que ha venido al mundo.

Y separóse de él para llamar á su hermana.

Levantóse María en seguida, corrió á su vez y arrojándose á los piés de Jesús, díjole tambien:

—¡Oh, Señor! no habria muerto mi hermano si tú hubieras estado aquí.

Viéndola llorar Jesús, lo mismo que los demás judíos que les habian seguido, conmovióse, y con enternecido acento les preguntó:

—¿Dónde le habeis depositado?

—Venid, Señor, y mirad, contestáronle.

Y Jesús lloró...

—¡Ved cuánto le amaba! dijeron entonces los judíos.

Y otros añadian murmurando:

—¿No podia acaso él que volvió la vista á un ciego de nacimiento impedir que Lázaro muriera?

Jesucristo, estremeciéndose de nuevo, llegó junto á la tumba. Era la tumba una cueva formada en la roca y cuya entrada cerraba una grande piedra.

— Quitad esta piedra, dijo Jesús.

Pero Marta respondió:

—Señor, ya huele mal: ved que hace cuatro dias que murió.

—¿No te he dicho, replicó el Salvador, que si crees verás la gloria de Dios?

Cuando estuvo quitada ya la piedra, elevó Jesús al cielo los ojos, y exclamó:

—¡Lázaro, sal de la tumba!

Y el muerto salió en seguida, envueltos todavía piés y manos con las funerarias ligaduras, y cubierta la faz con el sudario.

—Desatadle para que pueda andar, dijo Jesús.

Y gran número de judíos que estaban presentes creyó en Jesucristo, y bien pronto se extendió por Jerusalen y por toda la Judea la noticia de la resurreccion de Lázaro.

Ante esta nueva, sintiéronse poseidos de coraje los enemigos del Salvador y se reunieron en Jerusalen, en casa del gran sacerdote Caifás, diciendo:

—Preciso es tomar una resolucion, *porque ese hombre hace milagros y no podemos negarlo.*

En efecto, los judíos, lo propio que los paganos

de los primeros siglos, jamás han pensado en negar los milagros de Jesucristo; si hubiesen podido hacerlo, de seguro que no habrian vacilado, y este habria sido el medio mas sencillo de destruir por su base la fe cristiana: pero ¿cómo negar los hechos consumados á la luz del dia, en las murallas mismas de Jerusalen ó de las principales ciudades de Judea, ante un pueblo inmenso y á los ojos mismos de los enemigos del Salvador?

Jesucristo, pues, ha hecho milagros para probar al mundo su divinidad. Imitando á los judíos razonables y fieles, que creyeron en él durante el tiempo de su vida mortal, postrémonos humildemente á los piés de aquel Maestro adorable que se hizo hombre por amor hácia nosotros, que se anonadó y sufrió por un prodigio de misericordia. Creamos en él y llevemos una vida pura é inocente, verdaderamente santa, verdaderamente cristiana. Tributemos gloria á Dios y salvemos nuestras almas para la eternidad.

Un ciego es un hombre que no vé. Hay dos especies de vista: la del cuerpo y la del alma. La segunda es todavía mas necesaria que la primera; y no son en verdad los peores ciegos aquellos á quienes se juzga peores. La ceguedad mas terrible es la que impide al hombre conocer á Dios, penetrar hasta Jesucristo y saborear las magnificencias de la luz de la fe. Una reciente estadística nos manifestaba últimamente que en Francia hay un ciego para

cada 900 hombres; si el buen Dios nos diera su estadística, él que sondea los corazones, ¡á qué terrorífica proporcion ascenderia el número de los ciegos de espíritu!

Jesucristo ha dicho de sí mismo:

— *Yo soy la luz del mundo; el que camina en pos de Mí, nunca camina entre tinieblas, pues tendrá la luz de vida.*

Jesús es la luz del alma, como el sol es la luz del cuerpo; los ciegos de espíritu son los hombres que no conocen á Jesús, que no creen en Jesús, que no adoran á Jesús, que no le siguen, que no le aman; estos son los verdaderos ciegos que caminan entre verdaderas tinieblas. Los ciegos del cuerpo, mucho menos dignos de lástima que los primeros, son los hombres que están privados de la luz del sol durante los cuantos dias de su viaje por este mundo: Nuestro Señor quiso, durante su carrera evangélica, curar á algunos, con el objeto de hacernos comprender que Él era el médico y la luz de las pobres almas ciegas. Oigamos el conmovedor relato de una de aquellas misteriosas curaciones.

Refiérese en el capítulo x del Evangelio de san Márcos que el Hijo de Dios, pocos dias antes de su pasion, subió de Jericó á Jerusalen. Jericó, la ciudad infiel y cismática, era el símbolo del pecado; Jerusalen, la ciudad de Dios, la ciudad del templo, la ciudad del Cristo, era el símbolo de la gracia. En

pos de Jesús, caminaba una multitud de gente, atraida por Él de Jericó á Jerusalen, de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Al frente de aquella multitud iban los Apóstoles de Jesús, sus sacerdotes, por cuyo ministerio continúa salvando á las almas desde que se remontó al cielo.

Sentado al borde del camino, encontrábase un mendigo ciego llamado Bartimeo. Sabiendo este hombre que era Jesús de Nazaret el que pasaba, púsose á gritar, diciendo:

—¡Jesús, hijo de David, ten piedad de mí!

Aquel mendigo es la imágen de nosotros todos, pobres ciegos, no de cuerpo sino de espíritu, á quienes las lecturas impías, los contagiosos ejemplos de la indiferencia han hecho perder, en todo ó en parte, la luz de la fe; de nosotros, que privados de esta luz, no tenemos ya verdaderos consuelos en el camino de la vida, y que de este desolado mal no podemos ser curados mas que por Jesucristo, el Salvador, el Creador del mundo. Una resurreccion religiosa se manifiesta por dó quier en nuestra Francia; es Jesús que pasa por delante de nosotros, por delante de los ciegos. Llamémosle desde el fondo de nuestro corazon, y pidámosle que tenga piedad de nosotros:

—¡Jesús, hijo de David; Jesús, hijo de Dios; Jesús, nuestro verdadero Salvador, tened piedad de nosotros!

Algunos de los que seguian al Señor, molestados

por los gritos de Bartimeo, quisieron imponerle silencio ; pero no lo consiguieron, pues el pobre hombre gritaba cada vez con mas afan:

— ¡ Jesús, tened piedad de mí !

Las malas lecturas, los charlatanes ignorantes y pérfidos que *catequizan* nuestras poblaciones, hacen parecidos esfuerzos para impedirnos volver á la Religion, reconquistar la fe, volver á ser los discípulos fieles de Jesús. No les escuchemos: antes por el contrario, sintiéndonos ciegos é indigentes, con verdadero gozo en el corazon, sin consuelos en las miserias de la vida, gritemos enérgicamentes á Jesús, llamémosle en nuestro auxilio:

— ¡ Jesús, tened piedad de nosotros !

No fue insensible el buen Salvador á los gritos de Bartimeo : ordenó á sus discípulos que le trajesen á su presencia, y el ciego lleno de esperanza, arrojó su capa y corrió hácia el Señor.

—¿Qué esperas de mí ? le preguntó Jesús.

—¡Oh Señor! respondió Bartimeo, haz que yo vea!

Y Jesús le dijo:

—Anda ; tu fe te ha salvado.

Y el ciego recobró al punto la vista, y siguió á Jesús.

Hagamos nosotros lo mismo y serémos curados. Levantémonos y arrojemos nuestra capa, la vieja capa de nuestros pecados, de nuestra indiferencia religiosa que nos envolvia á manera de sudario. Levantémonos y vamos á echarnos, con una humilde confianza, á los piés de aquellos que son los

depositarios del poder espiritual del Salvador, á los piés de los sacerdotes que de él han recibido el poder de perdonar los pecados y de reconciliarnos con su divina bondad. Acerquémonos al sacerdote y pidámosle que nos instruya en nuestros deberes, que nos enseñe á conocer, á servir y á amar á Dios: confesémosle nuestras faltas y arrepintámonos sinceramente de ellas. Y despues de la dulce y poderosa absolucion que nos será otorgada, oirémos la voz del Salvador que nos dice:

—Anda en paz; tu fe te ha salvado.

Imitando el ejemplo de Bartimeo, curados y transformados en otros hombres, bendecirémos á Dios, tan paciente y tan bueno; y le darémos testimonio de la necesidad de nuestro reconocimiento, colocándonos entre sus discípulos, haciéndonos verdaderos cristianos, hombres puros y religiosos, sin miedo, á la par que sin orgullo, fieles hasta la muerte y caminando con paso firme por el camino que conduce á Jerusalen, es decir al venturoso paraíso.

## El ciego de nacimiento.

Andando un dia Nuestro Señor Jesucristo por las calles de Jerusalen, encontró á un mendigo, ciego de nacimiento. Sus Apóstoles y discípulos preguntáronle si aquel pobre hombre habia perdido la

vista en castigo de sus pecados ó bien en castigo de los pecados de sus padres.

—Ni lo uno ni lo otro, respondió el Salvador; nació ciego, para que en él se manifiesten las obras del Señor.

Dichas estas palabras, dejó caer en el polvo del suelo un poco de saliva; despues, habiendo tomado aquel poco de lodo que se formára, llenó de él los apagados ojos del mendigo.

—Anda, le dijo, y lávate en la fuente de Siloé.

En apariencia, peor que el mal era el remedio; lodo, polvo en los ojos, y luego un baño ordinario de agua en una de las fuentes públicas de Jerusalen, ¿no era cosa de chanza? ¿Cómo podia un ciego de nacimiento encontrar por este medio el órgano de la vista? Mas los pensamientos de Dios no son los pensamientos de los hombres, y muy á menudo se sirve la Providencia de los males mismos para producir grandes bienes, empleando, para alcanzar sus benéficos fines, los medios al parecer mas insuficientes y hasta los mas contrarios.

El ciego, obedeciendo á Jesucristo, encaminóse á tientas hácia la fuente de Siloé, que en lengua hebrea equivalia del Mesías, tomó agua, lavóse los ojos y volvió con vista.

Sus amigos, sus vecinos que desde niño le conocian y le habian visto siempre ciego, preguntábanse estupefactos:

—¿No es este aquel mendigo ciego? ¿Cómo es que ahora vé?

—Es él, esclamaban los unos, reconociéndole perfectamente y no pudiendo ponerlo en duda.

—No, no es posible, decian algunos otros es un hombre que se le parece.

Y el ciego contestaba á los unos y á los otros:

—Sí, no os quepa duda, soy yo mismo.

Rodeáronle entonces y de todos lados salieron voces que le decian:

—¿Y cómo es, pues, que tus ojos se han abierto?

—Es aquel hombre á quien llaman Jesús, respondíales el ciego; es él quien ha hecho lodo con su saliva, ha frotado con ella mis ojos, y me ha dicho: «Anda á lavarte á la fuente de Siloé,» y yo me he lavado en ella y, ya lo veis, me he curado.

Mas ved ahí que aquel dia era un sábado, el dia del gran descanso religioso entre los judíos. El ciego curado fué conducido á la presencia de los fariseos (1): estos á su vez le interrogaron y le pidieron de qué modo habia recobrado la vista. Y les respondió como á los demás:

—Jesús me ha puesto lodo en los ojos, me he lavado en la fuente, y veo.

(1) Los fariseos formaban una secta religiosa muy severa en el cumplimiento de las prácticas exteriores de la ley de Moisés, pero eran duros y orgullosos, y cuidaban muy poco de la santificacion de sus almas.

Y suscitóse una discusion entre los fariseos, diciendo los unos:

—No viene este hombre de parte de Dios, pues viola el sábado.

Y añadian los otros:

—Pero si es un pecador ¿cómo puede hacer tales milagros?

Pidieron al mendigo les dijera qué opinaba de aquel que le habia dado la vista, y el mendigo respondió:

—Es el Profeta.

Temiendo los fariseos las consecuencias que podia traer aquel prodigio, suscitaron dudas sobre la ceguedad del mendigo. Hicieron venir á sus padres, y les dijeron:

—¿Es verdaderamente aquel vuestro hijo, de quien pretendeis que nació ciego? Y si es así ¿cómo puede ser que ahora vea?

—Que es nuestro hijo y que nació ciego, cierta cosa es, y estamos de ella bien seguros. En cuanto al modo como ha llegado á ver y á quien sea aquel que le ha abierto los ojos, nosotros lo ignoramos. Preguntádselo á él mismo; en edad está de poder responderos, y que os diga él lo que le ha pasado.

No se atrevian á responder mas categóricamente porque sabian cuanto odiaban á Jesús los fariseos, y temian que si declaraban que era el Cristo, serian ellos echados de la Sinagoga.

No sabiendo qué hacer los fariseos, llaman segunda vez á su presencia al hombre que habia sido ciego.

—Dá gloria á Dios, le dijeron, sabemos que este hombre es un pecador.

—Si es un pecador, contestóles el mendigo, yo lo ignoro; lo que sé es que era ciego, y que ahora veo claro.

—¿Y qué ha hecho contigo? ¿cómo te ha abierto los ojos? repitieron ellos con despecho.

—Os lo he dicho ya y lo sabeis perfectamente; ¿por qué necesito repetíroslo? ¿Quisiérais tal vez haceros tambien sus discípulos?

—¡Sus discípulos! exclamaron enfurecidos. Tú, tú eres su discípulo; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló á Moisés. Pero ese no sabemos de dónde viene.

—Estraño es, replicóles el mendigo, que vosotros ignoreis de dónde viene, y que sin embargo haya podido abrir mis ojos. Todos sabemos que el buen Dios no asiste á los pecadores: Dios no escucha mas que á sus servidores y á los que hacen su santa voluntad. ¿Háse visto alguna vez que un pecador abriese los ojos á un ciego de nacimiento? Si Jesús no procediera de Dios, no podria hacer milagro alguno.

—Tú eres un miserable, ¿y pretendes darnos una leccion? gritáronle aquellos furiosos.

Y maldiciéndole le echaron á la puerta.

Algun tiempo despues, volvió Nuestro Señor á encontrarle, y le dijo:

—¿Crees en el Hijo de Dios?

—*Decidme*, Señor, quién es, para que crea yo en él.

—Tú le ves, replicó Jesús, y él mismo es quien te habla.

Y el mendigo, transportado de alegría, esclamó:

—¡Creo, Señor!

Y postrándose á los piés del Salvador, le adoró.

Hagamos otro tanto nosotros todos, pobres ciegos á quienes vino Jesús á traer la luz de la verdad eterna, la santa luz de la verdadera fe, infinitamente mas preciosa que la luz material. Obedezcamos la mandata de Jesús y de su Iglesia, como aquel venturoso mendigo que encontró la curacion en su obediencia.

Vamos á la fuente de Siloé, á la espiritual fuente del Mesías; vamos á lavar nuestras almas en el sagrado baño de la penitencia. Purificados por la humilde confesion de nuestras faltas, y por la sangre de Jesucristo, observarémos que nuestra fe se vuelve de dia en dia mas luminosa y mas profunda; y podrémos resistir á todos los ataques de los impíos, á todas las sutilezas de los enemigos de la Religion, á todas las burlas de los libertinos. Nos gloriarémos de ser discípulos de Jesús é irémos á consolarnos de la maldad de los hombres y de

nuestros propios dolores á los piés de aquel divino Sacramento, donde Jesús mismo descansa en el silencio de nuestros tabernáculos. Allá oirémos en el fondo de nuestro corazon á nuestro buen Maestro, á nuestro consolador, á nuestro amigo, á nuestro caritativo médico, dirigiéndonos las mismas palabras que llenaron de alegría al ciego del Evangelio. Y poseidos del mismo sentimiento de religiosa adoracion, de perfectísimo reconocimiento, y sobre todo, del mismo sentimiento de un ardiente amor, dirémos á Jesús:

—«*¡Credo, Domine!* ¡Señor, yo creo!»

## Jesús resuscitado y Magdalena.

María Magdalena, la grande penitente del Evangelio, lo habia dejado todo para seguir á su divino Maestro. Habia vendido todos sus bienes que eran considerables, y habia cedido á los pobres el importe de su venta; á las locas diversiones que la perdieran habia sucedido una vida austera, humilde y santa; y al lado de la castísima Vírgen María, Madre de Dios, en breve se elevó á un sublime grado de cristiana perfeccion.

María la habia conducido con ella al Calvario; Magdalena, mas animosa que los Apóstoles, intré-

pida en su fidelidad, inquebrantable en su fe, habia asistido á las horas de agonía de Aquel que vino á la tierra para salvar lo que habia perecido.

Ella habia ayudado á la Madre de los Dolores á recibir la preciosa carga del inanimado cuerpo de Jesús, despues que la lanza de Longinos hubo abierto su sacrosanto costado; ella, por fin, se habia agregado al piadoso cortejo que depositára en la tumba al Autor mismo de la vida.

Despues de la fúnebre ceremonia, los judíos que tenian conocimiento de la solemne prediccion muchas veces repetida de la resurreccion de Cristo, habian tomado, con un afan celoso, todas las precauciones necesarias para guardar su cuerpo, esperando demostrar, por medio del hecho mismo, la impostura del Crucificado. La roca viva en que estaba labrada la sepultura tenia no mas una salida y esta la habian cerrado colocando en ella una enorme piedra sobre la cual habian puesto el sello del templo; y guardas escogidos, relevados de hora en hora, quitaban hasta la sospecha de una superchería.....

Al tercer dia, el siguiente al sábado, al salir el sol, la roca se estremeció; un ángel de luz, descendido del cielo, fué á echar léjos de allí la piedra del sepulcro... Los guardas aterrorizados, cayeron de espaldas y no tardaron en emprender una precipitada fuga. El santo sepulcro estaba abierto y vacío; el Señor omnipotente, Jesús, Hijo de Dios,

Rey eterno, Redentor victorioso, habia resuscitado, y habia, por nosotros, vencido á la muerte y al demonio!

Magdalena, entregada á la amargura de su dolor, partió de su morada al despuntar el alba, llevando perfumes preciosos, ungüentos y aceites aromáticos, para con ellos completar el embalsamamiento del cuerpo de su Maestro. Como no tenia aun sino vagas ideas sobre la divinidad real de Jesucristo, ignoraba ella su resurreccion. Cuando llegó al santo sepulcro, sorprendióse al verle abierto y sin guardas. Depuso sus perfumes, é inclinóse sobre la abertura de la cueva, á la cual se descendia por medio de algunos escalones igualmente tallados en la roca viva. El cuerpo de Cristo no estaba allí; los sudarios, las ligaduras, y los lienzos que le habian envuelto estaban echados sobre la piedra interior, y á la cabecera del sepulcro estaba sentado un ángel, revestido de blanca vestidura.

—Mujer, dijo á Magdalena, ¿por qué lloras? Tú buscas entre los muertos al que vive. El Señor ha resuscitado; ya no está aquí. Anda, pues, y dílo á los Apóstoles y á Pedro.

Magdalena, postrada de dolor, no comprendió aquellas palabras; quedóse junto á la tumba, llorando y gimiendo, persuadida de que habia sido robado el cuerpo de su Maestro.

Jesús que consuela á los que lloran por su amor

y que viene siempre á los que le invocan con un corazon puro y sincero, apareció entonces al pié del sepulcro. Oyendo Magdalena que álguien caminaba detrás de ella, volvióse, y hablando sin calcular *lo que* decia, exclamó:

—Si eres tú quien te lo has llevado, díme dónde le has puesto, para que vaya yo á recogerlo.

Pensaba ella hablar á algun jardinero ó á algun trabajador guiado allá por el trabajo. Aproximóse Jesús á ella, tocóla en la frente con su divino dedo y la dijo:

—¡María!

Al sonido de aquella voz adorada, Magdalena levantó los ojos, reconoció á Cristo, y postrándose á sus piés, lanzó ese grito de amor:

—¡Maestro mio!

Y quiso besar sus piés: mas Jesús la contuvo:

—No me toques, la dijo: no he subido todavía á mi Padre. Pero anda y advierte á mis discípulos que me verán en Galilea.

Solo entonces comprendió María Magdalena que Jesús era verdaderamente el Hijo eterno del Padre, el verdadero Dios vivo, y no tan solo, como ella habia creido hasta entonces, el enviado de Dios y el mas santo de los Profetas.

A un amor indudablemente purísimo, pero demasiado humano todavía; añadióse en su corazon para Jesucristo, ese amor sobrenatural, completamente espiritual, que es el amor de Dios; y la lla-

ma de aquella caridad divina acabaron de purificarla é hicieron de ella la mas grande de las santas, despues de la incomparable y sumamente pura, dulce y excelente Vírgen María, que es la verdadera Madre de Dios, la Reina de los ángeles y de los hombres, y que es superior sin medida á todas las criaturas salidas de las manos de Dios.

## Zaqueo.

El jueves 7 de abril del tercer año de su predicacion, el Salvador, seguido de sus Apóstoles, de sus discípulos y de un numeroso pueblo, encaminábase á la ciudad de Jericó. Habia en esta ciudad un hombre muy rico y de noble raza, llamado Zaqueo, israelita de nacimiento; se habia puesto al servicio del emperador romano y habia recibido de Tiberio el cargo tan lucrativo como importante de príncipe de los publicanos. Este empleo le habia atraido el desprecio de los de su nacion; porque los publicanos, encargados de cobrar los impuestos en provecho de César Tiberio, entregábanse audazmente á todo género de exacciones y fraudes que les hacian odiosos.

Toda la poblacion de Jericó se habia conmovido á la noticia de la proximidad de Jesucristo: una multitud considerable habíase adelantado á su en-

cuentro, fuera de las puertas de la ciudad; Zaqueo habia hecho como los demás; pero merced á su pequeña estatura encontróse perdido en medio de los curiosos, y habiendo sido completamente inútiles todos los esfuerzos que para ver á Cristo hizo, tomó el partido de adelantarse corriendo, y encaramarse en uno de los sicomoros que habia á lo largo del camino.

Habiendo Jesús llegado á aquel sitio, fijó en él los ojos y le dijo:

—Zaqueo, date prisa á descender; porque hoy mismo quiero habitar en tu casa.

Zaqueo, sorprendido al oirse nombrar por aquel que jamás le habia visto, y tocado sin duda interiormente por la divina gracia, apresuróse á obedecer. Corrió á su casa y recibió en ella á Jesús con sumo gozo.

En presencia de todos sus respetos humanos y con un profundo sentimiento de fe, de humildad y de arrepentimiento, postróse Zaqueo á los piés del Salvador, diciéndole:

—Señor, ved ahí que cedo la mitad de mis bienes á los pobres; y á todos aquellos á quienes he defraudado, voy á devolverles cuatro veces mas.

Y Jesús dijo entonces:

—La salud ha entrado en esta casa, porque este hombre se ha vuelto un verdadero hijo de Abrahan. El Hijo del hombre ha venido, en efecto, para salvar á aquel que habia perecido,

Jesucristo es el Salvador del mundo, el buen pasto de las ovejas extraviadas, el consolador de los pecadores y de los afligidos, el refugio de aquellos á quienes rechaza el mundo. Él ama á los pecadores, al mismo tiempo que detesta el pecado; ama á los pecadores, y por este amor compasivo y misericordioso, cambia su corazon, arroja de él el pecado y en él hace entrar, con la gracia, la paz y la santidad.

Todos nosotros somos otros tantos Zaqueos, pecadores infieles, fuertemente ligados á las cosas del mundo y poco cuidadosos de la eternidad. Jesús y su Iglesia pasan por en medio de nosotros; todos están presentes, pocos, empero, nos sentimos conmovidos; los cristianos, los verdaderos cristianos, esa pequeña grey de los discípulos fieles, de los verdaderos penitentes que corresponden á las gracias de Jesús, son los que le reciben gozosos en sus casas, es decir, en sus corazones por medio de la frecuente Comunion.

Zaqueo era de pequeña estatura; para ver á Jesús se vió precisado encaramarse en el sicomoro. Nosotros, pobres gentes, tampoco podemos llegar por nosotros mismos hasta Dios, es preciso para ello servirnos de los medios que en su bondad ha colocado en nuestro camino, con el fin de suplir nuestra debilidad; es preciso recurrir al ministerio de los pastores de la Iglesia; es menester escuchar sus instrucciones, ser dóciles á su voz, confesarles hu-

mildemente nuestros pecados, seguir su direccion religiosa y recibir de sus manos consagradas la divina Comunion, el pan misterioso de la vida eterna.

Como Zaqueo, es menester que nos alegremos de ser cristianos, y que nos gloriemos de nuestra conversion y de servir á nuestro celeste Maestro. Conviene practicar animosamente, no solo los mandamientos de Dios y de la Iglesia, sino tambien los consejos de la perfeccion evangélica; es menester amar á Dios y á los pobres, y merecer de Dios justo y santo la bendicion que recibió Zaqueo.

¡Ved ahí que la salud ha entrado en esta alma, porque se ha vuelto la verdadera sierva del Señor!

## El arrepentimiento de Magdalena.

María, llamada Magdalena, por el nombre de una de sus propiedades, situada en el barrio de Magdala, á orilla del mar de Galilea, era la hermana mas jóven de Lázaro y de Marta, célebre por la tierna amistad que les unia á Nuestro Señor. Lázaro y Marta habian permanecido siempre fiéles á la ley de Dios; su jóven hermana, seducida por las vanidades del mundo, se habia dejado arrastrar á una vida mas que disipada.

En medio de sus desórdenes, María Magdalena

oyó un dia hablar de Jesús, de sus milagros, de su bondad, de su santidad divina, de su misericordia hácia los pecadores. Atraida por la curiosidad, á la par que por un vago impulso de arrepentimiento, la pobre pecadora se acercó al Señor, escuchó su palabra austera y dulce, y recibió de él una primera bendicion que preparó su conversion.

Algun tiempo despues, llegado Nuestro Señor á Cafarnaum, cerca de Magdala, detúvose allí algunos dias predicando al pueblo las admirables y santas verdades reasumidas en el Evangelio bajo el título de Sermon de la Montaña. La santa Vírgen, santa Marta y las demás piadosas mujeres que seguian á Jesús, proveyendo á sus necesidades, condujeron por vez segunda á María Magdalena á la fuente de vida. Las primeras palabras de Jesucristo la habian conmovido y consolado: estas la aterraron. No tuvo, empero, todavía el valor de arrojarse á sus piés; mas, volviendo á su casa, despidió de ella á la gente alegre que la frecuentaba, tomó el vaso de sus mas preciosos perfumes, y bañado de lágrimas el rostro, insensible á los humanos respetos, trasladóse á toda prisa á la morada de cierto fariseo de Cafarnaum llamano Simon, quien habia invitado al divino Maestro á cenar en su rica mesa.

Cuando entró en la sala del festin, encontró Magdalena á Jesús rodeado de fariseos que espiaban todas sus acciones y palabras, buscando con perfidia un motivo para poder acusarle ante el gran Con-

sejo de los judíos en Jerusalen. Magdalena, mas fuerte ya que el humano respeto, no se fijó mas que en su Salvador; arrojóse á sus piés, besólos con amor, rególos con sus lágrimas, y enjugólos en seguida con sus cabellos. Nada decia Jesús, pareciendo ni siquiera apercibirse de ello. Por su parte, Simon y sus amigos le miraban con una sorpresa mezclada de ironía.

—Si fuera el Profeta (esto es, Cristo) decíanse unos á otros, sabria lo que es esta mujer que le toca.

Y Magdalena, tomando su vaso de alabastro, derramó todos sus perfumes sobre la cabeza de su Salvador.

Jesús rompió por último su silencio y se volvió á su huésped:

—Simon, díjole con gravedad y dulzura, tengo algo que decirte.

—Hablad, Señor, le replicó el fariseo.

—Un hombre tenia dos deudores: uno de ellos le debia quinientos talentos (cerca de un millon de reales) y el otro cincuenta dineros, (unos ciento sesenta reales). El acreedor perdonó su deuda á entrambos. ¿Cuál de los dos te parece que le amará mas?

—Sin duda alguna, contestó Simon, será aquel á quien se perdonó mayor cantidad.

—Has dicho verdad, repuso el Salvador.

Y añadió, mostrándole la pobre pecadora:

—¿Ves esta mujer? Cuando he entrado en tu casa, tú no me has dado ni siquiera el ósculo de

paz; ella, desde que está aquí no cesa de besar mis piés. Tú no me has dado agua para lavármelos (1), y ella los baña con sus lágrimas. Tú no has derramado sobre mi cabeza ni bálsamo ni perfume, y ella acaba de hacerlo... En verdad te lo declaro, grandes pecados le han sido perdonados porque ella ha amado grandemente.

—¿Qué dice? murmuraron desconcertados los fariseos. Este hombre blasfema. ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios tan solo?

Pero Jesús, sin dignarse hacer caso de sus murmullos, miró á Magdalena con una bondad divina y la dijo:

—Tus pecados te son perdonados; ¡anda en paz y no vuelvas á pecar!

Y Magdalena, la pecadora escandalosa, la mujer mundana, frívola y licenciosa, levantóse coronada con la gracia de Dios, encontrando en la penitencia y en el amor de Jesucristo un tesoro no menos precioso que el de su perdida inocencia.

¡Bienaventurados los pobres pecadores que con confianza lloran sus pecados á los piés del Salvador! ¡Bienaventurados los penitentes sinceros y humildes que van á arrodillarse á los piés del sacerdote, representante de Jesús, continuador de su pastoral ministerio, depositario del divino poder de perdo-

(1) Era esta una costumbre de hospitalidad entre los judios en aquella época.

nar los pecados! ¡Bienaventurada el alma que oye tambien la celeste palabra del perdon pronunciada sobre su cabeza!

—*Yo te absuelvo de tus pecados, en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo!*

—¡Jamás en mi vida he sido tan dichoso! exclamaba cierto dia, levantándose perdonado, un jóven que acababa de confesar muy grandes faltas.

Nada tienen comparable los goces de este mundo con aquellos goces. ¡Bien podeis hacer la dulce prueba de lo que os digo, vosotros los que leeis estas líneas y que vivís tal vez léjos de Dios!

## El óbolo de la viuda.

En el decurso de los três años de su vida pública, Nuestro Señor Jesucristo entraba frecuentemente en la ciudad y en el templo de Jerusalen. Encontrábase un dia con sus Apóstoles en en una de las salas exteriores que precedian al santuario, y que se llamaba la sala del Tesoro, porque en ella y en un cepillo colocado junto á la puerta se recogian las limosnas de los que iban á orar. Detúvose Jesús unos instantes junto á aquel cepillo, mirando á los que pasaban y las limosnas que depositaban en la caja de los pobres.

Muchos ricos depositaron generosamente considerables ofrendas. Pasó á su vez una pobre viuda

y echó en el cepillo dos pequeñas monedas del valor de un cuadrante. Cuando aquella mujer hubo entrado en el templo, volvióse el Hijo de Dios á sus discípulos:

— En verdad os digo, que esta pobre viuda ha dado mas que todos los otros. Los ricos, en efecto, han dado de lo que les sobra, pero ella ha dado de lo que necesita; para dar á los pobres se ha privado de su pan de hoy.

Estas palabras del bondadoso Dios ¿no son bien consoladoras para vosotros, que ganais vuestro pan con el sudor de vuestra frente, que no teneis en casa gran cosa mas que lo necesario y que sin embargo quisiérais hacer bien á los que son mas desgraciados que vosotros? Este óbolo de la viuda es una prueba evidente de que todos los hombres, pobres y ricos, son llamados por el Padre comun á la práctica de la grande y santa ley de la caridad. Los ricos, para cumplir la voluntad de Dios, deben dar mucho y de buena voluntad; los pobres deben dar un poco, y, como por experiencia conocen ya cuán cruel es la miseria, no es necesario añadir que este poco que dan deben darlo de buena voluntad.

La pobre viuda del Evangelio dando sus dos pequeñas monedas, no da gran cosa, y sin embargo Dios nos declara que su limosna es mas considerable que las brillantes ofrendas de los ricos que la precedieron. Es que el buen Dios no tiene para pesar las acciones que nosotros practicamos la misma me-

dida que nosotros. Lo que busca, lo que ama sobre todo en nuestras acciones es la pureza de intenciones, el amor, la caridad y el sacrificio. El acto exterior, aunque en sí tiene tambien su importancia, no es, empero, mas que secundaria, y así la ley de la igualdad cristiana de todos los hombres ante Dios subsiste á pesar de la diversidad de rangos, de fortunas y de posiciones sociales.

Vivimos en un tiempo en que, gracias al cielo, la caridad fraternal toma de dia en dia un crecimiento considerable. Bajo la direccion de los obispos y de los sacerdotes, esos verdaderos amigos de los pobres, esos consoladores natos de todas las miserias humanas, vése por doquier á nuestra Francia cubrirse de bienhechoras instituciones. En nuestras ciudades lo propio que en nuestras aldeas, asociaciones de hombres y de mujeres se desvelan, por amor á Jesucristo, en visitar á los indigentes y á los enfermos; recogen á los viejos, á los huérfanos y á los desamparados; dan pan á los que no lo tienen y cumplen así la grande ley del Cristianismo. Ingratitud seria no agradecérselo y dar oidos á esas detestables acusaciones que los enemigos de la Religion y de la sociedad propalan, sin que ellos mismos las crean, en los libros que ofrecen al pueblo. Si hay muchas miserias en nuestros tiempos, no es la culpa de los ricos que, salvas raras excepciones, son mas caritativos que nunca; la culpa es mas bien de las revoluciones y de los revolucionarios

que revuelven las naciones, arruinan la industria y el comercio, é impiden al mismo tiempo á los obreros el que se ganen su pan.

Pero, lo repetimos, no es necesario ser rico para ejercer la caridad. Limosna hace, y la hace admirablemente, ese bravo y digno artesano que parte con su camarada que está sin trabajo el pedazo de pan ganado con el sudor de su frente. Es el *óbolo de la viuda*, y cuando un buen rico entrará á su vez en la misma bohardilla para consolar la misma miseria, será menos grande á los ojos de Dios su generosa limosna que el pedazo de pan del bravo obrero.

Cada dia somos testigos, cuando conocemos á los obreros y á los pobres de esas limosnas á la par tan pequeñas y tan grandes, que hacen asomar las lágrimas á los ojos. Vemos á desgraciadas madres de familia, cargadas ya de hijos y pudiendo á duras penas alimentarles, adoptar todavía á pobres pequeños huérfanos que una vecina moribunda ha recomendado á su buen corazon. Vemos á humildes obreros recoger en un modesto albergue á viejos paralíticos ó ciegos que morian de hambre sin esta asistencia y que recobran así los cuidados y las afecciones de la familia. Todavía allí está el *óbolo de la viuda,* la *pequeña* limosna que Nuestro Señor declara ser la mas *grande.* Amados pobres que leeréis tal vez estas líneas, hacedlo así, y os transformaréis en verdaderos ricos delante de Dios y para la eternidad.

## El padre de familia.

El Evangelio con una especie de insistencia nos presenta al Señor bajo la figura del *padre de familia*. Bajo este nombre ocúltanse, en efecto, grandes lecciones en las que no os habeis tal vez fijado hasta aquí. Este nombre, no solo pertenece á Dios por ser el *Padre*, el principio y el Creador de todas las cosas, sí que tambien porque la conducta de su providencia para con nosotros encuentra su completa justificacion en los sentimientos y en la conducta de los buenos padres de familia de este suelo.

Todos sabemos lo que constituye un buen padre de familia; vigilancia constante sobre sus hijos, cuidados asiduos para su bienestar, cariño tierno unido á una estricta justicia, abnegacion completa, y por encima de todo, un amor fuerte y generoso. Todo el mundo admira á un buen padre de familia, y nadie hay que pueda censurarle si cuando es necesario une á la ternura la severidad, el castigo á la recompensa.

Y si esto es verdad, ¿por qué hemos de ser á veces harto injustos para murmurar contra Dios, cuando con nosotros obra absolutamente tal como nosotros mismos obraríamos con nuestros hijos? ¿Por qué hacemos contra Dios, Padre de todos los hombres, aquello que nosotros encontramos mal

hecho en nuestros hijos que, menos sábios que su padre y no comprendiendo los motivos de su conducta, se permiten juzgar sin ton ni son á sus padres, murmurar contra ellos y hasta dudar á veces de su ternura?

Veamos un poco como obra entre nosotros un bueno y digno padre de familia, y quedarémos verdaderamente sorprendidos viendo que el buen Dios, á quien tan á menudo osamos acriminar en el decurso de nuestra vida, hace por nosotros precisamente aquello que nosotros mismos encontramos bien en un buen padre.

Por de pronto, un buen padre da la vida á sus hijos que piensan muy poco en este beneficio fundamental, base de su existencia y de toda su felicidad: primer paralelo. Nosotros, grandes niños que olvidamos cada dia que Dios es nuestro Creador, que nuestra vida es un beneficio puramente gratúito de su parte, y á quién jamás damos gracias por habernos puesto en el mundo.

El amor que á nuestros hijos profesamos es siempre muy grande y sobre todo mas desinteresado que el que ellos nos devuelven. El hijo es generalmente egoista, y recibe mas cariño que él les da: segundo paralelo. ¡Ay! ¡Qué seríamos nosotros si nuestro buen Padre que está en los cielos, no nos amase mas de lo que á Él le amamos! Todo lo recibimos de Él y solo muy poca cosa le devolvemos.

No es únicamente la vida lo que el padre da á sus hijos, sino que además con su trabajo gana el pan necesario para la conservacion de esta vida y el desarrollo de aquellas débiles naturalezas, que le son mas queridas que la suya propia. Se somete á un trabajo rudo, se fatiga, y cuando, abatido sobre su faena, piensa en detenerse, acuérdase de sus hijos y aquel pensamiento basta para reanimar sus fuerzas. El hijo recibe y come con indiferencia aquel pan tan penosamente ganado; otro paralelo mas. Dios, nuestro Creador, no nos ha puesto solamente en el mundo para hacernos llegar á una felicidad *eterna*, digna solo de su omnipotencia y de su amor; sino que se ha dignado bajar Él mismo á la tierra á trabajar para conquistarnos esta felicidad, cargando sobre sus hombros el peso de todas nuestras penas, viniendo á sufrir y merecer por nosotros: y, en nuestra ingratitud, recibimos como una cosa muy sencilla esos inefables dones del amor de Jesucristo; y hasta con harta frecuencia los rechazamos, imitando al niño que desprecia y pisotea el pan tan duramente ganado por su padre.

El buen padre de familia ama con igual terneza á todos sus hijos, y, á pesar de esto, ó mas bien por esto mismo, se conduce de distinto modo con cada uno de ellos. Siguiendo los carácteres, varia ó la severidad ó la indulgencia; nada deja pasar al que abusaria de su dulzura, mientras que deja pasar mas cosas á aquel cuyo carácter exige mas

condescendencia. Hace todavía mas, acomoda al apetito y á las necesidades de cada uno la calidad y la cantidad de la nutricion que les distribuye; en una palabra, les trata de diferente manera, con todo y estar lleno de prudencia, de justicia y de verdadera bondad. Y en vez de reconocer este patente amor, los hijos, celosos unos de otros, se quejan, gritan y acusan á su padre de injustas preferencias. ¿No es tambien esta nuestra conducta para con Dios, que nos da á cada cual lo que sabe nos es necesario y útil? Su sabiduría es infinita como lo es su bondad, mas, mucho mas que las de los padres de familia cuya manera de obrar estimamos y aplaudimos.

Sucede á menudo que nuestros hijos nos desobedecen, se portan mal y nos obligan á castigarles. Estórbales la autoridad paternal, por mas que sea ella su amparo. Cuando la traspasa, y cuando nosotros reprimimos este desórden, sintiendo tener que llegar á aquel extremo, el hijo nos llama tiranos y nos mira como á verdugos. ¿No hacemos acaso otro tanto, cuando murmuramos contra la justicia de Dios, cuando nos revelamos contra su santa ley, cuando no comprendemos los castigos debidos á nuestros pecados?

Y por fin cuando el hijo culpable viene á arrepentirse á arrojarse llorando á los piés de su padre, ¿no le perdona este, sea cual fuere la gravedad de su falta? El arrepentimiento de un hijo ¿no desva-

nece el peor pasado?—Tambien el buen Dios lo perdona todo despues del arrepentimiento, cuando le ve salir del corazon; pero cuando el pecador es incorregible, Dios hace como el padre de familia que deshereda y maldice á su hijo desnaturalizado, despues de haber apurado todos los medios de la misericordia y de la dulzura; le maldice eternamente, le deshereda de la celeste felicidad y ya no le cuenta mas entre sus hijos.

Fácil seria llevar mas léjos este paralelo tan evidente entre la conducta de Dios para con nosotros y las de un buen padre para con su familia. Si nosotros meditásemos un poco sobre nuestra propia manera de obrar, cesaríamos de echar en cara á Dios lo que encontramos bueno en nosotros mismos; veríamos que en esto, como en todas las cosas, Dios nos ha creado á su imágen, y que está sobradamente justificada su divina Providencia, de la cual no son mas que pálidos reflejos nuestros mejores instintos.

## El hijo pródigo.

Tal es el título de una de las mas conmovedoras parábolas que nuestro Salvador propuso á los hombres en el Evangelio.

Una parábola es una historia alegórica, como una

especie de fábula con personajes humanos, de la que brota para los oyentes una leccion de moral. Nuestro Señor Jesucristo se complacia en emplear este medio para instruir á los pueblos de sus deberes.

La parábola del *hijo pródigo* es una de las mas bellas y una de las que mas graves lecciones encierra.

Atraidos por la bondad de Jesucristo, acercábanse á menudo á Él los pecadores para escucharle: y el Evangelio hace notar que los fariseos murmuraban entre sí, diciendo:

—¡Ved como ese hombre acoje á los pecadores y come hasta en su misma mesa!

Y Jesús que conocia sus pensamientos, les contó esta parábola:

—«Un hombre tenia dos hijos.

«Y dijo el mas jóven á su padre: Padre mio, dadme la parte de vuestros bienes que deben corresponderme.

«Y el padre hizo la particion de sus bienes.

«Y pocos dias despues, el mas jóven de los hijos, habiendo reunido todo lo que tenia, partió para una region extranjera y lejana, y en ella disipó sus bienes en una vida de excesos y de liviandades.

«Cuando lo hubo consumido todo, sobrevino una grande hambre en aquel país, y él comenzó á experimentar miseria.

«Yéndose pues, púsose al servicio de un habi-

tante de aquel país, y este le envió á la casa de campo para guardar los cerdos. Y el infortunado deseaba llenar su estómago con las asquerosidades que comian los puercos; y nadie se las daba!...

«Concentrándose entonces en sí mismo, dijo: ¡Cuántos mercenarios, en la casa de mi padre, tienen pan en abundancia, y yo aquí me estoy muriendo de hambre! Me levantaré, é iré á mi padre, y le diré: Padre mio, he pecado contra el cielo y contra vos; no soy yo digno de ser llamado hijo vuestro; tratadme como á uno de vuestros criados.

«Y levantándose, se fué á su padre...

«Estando léjos todavía, apercibióle su padre y, movido de compasion, corrió, abrazóse á su cuello, y le cubrió de besos.... Y el pródigo le dijo:

— «Padre mio, he pecado contra el cielo y contra vos; no soy ya digno de ser llamado hijo vuestro.

«Mas el padre dijo á sus servidores:

«Traed de prisa su primer vestido y volvédselo á poner; y colocad en su dedo el anillo, signo de nobleza, y traedle calzado. Coged despues una ternera gorda, matadla, y comamos y regocijémonos; porque mi hijo que habia muerto ya vuelve á vivir; estaba perdido y le he vuelto á encontrar.

«Y comenzaron á regocijarse.

«Así será el regocijo de los ángeles en el cielo para un pecador que hará penitencia.»

De roca habian de tener el corazon aquellos judíos, aquellos orgullosos fariseos, para resistir á ta-

les palabras. En cuanto á nosotros, que tenemos un corazon en nuestro pecho, recojamos con fruicion esta dulce invitacion de nuestro misericordioso Salvador.

Aquel hombre, aquel padre de familia, es el mismo que nos engendra á todos para la vida eterna en las sagradas aguas del Bautismo.

Este divino Padre tiene dos especies de hijos: los que le permanecen constantemente fieles, y los que le abandonan para seguir la voz de las pasiones.

¿A cuál de estas dos especies pertenecemos nosotros? Para uno fiel, ¡cuántos millares de pródigos!

Llegó ¡ay! un dia en nuestra vida (tal vez éramos muy jóvenes todavía, como el hijo del Evangelio), llegó, digo, un dia desastroso, en que dejamos la mansion paterna. Con los dones de Dios, con nuestro espíritu, nuestro corazon, nuestra imaginacion, nuestros sentidos, nuestros bienes exteriores, abandonamos á Dios, á nuestro Padre. Él nos dejó partir, porque á nadie retiene por fuerza al lado suyo. Esta libertad de que nos ha dotado, y que está destinada en sus paternales fines á hacernos merecer la gloria del paraíso, podemos, pecando, emplearla en contra de Él, como el hijo pródigo que abandonó á su padre merced á los bienes que él habia puesto entre sus manos...

Y se fué muy léjos el pobre pródigo, muy léjos de su padre, á una region completamente desconocida. Efectivamente, el pecado conduce muy léjos de

Dios. No está ya el alma en aquella mansion de la inocencia, de la paz, de la virtud; en aquella region lejana, lo que encuentra, lo que frecuenta es completamente distinto; en lugar de la pureza, la impureza; en vez de la dulce humildad, la vanidad, el inquieto deseo de aparentar; en vez del amor de Dios, el amor del mal, culpables placeres y pecados; en una palabra, en lugar de la vida, la muerte; en lugar del bien el mal; en lugar de Dios el diablo, príncipe de los pecadores!

Mas en esta vida, el pródigo, léjos de Dios, no encuentra la felicidad. Gasta toda su subsistencia, y no tardan en llegar las lágrimas y la miseria. Una grande hambre sobreviene en el país que habita, el hambre del alma, el vacío del corazon; porque nuestro corazon, hecho para Dios solo, no puede encontrar el descanso mas que cuando habita en Dios, por la fe, la piedad y el amor.

Y no es solo la miseria lo que sufre el pródigo, pues á él se agregan la humillacion, la degradacion; de la libertad de los hijos de Dios pasa á la servidumbre del demonio. Hácese esclavo de uno de los señores de aquel detestable país, es decir, de un falso señor que le retiene bajo su innoble yugo: ora es la embriaguez, ora la pereza, ora la cólera, y mas frecuentemente el vergonzoso vicio cuyo solo nombre hace subir el rubor á las mejillas!

Y en la esclavitud de su pasion el hijo del noble y rico padre de familia pasa sus dias entre los

cerdos, esto es, en acciones súcias é innobles, y entre corrompidas gentes.

Mad, ved ahí que desde el abismo de su miseria y de su abyeccion, levanta los ojos al cielo. Acuérdase de su padre, de su bondad, de su ternura... Ablándase su corazon, renace en su alma la esperanza, y con ella llega el arrepentimiento... Concéntrase en sí mismo el culpable, vé su vergonzoso estado, y exclama:

—¡Ya hay bastante! No, no puedo seguir llevando semejante vida. ¿Cuántos hombres, menos favorecidos que yo por los beneficios de Dios, están á su servicio, dichosos, contentos con su suerte, mientras yo malgasto el tiempo tan precioso de mi vida! Me levantaré, pues, é iré á mi Padre. Volveré á ser lo que en otro tiempo era, bueno, puro, honrado, virtuoso. ¡No retrocederé ante la humillacion de la confesion de mis faltas, iré á confesar mis pecados, como en tiempos mejores lo hacia!

Una vez tomada esta buena resolucion, el arrepentido pródigo no aplaza ya para un *mas tarde* incierto su penosa ejecucion. Levántase al momento, deja los cerdos, es decir, las vergonzosas acciones del vicio, abandona y maldice la servidumbre del cruel señor que le retenia bajo su yugo, y llega á la casa de su padre... Allá encuentra, no un severo juez, sino un verdadero padre en el sacerdote que le acoje:

—Padre mio, dice el culpable, yo he pecado; lo

confieso á Dios, á sus Santos y á vos, padre mio! Indigno soy del perdon, pero me atrevo á esperarlo de la bondad de mi Dios.

Y no tarda en hacerse oir la palabra de perdon:

— Hijo mio, yo te absuelvo en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. ¡Anda en paz y no vuelvas á pecar! Hé aquí el vestido blanco de tu inocencia. Hé aquí tu primitiva gloria que habias perdido. Héte aquí, como antes, hijo de tu Dios, heredero de la corona eterna. Ven, pues, alma purificada, acércate al banquete del Padre de familia donde alimenta á sus hijos con su Hijo Jesús en la Eucaristía.

Y el pobre pecador, instruido con la experiencia, gozando tanto mas en su felicidad cuanto mas tiempo se ha visto privado de ella, no sabe con qué expresiones manifestar su reconocimiento á su buen Padre.

¿Es esta historia la vuestra? Si, como el pródigo, dejásteis la mansion paterna, creedme, apresuraos, como él, á volver á entrar en ella. Vuestro Padre os espera; llora á su hijo perdido para él. ¿No iréis á consolarle?...

## El campo y la buena semilla.

Un hombre tenia un campo, y habiendo llegado la época de la sementera, salió para sembrar en él.

En el campo ya habréis visto á los labradores sembrar su grano, y ya sabréis que lo arrojan á puñados por los surcos, de manera que echen por todas partes una cantidad próximamente igual.

Pues bien, el dueño de nuestro campo, echando de este modo su grano, hizo caer una parte de él en el camino que pasaba al lado de su propiedad, bien pronto los pajarillos se hubieron llevado los granos de trigo, porque el camino estaba seco y afirmado, y los granos no habian podido penetrar en la tierra.

Otra parte de la semilla cayó en un terreno pedregoso, y como allí no habia bastante tierra ni humedad, el grano, despues de haber germinado, secóse y en breve estuvo perdido.

Otra cantidad de grano fue arrojada á un rincon del campo donde crecian abrojos y yerbas malas; el trigo germinó, llegó hasta á una cierta altura; mas poco á poco lo envolvieron las plantas parásitas, agostóse su caña y no tardó en quedar completamente ahogado.

Finalmente, la semilla restante, y á Dios gracias, fue la mayor parte de ella, cayó en la tierra buena y preparada ya; y cuando hubo llegado el tiempo de la siega, el dueño del campo, vió con gozo elevarse y madurar unas magníficas mieses, cuyas doradas espigas contenian treinta granos las unas, sesenta las otras, y algunas llegaban hasta á contener ciento.

Envió entonces á sus servidores con las hoces y llenó sus vastos graneros con el producto de su cosecha.

¿Sabeis cuál es este hombre, este dueño del campo, que lo prepara con el sudor de su rostro, lo siembra él mismo, y con tanto cuidado lo cultiva? ¿Sabeis cuál es este campo, esta tierra preparada, propiedad del labrador? ¿Sabeis, en fin, cuál es esta semilla arrojada en el campo durante la época de la sementera? Ese *Hombre* es Jesucristo Nuestro Señor, verdadero Dios y verdadero hombre, único Dueño del mundo y salido del seno de su Padre por medio del adorable misterio de la Encarnacion. Ese campo que le pertenece, es el mundo todo, y en particular nosotros los hombres, sus criaturas racionales. Esa semilla es la verdad, la religion cristiana que Él viene á deponer como fecundo gérmen en el fondo de nuestros corazones dispuestos á recibir el don de Dios, y preparados en cierto modo con el trabajo de la gracia.

Nuestro buen Dueño nos dá á todos la semilla de la vida, echó á todos el grano bueno; pero no todos lo reciben de igual modo; no todos corresponden á los fines de la divina Bondad. Los unos, entregados al mal, tienen el corazon endurecido; oyen la verdad, mas no la recojen con amor y con respeto, y poca dificultad tiene el demonio en inutilizársela. Esos están representados por aquel camino pisoteado, do no puede penetrar la semilla y de donde se

la llevan los pajarillos, apenas arrojada á sus piés.

Otros, figurados por el terreno pedregoso, tienen cierta buena voluntad; pero su corazon, parecido á ese terreno en el cual la tierra buena es rara y desprovista de humedad, no es capaz de impresiones profundas. La verdad les encuentra momentáneamente bien dispuestos, mas no encuentra preparacion ni alimento suficiente; y el gérmen de vida extínguese en breve y muere en ella.

Otros, mejor dispuestos todavía, reciben la palabra de Dios en corazones bien preparados. Germina en ellos, y á fuerza de años, toma en ellos un desarrollo que da las mas bellas esperanzas; mas, ved ahí que empiezan á nacer las pasiones, y semejantes estas á los abrojos y á las espinas, envuelven poco á poco aquellas buenas disposiciones. Para triunfar del mal, para elevarse por encima de las espinas seria menester valor, constancia en la oracion, un espíritu formal y capaz de sacrificios: en vez de esto se entregan al placer, empiezan por usar descuidadamente de las cosas permitidas para llegar en breve á las prohibidas; pierden el espíritu de fe, y no tardan los abrojos en cubrir todo el terreno, y no pudiendo el rocío del cielo ni los vivificantes rayos del sol penetrar hasta el tallo de la planta, la espiga no puede formarse y hasta el tallo acaba por secarse.

Finalmente, y en este número me complazco en contaros á vosotros, la tierra buena libre de piedras

y de malas yerbas, recibe en sus surcos los granos de trigo que en ellos deposita el divino Señor. Desarrollándose bajo la accion de la gracia de Dios, el grano fuerte y lozano, llega á su completa sazon; el alma, correspondiendo al amor de Nuestro Señor Jesucristo, pone en práctica sus preceptos y sus consejos, y señala, con obras cristianas, cada uno de los pasos de su vida entre estos cristianos fieles, los unos representados por las espigas de treinta granos, cumplen exactamente sus deberes, pero sin aspirar á la perfeccion, y los otros, figurados por las espigas de sesenta y cien granos, se entregan á Dios con una generosidad mas perfecta, adelantan incesantemente en el amor de Jesucristo, y constituyen así la parte mas excelente de su Iglesia.

El tiempo de la siega es para cada uno de nosotros el instante en que entramos en nuestra eternidad, y el rico granero del padre de familia, es esta bieneventurada mansion del paraíso eternal, en el cual firmemente esperamos ser admitidos, no por nuestros propios méritos, sino por un efecto de la inmensa misericordia de Dios y en vista de los infinitos méritos de Jesús, nuestro Salvador. Los segadores son los santos ángeles que presentarán al Señor nuestras almas cuando estas dejarán el mundo y que nos acompañarán á la morada de nuestro Padre celestial. ¡Venturosa siega! ¡dulce y santa esperanza! ¡Ojalá que todos podamos prepararnos á ella por medio de una buena vida!

## La parábola del samaritano.

Instruyendo un dia Jesús al pueblo que le rodeaba contó esta parábola, consignada por san Lúcas en el capítulo x de su Evangelio:

«Cierto hombre que descendió de Jerusalen á Jericó fue asaltado por unos ladrones que le desnudaron, le cubrieron de heridas y le dejaron medio muerto. Sucedió despues que un sacerdote que descendia por el mismo camino, le vió pero pasó de largo; un levita del templo, que llegó al mismo sitio, detúvose á contemplarle, mas tambien pasó adelante. Pero vino un samaritano, que iba de camino, y habiéndose apróximado, reparó á su vez en él y le movió á compasion su estado. Acercóse, pues, al infeliz, derramó aceite y vino en sus heridas, las vendó, y colocándole encima de su caballo, le condujo á la posada y cuidó de él.

«Al dia siguiente, sacó dos piezas de plata de su bolsa, entregolas al posadero y le dijo:

—«Cuidad á este hombre, y si os ocasiona algun gasto mas, á mi regreso os lo pagaré.

Y añadió Jesús:

—«¿Cuál de aquellos tres hombres os parece haber sido el prójimo de aquel que cayó en poder de los ladrones?

—«Aquel que ejerció misericordia con él, respondió el judío á quien se dirigiera el Salvador.

—«Anda, pues, repuso Jesús, y haz como él.»

Esta conmovedora parábola nos enseña por de pronto cuán activa, generosa y desinteresada debe ser la verdadera caridad. Aquel buen samaritano no escuchó mas que á su corazon; no calculó; nó solamente dió su dinero, sino que dió tambien su tiempo, sus fatigas, sus afecciones; hizo el sacrificio de darse á sí mismo.

Nos enseña además, que «el hábito no hace el monje,» como vulgarmente se dice, y que los hombres encargados por su ministerio de ejercer la caridad y el amor para con el prójimo no deben dejarse vencer en sus sublimes funciones de consoladores por la oficiosa caridad de simples fieles. El sacerdote por la sacerdotal consagracion, está colocado por encima de los demás hombres; la elevacion de sus virtudes, y en particular de su bondad y de su misericordia, debe ser proporcional á la excelencia de su santo estado. A Dios gracias, nuestros sacerdotes cristianos se parecen muy poco á aquel sacerdote judío y á aquel levita de invencible corazon; sobre ellos es sobre quienes, sino del todo, principalmente descanza la dulce y celestial mision de aliviar todas las miserias, de consolar todos los dolores, de recoger todos los infortunios. El sacerdote, y solo el sacerdote, ha recibido de Jesús el depósito, y por decirlo así, la divina re-

ceta del bálsamo del samaritano; él lo aplica á las heridas de la pobre humanidad, cuyos sufrimientos calma, y á la cual da y conserva la vida.

Los piadosos fieles que caminan en pos de él y que santamente practican la bella leccion de la caridad que de parte de Dios constantemente les enseña, imitan como él al samaritano del Evangelio.

Esta parábola, empero, encierra un misterio mas grande que seria damasiado largo explicar aquí en todo su desarrollo. Nos presenta al Cristianismo ante el fariseismo y la antigua ley y nos enseña cuánto mas dulce y poderosa es la gracia del Evangelio que la austeridad de la observancia judáica. Aquel samaritano, extraño á esta ley, es el mundo nuevo, el mundo pagano que, regenerado por los Apóstoles y por la Iglesia, va á ser en breve cristiano y acoje con amor á aquel herido cubierto de sangre; á aquel desconocido que menospreciaron el sacerdote judío y el antiguo pueblo de Díos. Aquel herido, á quien unos y otros encuentran en mitad del camino, el Cristo, el Salvador, el Hijo de Dios, que, en su amor infinito, se ha hecho, como nosotros, viajero sobre la tierra; que ha tomado un cuerpo y un alma semejantes á las nuestras en el seno de la Inmaculada Vírgen María; que ha tomado sobre sí la pena y la expiacion de nuestros pecados, y que, por causa de esos mismos pecados se ha abandonado á los golpes de la justicia divina,

al furor sacrílego de los demonios y de los desapiadados judíos. Jesús no reconoce, ni en este mundo ni en el otro, por hermanos ni por discípulos suyos, mas que á aquellos que acuden á Él, á aquellos que consuelan sus dolores con la lealtad de su amor. Y como ahora se remontó ya á la diestra de su Padre, en la invisible majestad de los cielos, es en la persona de nuestros hermanos, y particularmente de los pobres, donde desde entonces debemos darle pruebas de nuestra caridad.

—Todo lo que habréis hecho al menor de mis hermanos, nos dice, lo habréis hecho á mi mismo.

Amémonos, pues, los unos á los otros con un amor sincero, misericordioso y eficaz; amémonos hasta á la bolsa inclusive; no nos contentemos con dar la limosna material, demos á esta limosna un valor mas precioso con la abnegacion personal con que la acompañarémos, con la dulce caridad de nuestras palabras y con una cordial bondad. Feliz el hombre que así practique la misericordia; Nuestro Señor Jesucristo se la devolverá centuplicada cuando llegará al último dia.

## Lázaro y el mal rico.

Todavia se ven hoy en Jerusalen las ruinas de una casa espléndida que la tradicion cuenta haber

sido en otro tiempo la del *mal rico* del Evangelio. Algunos creen, en efecto, que esta célebre parábola del mal rico y del pobre Lázaro no fue una mera alegoría de que se sirvió el Salvador para la enseñanza de la verdad, sino que fue una historia verdadera, cuyos dos personajes existieron.

De todos modos, recordemos sus admirables palabras, y saquemos de ellas una consoladora instruccion.

—*Cierto hombre era rico*, dijo un dia Cristo á sus discípulos y á los judíos reunidos en torno de él. El ser rico no es un pecado, y muy á menudo hasta es una inmensa gracia de Dios. ¡Cuánto bien, en efecto, puede hacerse con las riquezas! Y ¡cuántos desgraciados en la tierra bendicen al cielo por haber concedido la fortuna á aquellos corazones caritativos que les asisten!—Es menester, empero, fijarse en esta frase del Señor, que nada dice inútilmente.

—*Cierto hombre era rico, y usaba suntuosas vestiduras de púrpura y de telas preciosas.*

Esto es mas grave é indica el primer peligro de las riquezas. Ser rico no es un mal, pero es un peligro cuando no se tiene un alma cristiana, un corazon compasivo; y es mucho mas fácil al rico que al pobre el volverse egoista y orgulloso.

— *El rico celebraba cada dia espléndidos banquetes.*

Segundo peligro de la riqueza, cuando no está contrabalanceada por la piedad: sensualidad, deli-

cadeza y amor á los placeres. En efecto, la experiencia demuestra que es infinitamente menos difícil resignarse en la privacion que contenerse en el goce.

Tal era la vida de aquel rico: toda ocupada en fiestas, banquetes y algazaras que el mundo encuentra muy inocentes. Segun el lenguaje comun, era un hombre *feliz*. Parece que era además lo que todavía hoy se llama un *hombre honrado:* y el Evangelio no hace notar en modo alguno que el tal hubiera jamás hecho daño ú ofensa á nadie.

—*Á la puerta de su palacio yacía un pobre, cubierto de úlceras y llamado Lázaro. Aquel pobre se hubiera alimentado muy gustoso con las migajas que caian de la mesa del rico, pero nadie pensaba en dárselas.*

El rico no se las negaba; únicamente olvidaba al pobre...

Los perros, mas compasivos que el hombre entregado al placer, parecian darle una leccion de parte de Dios acercándose al pobre Lázaro y lamiendo sus llagas. Así se desliza la vida del uno y del otro; pero el uno de goces mundanos y la indiferencia del bien; pero el otro los sufrimientos, la pobreza, la paciencia y la resignacion.

—*Vino despues el dia en que Lázaro murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahan.*

Es decir, al paraíso, á la eterna mansion de los justos, de los servidores de Dios. Al parecer, no

habia hecho bien alguno extraordinario para merecer una tan grande recompensa; mas, afortunadamente los juicios de Dios son harto diferentes de los juicios de los hombres, y el pobre Lázaro habia hecho mucho en sufrir con paciencia y en humillarse bajo la mano de Dios.

—*Murió á su vez el rico*, añadió Cristo, *y fue sepultado en el infierno.*

¡Qué palabra tan inesperada! ¿Y por qué, pues, un castigo tan terrible? ¿Es acaso un crímen la riqueza?... No, por cierto, lo hemos dicho ya; pero la riqueza es un peligro, y aquel hombre no habia sabido librarse de él. En lugar de ser el padre de los pobres y de ocuparse en practicar el bien á ejemplo del Dios Salvador, habia pensado únicamente en sí mismo, no habia vivido mas que para sus comodidades, y se habia abandonado á la corriente que arrastra al abismo.

—*Entonces, levantando los ojos en medio de sus tormentos, vió á lo léjos á Abrahan y á Lázaro en su seno, y gritó: —«Abrahan, padre mio, tened piedad «de mí, y dignaos enviar á Lázaro para que moje sus «dedos en el agua y humedezca con ella mi lengua, «porque este fuego me devora.» Y Abrahan le respondió: — «Hijo mio, acuérdate de que, durante tu «vida, disfrutaste de todos los goces, mientras que «Lázaro no hizo mus que sufrir. Ahora él está conso«lado y tú sufres.»*

Tal es el consuelo de todos los buenos pobres,

tal debe ser el temor de todos los malos ricos. Decimos de los pobres y de los malos ricos, y no de todos los pobres y mucho menos de todos los ricos. Ser rico ó ser pobre es indiferente delante de Dios; *lo que* no es indiferente á nuestro Padre celestial, es la disposicion de alma con que suportamos la prueba de la pobreza, ó la prueba mas difícil tal vez de la riqueza. Vale mas ser buen pobre que buen rico, porque se es mas semejante á Jesucristo, modelo de todos los escogidos; pero vale infinitamente mas ser buen rico que mal pobre, y el mismo Señor declara en su Evangelio, que no es la riqueza, sino el abuso de la riqueza lo que excluye del reino de Dios.

Queridos pobres que leeis acaso estas breves líneas, consolaos con la esperanza cierta de la venidera felicidad. Sufrid con paciencia y cristianamente los dolores de la presente vida, é imitando al pobre Lázaro, no murmuréis y llevad con cariño vuestra cruz.

## San Pedro libertado por el ángel.

San Pedro, á quien Cristo eligiera por jefe de los Apóstoles y de la Iglesia, comenzó á predicar la ley en la montaña de Sion el dia de Pentecostés.

Los Apóstoles y los discípulos presbíteros y diáconos predicaban con él y bajo su direccion: Testigos de los milagros y de la Ascension del Señor, como tambien de los relevantes milagros de todos sus enviados, los judíos de Jerusalen y de sus contornos se convertian en gran número, pedian el Bautismo y formaban ya una sociedad imponente.

El rey Herodes, enemigo de Cristo, tuvo miedo á la naciente Iglesia, y queriendo complacer á los judíos infieles, promovió una violenta persecucion. Santiago el Mayor, hermano de san Juan, tuvo la dicha de sufrir el martirio en aquella ocasion, y la Iglesia de Jerusalen fue la primera de ceñir, merced al martirio de su primer obispo, la gloriosa corona del triunfo de la sangre.

Para dispersar la grey, quiso Herodes ir todavía mas allá, é hirió al Pastor soberano. Apoderóse de Pedro, púsole en la cárcel, queriendo hacerle perecer despues de las fiestas de Pascua en presencia de todo el pueblo. Cuatro pelotones de tropa custodiaban dia y noche al santo Cautivo. Y la Iglesia toda rogaba al Señor por su Pontífice y por su Padre.

La noche misma que precedia al dia señalado para su suplicio, dormia Pedro en su prision estrechamente aherrojado con una doble cadena, y dos soldados estaban á su lado. Otros soldados velaban junto á la puerta del calabozo.

De pronto, bajo una forma humana y luminosa,

aparecióse un ángel de Dios, y quedó la prision llena de luz. Tocó el Angel á Pedro y le dispertó:

—Levántate prontamente, le dijo.

Y al instante las cadenas cayeron de sus manos. Y el ángel le dijo:

—Toma tus vestiduras y tu calzado, y sígueme.

Pedro obedeció, y saliendo de la cárcel, seguia al ángel, no sabiendo si todo aquello era un sueño ó una realidad.

Pasaron la primera y la segunda guardia, y llegaron á la puerta de hierro que conduce á la ciudad, y esta puerta se abrió por sí misma delante de ellos. Y poco despues, el ángel desapareció... Vuelto en si Pedro, exclamó:

—Ahora veo que Dios me ha enviado un Angel para arrancarme de las manos de Herodes y del furor de los judíos.

Y se dirigió á la casa de María, madre de san Márcos (que fue el compañero fiel de san Pedro en todos sus trabajos apostólicos, que en Roma y bajo su direccion, escribió uno de los Evangelios, y que fue despues enviado por él á Egipto, donde murió primer obispo de Alejandría y mártir). Llegado frente á aquella casa, donde estaban congregados y oraban muchos cristianos, el santo Apóstol llamó á la puerta; una jóven sirvienta llamada Rhode, acude para saber quién es, y reconociendo la voz de Pedro, vuelve corriendo á donde estaban los discípulos y les anuncia que Pedro está junto á la puerta.

—Has perdido la cabeza, le responden.

Afirma la jóven que fijamente es él, y replican los discípulos:

—Es imposible; su ángel es, pero no él.

Entre tanto el pobre san Pedro continuaba llamando. Corrieron entonces todos, y viéndole, quedaron estupefactos. Y Pedro les refirió cuanto habia sucedido, y luego salió de Jerusalen antes del alba.

Suma fue la sorpresa y la turbacion de los soldados cuando á la mañana siguiente se apercibieron de que su prisionero no estaba allí. Nadie le habia visto salir. Herodes, que envió en su busca, se puso fuertemente colérico: mandó prender á los soldados, hízoles aplicar el tormento y conducir despues al suplicio. Poco tiempo despues murió tambien él, herido por Dios en castigo de todos sus crímenes, y devorado vivo por los gusanos. Y la Iglesia, creyendo de dia en dia, ferviente y unánime en la oracion, en la comunion cotidiana, en la práctica de todas las buenas obras y en la obediencia mas perfecta á san Pedro y á los demás Apóstoles del Señor.

## Milagrosa conversion de san Pablo.

Herodes Agrippa, rey de los judíos, y el gran Sacerdote de los mismos, no dejaban perder ocasion alguna de perseguir á los Apóstoles y á los que creian

en su palabra. Instrumento excesivamente fiel de sus odios hácia el nombre cristiano, un jóven de Tarso llamado Saulo, el mismo que guardara los vestidos de los que apedrearon á Estéban, habia obtenido ámplios poderes para perseguir á los hijos de Jesucristo. Sabemos por el mismo que en Jerusalen penetraba en todas las casas que le parecian sospechosas de cristianismo, hacia prender á los hombres y á las mujeres que confesaban á Jesucristo, hacíales cruelmente atormentar, y dictaba contra ellos órdenes de muerte cuya ejecucion se esforzaba en apresurar.

Un dia que se encontraba completamente ocupado en sus proyectos contra los discípulos de Jesús crucificado, recibió la noticia de que en Damasco un buen número de israelitas habia dejado á Moisés para seguir á Jesús de Nazaret. Fué inmediatamente á encontrar al gran Sacerdote, y le pidió cartas y poderes para las sinagogas de aquella ciudad, á fin de que se le dejase en libertad de mandar prender á los prevaricadores y conducirles maniatados á Jerusalen. Acogida su proposicion, partió para Damasco acompañado de algunos oficiales puestos á sus órdenes. Como corre hácia un aprisco el tigre sediento de sangre, así precipitaba Saulo su marcha, respirando solamente ira y matanza, cuando se sintió súbitamente detenido en mitad de su camino.

«En mitad del dia, dice él mismo refiriendo al rey Agrippa su conversion, quedé deslumbrado por una

luz descendida del cielo. Me revistió enteramente, lo propio que á la tropa que conmigo conducia. Heridos como de un rayo, caimos todos de espaldas. Al mismo tiempo oí una voz que me decia:

—«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

—«¿Quién eres, Señor? respondí.

—«Yo soy, repuso la voz: yo soy Jesús de Nazaret, á quien tú persigues. No te obstines por mas tiempo; funesto te seria cocear contra el aguijon.

«Confuso y tembloroso, no tuve fuerzas mas que para decir estas pocas palabras:

—«Señor, ¿qué queréis que haga?

—«Levántate, me dijo el Señor; entra en Damasco, y allí te se dirá lo que te conviene hacer.

«Levantéme, pero me habia quedado ciego. Los que me acompañaban me condujeron de la mano hasta Damasco; y allá permanecí tres dias sin beber ni comer.»

Habia entonces en Damasco un discípulo de Jesús llamado Ananías. Aparecióselo el Señor y le dijo:

—Vé á la calle que se llama calle Derecha, y busca en casa de Judas á un hombre de Tarso, llamado Saulo.

—Señor, respondio Ananías, he oido hablar de todos los males que ese hombre ha causado á vuestros santos de Jerusalen; y sé que ha venido á Damasco para prender á todos los que invocan vuestro nombre.

—Vé, Ananías, repuso el Señor, y no temas: yo he hecho de Saulo un vaso de eleccion que destino para llevar mi nombre delante de los gentiles, delante de sus reyes y delante de los hijos de Israel.

Convencido Ananías, se puso en camino. Y habiendo entrado en la casa, puso sus manos sobre los ojos de Saulo, y le dijo:

—Saulo, hermano mio, el Señor Jesús, que te apareció en tu camino, me ha enviàdo á tí á fin de que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo.

Hablaba aun Ananias cuando cayeron de los ojos de Saulo unas como escamas, y recobró la vista y recibió el Bautismo.

La converson de san Pablo, cuyo monumento histórico es incontestable, prueba la divinidad del Cristianismo por medio de dos milagros los mas relevantes que imaginarse puedan. Se ve primeramente en ella un milagro exterior, pues san Pablo se encuentra repentinamente revestido de una luz mas viva que el sol, es derribado por tierra con todos sus compañeros, una voz se hace oir desde el cielo y habla con él, durante tres dias no distinguen sus ojos objeto alguno, hasta que Ananías impone sobre él sus manos; caen entonces escamas de sus ojos y vuelve á ver la luz. Todas estas circunstancias forman un milagro de los mas notables y de los mas conmovedores. Luego hay un milagro exterior.

Vese en segundo lugar un milagro interior. En

efecto; san Pablo habia partido de Jerusalen, respirando el furor y la muerte de los cristianos, y ved ahí que de pronto cambian sus pensamientos y sus disposiciones con ellos. Vuélvese cristiano y uno de los mas intrépidos apóstoles de Jesucristo. Este cambio es un milagro mucho mas grande todavía que el primero; porque si es contrario á la constitucion moral del hombre el pasar instantáneamente y sin motivo de un odio implacable al amor mas vivo, es todavía mucho mas extraordinaria la cosa cuando se reunian los motivos mas poderosos para inflamar el coraje de un perseguidor. Reuníanse efectivamente en Saulo estos poderosos motivos para quitarle la idea de un parecido cambio. Tales eran, primero el amor de su nacion y de su religion, pues Saulo amaba á los judíos y estaba sumamente identificado con el judaismo; y despues su interés personal, pues Saulo, permaneciendo judío, tenia en el mundo las mas bellas esperanzas; se habia conciliado la proteccion de los príncipes y de los magistrados de su nacion por su celo contra los cristianos; mientras que por su conversion al Cristianismo nada tenia que esperar de los Apóstoles, que eran aborrecidos, despreciados, ignorantes, tímidos, cuyo jefe habia muerto ignominiosamente y cuya empresa parecia que en breve iba á ser ahogada por los príncipes y magistrados reunidos contra ellos. Muy léjos de tener algo que esperar, sabia que iba á exponerse á la ignominia, á

las persecuciones, á los tormentos, á la muerte misma, pues esta era la herencia de los primeros cristianos; debia además temer mas que los otros, pues los judíos tenian que mirarle como un traidor que habia abusado de ellos pidiéndoles cartas para ir en persecucion de los cristianos de Damasco. Despues de lo que acabamos de decír, es evidente que el hecho de la conversion de san Pablo, efectuada á pesar de todos los poderosos motivos que tenia para perseverar en el judaismo, encierran dos relevantes milagros que prueban la divinidad del Cristianismo.

De esta manera Jesucristo, con su poder, de Saulo el perseguidor de sus primeros discípulos, hizo Pablo, aquel vaso de eleccion, cuyo ardiente celo en anunciar á Jesucristo se extendió en breve á todas las naciones. Con justo título es llamado el gran Apóstol de los gentiles.

---

# SEXTA PARTE.

## Pedro el aprendiz.

...Un domingo de febrero de 1858, hallándome en París, ví entrar en mi casa á un pobre niño de quince á diez y seis años, pálido, enfermizo y de apariencia humilde. Sus grandes ojos azules respiraban candor, y su aire dulce y triste predisponia en favor suyo. Díjome que se llamaba Pedro Sazy, que era huérfano, aprendiz dorador, y que venia á buscar á mi lado consuelo y proteccion. Hícele sentar y me contó su historia.

Su padre era obrero, católico bastante indiferente, y su madre, á la cual habia perdido siendo él muy niño todavía, era protestante. Gracias á los cuidados de una buena hermana de san Vicente de Paul, sor G..., que conocia á su familia, los dos niños, Pedro y Augusto, habian sido instruidos en la religion católica y hasta su pobre madre habia abrazado la verdadera fe antes de morir. Murió á su vez el padre, dejando huérfanos á Pedro, que

tenia entonces trece años, y á Augusto, que contaba apenas seis ó siete. Recogióles una de sus tias, protestante exaltada, que á lo que mas prisa se dió fue á obligar, por toda clase de medios, á los dos huérfanos á que se hicieran protestantes.

Pedro se resistió enérgicamente, y á pesar de que se le privó de toda comunicacion con los sacerdotes católicos, prohibiéndole el ir á misa los domingos, confesarse y comulgar, el pobre niño conservaba intacto el tesoro de su fe. En vano su tia le condujo sucesivamente á tres falsos pastores; el niño se mantenia firme y permanecia fiel.

Por último impacientóse la tia y el 4 de enero, sin duda como regalo de año nuevo, manifestó á Pedro que iba ó á hacerse protestante ó á dejar inmediatamente la casa. El pobre aprendiz no tenia otro asilo. Su amo, dorador y vendedor de marcos, le daba habitacion y le mantenia toda la semana; pero el domingo se iba al campo, para no volver á París hasta el lunes por la mañana, y durante este tiempo la casa estaba cerrada y el aprendiz pasaba como podia. Pedro, colocado en la alternativa de renunciar á su fe, ó de pasar cada semana veinte y cuatro horas sin abrigo y sin comida, no vaciló un solo instante. Por seis domingos consecutivos se abstuvo de comer y pasó las noches caminando al azar por las desiertas calles de la capital.

Uno de aquellos domingos, á las diez de la noche, acosado por la fatiga, el hambre, el frio y la

tristeza, fué á llamar á la puerta de la casa de su tia. Esta, cuando reconoció su voz, preguntóle, sin abrir, si insistia en permanecer católico. Y como contestara afirmativamente el niño, despidióle ágriamente á pesar de sus conmovedoras súplicas. Nevaba, y el pobre Pedro pasó toda aquella noche á la intemperie... Pero esa prueba tan dura no podia prolongarse mucho tiempo; alterábase la salud del niño, y una tos seca é incesante empezaba á destruir sus fuerzas.

Al domingo siguiente, acordóse de la buena hermana G..., aquella antigua protectora de su familia. Procuró enterarse de su vivienda, llegó á saberla despues de mucho andar buscándola, y cuando lo supo fué y arrojóse en sus brazos diciéndola:

—¡Hermana mia, vengo á entregarme á vos, tened piedad de mí!

La bondadosa hermana, despues de haberle hecho comer y haberle felicitado por su constancia, me lo habia enviado recomendándomelo, y Pedro se me presentó, provisto de aquella recomendacion humilde y poderosa á la par y pidiéndome que le sirviera de padre. Sabe Dios si yo lo hice con todo mi corazon. Solo que, como el alma vale mas que el cuerpo, empecé por ella, y despues de haber recordado al tierno niño los principales puntos de su fe por la cual tanto habia sufrido, le tomé confesion y le dí esos supremos consuelos cuya única fuente es el adorable Corazon de Jesús. Al levan-

tarse, mi pobre Pedro, conmovido y con los ojos bañados en llanto, me saltó al cuello y me abrazó con efusion.

—¡Qué fortuna, exclamó, que me hayan echado á la *calle!*

Desde aquel dia volvió cada domingo; se le recibia como al hijo de la casa; encontraba su habitacioncilla y su cena; y á la mañana siguiente se marchaba contento y volvia al trabajo.

Un domingo, á principios del mes de abril, nos pareció que Pedro estaba mas pálido de lo acostumbrado; sufria y parecia fatigado. Tenia calentura, y le fue imposible volver á casa de su amo. Pocos dias despues, habiendo venido á visitarme uno de mis amigos, médico hábil y experimentado, le hice examinar á mi pobre aprendiz, que estaba languideciendo visiblemente.

—Este muchacho está perdido, me dijo en voz baja el doctor despues de haberle auscultado; es tísico, y tiene ya consumida una parte de su pulmon derecho.

¿Qué iba yo á hacer de aquel niño? No podia conservarle en mi casa, pues no habria tenido ni tiempo ni medios convenientes para cuidarle bien. Enviarle al hospital era cosa difícil; no suelen ser admitidos en él los enfermos de esta clase. Decidí, y lo hice, ir á llamar á la puerta de los buenos Hermanos de San Juan de Dios, y la caridad de aquellos admirables religiosos correspondió con

exceso á mis esperanzas. Recibieron inmediatamente por amor de Dios á mi pequeño enfermo, diéronle una habitacion cómoda y limpia, y desde aquel dia, el 15 de abril, le rodearon de tan solícitos cuidados, de tan tiernas, tan delicadas, tan previsoras atenciones, que el pobre Pedro, sorprendido ante tanto desinterés, no podia contarlo sin echarse á llorar.

De dia y de noche se le cuidaba.

—Aquí estoy, me decia, como un pequeño marqués. Estos bondadosos Hermanos están como á mis órdenes, y se me da todo lo que quiero. Son unos verdaderos santos; y bendigo al buen Dios que me los ha hecho conocer.

Por su parte, los Hermanos de san Juan de Dios amaban al pobre Pedro como á un hijo suyo. Cuando yo iba á verles, me repetian cuanto les edificaban la paciencia y el fervor de aquel pobrecito, cuyos sufrimientos eran tan agudos. Cada ocho dias comulgaba.

—Recobro, decia, el tiempo perdido.

Despues, viendo á aquella alma pura é inocente verdaderamente hambrienta de la divina Eucaristía, le dí permiso para comulgar dos, y luego tres veces por semana, y por último «siempre que se lo dijera el corazon.» Y Dios habló tan bien al corazon de ese jóven predestinado, que este acabó por comulgar todas las mañanas sin necesidad de confesarse ni una sola vez.

—Recibe á Nuestro Señor como un angelito, me decia una vez el Hermano enfermero.

Pedro encontraba en la Comunion toda su alegría y su fuerza toda.

—Cuando he comulgado, decia, sufro menos y no puedo ya impacientarme. Si algun dia llego á ponerme bueno, me consagraré á Dios y me haré sacerdote ó bien hermano de san Juan de Dios.

Entretanto parecia como que el mal hubiera suspendido su obra de destruccion, y pasó la época que los médicos habian señalado como el término probable de la enfermedad y de la vida del pobre tísico sin que hubiese acaecido accidente alguno.

A pesar de sus sufrimientos, Pedro era alegre y estaba siempre de buen humor. Cierto dia un barbero de la vecindad, que tenia la parroquia de la casa y que por casualidad estaba aquel dia lo que se dice algo *alegre*, entró en su cuarto y le propuso que se dejara afeitar. Pedro, sin contestar palabra, levantóse de su sitio y fué á sentarse en otro á propósito para la operacion que le proponia el barbero. Entonces se apercibió este de que aquel jóven rostro no tenia pelo de barba.

—¡Pero si no teneis barba! dijo al enfermo con una especie de bestial sorpresa.

—Ya lo sé, respondio Pedro.

—Pues entonces ¿qué esperais?

—Espero que salga, repuso sonriéndose el muchacho.

Esta amabilidad, unida á una tan gran piedad, le habia ganado todos los corazones, y en su habitacion entraban muchos y afectuosos visitantes. La buena Hermana iba tambien á menudo á verle y luego venia á contarme mil pequeños *detalles* que demostraban el buen corazon de aquel amado niño.

—No podríais creer, añadia ella, cuanto agradece todo lo que por él se hace. No bien se pronuncia en presencia de él vuestro nombre, sus ojos se llenan en seguida de lágrimas, y vuestras visitas le alivian mas que los remedios.

Entretanto íbase acercando el momento en que Pedro debia ir á descansar en el seno de aquel á quien con tan pura y sencilla terneza amaba. El dia 17 de julio, pidió que al dia siguiente se le trajera muy temprano la santa Comunion. Aquella noche fue dolorosa; el demacrado cuerpo del pequeño enfermo, parecia un verdadero esqueleto, y el frote de las sábanas habia acabado por llagarle la piel.

A las cuatro ménos cuarto, fué un hermano á disponer el altar donde debia colocarse la santa Eucaristía que en breve debia traer el capellan. Arrodillóse junto á la cama del niño y habiéndole este preguntado:

—Mi querido Hermano, ¿queréis que recemos juntos?

—Sí, mi querido hijo, contestóle; ¿qué oracion queréis que recemos?

Pedro indicó las *Letanías de la buena muerte*, plegaria admirable, llena de consoladores pensamientos, y que á fuerza de repetirla habia acabado por saberla cási de memoria. Apenas estuvieron terminadas las letanías, el enfermo, lanzando un agudo gemido, pidió auxilio al Hermano; y como este observó una notable alteracion en las facciones del niño, corrió asustado á buscar sin tardanza al Hermano enfermero principal, que era el que mas habitualmente le cuidaba. Acudió en seguida el religioso, hizo besar la cruz al jóven moribundo, tuvo apenas tiempo para indicarle algunos actos de amor, de contricion, de confianza en Jesús y en María, y á eso de las cinco y media de la mañana, recibió el último suspiro del pobre Pedro. Algunos minutos mas tarde este humilde y piadoso niño debia comulgar en la tierra: Jesús le habia llamado á una comunion todavía mas excelente, á aquella cuyo fruto no se puede perder, á la comunion de la santa eternidad...

Colocado en su lecho fúnebre, mi pequeño Pedro parecia un ángel dormido. Su rostro habia tomado una belleza y una expresion completamente celestiales. Fue sepultado con el escapulario y la medalla de la Virgen santísima, en cuya proteccion tenia puesta una especial confianza, y con un gran crucifijo que yo le habia dado, que traia puesto dia y noche y que besaba frecuentemente diciendo:

—Jesús, Dios mio, yo os amo.

Al dia siguiente, 19 de julio, algunos de sus piadosos visitantes acompañaron á la iglesia y de allí al cementerio del Montparnasse, su féretro, muy pobre á los ojos del mundo, pero indudablemente muy rico á los ojos de Dios y de sus ángeles... Sobre su tumba hice poner una cruz blanca con esta sencillísima inscripcion:

*Aquí descansa en la paz de Dios y en el eterno amor de Nuestro Señor Jesucristo, Pedro Sazy, su fiel servidor, quien vivió diez y seis años y murió confesando la fe católica, el diez y ocho de julio de mil ochocientos cincuenta y ocho.*

## Conversion y muerte de un jóven protestante.

Una pobre obrera de París, la señorita P..., especialmente dedicada á Dios y á la práctica de las buenas obras oyó hablar cierto dia del mes de noviembre de 1850 de un artista sueco, protestante, que estaba gravemente enfermo del pecho y reducido por la miseria á hacerse cuidar en el hospital.

La consideracion de la pena á que debia verse reducido aquel desgraciado á consecuencia del abandono de sus amigos, de la pérdida de su fortuna y de su salud, y mas que todo el deseo de salvar su alma, inspiraron á la señorita P... la idea singular

tal vez, pero de toda manera sumamente cristiana, de ir á ver en el hospital á M. Gabriel Œdmann y de ofrecerle los únicos verdaderos consuelos que traerle podia, los de la fe.

Siguiendo el método cristiano, la señorita P... comenzó por la oracion. Fué á postrarse á los piés de la Madre de Dios; prometió gastar para su pobre enfermo todo lo que ganaria hasta el dia de su conversion, procuró encontrar quiénes le ayudasen á orar fervientemente, hizo celebrar una misa para el éxito de su buena obra, y, bajo la égida de María, penetró en el hospital de Beaujon.

Gabriel Œdman tenia treinta años de edad. Moríase del pecho, y tenia ya pintada la muerte en su demacrado rostro...

Al principio recibió á la señorita P... con estrañeza, mas luego esta estrañeza se trocó en alegría. ¡Hace tanto bien un rostro amigo cuando se sufre! La piadosa visitadora le habló de su enfermedad, de su posicion y de todo lo que podia interesarle mas. Al despedirse de él pidióle permiso para volverle á ver.

—¡Oh! con todo mi corazon, contestó enternecido el pobre enfermo: jamás he recibido visita que tanto placer me haya dado.

Y cuando ella partió, los ojos del enfermo la siguieron con reconocimiento...

Al domingo siguiente la señorita P... volvió al hospital. Gabriel no podia comprender semejante caridad.

—Pero si no me conoceis, la repetia, ¿cómo podeis amarme tanto?

Y la piadosa obrera procuraba hacerle conocer la la diferencia que hay entre el amor con que se aman los cristianos y las frívolas afecciones que divierten á las gentes del mundo...

Mientras ella se limitó á generalidades, todo fue á pedir de boca. Pero cuando le habló de la Vírgen santísima, cuando le preguntó si le gustaria que se rogase á ella para él, púsose colérico Gabriel, y contestó con animosidad «que él no era católico, y que no queria poner su confianza en una mujer que nada podia hacer por él; en Dios, pase, pero en la Vírgen, jamás!»

La pobre jóven le contestó bondadosamente que los católicos aman á la Vírgen porque es la Madre de Dios, que la invocan en sus penas, porque el Señor al morir la dió á sus discípulos por madre y protectora; y que cuando se la invoca con fe y confianza hay la seguridad de su asistencia.

—¿Pero podria acaso ella curarme? preguntó Œdman.

—Y tanto como os puede curar, respondió la piadosa obrera; puede alcanzaros la salud del cuerpo, y lo que vale mas todavia, la paciencia y la resignacion. Mas para eso es menester pedírselo y creer de veras que es la Madre de Dios.

Gabriel, singularmente conmovido, permaneció unos instantes sin contestar. De pronto preguntó á la jóven.

—¿Lo creeis vos?

—Sí que lo creo.

—Pues yo tambien lo creo. Rogad y haced rogar por mí. Pero... y los demás ¿cómo podrán rogar por un desconocido?

La señorita P... le refirió sencillamente que las doncellas de las cofradías de la Vírgen santísima se reunen cada domingo y ruegan juntas por todos sus hermanos, especialmente por los afligidos, por los enfermos y por los pecadores. Gabriel estaba admirado y conmovido de todo lo que oía.

—Pero tambien es menester, añadió la obrera, que vos por vuestra parte rogueis á María. Tomad, ved ahí una bella oracion compuesta por un santo en honor de ella (era el *Acordaos*); ¿me prometeis leerla?

—Sí, respondió Gabriel.

—Y ahí teneis una medallita con su imágen: dejadme que os la pase al rededor del cuello.

El enfermo consintió... Y desde aquel momento se notó en él un sorprendente cambio.

— Si ella puede curarme, dijo, cada dia la invocaré.

Y al hablar así, gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Ahora, añadió, ya no sois para mí una persona extraña; permitidme que en lo sucesivo os llame hermana mia.

Antes de marcharse la señorita P... le preguntó

si tendria inconveniente en recibir la visita de un sacerdote á quien ella conocia y á cuya oracion se le habia encomendado.

—Que venga, dijo, pero con tal que no me hable de religion.

Dichosa con los buenos resultados que obtenia, llena de fe y de confianza en la Vírgen santísima, la señorita P... vino á avisarme. Yo fuí en seguida á visitar al moribundo. Naturalmente, mi primera visita fue breve, pero al mismo tiempo afectuosa. No hablé ni una palabra de religion, y Gabriel me suplicó con instancia que le volviese á ver.

Volví, en efecto. En la moribunda faz del pobre artista estaba retratada la alegría mezclada con el sufrimiento. Fuí á sentarme á la cabecera de su cama; él tenia mi mano asida con la suya y me miraba cariñosamente. Le hablé de Dios y de los consuelos que proporciona á los que le aman, desde luego me convencí de que mi pobre Gabriel no tenia creencia alguna. Creia un poco en Dios, cási nada en su Providencia, y nada enteramente en la Santísima Trinidad, ni en Jesucristo, ni en el Cristianismo. Le expuse brevemente lo que la Iglesia católica enseña respecto á estas grandes verdades, y el pobre enfermo estaba verdaderamente sorprendido de que hallara todo aquello tan bello, tan claro, tan digno de Dios y del hombre. Á medida que yo le hablaba, su cabeza se iba acercando á la mia, y una expresion indefinible animaba sus lán—

guidas facciones. Yo sentia, veia la gracia de Dios ir invadiendo aquella alma; entraba en ella la vida, alumbrábale la luz de Jesucristo, el Espíritu Santo dilataba y ablandaba aquel corazon... Llegué á hablarle de la dulce Vírgen Maria, de la excesiva misericordia de nuestro Padre celestial, que, no contento con habernos dado su Hijo para salvarnos, queria además envolver en una bienhechora nube aquel divino sol de santidad, por temor de que sus rayos, demasiado vivos todavía á pesar del misterio de la Encarnacion, hirieran acaso nuestros ojos.

—¡Oh! ¡cuánto os amo! me decia el pobre Gabriel... Conozco perfectamente que todo lo que decís es verdad. Yo he sido educado entre protestantes y no he conocido la verdadera Religion; vos sí que la poseeis. ¡Oh! sí, ¡Dios me ha salvado! ¡qué bueno es! ¡cuánto me ama!

Y de gozo lloraba como un niño.

—Jamás habia oido hablar de estas cosas, decia. Os doy gracias, porque vos sois mi ángel, mi hermano, mi padre...

Tambien le hablé del Papa; le demostré que es el sucesor de san Pedro, jefe y doctor supremo de los discípulos de Jesucristo, y que todos debemos escucharle y obedecerle por amor de Jesucristo que es quien le envía, y le cité aquella magnífica frase del Evangelio: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las potestades del infierno no*

*prevalecerán contra ella, y á tí te daré las llaves del Reino de los cielos.*

—¡Cómo! decia Gabriel, ¿Jesucristo pronunció semejante vaticinio? Estais seguro de que dice esto el Evangelio?

Yo le dí á leer el pasaje, y nuevas lágrimas de alegría inundaron su rostro.

Hubiera querido dejarle tiempo para meditar lo que le habia dicho y saborear la dicha de conocer la verdad; pero los instantes eran preciosos: la hermana me habia advertido que probablemente no pasaria la noche sin que ocurriera algun accidente. Tomé, pues, mi resolucion y dije al moribundo:

—Hijo, vos con el corazon sois ya católico, ¿por qué no lo habeis de ser totalmente? Vos deberíais haceros católico sin esperar mas, y entrar así en la verdadera Iglesia de Jesucristo. Estais bastante enfermo...

Gabriel Œdman me miró fijamente; mas no me respondió.

—¿Queréis haceros católico? repuse.

Una violenta lucha agitaba el alma de Gabriel, que me contestó por fin en voz muy baja:

—Sí. Pero ¿qué dirá mi madre si llega á saberlo?

—¡Qué podrá decir! Cuando se conoce el error, ¿no es leal, no es hasta necesario salir de él y entrar en la verdad? ¿Creéis firmemente, añadí, que hay un Dios en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo?

—Sí que lo creo.

—¿Creéis que el Hijo se hizo hombre para salvaros, que por vos murió en la cruz, y que os tiene preparada una dichosa eternidad?

—Sí, lo creo, lo creo con toda mi alma.

—¿Creéis que no hay mas que una sola Iglesia que enseña el Cristianismo, la santa Iglesia católica, y queréis ser su hijo?

—Sí.

Saqué yo entonces un frasco de agua bendita que conmigo trajera á todo evento, y le bautizé condicionalmente, dándole los nombres de *Gabriel, Andrés, María.* Era el 30 de noviembre, festividad de san Andrés, apóstol, y por añadidura el dia de sus dias. Esta coincidencia le conmovió y me conmovió igualmente á mí.

—¡Qué dicha! repetia, ¡qué dicha! Hoy sí que es verdaderamente el dia de mis dias!

Su rostro estaba radiante. Le confesé, díle la absolucion tambien condicional, como en tales casos se practica, y despues, cuando hube terminado, me abrazó con una emocion, con una ternura inexplicables.

—Padre mio, padre mio, padre mio, murmuraba. ¡Oh! ¡todo lo creo! ¡Qué bueno es Dios! todo me lo ha perdonado. Me ama y yo le amo á Él.... jamás en mi vida he sido tan dichoso.

Y añadia, levantando al cielo los ojos:

—Ahora comprendo por qué me ha herido Dios

con la miseria y me ha conducido al hospital. Es porque me resistia á creer en Jesucristo. Me hirió para curarme. Mas ahora soy cristiano... Ya está todo concluido.

Pidióme que le permitiera hacer su primera Comunion; pero yo le aplacé para la mañana siguiente, temiendo fatigarle demasiado, y, llena mi alma de reconocimiento á la Madre de misericordia, dejé á aquel hijo recien nacido de mi corazon... á quien ¡ay! no debia volver á ver en este mundo.

La señorita P... fué á verle el dia siguiente. Yo no pude acompañarla. En cuanto la vió de léjos tendió hácia ella los brazos y se puso á llorar.

—¡Hermana mia, la dijo, ¡ya soy católico!

La pobre jóven creyó que iba á ponerse mala de emocion. Sus ojos se arrasaron de lágrimas. El moribundo la hablaba de Dios con una efusion de corazon que admiraba.

—He sido bautizado, confesado y absuelto de mis pecados el dia de mis dias! Era el dia de san Andrés. Mi bondadosa hermanita, ya soy católico! Soy el hombre mas feliz del mundo.

Convinieron en que al dia siguiente iria yo á verle y le permitiria hacer su primera Comunion.

—Que no falte, añadió Gabriel, porque siento que voy á morir. Os recomiendo mi cuerpo, hermana mia. Quisiera descansar en medio de mis hermanos en una tierra católica y bendita...

La señorita P... le prometió que cuidaria de

ello, y le dejó lleno de fe, de reconocimiento, de amor hácia Jesucristo, de piedad hácia la Madre de Dios...

Cuando á las nueve de la mañana siguiente volvió *al hospital*, el infeliz tísico habia muerto ya. La encontré cuando regresaba; yo iba á mi vez á visitar á Gabriel. Juntos dímos gracias á Dios por la salvacion de aquella alma, alcanzada por nuestros cuidados, y al dia siguiente ofrecí en expiacion de sus pecados el sacrificio de propiciacion, cuyos frutos deposité en las manos de la Vírgen María.

La señorita P... cumplió hasta el fin su obra. De su módico caudal quiso pagar los gastos del entierro de Gabriel Œdman, y le acompañó hasta su última morada.

## La regeneracion de una parroquia.

Hace siete ú ocho años, que el venerable obispo de una de nuestras diócesis mas vejadas por el indiferentismo religioso y por el abandono de los Sacramentos, llamaba á sí á un jóven sacerdote, piadoso, modesto y solícito, para confiarle una mision especial.

Amigo mio, le decia, al extremo de mi diócesis tengo una poblacion errante de mas de ochocientas almas, que no tienen religion alguna, y que se ha-

llan demasiado distantes de las iglesias para poder cómodamente frecuentarlas. Es preciso salvar aquellas almas, es preciso evangelizarlas y he pensado en vos. Es menester crear allí una parroquia de la cual os nombrò párroco. Solo que allí no hay ni iglesia, ni presbiterio, ni escuela, ni dotacion. ¿Os sentís con ánimo de emprender esta *mision?*

El buen sacerdote se puso de rodillas.

—Ordenad, monseñor; yo soy hijo de obediencia. *In verbo tuo laxabo rete.*

Y partió con la bendicion de su obispo, ó mas bien de Nuestro Señor Jesucristo, que, oculto en un obispo como en una especie de sacrario, continúa por medio de ellos hasta la fin del mundo su divino ministerio de buen Pastor.

Yo tengo el honor y la dicha de conocer á este sacerdote y de él mismo es de quien he adquirido algunos de los detalles que voy á relatar.

Empezó por dedicar todo su pequeño patrimonio á los primeros gastos de la construccion de la iglesia. Ese patrimonio ascendia á unos seis ó siete mil francos. Su padre y su madre, dos bondadosos ancianos, se lo abandonaron por completo, con la condicion de que les recogiera en su casa y les mantuviera. Otra piadosa y anciana señora viuda, que anteriormente habia pagado parte de los gastos de la educacion eclesiástica del nuevo sacerdote, hizo lo mismo que el padre y la madre, y fué á cobijarse bajo el mas que modesto albergue de su hijo

adoptivo, cediéndole igualmente toda su fortuna que no excedia de una docena de miles de francos.

Levantóse, pues, la iglesia, edificada y cimentada por decirlo así, mas con el desinterés de la caridad que con piedra y cal. El altar y el púlpito eran de madera cubierta con papel pintado; las paredes estaban desnudas, pero á lo menos podian los devotos reunirse allí, y escuchar la palabra de Dios, y el sacerdote tenia un lugar sagrado donde celebrar la misa, rezar y catequizar. La admirable abnegacion del sacerdote hizo nacer en breve otras abnegaciones: tres ó cuatro buenas mujeres, avergonzadas del miserable estado de la vieja y única casulla de la parroquia, dieron á falta de mejor, sus paraguas rojos y azules á fin de que se reunieran sus retazos mas límpios y con ellos se hiciera una casulla mas curiosa que nueva.

Contando con el auxilio de la Providencia, el buen párroco hizo venir dos hermanas institutrices, alquiló, sin dinero, un espacioso local donde pudieran reunirse los niños; y en breve se encontró con que diariamente acudian á él cincuenta ó sesenta muchachos y unas sesenta niñas, para que se les enseñare en primer lugar la Religion, que es la grande ciencia universal, y además algunos pequeños conocimientos secundarios, útiles á los mas humildes para las cotidianas necesidades de la vida, como son leer, escribir, contar, etc. Las dos hermanas, convertidas en hermanas del pobre párroco,

eran mantenidas por él y ocupaban una especie de dormitorio en compañía de la anciana madre y de la anciana bienhechora.

Los gastos de cocina no eran considerables. Cada cual se privaba de lo que convenia, alegre y generosamente por amor de Dios. Durante todo el año, no se consumia en la casa mas allá de una libra de carne por semana. Afortunadamente la carnicería del lugar tenia otros parroquianos.

El párroco habia construido igualmente bien ó mal una rectoría. Durante el primer invierno, la *comunidad* se arregló como pudo para no helarse: no habia cristales en las ventanas, ni tan siquiera marcos en las aberturas. De noche se colocaba algun viejo felpudo delante de los agujeros, y de dia no tenian mas remedio que pasearse y soplarse los dedos.

Pero si respecto á lo temporal estaba miserable el santo eclesiástico, estaba en cambio sumamente rico respecto á lo espiritual: en cuatro ó cinco años habia conquistado cási todas las almas de sus salvajes feligreses. A su llegada al lugar habia encontrado *catorce* cristianos que practicasen sus deberes entre mas de ochocientos habitantes: al cabo de aquel tiempo habia tan solo veinte que no cumplieran con el precepto pascual. Y no solamente se cumplia aquel deber, deber riguroso que impone la Iglesia, sino que además gran número de almas habian sido transformadas por una viva y profunda

piedad, hasta tal punto que, en las principales festividades, eran á centenares los feligreses que acudian á recibir los Sacramentos. Mas aun; cada domingo, media hora antes de la misa mayor y al toque de la campana, cincuenta ó sesenta fieles se reunian en el templo y se acercaban á la santa Mesa. La asistencia diaria á la misa era relativamente numerosa, y diez ó doce almas escogidas, lo mejor de la nueva parroquia y la alegría del digno párroco, habian tomado la piadosa y santa costumbre de comulgar todos los dias.

Especialmente los niños manifestaban una buena voluntad admirable: despues que habian hecho su primera Comunion, el párroco procuraba que tomasen la costumbre de frecuentar cuanto pudieran la comunion: cási todos acudian á recibir la sagrada Hostia cada semana ó cada quince dias, y los menos fervorosos cada mes.

—Allá, me decia el feliz párroco, hay muchachos y niñas de trece y catorce años, que guardando sus ganados ó trabajando en el campo no se olvidan de que están constantemente en la presencia de Dios. Estos pobres pequeñuelos tienen un amor grande á la Comunion; y como por falta de tiempo no pueden hacerlo mas á menudo, la reciben todos los domingos.

Mas que por su pobreza, que es un tesoro tan rico y tan fecundo, mas que por los santos ejemplos de austeridad, penitencia y abnegacion que

habia dado á sus feligreses, por la sagrada Comunion era por lo que habia logrado aquel excelente sacerdote operar aquel maravilloso cambio. Compasivo y bondadoso con los pecadores, confiando en la bondad del Salvador y en la poderosa *eficacia* de la Eucaristía, distribuia á las almas el cuerpo de Jesús, dejando á su cargo el obrar de ellas y fortalecer su buena voluntad. Se le echaba en cara su confianza; se le acusaba de imprudente y de innovador; pero los hechos, que hablan mas alto que todos los discursos, respondian por él é imponian silencio á sus detractores. Dos ó tres veces se le acusó hasta ante el obispo, á cuya presencia se le mandó comparecer para que justificase su conducta; mas cada vez le despedia el obispo con nuevas bendiciones y con nuevas excitaciones. Aquellas oposiciones eran su principal cruz, cruz mas pesada que todas sus privaciones, y me decia que siempre que se le ofrecia una de estas contrariedades la ofrecia á Dios para obtener la conversion de tal ó cual de sus pecadores mas recalcitrantes.

Hizo dos ó tres viajes á Paris, y obtuvo de algunas familias piadosas y acomodadas los ornamentos y auxilios necesarios para completar el mobiliario de su iglesia: un bonito altar de piedra, un hermoso púlpito, vasos sagrados de plata dorada, casullas, capas pluviales, etc., un bello *Via Crucis*, una campana (con cuyo motivo hizo un campanario,) una biblioteca parroquial que le dió la Obra de

San Francisco de Sales, con otros libros buenos para distribuir entre las familias durante las veladas de invierno.

Y hoy, padre querido de aquella numerosa familia espiritual engendrada á costa de tantos sacrificios, continúa en su incesante trabajo, impeliendo mas y mas las almas hácia Jesucristo, y sin pensar en sus penas, que el amor del santísimo y dulcísimo Salvador trueca en íntimas y consoladoras alegrías.

¡Quiera Dios suscitar así entre nosotros muchos eclesiásticos de espíritu apostólico, fecundizar sus sudores y trabajos, resuscitar por medio de su ministerio á los muertos, despertar á los dormidos, inflamar á los tibios, fortalecer á los débiles y cobardes, y, lo que es todavía de mayor precio, perfeccionar á los buenos y formar santos!

## Historia de un pantalon.

Regresaba un dia á su casa el cura de una pequeña aldea de Picardía. Iba caminando y rezando su breviario. Seguian el mismo camino dos jóvenes oficiales cuyo regimiento estaba alojado en la aldea. Al pasar junto al sacerdote, que continuaba su rezo, miráronse los dos oficiales y cambiaron una sonrisa burlona; y como iban mas de prisa que él, en

breve le hubieron dejado bastante atrás. Entonces se pusieron á hablar de religion, ó mejor de irreligion.

—No me gustan los curas, dijo uno de ellos.

—Ni á mí, respondió el otro.

—No creen en nada de lo que dicen.

—Si con eso no hacen otra cosa que un puro negocio.

—La Religion es buena para las mujeres.

—O para los niños.

—Tanto valen los devotos como los que no lo son.

—Hasta son peores los primeros que los segundos.

—Mas limosnas se dan á los pobres al salir del teatro que al salir de misa.

Y así continuaron hasta que vino á interrumpir su edificante diálogo la voz de un mendigo sentado junto á un cercado: ambos oficiales le dieron algunos sueldos. El infeliz estaba cási desnudo, pálido, desfallecido...

—Apostaria cualquier cosa á que el cura no le dará nada, dijo uno de los oficiales.

—¿Aguardémosnos para verlo?

—Si, pero escondámonos, porque esa familia, ¿sabes? hacen el bien cuando se les mira; daria por nosotros. Ven, saltemos detrás del cercado: desde allí le podremos observar perfectamente y sin ser vistos.

Tres ó cuatro minutos despues, llegó á aquel sitio el sacerdote, siempre rezando su breviario. El mendigo le pidió una limosna... Levanta el cura los ojos, cierra su libro y se aproxima al mendigo:

—Hijo mio, le dice tentándose la faltriquera, creo que no traigo nada encima.

Los dos amigos se tocaron con el codo.

—Ya lo decia, murmuró uno de ellos.

El sacerdote buscaba por todos lados; sin un sueldo.

—No tengo nada; lo siento, repitió; mas tal vez la desnudez de aquel pobre, añadió: pero ¿no teneis con que cubriros?

—Nada, mi buen señor.

—Pues aguardad.

Y dejando en el suelo su libro, mira á los dos lados del camino para ver si viene álguien, desaparece un instante, y vuelve luego trayendo en sus manos esa indispensable prenda de vestir que un ingles no se atreveria á nombrar, pero que yo llamo sencillamente... su pantalon.

—Tomad, mi pobre amigo, dijo al desgraciado ofreciéndoselo, ahí teneis por lo menos con que cubriros algo. No digais esto á nadie y rogad á Dios por mí.

Tomó el pobre el pantalon, y dió gracias al sacerdote, que envuelto en su sotana, continuó su camino y reanudó su rezo...

Al dia siguiente, los dos jóvenes oficiales iban

a confesarse. La sencilla limosna del buen sacerdote habia convertido á dos almas. Dos almas por un pantalon: en verdad que estaba muy bien pagado.

## Ejecucion del carabinero Guth.

El dia 3 de febrero de 1850, un soldado, el carabinero Juan Guth, de 30 años de edad, fue condenado á muerte y fusilado, por asesinato cometido en la persona de su capitan. Yo era entonces capellan de las cárceles militares de París.

Ví por primera vez al pobre Guth en la cárcel del Consejo de guerra, cuando no mas estaba arrestado. Recibióme con alegría y me dijo:

—He tenido un momento de extravío y de locura... Era un castigo de Dios á quien habia abandonado. Ahora ya no tengo mas que á Él, Él lo es todo para mí: ya no puedo esperar mas que en Él.

Díjele que al dia siguiente volveria á reconciliarle con el Señor; dióme las gracias y me abrazó con efusion, añadiendo:

—¡Oh! mucho bien me haceis, porque necesito arreglarme.

El domingo 26 de enero, víspera del dia de su condenacion, comulgó, y fue tan viva la emocion que experimentó que estuvo á punto de ponerse

malo. Se figuraba que yo no iria hasta la tarde, y tanta era su fe, que le parecia muy natural quedar en ayunas para comulgar hasta las cinco de la tarde.

*Mientras* duró la vista de la causa se le juzgó impasible, pero no era así; estaba únicamente resignado y tranquilo. Hasta tenia la intencion de declarar al tribunal que reconocia la justicia de su castigo, mas no se atrevió á decirlo, porque era alsaciano, cási aleman, y hablaba mal el francés. Cuando me daba cuenta de la sesion me dijo:

—Mas vale que no haya hablado, pues acaso habria dicho algo de sobra. Basta con que Dios lo sepa todo. ¿Qué me importan los hombres? Yo ya no tengo que contentar mas que á Dios.

Despues añadió:

—Si hubiese rezado siempre como ahora, no habria hecho lo que hice. Ya me lo decia padre: Teme siempre á Dios é invócale. No mas Él es bueno: todo lo demás es nada. Pero en el cuartel es tan dificil!... Uno está siempre rodeado de jóvenes que no hablan mas que de cosas malas!

No quiso apelar al consejo de revision.

— Mi sentencia es justa, me dijo varias veces. Seria ir contra el buen Dios. Se me daria un indulto que no quiero: conviene dar castigo. Es menester expiar mi falta. Únicamente quisiera que no se me fusilase en seguida, para poder hacer penitencia.

Cuando el conserje de la cárcel le preguntó si queria apelar el tribunal de casacion, le contestó:

—¡Por qué! si no es allí donde tengo puesta mi esperanza!

El viernes, dia 31, fue trasladado á la cárcel de la Abadía, para aguardar en ella el resultado de una demanda que en su nombre habia dirigido yo al presidente de la república.

Estaba siempre sosegado y apacible. El domingo 2 de febrero se le administró por segunda vez la sagrada Comunion. No sabia yo que estuviera su fin tan próximo. Era grande su recogimiento, y comulgando lloraba.

Aquella noche á las seis y cuarto, el señor comandante Dupont le anunció la fatal nueva. Yo estaba junto á Guth. Este le escuchó con resignacion, y declaró nuevamente que era justa su sentencia y que se arrepentia mucho de su falta. Despues me quedé solo con el sentenciado.

—Me lo esperaba, me dijo, pero no tan pronto; confiaba que se tardaria algunos dias. Pero en fin, esto no me importa gran cosa, es raro; pero estoy tranquilo. No hay nada que pese sobre mi corazon...

Permanecí cási dos horas en su compañía. Le indicaba algunos pasajes de la *Imitacion de Jesucristo*, y veia animársele el semblante al oir la lectura de ciertas frases. Hablaba poco; pero dejaba ver una plena correspondencia á los mas puros y elevados sentimientos de fe y amor de Dios.

Cuando le participé que iria con él hasta Versalles, me abrazó numerosas veces.

—¡Oh! siento que por mí os molesteis tanto, me repetia.

Dejéle á eso de las diez y media, y como le exhortase á que rezara mucho, me contestó:

—Es preciso aprovechar el tiempo que me queda. ¿Qué importa que me canse? Tiempo tendré de sobra para descansar en el seno de Dios.

Á la mañana siguiente, á eso de las tres y media, volvia á administrarle el Viático. Á las cuatro subimos al coche celular. Guth dió las gracias al conserje por las bondades que con él habia tenido: todo el mundo lloraba.

—Adios, Guth, le dijo el digno conserje; morid como buen soldado y como buen cristiano.

Durante las tres horas y media que empleamos en el trayecto, el carabinero conservó constantemente la misma calma. Dios estaba con él.

—Nuestro Señor está entre nosotros dos, pobre hijo mio, le decia yo; con el Salvador siempre se está bien.

—Oh, sí, me respondia él, mi corazon está contento.

Y un instante despues añadió:

—Yo no queria decíroslo; pero me parece como si fuera á una boda. Dios ha permitido todo esto para mi bien, para salvar mi alma. Lo que me consuela es que mi pobre capitan murió cristiana-

mente. Le volveré á ver: estoy seguro de que ruega por mí.

Rezaba el Rosario, con los ojos amorosamente dirigidos al crucifijo.

—Mi Dios me ha salvado, dijo; creo que tendrá mucha misericordia de mí. Él subió al Calvario llevando su cruz: yo le sigo. Á nada me opondré, aunque me quieran atar ó me quieran vendar los ojos... Los pobres soldados, añadió, se pierden no queriendo escucharos. Sin vosotros, sin la Religion, el mundo estaria completamente perdido.

Cuando pasábamos por delante del cuartel donde habia cometido su crimen, rezó por el capitan.

—¡No sé cómo pude hacerlo! Lo hice sin pensar en lo que hacia! dijo despues, y añadió al cabo de un rato: Si para librarme de ser fusilado debiera cometer un pecado, no quisiera cometerlo. Lo digo como lo pienso. Yo no deseo nada mas; porque voy á ver á Dios.

Á las siete y media, el triste carruaje se detuvo en la llanura de Satory, cerca de Versalles. Es el campo de las maniobras militares. Toda la guarnicion estaba formada en órden de batalla. Nosotros bajamos: Guth estaba pálido, pero tranquilo. Cuando un oficial le leyó la sentencia, el reo contestó:

—Mi comandante, reconozco que es justo mi castigo; me arrepiento de mi crímen, y ruego á Dios, á quien amo con todo mi corazon, que me perdone...

Despues se arrodilló. Yo le dí á besar por última vez el crucifijo, y con voz alterada pronunció conmigo estas palabras:

—Dios mio, en vuestras manos pongo mi alma... ¡Uno mi muerte á la de mi Salvador Jesús!... ¡Adios! ¡adios!

Yo le dí un postrer abrazo. Despues puso él los brazos en cruz é inclinó la cabeza.

Un minuto despues quedaba satisfecha la justicia humana, y el alma del pobre criminal, purificada y santificada por la Religion, entraba en la gloria de Aquel que ante el arrepentimiento lo perdona *todo*...

## Ir por lana y volver trasquilado.

Paseándose por París dos jóvenes oficiales, entraron cierto dia en la iglesia de la Asuncion. Despues de haber mirado sus cuadros y su arquitectura, despues de haber pensado en todo menos en Dios, disponíanse á salir cuando distinguieron á un sacerdote, revestido de un sobrepelliz y arrodillado junto á un confesonario. Parecia estar esperando á álguien.

—¡Toma! Mira aquel cura, dijo riendo uno de los dos militares á su camarada; ¿qué es lo que hace allí?

—Tal vez está aguardándote á tí, respondió el otro.

—No es fácil, repuso el primero: pero ¿qué apuestas á que voy á hablarle?

—Á qué no.

—Mas todavía; ¿á qué me confieso con él?

—Á qué no.

—Á que sí. ¿Qué apuestas?

—Una buena comida.

—¿Con champagne?

—Con champagne.

—Pues no se hable mas... Está dicho. Aguárdame y verás un poco la maniobra.

Y ved ahí á nuestro jóven aturdido adelantarse resueltamente hácia el ministro del Señor, y decirle algo al oido. Levántase este, entra en el confesonario, y el oficial se arrodilla á uno de los lados, como se estila en semejantes circunstancias.

—¡Qué atrevido! pensaba el otro.

Y con un sonrís de admiracion en los labios, sentóse para aguardar al improvisado penitente.

Hacia ya siete ú ocho minutos que duraba esto, y el camarada empezaba ya á encontrar que se prolongaba demasiado la broma. Por fin, despues de mas de un cuarto de hora, el oficial se levantó, dejó el confesonario, y salió de la iglesia despues de haber hecho una seña á su amigo. Tenia sério el rostro y parecia conmovido... Bromeó, empero, con su compañero sobre la aventura aquella; aun-

que sin querer decirle lo que le habia retenido tanto rato en aquel sitio, y á la primera ocasion que se le presentó separóse de él y se fué á su casa.

Dos dias despues volvia á la iglesia de la Asuncion, y despues de haber estado un buen rato rezando, se acercó á aquel mismo confesonario, en el que acababa de entrar aquel mismo sacerdote de aquel dia... Esta vez estuvo allí media hora, y al salir gruesas lágrimas brotaban de sus ojos... En su rostro se veia pintada la expresion de la paz, de la alegría y de una dichosa emocion... Acababa de recibir el perdon de sus pecados.

¿Qué queria decir todo aquello? ¿qué habia sucedido la antevíspera? Vedlo ahí tal como lo contó el oficial.

El sacerdote á quien se dirigió conoció en seguida en el tono con que le hablaba su penitente, que no se trataba de una confesion formal.

—Vos os burlais de mí, caballero, le dijo interrumpiéndole dulcemente, y haceis mal, porque no conviene tomar á broma las cosas de Dios ni las de sus ministros. Pero os perdono de todo corazon y ruego á Dios que os perdone tambien.

El oficial, algo desconcertado, trató de excusarse.

—No, no, interrumpióle sonriéndose el buen sacerdote, habeis hecho mal; pero no hablemos mas de ello. Únicamente, ya que habeis venido á encontrarme, espero me permitais conversar con vos un

instante, y preguntaros qué sois, ó cuál es vuestro estado.

—Con mucho gusto contestaré, caballero, respondió el oficial: soy militar.

—¡Ah! es un bello estado. ¿Y qué grado teneis?

—Soy subteniente: acabo de salir de Saint-Cyr.

—Y despues de esto ¿qué seréis?

—Despues seré teniente.

—¿Y despues?

—Despues, capitan.

—¿Y despues?

—Despues, comandante; luego, teniente coronel; luego, coronel; despues, general; mas tarde... tal vez teniente general.

—¿Y á qué edad puede que seais esto último?

—¡Psé!... Si tengo suerte, y voy á África, á 40 ó 45 años.

—¿Y no pensais casaros?

—¡Oh! vaya; me casaré...

—Con qué, héos ahí general y casado; y despues, ¿qué seréis?

—¿Despues?... Despues ya no hay mas que el grado de mariscal.

—Y suponiendo que lo obtengais, ¿qué haréis despues?

—¡Oh! ¡caramba! despues ya no haria nada mas. Me retiraria á descansar con mi mujer y con mis hijos.

—¿Y despues?

—¡ Cómo, despues!

El acento grave del sacerdote embarazaba mas y mas al jóven militar.

—¡ Y bien! despues... me moriré.

—¿ Y despues?

Un escalofrío recorrió el cuerpo del jóven: no habia pensado jamás en aquel *despues*.

—Ya no contestais, caballero, díjole gravemente el confesor: y no lo haceis porque probablemente ignorais lo que pasará *despues*. Vos me habeis explicado todo lo que pasará *antes*: yo á mi vez voy á deciros lo que pasará *despues*. Despues de vuestra muerte, caballero, vuestra alma comparecerá delante de Jesucristo, y será juzgada, no segun su gloria humana que habrá pasado como un sueño, sino segun sus obras buenas ó malas. Si habeis sido virtuoso y fiel observador de las leyes de Dios y de su Iglesia; si habeis sido humilde, puro, casto, bueno para con los demás, justo; en una palabra, si habeis sido un bueno y verdadero cristiano, os salvarán y entraréis á gozar de la inmutable dicha de la eternidad. Si, por el contrario, habeis seguido vuestras pasiones, si habeis olvidado el servicio de Dios, si habeis sido orgulloso, impúdico, negligente, duro para con los demás, injusto; en una palabra, si no habeis sido un cristiano fiel, os condenarán, tenedlo entendido, caballero, con todo y ser general, ó mariscal si podeis llegar á serlo, se-

réis juzgado por Aquel que á nadie teme y oiréis su atronadora sentencia: «Aléjate de Mí, maldito, véte «al fuego eterno que ha sido preparado para el de«monio y para sus servidores.» Ahora, me queda todavía por decirle una palabra. Vos me habeis ofendido gravemente, viniéndoos á burlar de mí á mis propias barbas, y exijo una satisfaccion, que, si sois hombre de honor, no me podeis rehusar. *Quiero*, entendedlo bien; *quiero*, que durante ocho dias consecutivos cada noche antes de acostaros penseis en lo que acabo de deciros aquí, y que luego pronuncieis estas palabras: *Moriré; pero me burlo de eso. Despues de mi muerte, seré juzgado; pero me burlo de eso. Despues del juicio, seré condenado, y condenado eternamente; pero me burlo de eso.* Esta es la reparacion que exijo de vos. ¿Me dais vuestra palabra de honor de que lo cumpliréis?

El pobre penitente, como zorra cogida, no se atrevió á rehusar. Dió palabra de honor de hacer lo que se le pedia y el sacerdote le dijo entonces:

— Id, pues, caballero; desde el fondo de mi corazon os perdono y prometo no olvidaros delante de Dios.

Cediendo á un sentimiento de honor y de lealtad el militar habia cumplido la penitencia impuesta... No se habia resistido á ella. Y dos dias despues, trocado y lleno su corazon de un sincero arrepentimiento, habia vuelto *de veras* al confesonario á

que dos dias antes se habia aproximado *de broma.* Despues ha sido un excelente cristiano.

Si fuéramos prudentes, pensaríamos todos cada dia en la brevedad de la vida y en lo inmutable de la eternidad que nos espera, y no tardaríamos en llegar á ser tan buenos cristianos como aquel jóven oficial.

## El general Cambronne.

El célebre Cambronne, uno de los mas bravos generales del imperio, comenzó su carrera militar por los grados mas humildes.

En 1795 era cabo y estaba de guarnicion en Nantes. Apesar de ser tan jóven como era, pues tenia apenas 20 años, habia ya contraido la deplorable costumbre que á tantos de nuestros soldados pierde, la costumbre de beber, y aun mas, de emborracharse á menudo. Y como tenia sangre en las venas, no era prudente contrariarle cuando los vapores del vino escitaban su ardor ya de sí grande.

Un dia en que estaba bebido, olvidó su deber hasta el punto de pegar al oficial que le daba una órden. Fue pasado por consejo de guerra y condenado á muerte, como es de reglamento en tales casos. En el mismo pecado llevaba la penitencia.

El coronel de su regimiento habia, empero, sabido apreciar la energía, la bravura y la inteligencia del jóven condenado á muerte, y fué á encontrar á un representante del pueblo, comisario del gobierno, á la sazon en Nantes, y le pidió el indulto de Cambronne.

—Imposible, respondió el comisario. Se necesita un escarmiento: sin esto se perderia la disciplina en el ejército. El cabo Cambronne morirá.

Sin embargo, el digno coronel pasó á la cárcel militar, é hizo comparecer á Cambronne.

—Cabo, le dijo, has cometido una grave falta.

—Es verdad, mi coronel; pero tambien ya veis dónde estoy. Lo pagaré con la vida.

—Tal vez, dijo el coronel.

—¡Cómo! ¿tal vez? Bien sabeis vos el rigor de la ley militar. No tengo derecho á esperar gracia alguna, y no me queda otro recurso que morir.

—No, amigo mio; tú no tienes que morir aun. Yo te traigo esta gracia de que tú desesperas; la he arrancado á duras penas del comisario del Gobierno. Te perdona tu pena y hasta te devuelve tu grado; pero con una condicion.

—¡Una condicion! ¡Hablad, mi coronel, hablad! Todo lo haré para salvar mi cabeza... ¡y sobre todo para salvar mi honor!

—Es con la condicion de que en lo sucesivo jamás volverás á emborracharte.

—¡Oh! mi coronel, esto es imposible!

—¡Cómo! ¿imposible, para escapar de la muerte?... Oye: mañana vas á ser fusilado: con que, piénsalo bien.

—Yo os diré, mi coronel, para que no volviese á emborracharme fuera preciso que yo no volviese á beber vino; porque Cambronne y la botella se quieren tanto, que cuando la cosa empieza es preciso que concluya: es imposible el contenerse. Por lo tanto, no puedo prometer que no volveré á emborracharme jamás.

—Pero desgraciado, ¿no puedes prometerme que no beberás vino nunca mas?

—¿Nunca mas?

—¡Y pues!

—¡Hum! Es mucho lo que me proponeis, mi coronel. ¡No beber mas vino!... ¡nunca mas!... no beber nunca mas...

Y el cabo Cambronne dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Pero mi coronel, si yo os prometiera no volver á beber vino en mi vida, ¿quién os garantizaria mi promesa?

—Tu palabra de honor. No necesito otra cosa. Te conozco y sé que cuando tu la das, no faltas á ella.

Y como el reo volviese á bajar la cabeza, sin contestar, añadió:

—¡Y bien, Cambronne! ¿qué escojes?

—Sois demasiado bueno para mí, mi coronel,

respondióle Cambronne con acento grave y compasado: gracias por vuestra confianza; la aprecio mas que el perdon que me traeis...

Y levantando la mano añadió:

—Dios nos oye... Yo, Cambronne, juro que jamás en mi vida tocará mis labios una sola gota de vino... ¿Estais contento, mi coronel?

—Sí, amigo mio, respondió este conmovido y satisfecho de lo que acaba de oir: sí estoy contento de tí. Mañana estarás libre. Sé un soldado valiente y emplea en el servicio de la patria la vida que la patria te devuelve hoy.

Al dia siguiente el cabo Cambronne ingresaba de nuevo en el cuerpo y volvia á encargarse de su servicio...

Veinticinco años despues, el *cabo* Cambronne se habia convertido en el *general* Cambronne; habia mandado en Waterloo la vieja guardia imperial y habia desplegado un valor maravilloso en aquella heróica retirada que todos conocemos.

Retirado á su casa despues de la caida del imperio, vivia tranquilamente en París, amado y respetado por todos.

Su antiguo coronel, abatido por la edad y mas todavía por las fatigas del servicio, se habia tambien retirado á su casa. Supo que estaba en París el general Cambronne y quiso un dia invitarle á comer. Convocó á muchos antiguos compañeros de armas y les preparó la mejor comida que pudo ima-

ginar. El sitio de honor, á la diestra del dueño de la casa, fue para Cambronne.

Estando sentados á la mesa, el coronel ofreció á su huesped un vaso de vino añejo de gran precio y cuidadosamente conservado para las grandes ocasiones. Miróle Cambronne, y con sorpresa y vivacidad le dijo:

—¿Qué me presentais ahí?

—Vino del Rhin, mi general; y un excelente vino: tiene mas de cien años: difícilmente lo hallaríais semejante en todo París.

Y como parecia que estas palabras enojaban á Cambronne, añadió:

—Os aseguro, mi general, que es riquísimo. Probadlo no mas, y...

—¡Y mi palabra de honor, coronel, mi palabra de honor! exclamó Cambronne dando un golpe en la mesa. ¡Y Nantes! ¡y la cárcel! ¡y el perdon! ¡y mi juramento! ¿Habeis, pues, olvidado todo esto, mi excelente amigo? ¿Por quién tomais á Cambronne? Desde aquel dia ni una gota de vino ha tocado mis labios. Os lo habia jurado y he cumplido mi palabra.

El coronel, admirando aquella enérgica fidelidad, guardóse bien de insistir, y se felicitó una vez mas de haber conservado para la Francia un hombre como aquel.

Estos vicios se corrijen cuando uno quiere. La palaba *imposible* no es francesa; ni mucho menos

cristiana. *Todo es posible para quien quiere firmemente.*

## La historia del anciano mendigo.

Desde muchos años iba diariamente á sentarse y á pedir limosna en uno de los escalones de la puerta de una de las iglesias de París, un mendigo viejo de aspecto triste y sombrío, conocido con el nombre de Jaime. Cási jamás hablaba y se limitaba á inclinar la cabeza cuando se le daba algo. Cuando se entreabria su andrajoso traje, veíase sobre su pecho una cruz *dorada*.

Un jóven sacerdote, el señor abate Paulino de*** iba habitualmente á celebrar misa á aquella iglesia y jamás al entrar se olvidaba de dar su pequeña ofrenda al pobre Jaime.

Descendiente de una noble y rica familia, el abate Paulino de*** se habia consagrado á Dios por el sacerdocio, y hacia todo el bien que le era dable á los desgraciados : el viejo Jaime le amaba en extremo sin conocerle.

Un dia observó el abate que Jaime no estaba en su lugar acostumbrado, y notando que se prolongaba esta ausencia, inquieto por la suerte de su viejo protegido, pidió las señas de su casa para ir á verle. Diéronselas, y cierta mañana, despues de celebrada la santa misa, se encaminó á la vivienda de Jaime.

Llamó á la puerta de una bohardilla, situada en el sexto piso: respondióle una voz debilitada; y entró. Era Jaime el que le habia contestado. Estaba enfermo, tendido en su cama, ó mejor en un miserable gerjon, con la tez pálida, con los ojos turbios...

—¡Ah! ¿sois vos señor abate? dijo al buen sacerdote cuando le distinguió. Demasiado bueno sois en venir á ver á un miserable como yo... No lo merezco.

—¿Qué decís, mi buen Jaime? contestó el abad. No sabeis que el sacerdote es el amigo de los desgraciados? A mas de que, añadió sonriéndose, nosotros somos antiguos conocidos.

—¡Oh! ¡caballero! si supiérais... Si me conocierais... no me hablaríais así... No, no, no me hableis con cariño; soy un miserable... un maldito de Dios.

—¡Un maldito de Dios! ¿Y lo creeis así? ¡Ah! mi pobre Jaime, no volvais á decirme estas cosas. Si habeis hecho mal arrepentíos; confesaos; Dios es la misma bondad y lo perdona todo cuando hay arrepentimiento.

—¡Oh, no! á mí no me perdonará.

—¿Pero por qué? ¿No os arrepentís?...

—¡Si me arrepiento! ¡si me arrepiento! exclamó Jaime, incorporándose en su lecho y abriendo sus azorados ojos... ¡Si me arrepiento!... ¡Oh sí! Me arrepiento; hace ya treinta años que me arrepiento... ¡y sin embargo soy un maldito!

Esforzóse el buen sacerdote en consolarle y ani-

marle, pero fue en vano. Un misterio terrible estaba oculto en el fondo de aquel corazon, y la desesperacion impedia al culpable descubrir su crímen. Mas al fin, vencido por la dulzura, por la bondad del abate Paulino, el infeliz Jaime se decidió, y con ahogado acento, pronunció estas palabras:

—Era yo intendente del castillo de una rica familia, cuando estalló la sangrienta revolucion del último siglo. Mis señores eran la bondad personificada... El señor conde, la señora condesa, sus dos hijas y su hijo... yo se lo debia todo á ellos; mi posicion, mi educacion, el desahogo en que vivia... ¡Cuando vino el terror les hice traicion! Estaban escondidos; yo sabia dónde, les denuncié para poseer sus bienes que estaban prometidos á los denunciadores, y fueron condenados á muerte todos... todos menos el pequeño Paulino que era demasiado jóven.

Un grito involuntario salia del pecho del sacerdote, y un sudor frio inundó su frente.

—Caballero, continuó el viejo, que no vió la emocion de su confidente, caballero, ¡esto es horrible! Yo ví como les condenaban á muerte; les ví colocar á todos en la carreta... y ví caer sus cuatro cabezas bajo el golpe de la cuchilla... ¡Oh, mónstruo! ¡soy un mónstruo!... Desde entonces no tengo paz ni reposo. Lloro, ruego por ellos... Y les veo siempre allí, delante de mí... ¿Veis? ahora están allí debajo de aquel lienzo.

Y al hablar así, Jaime señalaba con temblorosa mano una cortina que ocultaba un lienzo de pared.

— Ese crucifijo que veis á la cabecera de mi cama, era el del señor conde... esa crucecita de oro que traigo puesta, era la que mi señora traia siempre consigo. ¡ Oh Dios ! ¡ qué crímen ! ¡ qué horror! ¡ qué arrepentimiento !... Señor abate, ¡ tened piedad de mí ! ¡ no me rechaceis ! rogad por el mas criminal y por el mas desgraciado de los hombres!

El sacerdote estaba de hinojos junto á la cama, pálido como un cadáver. Permaneció cerca de media hora completamente inmóvil. Despues levantándose con calma, hizo la señal de la cruz, y descorriendo la cortina que cubria la pared, vió dos retratos...

Jaime, arrojó un grito al verlos, y se dejó caer en su jergon.

El sacerdote lloraba.

— Jaime, dijo con tembloroso acento, vengo á perdonaros de parte de Dios... Voy á confesaros.

Y sentándose junto á la cama, confesó al anciano.

—Jaime, dijo el abate Paulino al moribundo, cuando este hubo terminado, Dios acaba de perdonaros... Pero no es esto todo ; *yo tambien* os perdono... por amor de Dios. Porque vos matásteis... *á mi padre, á mi madre y á mis dos hermanas.*

Erizáronsele los cabellos á Jaime... Abrió los lábios ; murmuró algunos sonidos inarticulados... y se dejó caer en su cama.

El sacerdote se acercó: el mendigo estaba muerto.

## El hombre viejo.

Todo el mundo conoce, á lo menos por su celebridad, el gran seminario de San Sulpicio, establecido en París, cerca de la iglesia de igual nombre. Ese seminario fue fundado en tiempo de Luis XIII, por un hombre de una virtud y santidad admirable llamado el abate Olier.

Antes de establecerse en París, Mr. Olier y sus primeros cofrades vivian en Vaugirard, en una casa comun, y se preparaban por medio de la práctica de la penitencia, de la oracion, de la pobreza, del cuidado de los enfermos: en una palabra, por medio de la práctica de la vida cristiana, para llegar á caer en manos de Dios, instrumentos propios para realizar lor grandes designios que sobre ellos habia formado.

Mr. Olier, reunia á menudo á sus piadosos compañeros en una sala comun, y les exhortaba con un celo infatigable á adelantar en el camino de la perfeccion, á llegar á ser sacerdote santo, y para esto, á combatir sin cesar, á mortificar, á inmolar al *hombre viejo*, es decir, las malas inclinaciones de la naturaleza corrompida por el pecado é inclinada al mal por la concupiscencia. La casa estaba guardada por un viejo jardinero llamado Tomás, que vi-

via con su mujer en una pequeña casita al extremo del jardin. Tomás, habia notado aquellas reuniones secretas de los discípulos de Mr. Olier en la sala comun; habia hablado de ellas á su mujer, y al cabo se preguntaban qué era lo que allí reunidos podian hacer aquellos buenos señores.

El viejo Tomás, tan curioso como su mujer, resolvió un dia penetrar el misterio, y á falta de mejor medio, decidióse á ir á escuchar junto á la puerta.

La noche misma del dia en que habia tomado aquella excelente resolucion, hubo reunion en casa de Mr. Olier. Tomás lo habia observado todo. Adelantóse de puntillas, aplicó su oido á la puerta, y oyó hablar. Escuchó, distinguió la voz de M. Olier, y como el silencio de los oyentes era profundo, entendió estas palabras:

— Señores, señores, ¿qué esperamos? Pongamos hoy mismo manos á la obra; hace ya demasiado tiempo que nuestra cobardía nos detiene. Inmolemos al hombre viejo, sin piedad, sin oir sus murmullos ni sus gritos. Solo á este precio podrémos alcanzar la paz. Es un enemigo dispuesto siempre á perdernos, siempre junto á nosotros, y que nos matará si no le inmolamos valerosamente. ¿De qué sirve tomar resoluciones si no hemos de ponerlas jamás en práctica? Ya no mas vacilaciones; ha llegado el momento. No conviene que viva el hombre viejo, todo ha de ser para el nuevo, etc...

Tomás era el único viejo de la casa; ¡júzguese,

pues, de su sorpresa, de su terror, cuando oyó que Mr. Olier, exhortaba á sus compañeros á inmolar al *hombre viejo!* Evidentemente era de él de quien se trataba, y eso debió ser en seguida, aquel mismo dia, para reemplazarle con un jardinero nuevo. Pálido como la muerte, se escapó á su casa:

—¡Mujer! exclamó, ¡mujer! ¡estamos perdidos! ¡deprisa, huyamos de aquí! Quieren matarnos, les he oido; y esta noche misma. No tenemos mas tiempo que el preciso para arreglar nuestro pobre equipaje. ¡Oh, Dios mio! ¿quién hubiera podido creer jamás esto? ¡Unos hombres que tenian tan bondadosa apariencia, que nos mostraban tanta amistad! ¡Fiaos de las apariencias!

Y lamentándose y contando á su aterrorizada mujer lo que acababa de oir, Tomás colocó en dos ó tres grandes canastas lo que poseia de mas valor... ¡Pero era demasiado tarde! Mientras estaban haciendo sus preparativos de fuja, abrióse la puerta, y M. Olier apareció en su dintel.

—Tomás, le dijo con dulzura, hace mas de cinco minutos que os estamos llamando para la cena: ¿no lo habeis oido? Pero... ¿qué haceis? ¿qué son esos fardos? ¿á dónde vais con eso?

El viejo Tomás creyó llegado su último momento; erizáronse sus cabellos y balbuceó algunas palabras... Trató de ver si habia alguna arma ó algun puñal en las manos de M. Olier y por último no pudiendo contenerse mas, exclamó:

—¡Mal hombre! al fin os conozco! ¡hipócrita, traidor, asesino! todo lo he oido... ¡socorro! ¡socorro!

—Pero Tomás, preguntó estupefacto el pobre M. Olier, ¿qué teneis? ¿estais loco?

—¡No, no, no estoy loco! gritó el viejo jardinero. ¡Ojalá lo fuera! ¡socorro! ¡socorro!... No es menester que finjais por mas tiempo: os repito que lo he oido todo; me hallaba junto á la puerta cuando vos animábais á vuestros traidores compañeros á que me matasen esta misma noche. ¡Oh! esto está muy mal hecho; ¡yo que os amaba tanto! ¿Para qué matarme? ¿No podiais sencillamente despedirme, si teníais un nuevo servidor que poner en mi lugar?

—Pero, en verdad, no sé qué significa todo eso, replicó M. Olier, cada vez mas sorprendido. Esplicaos: ¿quién os quiere matar?

—¡Vos!

—¿Yo?

—Sí, vos, vos; he reconocido muy bien vuestra voz de *mosquita muerta*, cuando ahora mismo les estabais diciendo que sacrificasen al hombre viejo, qne siempre estaba en la casa como un enemigo, y que no vacilasen en seguir vuestros consejos...

Al oir estas palabras, comprendió M. Olier el *quid pro quo*, y riéndose á carcajadas, salió de la casita y fué á contar la historia á sus compañeros.

Encamináronse todos á la habitacion de Tomás y no poco trabajo les costó el hacerle comprender que no se trataba de él. Solo despues de mucho tiempo, y cuando hubo hablado muchas veces con el buen abate Olier reconoció completamente su error y dejó de llevar armas ocultas para defenderse en caso de agresion.

Esto prueba que la gente vieja no debe ser curiosa.

## El califa, el pastor y la felicidad.

No se en qué siglo aconteció que, yendo un dia de caza un califa de Bagdad, fué derribado por su caballo, y hubiera infaliblemente muerto si un pastor no le hubiera venido á salvar deteniendo al corcel, con riesgo de su propia vida.

Cubierto de contusiones y de heridas, fué conducido el califa á un palacio; porque los califas con todo y ser califas, tambien cayendo se hieren y se matan. Cuando se hubieron aliviado sus primeros sufrimientos, quiso ver á su salvador. Se fué á buscar al pobre pastor, se le condujo á palacio y fue introducido á la presencia del enfermo príncipe.

—Me has salvado la vida, hijo mio, dijo este, y quiero recompensar el favor que me has hecho:

juro por mi barba que te daré todo lo que me pidas. Ya ves que mi generosidad es digna de mi poder.

—¡Oh, señor! respondió el pastor, no gran cosa la que tengo que pediros. Para ser feliz solo una pequeña cosa me falta, y es tener una cabaña mia con un pequeño jardin, para vivir pacíficamente en ella con mi mujer y con mis hijos.

—No es difícil contentarte, dijo sonriéndose el califa.

Y llamando á su visir, hizo dar inmediatamente el pastor una casita cerca de Bagdad.

Ved ahí á nuestro hombre contento, que se va soltando y cantando á todo el mundo su alegría; aquella misma tarde tomó posesion de su nuevo domicilio.

Cerca de su casa habia un vecino que se hallaba casi en iguales circunstancias: trabaron relaciones y no tardó el pastor en apercibirse de que el tal vecino tenia un pequeño rebaño, y se hacia con él una pequeña renta.

—Me olvidé de pedirle algunas bestias al califa, pensó un dia nuestro pastor: mi vecino está mucho mejor que yo. ¿Qué hago de un campo sin tener ni vacas ni carneros?

Y al dia siguiente, se encamina al palacio y pide para hablar al califa. Habia órden de dejarle entrar siempre que lo desease, y así se hizo.

—Y bien, amigo mio, le dijo bondadosamente el príncipe, ¿eres dichoso? ¿Es cómoda tu casa?

— Muy cómoda, señor, es la casa, y yo tambien muy dichoso, pero me falta una cosa indispensable: un rebaño como el de mi vecino. Yo no estaria jamás á mi gusto si no tenia algunas bestias, y vengo á suplicar á Vuestra Alteza que se sirva darme una docenita de ellas.

—En efecto, repuso el califa, para un campo se necesita ganado. Que se le dé lo que pide y que escoja de mis ganados. Anda, amigo mio, y sé dichoso á este precio.

Y el pastor escogió *dos docenitas* y media de las mas bellas vacas y de los mas lozanos carneros de Su Alteza.

— Seré mas rico que mi vecino, decíase en voz baja y frotándose las manos: ahora soy el hombre mas dichoso del mundo.

Sí; pero su campo era muy reducido para contener tan bello rebaño, y cabalmente, á un cuarto de legua de allí habia un cortijo nuevecito, muy hermoso y muy lucrativo. Nuestro hombre no pudo mucho tiempo con aquella idea, que le ponia triste é impaciente.

—¿Ves? dijo una tarde á su mujer al volver de su jornada: nosotros no serémos felices hasta que tengamos una granja como la de aquí cerca. Tengo que ir á Bagdad para mis negocios y procuraré ver al califa y le pediré que me dé aquel cortijillo. ¡Qué será eso para él?

Dicho y hecho. Al dia siguiente se hizo la de-

manda, y el califa, despues de una amistosa reprehension, cedia la quinta y aconsejaba á su amigo que no siguiera demasiado sus ideas de engrandecimiento.

—¡Oh! lo que es ahora, respondió Ben-Adad (que era el nombre del pastor propietario) ahora se acabó para siempre, y ya no necesito nada mas.

Y sin embargo, tres meses despues reaparecia á la presencia de su bienhechor, un poco corrido, es verdad, pero decidido á pedir alguna cosita mas. Habia visto á un rico señor de la vecindad; el esplendor de su séquito, su vida de placer y de reposo, la magnificencia de su palacio, todo eso habia de tal manera seducido el corazon del quintero, que nuestro hombre se dijo:

—No seré jamás feliz mientras tenga que quedarme aquí. Y, confiando en la promesa del omnipotente califa, iba á pedir que se le convirtiera en gran señor.

Hizo algunas objeciones el califa, pero se le recordó que habia jurado por su barba y tuvo que ceder. Y ved ahí ya á Ben-Adad hecho un gran señor, propietario de una magnífica posesion de quince leguas de circunferencia, dueño de uno de los mas hermosos castillos de las cercanías de Bagdad y servido por millares de esclavos: no tiene mas que hacer que decir una palabra, expresar un deseo, y todo se hace inmediatamente. Pero no tiene con qué pasar el tiempo: no sabe leer, ni escribir... y se aburre.

—¡Caramba! dijo un dia, yo no podré resistir largo tiempo á una vida semejante. Un hombre como yo no puede permanecer en la oscuridad. Es preciso que me lance á la vida activa; que adquiera influencia en el mundo político. La política; eso, eso es lo que me conviene.

Y despues de haber meditado su idea, despues de haber formado una porcion de planes (por supuesto absurdos), despues de haber maduramente comparado su capacidad con los diversos empleos del gobierno, encaróse un dia con el califa y le manifestó que si queria hacerle feliz, si queria cumplir hasta el fin su palabra, tenia que nombrarle su gran visir, su primer ministro.

Á pique estuvo el príncipe de incomodarse y hacer expiar á Ben-Adab su orgullosa temeridad. La idea, empero, le pareció chocante.

—¿Quién sabe? pensó. Tal vez bajo esa corteza inculta se encierra el gérmen de un gran hombre.

Y en resúmen, aceptó su demanda y le mandó entregar inmediatamente el turbante de gran visir.

El nuevo gran visir pone luego manos á la obra. Y por de pronto, se encuentra con que de nada entendia nada. Hállase asediado por negocios, demandas, quejas y solicitudes. Todo lo embrolla; concede lo que se debe negar, y niega lo que se debe conceder. El califa rechaza algunos de los proyectos que somete á su aprobacion. Todo esto le disgusta, le aburre y le incomoda: jamás fue tan infeliz.

—¡Qué vida! ¡qué vida! exclama cierta noche al acostarse: si un visir no es posible que viva un mes. En resúmen no soy otra cosa que un esclavo del califa: él es quien me contraria en todo lo que quiero hacer. Ahora veo lo que hay; para vivir tranquilo y ser feliz es preciso ser el amo... Si el califa quisiera cederme su plaza me parece que eso iria bien...

Y pensando en eso, en toda la noche no pegó los ojos, acabando por convencerse de la necesidad de tener el poder absoluto para ser feliz. No estaba aun levantado el califa, cuando su gran visir, introducido junto al lecho de Su Alteza, le pidió humildemente que le cediera su lugar.

El califa creyó que soñaba: frotóse los ojos, sentóse en su cama y mandó á uno de sus esclavos que le mordiera la punta de un dedo: y como el esclavo mordiera demasiado récio, le mandó regalar inmediatamente cien palos.

—¿Qué dices? repítelo, preguntó á Ben-Adab.

—Digo, señor, que deberíais permitirme reinar en lugar vuestro, con lo que ganaríamos todos, el imperio, yo y vos.

Esta vez lo entendió perfectamente el príncipe. Saltó de su lecho, vistióse y dió una palmada. Al instante comparecieron cuatro esclavos negros.

Vuélvete, dijo el califa á su visir.

Ben-Adab se volvió.

Entonces el califa, con toda la fuerza de que fue

capaz, regalóle un puntapié donde generalmente suelen darse é hizo una seña á los negros, quienes cogiendo al desconcertado visir, le condujeron con un acompañamiento por el estilo, *hasta la* puerta del palacio. Allí le desnudaron y dejáronle en camisa, expuesto á la burla de los transeuntes. Ben-Adab, avergonzado y confuso, volvióse á su pobre choza de pastor, y murió allá miserablemente.

Ese *Ben-Adab*, querido lector, ¿sabes dónde está? Tal vez muy cerca de tí; en tu casa, en tu mismo cuarto, mas aun, en tus vestidos. Sí, en tus vestidos. Porque esta historia es la tuya, es la nuestra, es la de todos.

Nosotros corremos siempre en pos de la felicidad, y creemos siempre que está en la posicion elevada de un hombre cualquiera que está algo mas alto que nosotros. Cuando hemos probado aquella posicion miramos algo mas arriba, y subiendo, subiendo, buscamos constantemente lo que jamás llegamos á encontrar.

De pequeños obreros, queremos, *para ser dichosos*, pasar á ser unos obreros célebres; de obreros célebres, queremos, siempre *para ser dichosos*, pasar á ser amos; de amos, arrendadores; de arrendadores, acaudalados propietarios; de propietarios, hombres políticos; de hombres políticos, ministros, y de ministros ¿quién sabe si aspiramos á ser todavía algo mas?...

¡Y somos desgraciados, desgraciados por nuestra

culpa! Porque no buscamos la verdadera felicidad *allí donde se encuentra*, EN NUESTRO CORAZON. Porque creemos que la *posicion* hace la felicidad, siendo así que en lo que consíste esta, es en la *disposicion* con que se vive en su posicion, cualquiera que ella sea. Todos, pobres y ricos, gobernantes y gobernados, pequeños y grandes, estamos llamados á ser dichosos; pues Dios, en su bondad, ha hecho la felicidad para todos.

Pero solamente es dichoso aquel que sufre con dulzura y con paciencia las penas, compañeras inseparables de la vida humana, que bebe en el amor de Dios esta paz del alma que sobrepuja á todo sentimiento, que sabe que la vida de este mundo no debe durar mucho, y que á sus miserias, cristianamente sobrellevadas, sucederán maravillosas alegrías que nada podrá turbar. Solamente, en una palabra, es dichoso aquel que es *buen cristiano*. ¡Ojalá que podamos todos ser de este número, y aprovecharnos de la historieta *del califa*, *del pastor y de la felicidad*.

—

## Martirio de santa Cecilia, de san Valeriano su esposo, y de san Tiburcio su hermano.

Bajo el reinado del emperador Alejandro Severo, y durante el pontificado de san Urbano, el año de la era cristiana vivia en Roma una jóven llamada Cecilia. Rica, noble y bella, Cecilia unia á los mas preciosos dones de la naturaleza los dones mas preciosos todavía de la gracia. Era cristiana á pesar de ser idólatra su familia; y los bellos años de su juventud pasaban entre la oracion, la dulce meditacion de la ley de Dios, las austeridades de la penitencia y la práctica infatigable de todas las obras buenas.

El libro del Evangelio, oculto debajo de sus ropajes, descansaba de contínuo sobre su pecho, y abrazándose en santo y casto amor hácia Nuestro Señor Jesucristo, Cecilia le habia jurado que no tendria jamás otro esposo que Él.

Llegaba en tanto la hora en que la jóven cristiana iba á tener que combatir para cumplir su promesa. Incapaces de comprender el sublime amor que unia con el cielo el corazon de su hija, sus padres le habian buscado esposo, y la prometida de Cristo se habia visto precisada á admitir un prometido entre los hombres.

Valeriano era el nombre del jóven romano destinado, segun la opinion del mundo, á recibir la mano de Cecilia. Su nobleza, su apostura, las cualidades de su corazon le hacian digno de tal honor. Tenia el jóven un hermano llamado Tiburcio y con aquel hermano, á quien queria entrañablemente, se felicitaba de la dicha que le estaba reservada. No sabian aun ni uno ni otro la eterna duracion y la naturaleza divina de aquella dicha que Cecilia debia proporcionarles...

Con pesar veia la vírgen acercarse el dia de sus bodas, pero lo esperaba con aquella tranquilidad sobrehumana que únicamente la fe da á los cristianos. Habia redoblado sus oraciones, sus limosnas y sus penitencias; bajo los bordados de oro de su traje, un cilicio heria aquella inocente carne: así, por medio del sufrimiento voluntario, preparábase para los combates mas temibles que sin duda en breve tendria que sostener por Jesucristo. Para aumentar su valor, acudió á ella el Señor y permitió que su ángel custodio se mostrara á sus ojos y en nombre de Dios le prometiera asistirla constantemente.

Al fin llegó el dia fatal; el corazon de Valeriano palpita de felicidad, y toda la nobleza de Roma asiste á la boda de la hija de Cecilius...

Llegada la noche de aquel dia, cuando quedó sola con Valeriano, Cecilia, llena de la virtud del Altísimo, dió á conocer á su esposo, con dulce y

sensible acento, que era cristiana, que habia ofrecido á Dios su vida, y que no se pertenecia. Añadió que un ángel del Señor velaba por ella, y que, si su esposo queria seguir su camino, aquel ángel le amaria á él como á ella misma y le manifestaria su celestial belleza.

Turbado el jóven al oir estas palabras, pero cautivado por la suavidad de aquella voz tan pura, y tocado ya secretamente por la divina gracia, respondió á la vírgen:

—¿Qué dices, Cecilia? ¿Y cómo puedo creer en lo que dices? Hazme ver ese ángel. Cuando le habré visto, si en él reconozco al ángel del Señor podré obedecerte; pero si amas á un hombre semejante á mí, le heriré con mi espada y te mataré con él.

—Si sigues mis consejos, repuso con dulzura y tranquilidad la vírgen, si te purificas en la fuente de las aguas portadoras de la vida eterna, si crees en el solo Dios vivo que reina en los cielos, tus ojos verán al ángel divino que vela por tu esposa.

—¿Y quién me purificará para que pueda ver tu ángel? preguntó sorprendido Valeriano.

—Existe cerca de aquí un santo anciano que purifica á los hombres, dijo Cecilia, y despues pueden estos hombres ver al ángel del Señor.

—¿Dónde está ese anciano?

—Sal de la ciudad, cuando llegues á la tercera columna encontrarás unos pobres á quienes yo amo

y que me conocen. A esos pobres les dirás: «Cecilia me envia á vosotros; conducidme á donde está el santo viejo Urbano. Verás al anciano, y serás dócil á sus palabras. Te cubrirá con nuevas vestiduras, y cuando vuelvas verás al santo ángel transformado en tu amigo, y dispuesto á concederte todo cuanto le pidas.

Arrastrado por una fuerza desconocida, deja sin esfuerzo el jóven romano á la vírgen, cuyos castos acentos hán cambiado su corazon; pónese en camino, y al apuntar el dia llega á las Catacumbas. Introducido á la presencia del papa san Urbano, refiérele lo que ha pasado: le instruye el papa en el Cristianismo, le habla de Jesucristo, responde á sus dudas... y mientras le está catequizando aparece de pronto entre los dos un venerable anciano, cubierto de ropajes blancos como la nieve y sosteniendo un libro dorado: una aureola de luz rodea su cabeza. Era el gran Pablo, el apóstol de los paganos, la segunda columna de la Iglesia romana. Ante aquella imponente vision, Valeriano, poseido de terror, cae como muerto de rostro en el suelo. Levántale con bondad el augusto anciano y le dice:

—Lee las palabras de este libro y cree: y merecerás ser purificado y contemplar el ángel de la fidelisima vírgen Cecilia tu esposa

Valeriano levanta los ojos y lee este pasaje:

*Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo: un*

*solo Dios, padre de todas las cosas, que está por encima de todos nosotros.*

—¿Crees, le dice el anciano, crees que es esto así?

—Nada hay mas cierto debajo del cielo, exclamó Valeriano con transporte; ¡nada hay que yo mas firmemente crea!

Apenas hubo terminado estas palabras, desapareció el anciano, y Valeriano quedó solo con el Pontífice. Condujo en seguida Urbano á la fuente de salud á aquel á quien el cielo mismo habia introducido, y cuando le hubo admitido á la participacion de los mas augustos misterios de la fe de Cristo, díjole que volviera al lado de su esposa.

Embelesada con el sublime diálogo de aquella noche, no habia dejado todavía Cecilia la cámara nupcial. Toda la noche habia estado rezando...

Cuando Valeriano, cubierto todavia con la blanca vestidura de los neófitos que acababa de vestírsele, entró en la habitacion de Cecilia, sus respetuosas miradas encontraron á su jóven esposa puesta de hinojos; y de pié junto á ella, resplandeciente el rostro con millares de rayos de luz, al ángel del Señor, teniendo en sus manos dos coronas formadas con lirios y con rosas. Puso el ángel una de aquellas coronas sobre la cabeza de Cecilia, y colocó la otra en la de Valeriano, diciéndoles:

—Haceos dignos de conservar estas coronas por medio de la pureza de vuestros corazones y de la

santidad de vuestros cuerpos. Ahora, Valeriano, hijo de la verdad de Cristo, porque has accedido á los púdicos deseos de Cecilia, sabe que el Hijo de Dios me ha enviado para que te conceda todo lo que pidas.

Valeriano, poseido del mas vivo reconocimiento, *pidió* únicamente que la misma luz que le habia iluminado, iluminase tambien y regenerase el alma de su hermano.

—Bendito seas, hijo de Dios, respondióle el ángel. Tu demanda es agradable al Señor, y te concede el alma de tu querido hermano, y os anuncia que en breve seréis glorificados con la palma del martirio.

Cecilia y Valeriano no sabian cómo expresar su santa alegría. Poco despues entró Tiburcio para felicitar, antes que nadie, á su hermano y á su nueva hermana.

—¿Qué es, preguntóles al penetrar en la estancia, ese embriagador perfume que se respira aquí? Paréceme que me encuentro entre lirios y rosas, cosa imposible en esta época del año.

Aprovechóse Valeriano de esta circunstancia para descubrirle los misterios de aquella santa noche. Mas Tiburcio no podia dar crédito á lo que oia. Opuso objeciones, discutió; Cecilia le expuso la doctrina del Cristianismo, ayudada por la autoridad de una fe á toda prueba, y con aquella encantadora gracia que acompañaba todas sus palabras... Y al

cabo de dos horas, vencido por la verdad, Tiburcio, aspirando á obtener la gracia del Bautismo, partió, conducido por Valeriano, para ir tambien él á encontrar al santo anciano de las Catacumbas...

Algunos meses despues, enviados al tribunal del cruel Almaquio, prefecto de Roma, que se cebaba con furor en los cristianos, Valeriano y Tiburcio confesaban generosamente el nombre de su divino Maestro.

Brotando sangre bajo los látigos de los verdugos, Valeriano gritaba con vibrante voz á los circunstantes:

—¡Romanos, hermanos mios, sed firmes en la fe! No os asuste la vista de mis tormentos. Confesad la verdad. Todo pasa con rapidez en este mundo, el dolor lo mismo que el placer... Manteneos fieles á Aquel solo que no pasa, á Cristo, al hijo de Dios vivo: solo Él es el Señor y los ídolos no son mas que madera y piedra.

Condenados á muerte, se les conduce fuera de Roma, y por el camino hablan del verdadero Dios al capitan Máximo que les custodiaba, y le conquistan para Jesucristo.

Pasan la noche en una casa inmediata al lugar del suplicio, y allí va Cecilia á darles el último abrazo de despedida. Secundada por Valeriano y por Tiburcio, predica á los soldados que piden el bautismo, y lo reciben de unos sacerdotes enviados

por la animosa vírgen. Aquella noche se pasó en plegarias, en acciones de gracias y en conmovedoras despedidas.

Al amanecer, el sacrificio de los dos nobles mártires estaba consumado: sus ensangrentadas cabezas habian rodado á los piés del ídolo de Júpiter.

No tardó Máximo en seguirles. Habiéndose negado á prestar su servicio en la impía ejecucion de los dos héroes, fue citado ante el juez Almaquio, confesó allí á Jesucristo, y el prefecto le hizo morir inmediatamente azotado con látigos emplomados...

Llena de santo orgullo por sus triunfos, recogió por sí misma Cecilia los santos restos de su esposo, de su hermano y de Máximo, y el papa san Urbano los depositó honrosamente en las criptas de las Catacumbas.

Sabiendo Cecilia que estaba próxima su hora, preparóse con fervor para el combate que debia sostener. Dió á los pobres el resto de sus bienes, predicó con nuevo ardor la fe de Jesucristo, y en los últimos dias de su vida conquistó para la fe cristiana mas de cuatrocientas personas, á quienes quiso por sí mismo ir á bautizar el papa Urbano en la casa de la vírgen esposa del Señor.

En medio de estas santas obras le llegó la órden de comparecer ante el pretor. Era el 19 de noviembre. Cecilia, vestida al estilo de las damas de la nobleza romana en los dias de fiesta, se trasladó al tribunal.

—¿Cómo te llamas? la preguntó el cruel prefecto, estremeciéndose á la vista de una víctima tan dulce y tan altiva.

—Ante los hombres me llamo Cecilia, respondió la vírgen; pero mi mas bello nombre es el de cristiana.

—¿Cuál es tu condicion?

—Ciudadana de Roma, de familia noble y patricia.

—Lo sé: te pregunto por tu religion.

—Tu pregunta no era entonces exacta, pues exigia dos respuestas.

—¿Y de dónde sacas esta firmeza? dijo Almaquio desconcertado.

—De una conciencia pura y de una fe cierta en Jesucristo, Hijo de Dios.

—¿No sabes, orgullosa mujer, que nuestros divinos emperadores me han dado sobre tí poder de vida y muerte? ¿Ignoras que han prohibido confesar ese nombre que tú confiesas?

—Una cosa es orgullo y otra cosa es firmeza, repuso Cecilia. Tus emperadores están en un error como lo está Tu Excelencia. Su ley prueba nuestra inocencia. Si ese nombre fuera un crímen, seria menester hacérnoslo confesar entre tormentos. ¿Confiésase otra cosa que los crímenes? Si tú no temieras oir la verdad, yo te probaria que acabas de decir una falsedad.

—Veamos, dijo admirado el prefecto.

—Has dicho que tus soberanos te habian dado el poder de vida y muerte, y al decir esto has mentido.

—¿Qué he mentido al decir esto? repitió Almaquio estupefacto.

—Sí, respondió Cecilia; tú no tienes mas que el solo poder de muerte; puedes matar: pero ¿puedes dar ó devolver la vida? Dí, por lo tanto, que tus soberanos te han dado un ministerio de muerte, pero nada mas.

—¡Desgraciada! dijo el prefecto conteniendo su furor, deja esas vanas quimeras. Estás sumida en el error y tu ejemplo seduce á los demás. ¿Porqué prefieres sufrir, cuando puedes gozar riquezas y placeres!

—Hablas como hombre de poco talento, dijo la vírgen con majestad severa: no sabes de qué depende esto; pero nosotros, hijos de la luz, lo sabemos. Por medio del trabajo nos preparamos para el descanso venidero. Vivimos, es verdad, en las privaciones y en la penitencia; pero luego vendrá el dia en que recojerémos el fruto de nuestros sacrificios. Sufrir y morir por Jesucristo es para nosotros un negocio. Cuando llegue aquel dia nosotros gozarémos, y los ciegos que ahora triunfan y se hunden en los placeres, llorarán eternamente entonces.

—Entonces, repuso el prefecto, nos y nuestros invencibles emperadores estamos destinados á un llanto eterno.

—¿Y quién sois vosotros, tú y tus príncipes? prorumpió Cecilia. ¿No sois hombres, y no debeis morir? Dios os juzgará como á los demás hombres, y vosotros le daréis terrible cuenta de vuestro poderío.

—Basta de plática, dijo fuera de sí Almaquio.

Y mostrándole las estátuas de Júpiter, de Marte y de Rómulo añadió:

—Sacrifica á los dioses, ó vas á morir.

—¡A los dioses! dijo gravemente Cecilia. ¿Has perdido los ojos? ¿Dónde ves dioses por aquí? Yo no veo por dó quier mas que piedras esculpidas por mano de hombre, y de estos dioses por dos talentos de oro te haria yo tantos como tu quisieras. Dios está en el cielo. Desde que estamos hablando nada me has dicho cuya falsedad ó injusticia no te haya ya demostrado. Haz de mí lo que te plazca: Cristo está en mi corazon, y Él me hará triunfar de todo el universo.

Temblando de coraje, hizo volver á su casa á la generosa cristiana, seguida de verdugos que tenian órden de ahogarla en el ardiente vapor de la caldera de la sala de baños. Temia que si se la mataba en público se levantara tal vez un motin.

Encerrada, pues, la vírgen en dicha sala, que existe todavía en Roma, los verdugos activaron inútilmente el fuego de la caldera durante todo aquel dia y la noche siguiente. Al igual de los jóvenes hebreos del horno de Babilonia, Cecilia, milagro-

samente preservada, cantaba las alabanzas del Señor y esperimentaba las dulzuras de un rocío celestial.

Con terror supo Almaquio aquel prodigio. Desatinado envió allá á su lictor con la órden de acabar de una vez cortando la cabeza á aquella mujer á quien no podia matar el fuego. Tres veces la hirió el lictor, pero su insegura mano no pudo darla muerte, y se volvió dejando á Cecilia bañada en su sangre y tendida en las baldosas de la sala de baños.

La santa mártir vivió aun tres dias, consumiéndose por fin en una lenta agonía. Rodeada de pobres á quienes habia hecho maternales obras, les hablaba, con moribunda voz, de Jesucristo.

El papa san Urbano, recogió sus últimos suspiros.

Antes habia ella cedido su casa á la Iglesia para hacer de ella un templo.

El Papa, poseido de veneracion hácia aquel santo cuerpo, prohibió que persona alguna lo tocase, y él mismo lo depositó en un ataud de ciprés, en la misma postura en que lo dejara la bienaventurada alma de la vírgen mártir, cuando habia volado al seno de Dios. Fue conducido solemnemente á las Catacumbas y colocado cerca de los cuerpos de los santos Valeriano, Tiburcio y Máximo.

Hace próximamente trescientos años, bajo el pontificado de Clemente VIII, que se encontró su cuerpo intacto; estaba reclinado sobre su costado de-

recho, con las dos manos juntas y acercadas á las rodillas, la cerviz desgarrada por la espada y el rostro vuelto contra la tierra. Estaba cubierto con un vestido blanco ricamente bordado de oro y se veian á los piés de la vírgen y mártir dos *lienzos* tintos en sangre.

Sus preciosos restos fueron unidos á los de su esposo, de su hermano, de san Máximo y del papa san Urbano, y trasladados á la basílica de Santa Cecilia en Roma, que es la casa misma donde Cecilia murió. Se veneran debajo del altar mayor de aquella célebre iglesia, y dia y noche arden cuarenta lámparas delante de aquellas venerables reliquias.

La fiesta de santa Cecilia se celebra el 22 de noviembre.

¡Qué esta sagrada vírgen se digne rogar por nuestra patria, y alcanzarle la gracia de la fe, de la conversion y de la perseverancia!

## Las Catacumbas de Roma.

Se dá el nombre de *Catacumbas* á los inmensos subterráneos que los cristianos de Roma habian practicado en torno de la ciudad durante los tres primeros siglos de la Iglesia, con el objeto de enterrar allá religiosamente sus muertos, tener al mismo tiempo un sitio de refugio para librarse de las

persecuciones y poder en aquellos lugares celebrar sin temor los santos misterios de la religion cristiana.

Es imposible formarse una idea de la inmensidad de aquella ciudad subterránea, compuesta de largos y estrechos corredores, practicados en la toba (1), que se cruzan en todos sentidos, y en medio de los cuales uno se perderia indefectiblemente, si para evitarlo no se tuviera el auxilio de un guia ó de una larga experiencia.

Hay unas treinta catacumbas conocidas. La mas célebre y vasta de todas es la llamada catacumba ó cementerio de San Calixto, del nombre del papa san Calixto, que fue en ella depositado el año 222, despues de su martirio. En este cementerio fueron enterrados una porcion de papas y de mártires célebres, entre otros la famosa vírgen romana santa Cecilia y los gloriosos compañeros de su combate. Ignórase á punto fijo el número de cristianos que descansan en las galerías de las catacumbas, pero este número es inmenso. Solamente la catacumba de san Calixto encierra ya muchos millones de ellos. Actualmente no se recorren mas que algunos de los corredores de esta catacumba, y aunque se emplean cerca de dos horas, apenas se vé la centésima parte de ella.

En otros tiempos se entraba en las Catacumbas

(1) Especie de piedra esponjosa y blanda, de poco peso.

por agujeros ó escaleras secretas, practicados en los jardines ó en las cuevas de algunos ricos cristianos. De noche se extraia la tierra quitada durante el dia por los cavadores, y era llevada á los campos inmediatos ó vendida: tambien se aprovechaban las sombras de la noche para transportar á ellas los restos de los cristianos, y sobre todo los restos todavía mas venerables de los mártires que habian sufrido la muerte confesando la fe.

Cuando llegaba la hora indicada, el Pontífice ó el sacerdote advertido por alguno de los hermanos, se aguardaba oculto en el fondo de la catacumba. Acompañado de algunos piadosos fiéles, parientes ó amigos del mártir, se adelantaba hasta la entrada de la catacumba; recibia los preciosos despojos del soldado de Cristo; á la luz de las lámparas y de las antorchas los conducia al sitio que se habia designado para servirle de lecho de reposo, y allí, despues de haber recitado con los asistentes las últimas oraciones de despedida y á la par los cánticos de las eternas esperanzas, hacia depositar el santo cuerpo en una cavidad practicada, á manera de cajon, en una de las paredes de la galería ó de la habitacion. Luego los sepultureros traian la losa de mármol (1) preparada al efecto, la colocaban en la abertura de la tumba, la afianzaban con argamasa, á la que se adheria habitualmente una redomita lle-

(1) El mármol abunda mucho en Roma y en Italia.

na de sangre del mártir ó alguno de los instrumentos que sirvieran para su suplicio. Despues se grababa precipitadamente en el mármol el nombre de aquel que á su sombra dormia, agregando á él una palma ó una corona, signo de su triunfo, y algunas veces su edad, sus bellas cualidades, y algunas otras frases ó símbolos de fe, de cariño ó de dolor.

Las galerías de las Catacumbas son bastante estrechas: pocos puntos hay donde puedan caminar de frente dos personas juntas. Su elevacion varia entre los siete ú ocho piés. El aire que allí se respira es pesado y húmedo. A cada lado, puestas horizontalmente unas encima de otras, hay las tumbas de los antiguos fieles. En la mayor parte de ellas se ven entre los restos de esqueletos, un polvo blanco que proviene de la mezcla de estos venerables esqueletos y la cal de que ordinariamente se servian para envolver los cuerpos.

A cada paso se encuentran mármoles con inscripciones, muchas de las cuales tienen un grande interés para la ciencia religiosa.

Los sábios y los anticuarios cristianos que estudian estas inscripciones, se sirven de ellas para confundir á los protestantes y para probarles, con irrecusables argumentos, que los primeros cristianos tenian las mismas creencias y las mismas costumbres religiosas que nosotros.

Las Catacumbas están llenas de capillas, que

ofrecen cási todas el mayor interés por las pinturas que contienen. Aunque muchas de esas pinturas estén deterioradas por el tiempo, por la humedad, por la tierra desgajada y por el salitre, bastan ellas para fijar de la manera mas exacta muchos de nuestros dogmas católicos que los protestantes atacan como á innovaciones; entre otros figura el culto de la Vírgen santísima y de los Santos, la remision de los pecados por medio del sacramento de la Penitencia, la solemne celebracion de la misa, la presencia real del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía, el purgatorio, la plegaria para los muertos, la fe en la intercesion de los Santos, el ministerio pastoral de san Pedro y de sus sucesores para con el rebaño de los discípulos de Cristo, la mision de los Apóstoles para enseñar y salvar á las almas, etc...

Aquellas venerables pinturas, hechas al fresco sobre las paredes de las capillas, son bastante imperfectas, y dejan ver la precipitacion con que las hicieran artistas que estaban sin cesar temiendo una sorpresa de sus enemigos y que trabajaban no para recrear la vista de los espectadores, si no para excitar en ellas pensamientos de fe. La expresion de todas las figuras tiene alguna cosa de grave y de solemne, cási podria decirse de salvaje. En las fisonomías de sus pinturas se encuentra la expresion de los sentimientos de la persecucion de los hombres, de la proximidad siempre inminente de la

muerte, del despego de la tierra y del amor de Jesús crucificado.

Decíamos que á menudo se encuentran capillas en los subterráneos: en la mayor parte de ellas se ven señales del culto divino que en aquel tiempo celebraban nuestros padres. Se vé el sitio del altar principal, bajo el que generalmente descansan tres cuerpos de los mártires mas celebrados, depositados unos al lado de otros. El altar hundido en la pared y abovedado, tenia cuatro ó cinco piés de profundidad; su bóveda estaba adornada con pinturas la mayor parte de los cuales representaban al buen Pastor trayendo en los hombros su oveja, ó bien los santos mártires cuyos cuerpos se hallaban bajo la sagrada piedra. Los fieles asistian al santo sacrificio y los diáconos llevaban la Comunion á aquellos que, intencionalmente unidos, oraban en las galerías de habitaciones vecinas, y que no habian podido entrar en la capilla donde se celebraba la misa por falta de espacio.

En las principales capillas de las Catacumbas se encuentran las sillas de piedra que servian á los antiguos Papas en la solemnidad de las misas: se ve entre otras la en que el papa san Estéban fue sorprendido y decapitado por los soldados del emperador Décio, durante la terrible persecucion que suscitó este príncipe en 257. Celebraba los santos misterios en el mismo lugar donde reposaban los cuerpos de los santos Pedro y Pablo.

En torno de aquellas sillas pontificias se ve tambien el banco labrado en la piedra donde se sentaba el *presbiterado*, es decir, el colegio de los presbíteros Cardenales que asistian al Pontífice en todas las necesidades de su augusto ministerio.

Aun en nuestros dias, en todas las capillas papales, el Sumo Pontífice jamás se presenta al pié de los altares sin estar rodeado del Sacro Colegio, de los Cardenales de la Iglesia romana, sucesores de aquellos antiguos *presbiterados*.

Nada puede expresar la impresion que deja en el alma la peregrinacion á las Catacumbas. Es una mezcla de sentimientos diversos y todos saludables: la vanidad de las cosas de este mundo, la bondad de la vida cristiana, que no estima mas que las cosas estables de la vida eterna y no se fija en las bagatelas del mundo; la inmutable fuerza de la Iglesia, que ha vencido en tantos combates, y que hoy, siempre constante en su fe y en sus prácticas domina solo por su grandeza, por su inmovilidad y por su vida pujante, á los siglos y á las generaciones humanas; la dicha de ser cristiano, como los héroes cuyas cenizas se ven allí; la vergüenza de parecerles tan poco en el fervor, en la abnegacion, en el desprecio de la vida presente y en el vigor de la fe. Estos y otros muchos son los sentimientos que se agolpan en nuestra alma cuando se visitan las Catacumbas.

Cuando uno sale de ellas, aturdido por la bri-

llante luz del sol de Italia, siente dejar aquellos grandes y solemnes testimonios del pasado, y se complace, empero, en dejar aquellas mansiones de la muerte y encontrarse de nuevo entre los vivos...

## Recuerdos de Roma.

### I.

A medida que pasa el tiempo y que nos alejamos de los primeros siglos de la Iglesia, disminuye la fe, y hasta parece que estando ya distante de nosotros la vida de Jesús y de sus Apóstoles va pareciendo menos verdadera, menos interesante, menos conmovedora para nuestros corazones.

Nuestros padres, no tan distraidos como lo estamos nosotros por los negocios y por los placeres de este mundo, iban á reforzar su fe á Roma ó á Jerusalen. No habia entonces caminos de hierro ni buques de vapor; pero partian á pié, armados con un baston de viajero, pidiendo hospitalidad á los conventos ó á los simples fieles, reducidos á veces á tener que mendigar su pan durante todo el viaje, y empleando meses ó años en cumplir su peregrinacion.

Ahora vengo yo á proponeros el hacer conmigo y mentalmente un viaje á Roma, viaje que Dios

me ha dispensado la gracia de dejarme efectuar; ir á postraros ante las tumbas de san Pedro y de san Pablo, descender á las Catacumbas donde han reposado los cuerpos de tantos mártires, y visitar las iglesias donde ahora se veneran sus gloriosas reliquias.

Roma es una ciudad cási tan grande como París, y que sin embargo no tiene mas que 150,000 habitantes. Hállase en gran parte cubierta de ruinas que atestiguan su antigua pujanza, de iglesias que levantan por doquier sus cúpulas y sus campanarios, y de conventos que extienden á lo largo sus vastos jardines.

Diez y nueve siglos atrás, cuando vino al mundo Jesucristo, y cuando París era únicamente una pequeña aldea de pescadores, Roma era la soberana del universo. Los romanos eran entonces dueños de Italia, Francia, España, de la mitad de Alemania, Turquía Europea y Asiática, Egipto, Argel y otras muchas partes del globo. Despues de cada nueva conquista elevaban en su capital ó un arco de triunfo, ó bien un templo á los falsos dioses que veneraban los vencidos. De esta manera iba siendo su ciudad la mas bella, la mas rica y la mas adornada que jamás se vió.

A juzgar por las ruinas que subsisten de aquella antigua ciudad, sus habitantes pasaban la mayor parte de su vida en los baños y en los espectáculos. Uno solo de sus establecimientos de baños, y debo

haceros observar que cada emperador tenia á gloria el fundar uno nuevo, uno solo de esos establecimientos ocupaba el sitio de todo un barrio; una sola sala de las termas de Diocleciano, restaurada por Miguel Angel, ha venido á ser la grande iglesia de Santa María de los Angeles. Aquellos baños estaban adornados con columnas, estátuas y mosáicos, y eran suficientemente grandes para recibir gratúitamente á todos los que iban allí á pasar el tiempo.

No eran menos espaciosos los anfiteatros destinados á los espectáculos y á los juegos, y el Coliseo, parte de cuyas paredes y graderías están todavía en pié, era capaz para contener sentados 200,000 espectadores.

A esta gran ciudad, completamente ocupada en sus conquistas y en sus placeres, fue donde llegó san Pedro para predicar el Evangelio. ¡ Empresa verdaderamente divina si se considera que era Pedro un extranjero que venia del Oriente sin armas ni tesoros, que anunciaba una doctrina nueva en nombre de un Dios crucificado, y que predicaba la mortificacion y la caridad á hombres voluptuosos y crueles.

La antigua iglesia de san Pudenciano indica todavía el lugar donde san Pedro recibió hospitalidad en casa del senador Pudencio, y se conserva en ella una sencilla mesa que sirvió de altar al Príncipe de los Apóstoles. No tardó su palabra en

convertir á millares á los romanos, del mismo modo que habia convertido á los judíos en Jerusalen; visiblemente la mano de Dios le conducia por doquier.

Durante este tiempo, otro Simon (1) excitó la curiosidad de los romanos con falsos milagros y mágicas artes, atrayéndolos en gran número en pos de sí. Secretamente envidioso de san Pedro, quien se habia negado á venderle el don de hacer milagros, dirigíase al diablo para obrar sus prodigios, que prodigaba incesantemente en daño del Cristianismo y para probar su falsedad.

Un dia publicó que se remontaria por los aires en medio de la plaza pública; ¡juzgad de la innumerable muchedumbre que acudiria, afanosa de presenciar aquel espectáculo de nuevo género! El mismo emperador Neron con todo su séquito acudió al lugar donde debia verificarse la ascension. San Pedro, advertido como los demas, acudió tambien á la plaza pública, mas con pensamientos harto distintos de los del resto de los asistentes. Arrodillóse en un sitio apartado, sobre una baldosa de la calle, y se puso á suplicar á Dios que confundiera á aquel impostor, á aquel enemigo de Jesucristo.

Sin embargo, á la hora anunciada, el mago Simon, se remontó majestuosamente por los aires en medio de los aplausos de todos los espectadores...

(1) Pedro, antes de ser llamado por Jesucristo se llamaba tambien Simon.

## II.

Mas las súplicas del Apóstol superaron al infernal poder del mago y de repente cayó este como herido del rayo y fue á estrellarse la cabeza contra el suelo. La multitud se separó estupefacta, descontenta y acusando en alta voz de esta desgracia á los cristianos de quienes Simon era enemigo.

Así fue que de esos dos Simones, el uno, dándose al diablo, pereció miserablemente el dia en que pensaba llegar al colmo de los honores y de la fortuna; y el otro, dándose á Dios, conquistó inmortal gloria con sus humildes virtudes y con su amorosa fe. Ved ahí los dos destinos entre los que es menester elegir; no hay medio; ó darse á Dios ó al diablo.

Con tanta energía habia orado san Pedro, que Dios quiso conservar la memoria de aquella oracion por medio de un nuevo prodigio, y en la piedra donde habia estado de rodillas el Apóstol conservó profundamente grabadas la señal de las rodillas del Santo. Esta piedra se conserva cuidadosamente en la iglesia de Santa Francisca Romana, que fue levantada en el sitio donde ocurriera ese milagro.

En tanto los paganos, envidiando secretamente las virtudes de los cristianos, acusaban á estos de todas las públicas desgracias y se valian de todos los pretextos para desencadenar sobre ellos su ira.

Siempre se hace aborrecer la virtud de aquellos que no tienen valor bastante para imitarla.

El emperador Neron, verdadero mónstruo de crueldad, asesino de su propia madre, queriendo desembarazarse de aquellos importunos discípulos de Jesucristo, concibió y llevó á efecto el plan mas odioso y cruel que concebirse pudiera, haciendo pegar fuego cierta noche á Roma por sus cuatro costados.

Con feroz alegría contempló aquel terrible espectáculo desde las azoteas de su palacio, cuyas ruinas se ven todavía en el monte Palatino. Separado del incendio por medio de espaciosos jardines, veia extenderse á sus piés las llamas que él mismo habia encendido, y saboreaba con placer los gemidos de los desgraciados á quienes sorprendia la catástrofe.

Al dia siguiente acusó de su propio crímen á los cristianos; y mandó prenderles á todos y entregarlos á la venganza de las leyes y al furor del pueblo. Inventáronse para hacerles perecer los mas horrendos suplicios; los unos fueron arrojados á los tigres y á los leones; los otros fueron ahogados en aceite hirviendo; otros desgarrados con gárfios de hierro, otros en fin, revestidos de pez derretida y encendidos como antorchas en los jardines de Neron.

A las primeras noticias de esta persecucion, Pedro pensó en huir de una ciudad ingrata é ir á predicar

á otra parte la palabra de Dios. Cojió un baston de viaje y se encaminaba ya á una de las puertas de Roma, cuando de pronto se le apareció Jesucristo, que venia á su encuentro y entraba en la ciudad.

—Señor ¿á dónde vais? exclamó el Apóstol al ver á su divino Maestro.

—Voy á hacerme sacrificar segunda vez, respondió Jesús.

Y dichas estas palabras, desapareció, dejando solamente como vestigios de su aparicion la señal de sus piés en una piedra de la calle.

San Pedro comprendió que Jesucristo iba á sufrir en sus miembros, es decir, en su Iglesia perseguida; comprendió que habia llegado el momento de reparar la debilidad mostrada cuando la Pasion del Salvador y que tendria tal vez la dicha de lavar con su sangre aquella falta que lloraba sin cesar amargamente, pero cuyo recuerdo no podian borrar todas sus lágrimas. Retrocedió por tanto, y pocos dias despues era detenido y reducido á prision.

La piedra donde quedaron impresos los piés de Jesucristo se conserva aun en nuestros dias, y para conservar mejor la memoria de aquel suceso, se levantó una pequeña iglesia en el sitio mismo donde tuvo lugar la aparicion.

Descendamos ahora al calabozo donde está san Pedro prisionero; es una cueva oscura, húmeda, estrecha, sin otra abertura que una miserable es-

calera. En un rincon se levanta una columna que indica el sitio donde estaba aherrojado el Príncipe de los Apóstoles. Hasta sus cadenas son veneradas en una iglesia situada á poca distancia de aquel sitio, y que lleva el nombre de San Pedro *ad Vincula.* Aquellas cadenas consisten en macizos anillos de hierro, formando dos cadenas y viniendo á juntarse con una esposa igualmente de hierro.

Así era como el primer Papa estuvo atado en un calabozo, en medio de una porcion de malhechores, que, como el mal ladron, le colmaban de burlas y de blasfemias. En cambio, él les hablaba de Jesucristo crucificado, y al sonido de su voz tan tranquila y tan santa, ladrones y falsarios, carceleros y soldados, sentíanse impresionados, conmovidos y convertidos. Bien pronto muchos de ellos pidieron el bautismo, y como en la cárcel no habia agua, san Pedro renovó para ellos el milagro de Moisés. Brotó de la tierra una fuente, que no ha cesado de manar durante los diez y ocho siglos que han transcurrido y á la cual acuden á beber todos los peregrinos sin haber jamás llegado á extinguirla. Cási todos aquellos nuevos fieles pagaron con su sangre su conversion y compartieron con su Padre espiritual la gloria del martirio.

Mucho tiempo estuvo preso san Pedro, mas su proceso no fue de larga duracion: era el Jefe de los cristianos y esto era suficiente. Como judío fue condenado á morir en cruz. Condújosele á pié al

monte Vaticano, al arco de Neron: llegado al lugar del suplicio, una sola fue la gracia que pidió á sus verdugos, y consistió está en que se le crucificase con la cabeza hácia abajo; no se juzgaba digno de morir del mismo modo que Jesús. Se le concedió, y buscando esta vez en Dios su fuerza y su valor, murió con heróica resignacion y santa alegría. ¡ Dichoso el que sabe de este modo apreciar la gracia de sufrir á ejemplo de su Salvador, y encuentra todavía harto ligeras las cruces que Dios le envia!

## III.

Una simple piedra con esta inscripcion: Aquí fue crucificado Pedro, indica al peregrino el lugar donde murió Pedro: es el mismo sitio donde fue fijada su cruz.

Cuando de tal modo se han seguido paso á paso las huellas del Apóstol; cuando se ha visto su primer altar, se han besado sus cadenas, se ha visitado su prision y el lugar de su suplicio, parece que uno está mas cerca de él, y que su vida gloriosa acaba apenas de extinguirse. ¿Y qué importa que estas cosas hayan pasado diez y ocho siglos atrás? ¿Deben por eso interesarnos menos? ¿No somos nosotros hijos de esta Iglesia cuyo primer Vicario fue Pedro? ¿No es de la tumba de san Pedro

de donde todavía hoy nos vienen las palabras que conducen á la vida eterna?

Pasemos ahora á visitar esa gloriosa tumba; allá es donde se manifiesta toda la gradeza del Apóstol, y donde la Iglesia, para honrarle dignamente, ha excedido á todo lo que de mas colosal habian producido las humanas fuerzas. San Pedro de Roma es la iglesia mas grande, mas elevada, mas vasta del mundo; por medio de su extension parece cubrir á todos los peregrinos del universo entero, y por inmenso que sea el número de fieles que en ella se reuna parece siempre desierta. Las paredes están totalmente cubiertas de los mármoles mas ricos y variados; los mismos cuadros participan de la solidez del edificio y están al abrigo de las injurias del tiempo, pues están formados con mosaicos, es decir, con un tejido de piedras de diversos colores unidas y combinadas con infinito arte. Muchas son las iglesias de Roma que están adornadas con mosaicos ya desde el tiempo de Constantino, esto es, desde hace ya mas de catorce siglos, y sin embargo conservan intacta la belleza de sus adornos.

En la basílica y á la derecha se ve la famosa estátua de san Pedro, uno de cuyos piés está gastado por los besos de los peregrinos. En el fondo, completamente engastado en el bronce, se encuentra la antigua silla en la que se sentaba el santo Apóstol para predicar el Evangelio. Finalmente, en medio del edificio y bajo su jigantesca cúpula se ele-

va la tumba de san Pedro, ante la cual viene á arrodillarse el peregrino. Doce docenas de lámparas, que arden noche y dia, rodean aquel sagrado monumento, viniendo á ser el símbolo de la gloria siempre viva del primer Jefe de la Iglesia.

—Mucho tiempo ha que murió, dicen con indiferencia aquellos que desconocen á Jesucristo y á su Iglesia.

Pero los diez y ocho siglos que han pasado desde el martirio de san Pedro, en vez de ser motivo de olvido ó de desden, son una de las mas bellas pruebas de la verdad católica. Mientras que los palacios de los emperadores, los templos de los falsos dioses, los anfiteatros y las salas de baños han ido reduciéndose á polvo, la tumba del crucificado Apóstol no ha cesado de subsistir y de engrandecerse. Y todavía hoy la magnífica cúpula bajo la cual descansa, domina majestuosamente las olvidadas tumbas de sus perseguidores.

El recuerdo de san Pablo y de su estancia en Roma está igualmente tan vivo como el de san Pedro. Debajo de la iglesia de Santa María *in via lata*, situada en el centro de la ciudad, se encuentra un subterráneo compuesto de tres pequeñas piezas. En otro tiempo era lo que llamaríamos nosotros un cuarto bajo, ó mas vulgarmente, unos bajos; pero las ruinas y los escombros se han ido amontonando por doquier en Roma y han acabado por cerrar sus ventanas y por no permitir llegar á aquella ha-

bitacion mas que por medio de una escalera de unos veinte peldaños. Allí es donde durante tres años vivió san Pablo, allí donde escribió la mayor parte de sus cartas á los fieles de Grecia y de Oriente. Con él vivia allí san Lúcas y en aquella casa fue donde compuso el libro de los Actos de los Apóstoles.

Gloriábase san Pablo de estar preso por Jesucristo; custodiábasele severamente, y si alguna libertad gozaba mayor que los otros cristianos, debíala á su título de ciudadano romano. Mas en breve arreció la persecucion, y entonces fué á reunirse á san Pedro en la cárcel Mamertina, en aquel horrible calabozo sin aire y sin luz, donde el Pescador de Galilea bautizaba á los nuevamente convertidos por medio de una maravillosa fuente.

Juzgados á un mismo tiempo, fueron sentenciados á morir en un mismo dia, solamente que san Pablo, en lugar de ser crucificado, debia, en su calidad de ciudadano romano, ser decapitado. Juntos salieron de su prision para ir al suplicio, y despues de haber hablado entre sí de la recompensa que les esperaba, fueron separados por sus verdugos, y se despidieron para volverse á ver algunas horas despues en el cielo. El sitio donde se despidieron ha sido señalado por la construccion de una iglesia, en cuyo frontispicio se leen las últimas palabras que se dijeron antes de separarse en la tierra.

Llegado fuera de la ciudad, al lugar de su suplicio, púsose san Pablo valerosamente de rodillas, y esperó sin temblar el golpe que debia cortar el hilo de su vida. Su cabeza, al caer, rebotó como si una fuerza extraordinaria la impeliera, é hirió la tierra en tres sitios diferentes, de los cuales brotaron otras tantas fuentes, imágen de las abundantes gracias que habia de proporcionar aun despues de su muerte. Estas tres fuentes se hallan hoy encerradas en una iglesia, donde igualmente se venera la piedra sobre la cual fué cortada la cabeza del Apóstol.

Cerca de allí, y tambien fuera de la ciudad, se eleva la magnífica basílica de san Pablo, en el sitio mismo donde fue sepultado. Ese venerable monumento, que se remonta al siglo IV, y que un deplorable incendio habia casi enteramente destruido hace unos treinta años, sale hoy de sus ruinas, mas rico, mas bello todavía que antes. Los cismáticos, y aun los infieles, han querido rendir homenaje al Apóstol de las naciones, y ved ahí como se admira en aquel templo el grandioso altar de malaquita, regalo del emperador de Rusia, situado entre cuatro columnas de alabastro enviadas por el pachá de Egipto.

En todo el circuito del templo figuran una larga série de medallones de mosáicos representando los retratos de los Papas. Cada uno de aquellos retratos es cual un anillo de esta venerable y jamás inter-

rumpida cadena que nos une con los Apóstoles de Jesucristo. Gloriémonos de pertenecer á esta Iglesia siempre viva, siempre inmutable, contra la cual jamás han prevalecido las puertas del infierno.

## San Pedro de Roma.

La Basílica de san Pedro es para Roma, lo que es Roma para el mundo.

Roma es la ciudad santa, el centro de la Religion católica, el hogar de la verdad y de la Religion cristiana. La Basílica de San Pedro es el santuario capital de este gran santuario, el centro religioso de Roma y su mas magnífica corona.

Todos sabemos por qué.

Dentro de los sagrados muros de esta Basílica descansan las reliquias del Príncipe de los Apóstoles, de aquel gran san Pedro, el primero de los Obispos de Roma, el primero de los Papas, el primero de los Vicarios de Jesucristo. Á sus lados, y en un inmenso palacio contiguo á la iglesia, reside el Papa, sucesor de san Pedro, como él Vicario del Hijo de Dios y soberano Pastor de todos los cristianos repartidos por la tierra toda.

Despues de haber evangelizado á Roma durante veinticinco años, san Pedro, á quien se habia uni-

do el apóstol san Pablo, fue reducido á prision por órden de Neron, durante la primera persecucion que ese cruel emperador hizo sufrir á los cristianos.

Los suntuosos jardines y el extenso circo que Neron habia destinado á los juegos públicos y á las carreras de carros, fueron el teatro de los primeros y sangrientos triunfos del Cristianismo: aquellos héroes de un nuevo género triunfaban muriendo.

El sitio de ese antiguo circo es hoy ocupado por la célebre columnata de san Pedro. Cuéntase tambien que habiendo ido á Roma á visitar al Papa cierto emperador de Alemania, y habiéndole pedido reliquias del Príncipe de los Apóstoles, le respondió el Pontífice:

—No puedo, ni me atrevo á tocar aquellos sagrados huesos.

Y despues, bajándose y presentando al príncipe un puñado de polvo que acababa de cojer, añadió:

—Pero si quereis reliquias, tomad, pues esta tierra que pisamos ha sido rociada por la sangre de los primeros mártires de Cristo.

Despues de haberse ensañado con los cristianos haciendo perecer á muchos de ellos, unos al filo de la espada, otros cubiertos con pieles de fieras y devorados por perros furiosos, otros, en fin, revestidos de pez y de azufre, atados á estacas y quemados por la noche para iluminar las fiestas de su perse-

guidor, Neron quiso herir al Pastor cuyo rebaño acababa de diezmar. Hacia nueve meses que los santos Pedro y Pablo estaban custodiados en los horribles calabozos de la cárcel Mamertina. Los dos fueron condenados á muerte, y el 29 de junio del año 66 de la era cristiana, san Pablo fue decapitado en un sitio que la piedad de los fieles venera todavía en la via Ostia, y san Pedro, su padre y amigo, despues de haberle dado el abrazo de despedida en una plaza en la que la tradicion ha conservado tambien el conmovedor recuerdo, fue conducido al jardin de Neron para ser tambien allí crucificado. Por humildad el Apóstol pidió y obtuvo que se le clavára en la cruz cabeza abajo, juzgándose indigno de parecerse tan completamente en su muerte á su divino Maestro...

Los cristianos eligieron á san Lino para su sucesor. Y así empezó la gloriosa série de los papas, que no ha de concluir sino con el mundo.

El cuerpo de san Pedro fue recogido por los fieles de Roma, y por ellos fue depositado en una catacumba vecina practicada en el monte Vaticano.

Allí, mas aun que en la tumba de san Pablo, fue donde se dieron citas los cristianos para rezar, para celebrar el santo sacrificio y para participar de los misterios eucarísticos.

Á medida que fue extendiéndose la fe, aumentó la afluencia á la sagrada tumba. La Providencia permitió que aquella tumba jamás fuera profanada por

los paganos, y que las generaciones futuras gozasen plenamente de aquel inestimable tesoro.

Al pacificarse la Iglesia, hácia el año 320, Constantino el Grande quiso honrar la memoria del Príncipe de los Apóstoles, y elevó á sus expensas una magnífica basílica sobre su tumba. Hizo cortar una parte del monte Vaticano, no osando sacar de su sitio la tumba de san Pedro; hizo rodear con una urna de pórfiro la caja que conservaba sus huesos, y sobre su tapa colocó una cruz de oro que existe todavía hoy con esta inscripcion: Á SAN PEDRO. CONSTANTINO EMPERADOR Y ELENA EMPERATRIZ.

DIVO PETRO, CONSTANTINUS AUGUSTUS ET HELENA AUGUSTA.

De aquella primera Basílica de San Pedro, únicamente subsiste hoy el pavimento. Hace 360 años que su antigüedad, que tan venerable la hacia, hizo temer una ruina completa. Decidióse reconstruirla, y el Papa que entonces gobernaba levantó sobre la tumba del Apóstol, que tampoco se tocó, la inmensa y maravillosa Basílica que hoy visitan los peregrinos del mundo entero.

*Diez mil cuerpos de santos y de mártires* reposan en las criptas de San Pedro de Roma. Y en las filas de aquella legion, ¡qué nombres figuran! ¡qué recuerdos!... Hay los quince primeros Papas, todos mártires. Hay *san Juan Crisóstomo, San Gregorio Nazianzeno; san Gregorio el Grande; san Leon el Grande; san Leon II; san Leon III; san Leon IX;*

*santa Petronila*, discípula de san Pedro; *san Proceso* y *san Martiniano*, los dos jefes de la cohorte que custodiaba al Apóstol en la cárcel Mamertina, y que ahora reposan con su antiguo prisionero, convertido en su padre por la fe, en el primer templo del universo. En frente, al otro lado de la tumba, hay los apóstoles *san Simon* y *san Judas*, compañeros de san Pedro y á quienes ni la muerte ha podido separar de su primer jefe, etc.

Allí están para un corazon cristiano las verdaderas bellezas de la Basílica de San Pedro. Los turistas y los viajeros no fijan su atencion ni ven otra cosa que los mármoles, el oro y las maravillas de la arquitectura y del mosáico. Ellos miran las piedras; nosotros miramos los Santos. Ellos admiran la materia y los tesoros que pasan; nosotros llevamos mas alto nuestros corazones, y los ojos de nuestras almas entreven explendores que solo la luz de Dios puede descubrir. ¿Y qué sentimiento, qué profundas emociones para un verdadero católico, cuando acercándose á aquella venerada tumba, ante la cual noche y dia queman ciento y cuarenta lámparas, inclina su frente hasta tocar aquel pavimento que cubre las cenizas del primer Vicario de su Dios! ¡Con qué placer se reza allí el antiguo símbolo de la verdadera fe, ese *Credo* compuesto por los santos Apóstoles y tantas veces recitado por el mismo san Pedro, que durante el tiempo de su apostolado lo predicó y lo extendió por todo el universo!

Cuando ha terminado su plegaria y levanta los ojos, el peregrino observa de pronto sobre la tumba de san Pedro y como formando la cintura de aquella gigantesca cúpula, y escrita en inmensas letras de mosáico sobre fondo de oro, la sentencia que brotó de los lábios del Hijo de Dios: TU ES PETRUS, ET SUPER HANC PETRAM ÆDIFICABO ECCLESIAM MEAM, ET TIBI DABO CLAVES REGNI CŒLORUM: TÚ ERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARÉ MI IGLESIA, Y Á TÍ DARÉ LAS LLAVES DEL REINO DE LOS CIELOS.

Entonces se siente uno orgulloso de su fe, y ve toda la pequeñez de aquellas pequeñas sectas protestantes dispersas, que abandonando el pastoral redil de Pedro, se han separado del único rebaño de Jesús.

Los cuatro pilares que sostienen la cúpula son de proporciones tales, que un arquitecto, merced á un ingenioso pensamiento, ha podido construir en otro pasaje de Roma una espaciosa capilla y un pequeño monasterio en el espacio de terreno que ocupa uno solo de aquellos pilares. Todos ellos encierran preciosas reliquias. En uno de ellos descansa el cuerpo de santa Verónica, y contiene además el velo con el que enjugó ella el rostro del Señor mientras subia al Calvario. En otro se venera el cuerpo entero de san Longinos, soldado romano, que despues de la muerte del Salvador, le hirió el sagrado Corazon con su lanza, y se conserva un fragmento de esta lanza en una caja que se abre el viernes Santo y

que tiene por marco dos magníficas columnas venidas del templo de Jerusalen. En el tercer pilar se conserva una insigne reliquia de la verdadera cruz, y en el cuarto la cabeza de san Andrés, hermano mayor de san Pedro.

Mas, ¿qué dirémos de los sentimientos de fe y de reconocimiento que se apoderan del corazon del cristiano, cuando en los dias de grandes ceremonias pontificales, se ve al Papa, sucesor de san Pedro, depositario de su poder y heredero de sus promesas, ofrecer al Señor, sobre el cuerpo del Apóstol, ese sacrificio de la Eucaristía que el mismo san Pedro celebró en el cenáculo el dia de Pentecostés, y que durante diez y ocho siglos han venido ofreciendo sucesivamente todos los pontífices y todos los sacerdotes? Parécenos que el mas sublime espectáculo que al hombre le es dado contemplar en la tierra, es el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo presente y velado en la santa Eucaristía, presentado á la adoracion de los fieles en manos del Soberano Pontífice sobre el altar de san Pedro. ¡Desgraciado el hombre que no comprenda la grandeza de un espectáculo semejante!

## Un dia del Papa.

Cuanto mas elevada es la dignidad de un hombre mas penosa es en general su vida. Créese todo lo contrario, ya lo sé; mas no por eso es menos cierto que es todavía mas amarga la vida en lo alto que abajo, y que hay menos libertad en los palacios de los príncipes que en las humildes moradas de los obreros.

El mas elevado dignatario del mundo es, sin duda alguna, el Papa, jefe supremo de la Religion en la tierra, gran sacerdote de Dios, obispo y pastor de todos los fieles, padre espiritual de súbditos y monarcas. Mas tampoco hay otro hombre que lleve una vida mas agitada, mas laboriosa, mas penosa y mas difícil que el Papa. Desde la mañana hasta la noche, desde el primer hasta el último dia del año, es literalmente, el esclavo de su deber y el *servidor de los servidores de Dios*, que es como se titulan los Soberanos Pontífices en sus bulas y en sus decretos.

Ved ahí cómo transcurre para el Papa un dia. Nuestro Santo Padre el papa Pio IX es un anciano bello y majestuoso, de elevada estatura, de rostro dulce y grave, de voz simpática y sonora. Habita en Roma un inmenso palacio que se llama el Vaticano, y que está contiguo á la Basílica de San Pe-

dro. Los espaciosos salones del Vaticano están adornados con grandeza y sencillez, las paredes están uniformemente cubiertas con colgaduras rojas; y, exceptuando el trono pontificio, no se ven otros asientos que escabeles de madera. Despues de una larga série de habitaciones en donde se hallan, siguiendo su rango, primeros los servidores y guardias y despues los diferentes prelados que componen la casa del Papa, se llega á las habitaciones particulares de Su Santidad.

Estas habitaciones son reducidas y todavía mas sencillas que las otras. La primera es el gabinete de trabajo del Santo Padre. Allí es donde da sus numerosas audiencias de que luego hablarémos. El Papa está sentado en un sillon de madera dorada y de terciopelo rojo: tiene delante una grande mesa cuadrada, cubierta de seda roja parecida á la colgadura de las paredes, y encima del sillon está suspendido un dosel del mismo color, insignia de la majestad pontifical y real; los taburetes para los cardenales y para los príncipes, y dos ó tres sillas de madera completan el mueblaje de esta habitacion.

Esta primera pieza comunica con otra de iguales dimensiones, completamente parecida á la anterior, con la sola diferencia de que en el fondo hay un lecho colgado de seda roja: es el dormitorio del Papa. Despues viene una tercera habitacion, amueblada tambien como la primera: es el comedor.

El Santo Padre come siempre solo, en una mesa cubierta con un tapiz de seda rojo como el de su gabinete de trabajo. Viene finalmente la biblioteca que es una grande y bella pieza, con cuatro ó cinco ventanas, y donde el Papa reune habitualmente su consejo de ministros.

El Papa va siempre vestido de blanco. Trae en la cabeza un solideo de seda blanco, y su sotana es de paño blanco en invierno, y en verano de lanilla ó de seda blanca. Su ancho cíngulo es tambien de seda blanca con borlas de oro. El calzado, al cual se ha conservado su antiguo nombre de *chapin*, es de color rojo con una cruz de oro bordada en la parte superior ó del empeine. Esta cruz es la que se besa siempre que uno se acerca á la sagrada persona del Vicario de Jesucristo.

Cuando sale de sus habitaciones, el Papa se pone sobre su sotana un roquete de blondas, una capilla roja con forro blanco que se llama muzeta y finalmente una estola bordada de oro. Cúbrese la cabeza con un gran sombrero de seda rojo un poco alto por cada lado y guarnecido con una borla de oro. La etiqueta de la corte pontifical no le permite salir á la calle sino en coche; fuera de las puertas de la ciudad hace largos paseos á pié, deteniéndose gustoso á hablar con los pobres y con los niños y dando su santa bendicion á todos los que encuentra á su paso. Cuando se ve al Papa, todo el mundo se descubre y se pone de rodillas en

prueba del respeto debido á su carácter de Soberano Pontífice.

El Padre Santo se levanta temprano. Despues de hacer sus oraciones, pasa á su capilla para celebrar la santa misa. Esta capilla es pequeña y está inmediata á las habitaciones del Papa. En ella está constantemente expuesto el Santísimo Sacramento, y el mismo Pio IX, en su piedad hácia la divina Eucaristía, vela á la luz de dos lámparas que incesantemente arden delante del tabernáculo. El papa Pio IX celebra la misa con lentitud y con santidad, y muchas veces se le inunda de lágrimas el rostro cuando sostiene en sus sagradas manos el Dios oculto de quien es Vicario. De ordinario dice la misa á las siete y media, y, en accion de gracias, asiste á otra misa celebrada por uno de sus capellanes. Despues recita arrodillado y acompañado de uno de los prelados que le rodean, una parte de su breviario y regresa á sus habitaciones.

El desayuno del Papa consiste en una simple taza de café negro. Conocida es la sobriedad italiana, y esta es la primera comida de cási todos los romanos. Hasta cerca de las diez, el Santo Padre trabaja diariamente con su primer ministro, que es un cardenal y que tiene el título de secretario de Estado. Este es el que principalmente está encargado de la administracion del poder temporal de los Estados de la Iglesia. A las diez empiezan las *audiencias*, faena laboriosa, que seria muy pe-

sada y engorrosa, si en ellas no se tratase de las cuestiones mas importantes y de los mas graves intereses de la Religion y de la sociedad. Cardenales, obispos, príncipes, embajadores, misioneros, sacerdotes, fieles, vienen de todas las partes del mundo á traer á los piés del Jefe de la Iglesia sus peticiones, sus homenajes ó sus necesidades. El Papa durante todas estas audiencias permanece sentado: en su presencia se está de rodillas, ó, si él lo permite, de pié. Los cardenales y los príncipes tienen el privilegio de sentarse en el taburete de que hemos hablado. Al entrar en el gabinete del Papa, se hacen tres genuflexiones: la primera en el dintel de la puerta, la segunda á la mitad del camino y la tercera á los piés del Papa. Se le besa el pié ó la mano y luego comienza la audiencia. Cuando esta ha terminado, el Santo Padre agita una campanilla, é inmediatamente es anunciada é introducida otra persona por los prelados que están de servicio. Unicamente los hombres son así introducidos en las habitaciones del Papa; es regla invariable. Las señoras son recibidas en audiencia una ó dos veces por semana en un gran salon que forma parte de los museos públicos del Vaticano.

Las audiencias de la mañana duran habitualmente mas de cuatro horas seguidas. Cuando han terminado, á eso de las dos y media de la tarde, el Papa pasa al comedor y toma una frugal comida.

Despues recita, tambien de rodillas, la continuacion de su breviario, y tras algunos instantes de reposo, sale en carruaje con el fin de hacer algun ejercicio. Muchas son las veces en que el Papa escoje para su paseo algun santuario venerable en el que se esté celebrando alguna fiesta, algun hospital ó alguna cárcel. Cuando hace mal tiempo, el Santo Padre se contenta con andar algunos instantes por su biblioteca ó por una de las galerías cubiertas del Vaticano. A la caida de la tarde, indicado en Italia por el toque de la *oracion*, y llamado por este motivo, el *Ave Maria*, el Papa regresa al Vaticano, lee su breviario y la *Salutacion angélica*, y añade á estas oraciones el *De profundis* que ofrece para todos los fieles de todo el mundo muertos durante el dia. Despues vuelven á comenzar las audiencias. Se ponen á la firma del Papa los documentos que lo exigen; sométense á su aprobacion soberana y á su última resolucion los decretos de las diversas congregaciones romanas que se comparten el exámen de los asuntos religiosos de todo el mundo católico. Estas audiencias suelen prolongarse hasta las diez ó las once de la noche, y luego el Santo Padre hace una ligera colacion, compuesta de algunas frutas ó legumbres, termina el rezo de su breviario y va á tomar algunas horas de un descanso tan laborioso y santamente ganado.

Así es, salvas raras excepciones, como pasa los

dias el Papa. Una vida semejante, á pesar de los honores que le rodean, y hasta por causa de estos mismos honores, es una sujecion contínua, una contínua abdicacion de sí mismo. Pero tambien, cuando un Soberano Pontífice entra en las vias de Dios del modo que lo hace nuestro Santo Padre el Papa actual, el piadoso y admirable Pio IX, su vida es completa delante de Dios y merece mas que otra vida cualquiera, la grande y venturosa recompensa prometida al servidor fiel.

## Los pretendidos escándalos de Roma.

«Roma es la ciudad del Papa; el Papa es el Antecristo: Roma, pues, debe ser la ciudad de las abominaciones, la Babilonia de perdicion, etc., etc.» Tal es el juicio que tienen formado de Roma gran número de protestantes poco ilustrados, y de malos católicos que valen poco mas que aquellos protestantes. A esta calumnia no opondré mas que un solo hecho, incontestable para quien conoce á Roma, y es que se hacen católicos mas protestantes en Roma que en otra cualquiera de las ciudades del mundo. Y hay que notar que estos protestantes son lo principal del protestantismo. Son ministros anglicanos de la alta iglesia, miembros de la uni-

versidad de Oxford, célebres todos en su país por su vasta ciencia, por la honradez de su carácter, por la sinceridad de sus convicciones. Son doctores alemanes cuyos laboriosos estudios causan la admiracion de los mismos católicos; sérios pensadores cuya buena fe está al abrigo de toda sospecha. Son miembros eminentes de las varias iglesias protestantes de América, etc., etc.

Pregunto ahora; si el contacto de Roma tiene el poder de operar en aquellos espíritus el cambio mas difícil é importante que concebir se pueda en la vida de un hombre, ¡es horrible explicar este fenómeno sin reconocer que Roma, léjos de ser *escandalosa*, respira por el contrario un no sé qué de santidad cristiana y de verdad que convence y que penetra hasta lo íntimo del alma y que lo llena de Dios?

No pasa un mes, por no decir una semana, sin que Roma sea testigo de alguna abjuracion de protestantes. Hace pocos años que cierto ministro americano habia hecho expresamente la travesía del Atlántico con el objeto de ir á *evangelizar* en Roma. Era aquella para él una magnífica ocasion, pues Pio IX acababa de definir la Inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen, y por lo tanto estaba Roma en plena *idolatría*, ó mas propiamente en plena *mariolatría*. Jesucristo, decia él, habia sido olvidado: mas al fin el Evangelio puro iba á brillar en medio de las tinieblas. Sin mas tardanza escogió

el animoso ministro un pequeño terreno para edificar en él un templo donde predicaria el cristianismo á los romanos. Levántase el templo... mas antes que se hubiera terminado, el americano se hacia católico, y el templo, ya acabado, se convertia en una graciosa capilla dedicada á la Inmaculada Vírgen María.

Un hecho parecido sucedió cuando la conversion del ministro anglicano Wilberforce, conocido en toda la Inglaterra por sus luces y talentos. Llegó á Roma protestante, y muy protestante, predicó allí contra el papismo, y algunas semanas despues abjuraba humildemente la haregía en la iglesia de los Padres Jesuitas.

Yo mismo he conocido muchos personajes de elevada categoría y gran saber á quienes su permanencia en Roma ha producido esta misma gracia. Entre otros, un jóven ministro de Oxford que habia ido allí para atacar en su orígen *el error romanista.*

Ese buen jóven se sorprendió al encontrar en el alto y bajo clero romano, en los cardenales y en los prelados, lo mismo que en los mas pobres religiosos, virtudes tanto mas sólidas cuanto que eran mas modestas; descubrió una multitud de eclesiásticos de ciencia profunda, de intachables costumbres, de amenísimo trato. Tuvo con ellos numerosas y profundas conversaciones sobre la fe, y acabó por hacerse católico y eclesiástico.

Otros mil hechos semejantes citar podria que responden mejor que todos los razonamientos á los calumniosos rumores que la impiedad, la herejía y la ligereza mundana propalan sin cesar contra la ciudad pontificia.

No pretendo sostener que todo sea perfecto en Roma, que todos sus eclesiásticos y religiosos sean unos santos: es preciso ser razonable y convenir en que allá como en todas partes son débiles los hombres. Pero lo que digo y de ello estoy seguro, por haberlo conocido por una experiencia personal de cuatro años consecutivos, es que Roma es una ciudad edificante en la que se sirve bien á Dios, en la cual crecen incomparables virtudes, y donde el bien domina superabundantemente al mal. Lo que afirmo es que el clero romano es, en conjunto, un clero ejemplar tan notable por su celo y piedad como por su pobreza y modestia. Lo que afirmo, y esto lo repito por experiencia propia, es que es imposible encontrar mas afabilidad, mas exquisita delicadeza y mas atenciones que la que se encuentra en los cardenales y en los prelados del alto clero romano.

No hay cosa tan edificante como penetrar en la vida íntima de *la mayor parte* de ellos; dedican á la oracion una gran parte de su tiempo, trabajan con una asiduidad y una conviccion incomparables; su cotidiana sobriedad es una verdadera y austera mortificacion; su lujo, pura etiqueta, encubre una

vida sencilla y sin fausto, y si al acabar el dia se les ve pasear como todo el mundo y tomar algun descanso, ¿no debemos confesar que lo tienen bien ganado?

Se les acusa de que frecuentan el mundo. Fuera de que la mayor parte de ellos consagran al trabajo todas las horas de sus veladas, debe decirse en descargo de los demás que siendo Roma ante todo una ciudad eclesiástica en lo temporal y en lo espiritual, los cardenales y los prelados ocupan en la ciudad un rango que les obliga á indispensables deberes de *sociedad*. Debe decirse además que su actitud en esas reuniones, es siempre irreprochable y que hasta en el mundo son eclesiásticos. Los cardenales son los príncipes de la Iglesia y de Roma. ¡Ojalá se pareciesen á ellos todos los grandes señores! Yo podria citar aquí gran número de rasgos que les darian á conocer, pero seria preciso escribir un libro entero sobre Roma.

Lo poco que acabo de decir creo que bastará para hacer comprender cuanto se calumnia á la capital del mundo católico. Se aplican á todo el clero en general las faltas aisladas de algunos de sus miembros, se atribuye á la Religion y á la Iglesia lo que es peculiar de la fragilidad del hombre; se juzga á la ligera, se condena con pasion; y el público repite lo que oye decir, y toma por un hecho averiguado, incontestable, lo que no es mas que una coleccion de ridículas invenciones.

## Los dos jubileos.

Al inaugurarse el jubileo de 1775, célebre en la ciudad de Osimo (cerca de Lorette en Italia), se habia organizado una magnífica procesion á que asistian todos los niños de los colegios y de los seminarios. Los ricos candeleros de plata que acompañaban la cruz, eran llevados por dos jóvenes clérigos del seminario de unos quince años de edad, llamados el uno *della Genga*, y el otro *Castiglione*, ambos de nobles é ilustres familias.

No sé por qué motivo se trabaron de palabras los dos acólitos, y arrastrados por el ardor de su cólera, pasaron de una manera muy poco edificante de las palabras á las obras, pegándose delante de todos los asistentes. A falta de armas tenian nuestros campeones sus candeleros, y á pesar de la rapidez con que se les separó no fue posible impedir que el pobre della Genga recibiera un golpe que le puso fuera de combate.

Cincuenta años despues, cuando el jubileo de 1825, della Genga, llegado á papa con el perpétuamente célebre y venerable nombre de *Leon XII*, descendia del Vaticano, rodeado de toda la corte romana, para presidir la inauguracion del jubileo con la antigua ceremonia de demolicion de la *Puerta Santa*. Llámase así una de las puertas

habitualmente tapiada, de la basílica de San Pedro, y que no se abre sino durante el año del jubileo. El Papa, con un martillo de plata que recibe de manos del cardenal gran Penitenciario, da el primer golpe al muro que cubre la puerta, este muro es derribado luego por completo y queda inaugurado con esta ceremonia el año santo.

Castiglione, llegado á obispo y despues á cardenal, habia sido promovido al cargo de gran Penitenciario de la Iglesia romana; así, pues, á él era quien correspondia el honor de presentar al papa el martillo de plata del Jubileo. Al devolvérselo Leon XII le dijo á media voz y con afable sonrisa:

— Señor cardenal, hace cincuenta años, dia por dia, que en semejante circunstancia me ofreciais de una manera un poco menos graciosa otro instrumento de plata.

— Lo recuerdo, Santísimo Padre, respondio desconcertado el Cardenal.

## La Propaganda de la fe.

Pocos cristianos hay que no hayan oido al cura de la parroquia pedir desde el púlpito un sueldo cada semana para una hermosa obra, la *Propaganda de la fe.* Una tan pequeña limosna, aunque

semanal, monta poco al fin y al cabo, y como eres generoso, has metido la mano en el bolsillo y has dado lo que se te pedia. Sin embargo, tal vez no conozcas á fondo, y si tú lo sabes hay muchos que lo ignoran, en qué consiste esta obra de la *Propaganda;* importa, pues, que digamos algo sobre ella.

No á todos los pueblos les ha cabido la dichosa suerte de que disfrutamos nosotros, puesto que no todos han recibido del cielo el inapreciable don de la fe. No todos lós hombres que se hallan esparcidos por la superficie del globo, tienen, como el último de nuestros aldeanos, un sacerdote católico que reciba en los umbrales de la vida al hijo que les acaba de nacer, para bautizarle; un cura que les enseñe á conocer á Dios y á conocerse á sí mismos; un pastor caritativo que les socorra en sus miserias y enfermedades; un amigo que enjugue sus lágrimas en los dias de afliccion y amargura; ni finalmente, un enviado del cielo que les consuele y fortalezca en el terrible trance de la muerte, y que, cuando han dejado de existir, ruegue sobre su tumba y honre su memoria. Del inmenso número de hombres que pueblan la tierra, muchos centenares de millones están todavía privados de esos beneficios que acabamos de relatar, beneficios que son los mas inapreciables de todos.

Ahora bien, en los países dominados por el paganismo, cométense los mas extraños y atroces crímenes, crímenes que deshonran á la humanidad

hasta tal punto que podríamos cási preguntar si los que obran así son hombres ó mónstruos con figura humana. Así, en la China, en ese país célebre por su civilizacion, por sus artes y por su riqueza, cuéntanse por centenares de miles los niños que cada año son arrojados al agua, á los albañales y á las inmundicias, ó abandonados para que sirvan de pasto á los perros. En el África, en la Oceanía y en la América central hay millares de tríbus antropófagas, para las cuales no hay comida tan sabrosa como la carne del enemigo vencido. A tal punto ha llegado la degradacion de esos infelices pueblos que, cuando el padre envejece ó se pone achacoso, *su hijo* le asesina y *se lo come*, sin que á nadie, ni aun á la víctima, se le ocurra admirarse de ello. En la India, cuna de la civilizacion, al ocurrir la muerte de ciertos jefes, inmolan y arrojan á la hoguera á sus esposas y esclavos, en número, á veces, de algunos centenares.—En una palabra, allí en donde el Evangelio no ha sido predicado, allí en donde no es adorado Jesucristo, salvador y reparador de la humanidad, solo encontraréis los mas espantosos desórdenes, las mas absurdas supersticiones, el envilecimiento y esclavitud de la mujer, la opresion de los débiles, y con mucha frecuencia la mas completa miseria.

Sin embargo, Jesucristo es el Salvador de *todos* los hombres, y en su amor hácia ellos no hace distincion alguna entre el europeo y el asiático, entre

el negro de África y el *piel-roja* de América. A todos, absolutamente á todos, quiere salvarlos, llevarlos á la posesion de la vida eterna, y á este fin, desde el principio del Cristianismo infundió en el corazon de sus ministros el deseo de anunciar su divina palabra á todo el universo. «*Id*, les dijo en el momento de subir al cielo, *Id por el universo mundo predicando el Evangelio á toda criatura*;» y á partir desde entonces empezó la propaganda de la fe. Nadie ignora los prodigiosos trabajos de los Apóstoles y podríamos describir aquí los de todos los Santos que les han seguido en este camino por espacio de diez y ocho siglos; pero bastará decir que lo que hacian san Pedro, san Pablo, santo Tomás, etc., la Iglesia lo hace aun en nuestros dias por medio de los misioneros que constantemente envia *por todo el universo* para que prediquen el Evangelio á toda criatura.

Así, pues, cada año salen de los puertos de Francia, Inglaterra, Italia, Bélgica, etc., intrépidos misioneros que van á todas las regiones conocidas, y hasta á las que aun no han sido explotadas, para evangelizar á las naciones. De dichos misioneros, unos son arrebatados á su llegada por el hambre, la peste y el cólera; otros son víctimas de las mas crueles persecuciones: son encarcelados, azotados con varas, ven sus carnes desgarradas con tenazas, son estrangulados, arrojados al fuego y cortados á pedazos; y los que escapan de tan espantosos su-

plicios son presa de la mas extremada miseria, estando mas faltos de todo que el mas pobre de los pobres de Europa; y sin embargo, cada año se presentan hombres ricos, hombres de talento, hombres que podrian hacer una carrera brillante en su patria, que abandonando fortuna, amigos y familia, van á llenar los vacíos causados por las epidemias y por la mano del verdugo. ¡Y todo esto porque ante todo quieren salvar á sus hermanos que gimen en la miseria y están sumergidos en las cenagosas aguas de la inmoralidad, porque no conocen al verdadero Dios!

Hé aquí, pues, en qué consiste la *Propaganda de la fe;* es una obra generosa, porque al paso que los misioneros solo piden á los fieles de Francia un óbolo cada semana y un *Ave María*, cada dia prodigan ellos su vida y su sangre; es una obra eminentemente nuestra, puesto que de Francia partió, treinta años atrás, la idea, la señal de esta asociacion que hoy dia cubre con sus ramas todo el universo; y es, en fin, una obra soberanamente agradable á Dios, ya que en el fondo no es sino la continuacion de la mision de Jesucristo sobre la tierra. Todos los cristianos sin excepcion deben entrar, pues, en esta asociacion, principalmente ahora que, por un favor reciente, el Sumo Pontífice la ha hecho accesible á los mas pobres permitiendo que se inscriban en ella los que dieren una limosna, por *corta* que sea, y remitieren cada mes

á los colectores la más pequeña ofrenda conforme se lo permitan sus facultades y les dicte su conciencia.

## La obra de la Santa Infancia.

Una grande empresa concibió años atrás un obispo francés. Mgr. de Forbin-Janson. Profundamente afligido al pensar en la multitud de niños que en los países idólatras son víctimas del infanticidio, resolvió arrebatarles á la muerte cruel que les esperaba, abrir las puertas del cielo por medio del Bautismo á un gran número de ellos, y hacer de los demás, dándoles una buena educacion, instrumentos de la propaganda de la fe en su propia tierra.

Semejante pensamiento era generoso y digno del corazon de un obispo.

Comarcas hay, efectivamente, en las cuales no ha triunfado todavía el Evangelio de paz y amor que nos muestra á Jesús acariciando y bendiciendo á los niños: en esas comarcas, al revés de las que se rigen por el código de la moral cristiana, la infancia es mirada con profundo desprecio; en ellas los niños son expuestos y vendidos como vil mercancía, ó muertos si causan molestia, y respecto al particular la China se ha señalado dolorosamente

por su barbarie. En aquella vasta region, en que á la inmoralidad de una vetusta civilizacion, se une la barbarie del estado salvaje, la costumbre da á toda cabeza de familia derecho de muerte sobre el niño recien nacido, derecho espantoso que con demasiada frecuencia ejercitan los pobres, innumerables en aquel imperio, para desembarazarse de los cuidados y molestias que ocasiona una familia numerosa.

Hé aquí, á propósito, el testimonio de un autor inglés:

«O las comadronas, dice, ahogan á los niños en una palangana de agua caliente, y exigen un salario por esas ejecuciones, ó los arrojan al rio, despues de haberles atado á las espaldas una calabaza vacía, de suerte que están flotando aun largo rato antes no espiran. Los gritos que dan entonces las pobres criaturitas, harian extremecer en cualquier otra parte á la naturaleza humana; pero los chinos están acostumbrados á oirlos y no les causan impresion alguna. Otra manera hay tambien de deshacerse de los recien nacidos, y es dejarlos abandonados en las calles, por las cuales pasan todas las mañanas, especialmente en Pekin, unos chirriones ó carros basureros, en los que ponen á los niños expuestos por la noche, y van á echarlos en una hoya, sin cubrirlos de tierra, en la esperanza de que los mahometanos vayan á llevarse algunos. Pero con muchísima frecuencia sucede que, antes

de llegar los carros que deben transportarlas á aquella especie de muladar, esas criaturas son comidas, vivas aun, de los perros y, sobre todo, de los cerdos de que están llenas las calles de las ciudades de la China. Asegúrase que en el espacio de tres años han subido, en la sola ciudad de Pekin, á 9702 los niños destinados al muladar, y esto sin hablar de los que habian sido aplastados bajo los piés de los caballos y mulos, ni de los que habian sido devorados por los perros, ni de los que habian sido ahogados al salir del seno de su madre, ni de los que se habian llevado los mahometanos, ni de los que habian sido arrojados al agua, que diversos autores evaluan en diez ó doce mil cada año: todo esto en solo la ciudad de Pekin.»

Estos hechos se hallan confirmados por el reciente testimonio de nuestros misioneros: «Son destruidos, los niños, á centenares de miles, dicen. El gobierno chino no opone ningun obstáculo á esa horrible costumbre. Todos los misioneros se ocupan en recoger á las pobrecitas criaturas; y muchas veces se encuentran con que les presentan algunas por seis pesetas, por tres y hasta por nada, con la advertencia de que *si no las aceptan, se las hará morir.*»

—¿Quién puede oir sin que se le conmuevan las entrañas esas dolorosas relaciones?... El corazon se siente movido á profunda compasion para con esas infelices criaturas, y busca los medios de arre-

batarlas á la muerte... Precisamente este es el pensamiento del venerable obispo de Nancy; esta es la *Obra de la Santa Infancia.*

En todas esas comarcas idólatras de que hablamos, la China y el reino de Siam, la Conchinchina y el Tong-King, es decir, las mas pobladas del Asia, en las que no abunda el dinero y en que el gasto de una persona no pasa de cuatro ó cinco cuartos diarios, para salvar un número muy grande de niños solo se necesita dinero, y muy poco la mayor parte de las veces, puesto que, segun el cálculo de los misioneros, cada asociado puede salvar un niño con su insignificante cuota de tres reales escasos al año. ¿Quién será el que no encuentre medio de allegar una tan corta suma para alcanzar un resultado tan grande y hermoso?

La *Obra de la Santa Infancia* está organizada á poca diferencia como la de la *Propaganda.* En honor de los doce años de la infancia del Salvador, los asociados se dividen en séries de doce miembros cada una. La cuota con que debe contribuir cada miembro es de cinco céntimos de peseta (unos dos cuartos) al mes. Cada miembro de la Asociacion reza cada dia (y si fuese demasiado jóven, hágasele el obsequio de rezar por él): 1.° un *Ave María;* 2.° la siguiente invocacion: *Vírgen María, ruega por nosotros y por los desgraciados niños infieles.*

Y como para que sirva de lazo espiritual entre

los niños bienhechores y los que la *Obra* se esfuerza en salvar, se escogen, en lo posible, los nombres de pila que se han de poner á los niños infieles, de entre los que llevan sus jóvenes protectores. Finalmente, invítase á los suscritores á que, cuando hayan llegado á una edad mas avanzada, se alisten en la Obra de la *Propaganda de la Fe*, que cada año envia á todas las regiones infieles misioneros llenos de intrepidez y abnegacion.

Hablando de la *Santa Infancia*, hase dicho por álguien mas de una vez: «¿Pero á qué ocuparnos de los niños chinos? ¿Acaso no tenemos obligacion de socorrer, con preferencia á todos y ante todo, á los niños abandonados que tenemos en medio de nosotros? Muy fácil y sencilla es la respuesta á semejante objecion. Sí, no hay duda; antes de ir á salvar al niño expósito á muchos millares de leguas, calentemos en nuestro seno al pobrecito que encontramos tiritando de frio á nuestras puertas. Tal es nuestro primer deber; tal el primer grito del corazon. Pero, una vez hayamos cumplido con ese deber, y, gracias á Dios, en los países cristianos la caridad no deja desatendida esta mision, considerando que los centenares de miles de niños que cada año perecen en el mundo idólatra son nuestros semejantes, que como nosotros tienen un alma, que como nosotros están llamados á gozar de Dios. ¿Y no correríamos á salvarlos? ¡Oh! sí; salvémoslos. De buena gana repetiríamos ahora las conmovedoras y elocuentes

palabras que dijo san Vicente de Paul, al fundar el primer establecimiento de niños expósitos:

«¡Ved, os diriamos, ved esos pobres niños que os ruegan que seais sus madres! Vedles, á pesar de la distancia, como os tienden sus manecitas en actitud suplicante, pidiéndoos no ya solamente la vida temporal, sino sobre todo el Bautismo... Si los dejais abandonados, morirán privados para siempre de ver á Dios... Morirán á centenares de miles ahogados, extrangulados, aplastados, devorados vivos aun por los perros y por los cerdos!... Por el contrario, si los adoptais vivirán; y serán *monumentos vivos* de vuestra caridad, y crecerán como vuestros hijos, y no cesarán de atraer con sus oraciones nuevas gracias sobre sí mismos y sobre vosotros; ó bien si mueren, que sin duda morirán muchos, á lo menos morirán cubiertos con la sangre y los méritos de Jesucristo, y el cielo recogerá una abundantísima mies de angelitos que os la tendrá en cuenta á vosotros y á vuestros hijos. No lo dudeis; ellos volarán sobre vosotros y sobre todos los objetos mas caros á vuestro corazon, tomarán parte en vuestras alegrías y en vuestros pesares; celebrarán con vosotros los dias en que solemnizais los mas faustos y señalados acontecimientos de vuestra vida, acompañarán á vuestros hijos en sus fiestas y regocijos; y en la hora de la muerte vendrán á animaros, á fortaleceros y á rogar por vosotros ál Eterno, cerca del cual no cesarán de interponer su poderoso vali-

miento hasta que logren introduciros en la patria comun; y aun mas, hasta en ella, hasta en aquella patria feliz en que una dicha sin límites satisface y apaga todos los deseos del corazon, acrecentarán la vuestra con toda la felicidad de que les veréis gozar eternamente.»

## Asociacion católica de san Francisco de Sales.

De entre las obras generales que tienen por objeto la defensa y fomento de los sagrados intereses de la Iglesia, pocas habrá ciertamente que sean tan urgentes como la *Asociacion* de san Francisco de Sales, fundada en 1857, segun expresa voluntad y formal deseo de nuestro Santísimo Padre el papa Pio IX, que la llamaba *Propaganda de la Fe en el interior*.

En los países cristianos de Europa, y particularmente en Francia, tiene por objeto excitar el celo de los católicos y agruparlos formando una santa liga de oraciones y limosnas en torno de sus pastores, á fin de proporcionar á estos los medios mas eficaces de *conservar, preservar y defender la fe* de los fieles.

En los países mixtos en que la propaganda protestante, sostenida con los recursos que recibe del

extranjero, causa tantos estragos, el fin de la *Asociacion* es oponerse á dicha propaganda, distribuyendo entre las masas libros católicos y populares, ayudando á los párrocos para que puedan hacer predicar misiones y sosteniendo ó desarrollando las escuelas y orfelinatos católicos.

En las diócesis en que es nula, ó cási nula, la propaganda herética, la *Asociacion* de san Francisco de Sales, tiene por objeto sostener y alentar y auxiliar á los párrocos en una lucha mas penosa aun, á saber, la lucha contra la indiferencia religiosa y el olvido de Dios. Ella procura formar al rededor del párroco un núcleo de cristianos fervorosos, cuyos buenos ejemplos sean capaces de atraer y convertir á los demás; y no se contenta con esto, sino que á fin de disipar la ignorancia, desvanecer las preocupaciones, sacudir la apatía, reanimar la fe que desfallece y reducir á las almas á la frecuencia de los Sacramentos, ayuda al sacerdote á fundar escuelas cristianas, á hacer venir misioneros, á distribuir en la parroquia buenos libros de estilo sencillo y cortos, á mantener ó hasta á restablecer el culto divino en su pobre iglesia; en una palabra, á conservar y reanimar en torno suyo el espíritu religioso.

Por último, en aquellas buenas diócesis en que, gracias al cielo, se conserva aun una fe viva, y la Iglesia es respetada y honrada, la *Obra de san Francisco de Sales* pide á los sacerdotes y á los fieles católicos una limosna para sus hermanos menos afor-

tunados; pídeles que acudan en auxilio de tantas provincias nuestras que se hallan expuestas á perder la fe, y que hagan por las poblaciones que tienen á dos pasos, cuya salud debe por lo mismo inspirarles el mas vivo interés, lo que tan generosamente hacen para propagar esa misma fe en los remotos países infieles y para salvar á los desgraciados niños de la China y de las Índias. ¿Puede darse por ventura cosa tan natural y á la par tan católica como esa solidaridad fraternal?

Esta obra, que se resume en dos palabras: *conservacion y defensa de la fe*, se ha extendido rápidamente bajo la visible proteccion de Dios. En pocos años ha sido erigida canónicamente en mas de ochenta diócesis, ha recogido y dado cerca de seiscientos mil francos, y ha socorrido, siempre bajo la inmediata direccion del obispo de cada diócesis (tal es la regla fundamental de la que no se separa jamás la Obra), á un considerable número de parroquias pobres, de escuelas, de orfelinatos, de asilos para la infancia y de obras de celo y piedad.

He aquí ahora su organizacion, que es en extremo sencilla y ha merecido que Su Santidad la aprobara y bendijera: un Consejo residente en París, compuesto de eclesiásticos y de laicos ó seglares acostumbrados ya á las obras de caridad, tiene por corresponsal en cada diócesis á un eclesiástico designado por el obispo, el cual envia al

consejo las peticiones y los informes, y por cuyo conducto llegan á la diócesis las respuestas y los socorros de la caja central.

A su vez el director diocesano se pone en relacion con cristianos celosos de las principales parroquias y localidades de la diócesis, y estos se esfuerzan en hacer llegar al conocimiento del público y en extender la Asociacion por todos los medios que les sugiere el amor de Dios; recogen las limosnas, organizan *decenás* (dos cuartos al mes), hacen circular todo lo posible el boletin mensual, que es como la *Gaceta* de la Obra; y una ó dos veces al año, pero en épocas fijas y determinadas, reunen en las manos del Director diocesano todas las limosnas y ofrendas que han tenido la dicha de recoger. Los alumnos de los grandes y pequeños seminarios, de los colegios cristianos y los pensionistas de comunidades religiosas, procuran, no solamente cooperar á la Obra con su pequeña cuota personal, sino tambien establecerla en sus familias. Ordinariamente asiste al Director diocesano en el desempeño de su tarea un comité nombrado ó aprobado por el Obispo.

La influencia inmensa y directa que la Religion ejerce sobre la sociedad y las públicas costumbres, da á la *Asociacion de San Francisco de Sales* un carácter que es inútil encarecer, y que la recomienda poderosamente á las simpatías y á la caridad, no solo del clero y de los cristianos fervo-

rosos, sino tambien de todos los hombres de nobles y levantados sentimientos, que no miran con indiferencia el bien público. Asi como la *Propaganda de la fe* y la *Obra de la Santa Infancia* son exclusivamente religiosas y católicas, así tambien lo es la Asociacion de que venimos hablando.

En vista de lo grande y útil del pensamiento que la inspiró, y de los maravillosos resultados que está destinada á producir, no podemos menos de suplicar encarecidamente á los sacerdotes y á todas las almas consagradas á la Iglesia que desplieguen todo su celo en promover los intereses de la *Asociacion de san Francisco de Sales*, en extenderla por todas partes y en cooperar lo mas eficazmente posible al principal ministerio de la Iglesia, que consiste en preservar y defender la fe de sus hijos, rechazando con infatigable constancia los incesantes ataques de los enemigos de Jesucristo.

Tal vez no sea aventurado asegurar, que en ninguna parte la Obra de san Francisco de Sales es tan importante como en París; pues, á mas de los peligros tan conocidos de todo el mundo que amenazan la fe de las masas trabajadoras en aquella inmensa ciudad, y contra los cuales lucha en condiciones desventajosísimas el celo de los sacerdotes y de los fieles piadosos, es allí muy activa la propaganda protestante y dispone de considerables recursos.

Ahora bien; ¿para neutralizar tan encarnizados

esfuerzos, que logran, no hacer protestantes, sino deshacer nuestros católicos, no es indispensable que los fieles servidores de Dios se unan mas estrechamente que nunca bajo la direccion de la autoridad eclesiástica para conservar y defender la fe suya y de sus hijos de los peligros que la amenazan? Es indispensable, es urgente que á las escuelas protestantes opongamos escuelas verdaderamente cristianas, y á los impíos y anticatólicos, libros de sana doctrina puesta al alcance del pueblo, libros que disipen las preocupaciones, robustezcan las creencias, reanimen el espíritu religioso y secunden en fin la accion del clero.

Ved ahí á lo que tiende directamente la Obra de san Francisco de Sales, la cual en la diócesis de París se propone, sobre todo, aunque no de un modo exclusivo, combatir la accion deletérea de los sectarios protestantes. Ella ha tenido la suerte de hacer en dicha ciudad un bien notable, fundando, sosteniendo ó ensanchando escuelas, muchas de las cuales han causado un vacío cási inmediato en las protestantes de la vecindad; distribuyendo cerca de un millon de buenos libros, dando ejercicios espirituales al pueblo en los arrabales, etc.

Tales son los títulos que la recomiendan á las simpatías y á la proteccion de los señores cura párrocos y de todos los verdaderos católicos; ricos y pobres.

## Los saboyanitos.

Hay en París cerca trescientos pobres niños deshollinadores, que vienen de las montañas de la Auvernia ó de la Saboya con el fin de ganarse su triste vida desde la edad de siete ú ocho años hasta la de catorce ó quince. Tal vez son los seres que yacen en mayor abandono y que mas sufren en la gran ciudad; y sin embargo, la experiencia demuestra todos los dias que no son ni los mas malos ni los mas viciosos. Bajo la negra capa de hollin que cubre su rostro y su cuerpo, encontraréis á menudo tiernas almas, llenas de candor é inocencia.

Algunos jóvenes cristianos á quienes conmoviera vivamente el espectáculo del profundo abandono á que veian reducidos á los pobrecitos deshollinadores, concibieron la generosa idea de sacarlos de la doble miseria del alma y del cuerpo, y sin mas recursos que su caridad pusieron manos á la obra.

El éxito ha sobrepujado sus esperanzas. Ellos han tenido el consuelo de ver como de todas partes acudian á su llamamiento esos pobres niños que, con su mugriento vestido, no sabian á donde ir para aprender á regar á Dios, prepararse para hacer la primera Comunion y encontrar al mismo tiempo amor y apoyo.

Con una abnegacion verdaderamente cristiana, los jóvenes que hemos hablado, auxiliados por dos virtuosos sacerdotes de la iglesia de San Estéban del Monte, en París, se han distribuido entre sí las veladas de todos los dias del año. *Diariamente* consagran dos horas á instruir á sus protegidos y les enseñan á conocer á Dios, á amarle de corazon y á servirle fielmente. De cuando en cuando dan á los que tienen mejor comportamiento, recompensas de escaso valor sin duda, pero admirables á los ojos de los deshollinadores: tan cierto es que todo es relativo en este mundo. Cuando hay alguno que haya caido enfermo, van á visitarle en su casa, trepan hasta su miserable desvan y hacen para con él las veces de padre y madre.

El dia de la primera Comunion es la fiesta mayor de la pequeña sociedad; aquel dia todos están que da gusto verles. Los pobrecitos deshollinadores son deshollinados á su vez en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo. A semejanza del divino Salvador que movido de su amor hasta el punto de lavar los piés á sus Apóstoles, así aquellos verdaderos cristianos vencen todas las repugnancias, y lavan con sus propias manos, ó mas bien almohazan, peinan, acepillan, etc., á los pobres saboyanos que acaso no se habian lavado ni peinado una sola vez desde que salieron de su tierra; con lo cual quedan tan transformados que con frecuencia no es posible re-

conocerlos sino por el metal de voz. Para lavarlos y limpiarlos, los desnudan de sus negros vestidos y entregan á cada uno un traje completo de terciopelo azul oscuro á la moda de Saboya: camisa blanca, medias, zapatos, pañuelos, corbata, gorra; no falta nada.

Al dia siguiente por la mañana, todos, maestros y discípulos, padres é hijos, van á la iglesia de San Estéban del Monte, cuyo excelente y virtuoso párroco se asocia á la fiesta y celebra aquella humilde primera Comunion con toda la pompa y solemnidad del culto católico. Tras los deshollinadores acércanse á su vez á la sagrada mesa los catequistas, y reciben del mismo Dios su anticipada recompensa. Concluida la ceremonia, son conducidos los niños á casa de alguna persona generosa ó bien de alguna comunidad religiosa, y allí se les da de comer, juegan y pasan, entregados á una completa alegría, aquel dia, el mas grande y el mas hermoso de la vida.

Hé aquí como con la fe y la caridad, y cási sin ningun recurso material, los cristianos saben hacer grandes cosas. No, las buenas obras, aunque se necesite un poco de dinero para hacerlas, no descansan sobre el oro sino sobre la caridad.

Pondrémos fin á esta corta reseña sobre la caritativa obra de los niños deshollinadores, citando un rasgo de piedad que conmovió á cuantos lo presenciaron ó tuvieron de él noticia.

Celebrábase una piadosa reunion en la que se trataba de los intereses de esta Obra, y se acordó fundar una casa para reunir, albergar y alimentar á los mas abandonados, y una señora que se interesa por ella habia llevado consigo á su tierno hijo, Odon de V..., de edad de diez ú once años. Conmovido el niño por lo que vió y oyó, escribió al Director de la Obra la siguiente carta, enviándole al mismo tiempo una limosna de cuarenta francos:

París 28 de enero.

«Muy señor mio: Adjunta recibirá una cantidad con que poder comprar una cama para sus niños deshollinadores, en la nueva casa de que se habló el domingo, porque pienso que hará todo lo posible para tenerla y continuar haciendo tanto por esos pobres niños.

«¡Cómo daba gusto verles el domingo tan contentos con sus bollos!

«No teniendo gran cosa en mi bolsa, he celebrado un convenio con papá; yo le he dado mi palabra de *honor* de que haria todos los esfuerzos posibles para merecer cada semana, desde aquí hasta Pascua, la nota de *sobresaliente* en el colegio, y en seguida papá ha tenido la bondad de entregarme por adelantado con que pagar una cama á un niño deshollinador. Mas ahora debo cumplir mi palabra de honor, y para ello necesito la gra-

cia de Dios, y pienso que me seria muy útil el que mis amiguitos, los pobres niños deshollinadores, la pidiesen un poco por mí.

«Dígnese V., que es su buen padre, encargarles que rueguen por

O. DE V.,

Que le quedará muy agradecido por este favor.»

## Fenelon y el pobre Perico.

Sin duda no os es desconocido el nombre de *Fenelon*, el sábio y piadoso arzobispo de Cambrai. Hé aquí la historia de su primer sermon:

Doscientos años atrás, en tiempo de Fenelon, habia la costumbre de que los jóvenes que aspiraban al estado eclesiástico se ensayarán á hablar en público por medio de ciertos ejercicios oratorios, y al objeto abríanse frecuentemente los salones de los mas grandes palacios de París, en los que se reunia una brillante concurrencia de señores y señoras cristianas, delante de la cual debian hablar los jóvenes aspirantes.

Fenelon tenia quince años y llevaba ya el traje talar. Era devoto como un ángel, lleno de gracia y modestia, laborioso, sábio á pesar de su tierna edad, y sobre todo muy caritativo para con los pobres. Su

padre, el marqués de Fenelon, escogió el palacio de Boufflers para el estreno de su jóven seminarista; tan seguro estaba de que obtendria un éxito brillantísimo. En consecuencia señaló el dia, á pesar de la resistencia del modesto Fenelon, y las mas ilustres casas de la nobleza fueron invitadas á oirle.

Ya estaban reunidos en el gran salon preparado al efecto todos los señores y grandes damas de la corte de Luis XIV, ya cada cual habia ocupado su asiento, y el jóven predicador no parecia. Admirábanse todos de ello, y su padre, muy desazonado por aquel retardo que no comprendia, esforzábase en excusar su falta delante de la señora de Boufflers y de dos principales personajes de la reunion.

Entra por fin en la sala el jóven Fenelon, y con la frente cubierta del rubor de la modestia, se coloca delante de una mesa preparada al efecto. Cesan las conversaciones y el mas profundo silencio reina en todos los ámbitos del salon.

«Señores y señoras, dice, pídoos perdon por haber hecho esperar un auditorio tan ilustre; pero aun cuando os hubiese habido haceros de esperar una hora mas, y aun cuando hubiese estado aquí presente el mismo rey, no hubiera vacilado en hacerlo. Al llegar al palacio de Boufflers, he visto en la esquina de una casa á un pobre niño saboyano, tendido sobre el duro suelo y medio cubierto por los espesos copos de la nieve que en estos momentos está cayendo en abundancia. Dolorosamente

afectado por semejante espectáculo, me he detenido, y acercándome al desgraciado niño, héle dicho: ¿Qué haces aquí, amiguito mio? — Púsose á llorar amargamente, y sin responder á mí pregunta ha murmurado estas palabras de desesperacion: «Quiero morir. — ¡Morir, pobrecito! ¿Eres, pues, muy desgraciado? ¿no tienes ninguna persona que te quiera? — ¡Oh! sí, soy muy desgraciado, exclama el niño. ¡Estoy perdido! No puedo volver ya al lado de mi madre; no me queda mas recurso que morir.» — Entonces le he preguntado su nombre, su edad y las causas de su dolor; y héos aquí cómo me ha contado su historia: «Me llamo Perico; tengo doce años. Soy saboyano, y luego hará cinco años que salí de mi tierra y de la casa de mi madre. He trabajado tanto como he podido en limpiar chimeneas, y con el fin de poder volverme cuanto antes á mi patria y de llevar á mi querida madre una corta pacotilla, ponia á parte todo lo que ganaba. Cuarto á cuarto, maravedí á maravedi, habia llegado á reunir trescientas quince libras, las cuales habia ocultado bajo un ladrillo del miserable desvan donde me retiraba por las noches. Con el corazon lleno de satisfaccion y contento, disponíame á partir con dos parientes que vuelven á Saboya; cuando hé aquí que esta mañana, al levantar mi ladrillo para tomar mi tesoro y llevarme el fruto de mis economías en un saco, me he encontrado con que no habia nada... Todo

me lo han robado. No me atrevo mas á volver á mi tierra. Dirian que he hecho el calavera, y que me he olvidado de mis padres. No; soy tan desgraciado que no tengo mas recurso sino morir.»

«Tal es, señores y señoras, continuó Fenelon, tal es en compendio lo que me ha referido el pobre Perico, que cási no podia hablar á causa del intenso frio que se habia apoderado de él, y de los sollozos que ahogaban su voz. Le he tomado en mis brazos y le he llevado á la habitacion del conserje de este palacio, al cual le he confiado. Puesto que la Providencia me deparaba tan bella ocasion de hacer una buena obra, no he querido dejarla escapar; y ya que el pobrecito de Jesucristo ha encontrado un asilo momentáneo en el mismo palacio en que os habeis reunido para oirme, he creido de mi deber pediros que cooperéis á esta buena accion, y he preferido hablaros del infortunado saboyano á dirigiros el discurso que de mí esperábais. En nombre, pues, de Nuestro Señor Jesucristo, padre de los pobres y consuelo de los afligidos, os pido que reunais ahora mismo vuestras limosnas en favor de mi protegido, cuya suerte teneis en vuestras manos. Una moneda de plata ú oro es poco para vosotros, pero para ese pobre niño es mucho, es la alegría, la vida y la felicidad. Dad, señoras, que Dios os lo pagará.»

Este improvisado sermon, tanto mas conmovedor cuanto mas sencillo era, arrancó de los ojos de mu-

chos lágrimas que no hubiera hecho derramar cualquier otro discurso. El jóven Fenelon, que estaba tambien muy conmovido, y, preciso es decirlo, algo turbado por el temor de haber sido temerario, se disponia á hacer la cuestacion en favor del pobre Perico, cuando la marquesa de Boufflers, que habia mandado un criado con órden de hacerle venir, apareció en medio del noble y brillante concurso, llevando de la mano al saboyanito. La vista del pobre niño, en cuyo rostro gracioso y cándido veíanse retratados á un mismo tiempo el dolor y el aturdimiento, acabó de confirmar los buenos sentimientos que la relacion de Fenelon habia dispertado en todo el auditorio. Hiciéronse muchas preguntas al niño que en su jerga original contó de nuevo los detalles que acabamos de referir. La señora de Boufflers defendió tambien su causa con tanto calor é inteligencia como caridad, y declaró que queria hacer por sí misma la cuestacion en el gorro de Perico.

«Solamente os advierto, dijo antes de empezar, que no admito sino oro.»

Y como diese la casualidad de que no tuviese ninguna moneda de oro, quitóse un pendiente y lo dió. Los luises y los dobles luises cayeron como espeso granizo dentro del viejo gorro que jamás habia asistido á una fiesta semejante. El buen Fenelon lloraba de alegría en un aposento inmediato, á donde habiá ido á ocultar su emocion.

La cuestacion produjo mas de dos mil libras. El niño creia estar soñando y no sabia persuadirse de que todo aquel oro fuese para él. Cuando estuvo bien convencido de ello, olvidándose de todas las personas que le rodeaban, y no pensando sino en su madre, púsose á saltar, llorando y riendo al mismo tiempo. La marquesa de Boufflers, despues de haber dado afectuosas gracias á Fenelon, en nombre de toda la reunion, por la velada verdaderamente excelente que acababa de hacer pasar á todos, retuvo por algunos dias al saboyanito en su palacio, en el cual se le prodigaron toda clase de cuidados por órden de la misma. Vistióle de piés á cabeza, dióle hermosos regalos para su padre, madre, hermanos y hermanas, pagóle el viaje, y completando la suma de tres mil libras, encargóse de hacerla llegar por conducto seguro á la madre del niño.

Tal fue el primer sermon de Fenelon. Posible es que en lo sucesivo, cuando era sacerdote y arzobispo de Cambrai, hiciera otros tan buenos; pero á buen seguro que jamás hizo otro mejor.

## Un recuerdo.

En el año 1841, vivia yo en Paris y era miembro de una conferencia de san Vicente de Paul. Algunos de los jóvenes que la componian, tenian la

piadosa costumbre de visitar una ó dos veces cada semana á los pobres enfermos de los hospitales del barrio.

Á mí me habia cabido en suerte el hospital Necker, situado en la calle de Sèvres. Siempre empezaba mis visitas por la capilla, en donde pedia al Señor que bendijera la obra que por su amor iba á llevar á cabo, y que acompañase con su bendicion las palabras y consejos que diese á mis enfermos; y de la misma manera, cuando habia acabado de recorrer las salas, volvia á depositar el éxito obtenido á los piés del buen Maestro y Señor.

Por la primavera víme obligado á salir de París, y siempre recordaré la conmovedora escena de que fuí testigo en mi última visita á los enfermos de Necker.

La sala que habia de visitar aquel dia está confiada á los cuidados de una Hermana de la Caridad, encanecida en el admirable ministerio de su Instituto, y tan infatigable para aliviar los padecimientos de los enfermos, como celosa de la salvacion de sus almas. Al llegar fuí, como de costumbre, á ponerme á las órdenes de la buena Hermana. Recomendóme especialmente seis ó siete enfermos; el uno, recien llegado y desconocido aun para ella; el otro, que estando ya cási moribundo tenia necesidad de ser fortalecido y consolado; aquel, ya vacilante y dispuesto á convertirse; este, etc.

«Y despues, añadió, vaya V. al número 39; es

un hombre de treinta y dos á treinta y tres años, tísico en el último grado, que dentro tres dias habrá ya muerto. Por mas que he hecho, nada he podido sacar de él; tres ó cuatro veces me ha enviado á paseo, y hasta ahora ha recibido siempre al capellan del hospital con expresiones groseras. Un hermano de san Vicente de Paul, que le ha visitado muchas veces, no ha obtenido mejores resultados que nosotros. Es probable que tambien le mande á V. á paseo; pero en fin, no debe omitirse nada. Se trata de la gloria de Dios y de la salvacion de una pobre alma.

—¡Bah! querida hermana, respondíle, si me manda á paseo, iré á paseo, y concluyóse; esto no me causará un mal muy grande. Rece V. solamente un *Ave María* para ese infeliz mientras voy á hablarle.»

Hice mi visita, y de cama en cama llegué al número 39. Quedé estupefacto al verle. Permanecia sentado en la cama de tres ó cuatro almohadas, en su rostro estaba pintada la muerte; su faz era lívida y de un blanco amarillento, y la extrema demacracion, la cási absoluta falta de carnes del semblante, daba á sus ojos una apariencia extraña....

Acerquéme á su cama. Miróme fijamente sin decirme nada. Pedíle por su salud: «Querido amigo, díjele, la Hermana me ha manifestado que V. padecia mucho y que estaba V. enfermo largo tiempo hacia.»

No me responde; solo la mirada de aquel hombre se hacia por momentos mas y mas dura, y parecia decirme: « Ningun provecho saco de tus expresiones de sentimientos; déjame en paz.»

Hice como que no lo advertia y proseguí otra vez: « Padece V. mucho ahora, ¿podria yo aliviarle en algo?»

Ni una palabra.

« ¿Qué quiere V. pobre amigo mio? Haga V. de la necesidad virtud, y ofrezca sus padecimientos á Dios en expiacion de sus faltas; á lo menos así le serán provechosos.»

Siempre el mismo silencio y la misma acogida. La posicion empezaba á hacersc difícil. El enfermo me miraba de cada vez con ojos mas y mas amenazadores, y yo conocia que estaba á punto de prorumpir en injurias contra mí... La Providencia de Dios me envió una súbita inspiracion. Acerquéme con viveza al desgraciado y díjele á media voz: ¿Hizo usted una buena primera Comunion?»

Estas palabras produjeron el efecto de una conmocion eléctrica. Hizo un ligero movimiento; cambió la expresion de su semblante y mas bien murmuró que no dijo: «Sí, señor.»

—¡Y bien! repliqué, amigo mio, ¿no es verdad que entonces V. era feliz?—«Sí, señor, respondióme con voz conmovida, y al propio tiempo ví surcadas sus mejillas por dos gruesas lágrimas. Cogíle de las manos. «¿Y porqué entonces V. era fe-

liz, sino porque era puro, casto, amante y temeroso de Dios, en una palabra, buen cristiano? Pero aquella felicidad puede volver todavía y Dios es el mismo.» El continuaba llorando. «¿No es verdad, añadí, que quiere V. confesarse?»

«Sí, señor,» dijo entonces haciendo un esfuerzo; y abalanzóse hácia mí para abrazarme, lo cual hice con toda la efusion de mi alma. Díle algunos sencillos consejos para facilitarle la ejecucion de su buen propósito y me despedí de él en seguida. Manifesté á la Hermana el inesperado resultado de mi visita. No sé lo que sucedió despues; pero lo que quedó profundamente grabado en mi memoria, ó mas bien en mi corazon, es la maravillosa fuerza, el admirable poder de la misericordia de Dios que con solo una palabra mudó en un instante aquel corazon duro como una roca.

El solo recuerdo de su primera Comunion bastó para convertir y probablemente para salvar aquel infeliz moribundo. ¡Dichoso él que la habia hecho bien; porque si, como desgraciadamente hacen tantos, hubiese ejecutado con negligencia este grande acto de la vida cristiana, muy insignificante impresion hubiera causado sin duda en su corazon la memoria que le hice del mismo!

Así es como el bien produce el bien, y con Dios nada hay perdido.

¡Aviso á los jóvenes que entran en la vida; aviso á los padres que tienen la mision de velar sobre

ellos, y de depositar en sus tiernas almas las saludables impresiones á las que tal vez un dia deban su salvacion!

## Martirio de los soldados Proceso y Martiniano, guardas de los apóstoles san Pedro y san Pablo.

Uno de los santuarios mas venerados de Roma, uno de los que causan al que los visita con ideas y sentimientos cristianos las mas fuertes y cási diria las mas terribles emociones, es sin disputa la *cárcel Mamertina*, que está cerca del Capitolio en direccion al Foro. Allí estuvieron encerrados durante nueve meses por órden del cruel Neron, emperador romano, los dos grandes apóstoles de la fe, san Pedro y san Pablo; de allí salieron para recibir con la muerte, la corona de los mártires despues de haber tenido la dicha de convertir á la fe de Jesucristo y de bautizar á sus dos guardas Proceso y Martiniano, junto con los cuarenta y siete soldados que habia enviado el Senado para custodiarlos.

Antes de referir el sublime drama cuyo recuerdo va unido á aquel santo lugar, es necesario que digamos dos palabras del lugar mismo.

La cárcel se compone de dos pisos subterráneos de forma circular, abiertos en la peña viva. Nunca

penetrá en ellos la luz; á los infelices condenados á muerte se les hacia bajar el primer calabozo por un agujero circular de cerca tres piés de diámetro practicado en medio de la bóveda; de allí se les bajaba con cuerdas por una abertura semejante al segundo calabozo colocado debajo del primero. En este calabozo murió de frio y de hambre Yugurta, aquel terrible enemigo de Roma, que cayó prisionero en Africa: á este calabozo fueron arrojados y en él recibieron una muerte cruel Léntulo, Cétego y demás cómplices de Catilina, que en tiempo de Ciceron querian derribar el Senado.

En la época del encarcelamiento de los santos Apóstoles, ocupaban el piso superior los carceleros y los soldados romanos; habian practicado en él una escalera que bajaba hasta la cárcel inferior, reservada á los mismos Apóstoles. En este terrible calabozo, privado de luz, en el cual el aire no se renueva jamás, que apenas tiene seis piés de alto, y unos quince de largo y ancho, vivieron los dos grandes Santos por espacio de nueve meses, una vida cási milagrosa, atados con cadenas á un trozo de columna. Aun hoy dia se ve la preciosa columna y los dos anillos á que estaba amarrada la cadena. Juzgue cada cual de la impresion que causa la vista de estos monumentos. Vése tambien la fuente que, á las palabras de san Pedro, brotó milagrosamente de la misma peña, sin que al parecer haya abertura alguna, ni la mas pequeña hendidura que

dé paso al agua, la cual, sin embargo, nunca desde entonces ha dejado de brotar del suelo. Esa fue la fuente en que los Apóstoles bautizaron á sus carceleros y á los soldados romanos, á quienes tuvieron la gloria y el consuelo de convertir á la verdadera fe, semejantes en esto á Jesucristo que, desde lo alto de la cruz, en medio de sus últimos padecimientos y de las crueles ignominias que le prodigaban los judíos, convertia solo con el espectáculo de su resignacion y de su divino amor hácia los hombres, al ladron que estaba crucificado á su lado y al oficial romano encargado de su custodia.

Al recibir el Bautismo y al hacerse cristianos Proceso y Martiniano, no ignoraban que su santa audacia seria recompensada muy pronto por Neron con el último suplicio; por Dios, con la palma del martirio. Los horrorosos tormentos dados por el cruel tirano á millares de cristianos que habian enrojecido ya con su sangre la arena de todos los circos de Roma, la vista de los malos tratos sufridos por los dos ilustres prisioneros á quienes tenian la mision de custodiar, y las graves advertencias que les dieron los mismos Apóstoles al administrarles el Bautismo, no podian dejarles duda alguna sobre la suerte que les esperaba. Pero la fe, dice la Escritura, levanta las montañas; se rie de la muerte, de los suplicios y tormentos y les da un atractivo que hace que el creyente corra gozoso á su encuentro.

Así que el magistrado llamado Paulino, al cual Neron habia confiado la guarda de Pedro y Pablo, y que á su vez la confiara á Proceso y Martiniano, supo la conversion de estos, prendióles y les mandó comparecer á su presencia. Ellos empezaron entonces á dar gracias á Dios porque se dignaba concederles la honra de confesar su fe.

—«¿Qué sois vosotros? preguntóles Paulino.

—«Somos cristianos, respondieron, y confesamos la fe de Jesucristo.

—«Sacrificad á los dioses, volved á ser amigos nuestros, y César os colmará de honores.

—«Quédate con tus dioses, ó mas bien adora, como nosotros, á Nuestro Señor Jesucristo, á fin de librarte de los eternos tormentos del infierno.»

Irritado Paulino de su santa obstinacion, mandó que les rompieran las muelas con piedras; mas ellos, en medio de los gemidos que les arrancaba el dolor, celebraban la gloria de Dios y decian: «No, no sacrificarémos á tus dioses, que no son sino demonios: somos cristianos; Cristo es el Hijo de Dios.»

Paulino hizo traer en seguida un trípode sobre el cual habia una pequeña estátua de Júpiter, y mandó á los dos confesores que quemaran incienso al ídolo y renegaran de Jesucristo. Pero ellos pusiéronse á reir y escupieron á aquella divinidad de metal, repitiendo: «¡Somos cristianos!»

Ciego de cólera Paulino, mandó ponerles en el

potro, instrumento escogido para su suplicio; los verdugos les dislocaban los miembros con cuerdas y al mismo tiempo les apaleaban. «Renegad de vuestro Cristo, gritábales el juez, y os pondré en libertad.» En medio del crujir de sus huesos, respondian: «¡Somos cristianos! ¡nunca, nunca renegarémos del Dios que, por amor á nosotros, ha querido ser crucificado, abrevado de hiel, coronado de espinas, taladrado con clavos y morir por fin en una cruz!»

Durante su martirio, una noble señora romana, llamada Lucina, les animaba con estas palabras: «¡Perseverad, soldados de Cristo, no temais unos suplicios que van á llevaros al cielo!»

Sacáronles del potro, y otra vez les extendieron en el mismo, y desgarraron sus miembros con garfíos de hierro. Fueron conducidos cási exánimes á su cárcel, á donde fué Lucina á cuidarlos. En esto, el magistrado Paulino fue herido de muerte repentina; al recibir esta noticia, Neron mandó dar inmediatamente la muerte á los dos mártires. Sacáronlos del calabozo, lleváronlos fuera de Roma y allí fueron decapitados. Lucina recogió sus cuerpos, y despues de haberlos embalsamado preciosamente, los sepultó en las catacumbas.

Cuando llegó el dia en que la fe cristiana pudo salir de sus misteriosos asilos, cuando, por haber abrazado el Cristianismo los emperadores romanos, el culto de Cristo pudo ejercerse libremente á la

luz del sol, cuando, en fin, la Roma de las Catacumbas vino á destronar la Roma de los Césares y plantó la cruz sobre las ruinas de sus palacios, los cuerpos de innumerables mártires que la piedad de los fieles habian sustraido á la profanacion, salieron tambien de su morada subterránea, y pudieron recibir los públicos homenajes de la veneracion de los cristianos. Uno de los primeros templos que se levantaron entonces por todas partes, fue dedicado, como era justo, á los dos grandes Apóstoles mártires y fundadores de la Iglesia, cuyas preciosas reliquias fueron en él depositadas.

Mas no están solos y aislados sus cuerpos en la basílica de san Pedro; porque los Soberanos Pontífices tuvieron la feliz y bella idea de reunir en una comun veneracion á los que habian marchado de concierto al martirio, y quisieron en consecuencia que los dos cuerpos de Proceso y Martiniano guardasen en alguna manera los de Pedro y Pablo, así como habian tenido la mision de velar por su guarda en los últimos dias de su vida.

Cuando el cristiano se postra ante el sepulcro de los dos Apóstoles, bajo la cúpula de San Pedro, ve á la derecha un altar que encierra las reliquias de sus guardas. San Proceso y san Martiniano están allí para dar testimonio de sus maestros y de los milagros que Dios obraba por sus manos. ¡Los hijos no se han separado de sus padres; los carceleros, los guardas no han perdido de vista á sus presos!

## El mártir Jerónimo.

El 27 de diciembre de 1852, dos artilleros, ocupados en demoler las murallas del fuerte de las Veinte-y-cuatro-Horas, en Argel, observaron una excavacion en la que se veían huesos humanos. El esqueleto habiá conservado su forma y posicion; tenia los brazos cruzados por detrás de la espalda, las piernas juntas, y una cuerda, que habia servido para atar las manos, estaba pegada á la argamasa.

Sin dificultad se reconoció ser aquel esqueleto los preciosos despojos de un mártir del siglo XVI, llamado Jerónimo, del cual se sabia que estaba sepultado por allí, pero que inútilmente se habia buscado por largos años. La historia de este mártir es edificante; héla aquí tal como resulta de los documentos mas auténticos:

Jerónimo era árabe de nacimiento. Los españoles, que entonces eran dueños de Oran, lo cogieron muy niño aun, en una *razzia;* compróle un buen sacerdote que le instruyó y educó en la religion católica, le bautizó y le puso por nombre el suyo de Jerónimo.

Á la edad de ocho años, Jerónimo volvió á caer en poder de los árabes, y, de grado ó por fuerza,

fue otra vez mahometano. Pero veíase incesantemente perseguido por los recuerdos de la religion cristiana, y hácia la edad de veinte y cinco años, no pudiendo resistir ya mas á la voz de la conciencia que le instaba á convertirse á la verdad, volvió á Oran, abjuró de nuevo el islamismo, desposóse con una cristiana, y vivió muchos años en la práctica de las virtudes y de la religion católica.

Mas la Providencia le tenia destinado á sellar con su sangre la fe que habia abrazado voluntariamente y que practicaba con un fervor que de antemano le colocaba en el número de los escogidos.

Un dia del mes de mayo de 1569, Jerónimo y nueve compañeros suyos salieron á hacer una escursion por mar, cuando de repente se les echaron encima unos piratas árabes que les hicieron cautivos á todos y los llevaron á Argel, en donde fueron vendidos como viles esclavos. Argel estaba entonces en poder de los árabes, y Jerónimo tuvo por amo á Alí-Pachá, gobernador ó virey de la ciudad.

Este supo luego que su esclavo era árabe de nacimiento, pero que se habia hecho cristiano y católico, propúsose, pues, hacerle apostatar, para lograr lo cual empleó todos los medios que podian sugerirle el demonio y su fanatismo de sectario; amenazas, castigos, seductoras promesas, nada omitió: pero Jerónimo prefirió su fe á la libertad y á

las riquezas que le prometian, y á todas las seducciones, á todas las amenazas, no respondia sino con estas palabras: soy cristiano.

Furioso Alí-Pachá al ver frustradas sus esperanzas por la constancia invicta del confesor de la fe, que él llamaba obstinacion, resolvió vengarse de una manera terrible. Hacia construir á la sazon el fuerte, que hoy dia se llama de las Veinte-y-cuatro-Horas, y visitaba á menudo las obras.

Un dia que estaba contemplando como los peones de albañil apisonaban la tierra en las grandes cajas que sirven para la confeccion de los bloques de tápia, ocurriósele de repente un pensamiento diabólico.

Llama á Miguel de Navarra, que era su maestro de obras, y señalándole una caja ya preparada, en la que aun no se habia echado tierra, díjole:

—Miguel, deja esta caja vacía hasta mañana, que quiero hacer tápia con el cuerpo de ese perro de Oran, que rehusa volver á la religion de Mahoma.

Dichas estas palabras, volvióse Alí-Pachá á Dar-Soulthan, que hoy dia llamamos Djenina, y que era entonces el palacio de los gobernadores de Argel.

Al oscurecer, Miguel reunió á sus trabajadores y volvió con ellos al *Baño*, (nombre de la mazmorra en que estaban los esclavos en Argel). Fué en seguida á encontrar á Jerónimo y le participó lo que

acababa de pasar, exhortándole á la resignacion.

—¡Bendito sea Dios por todo! exclamó el futuro mártir, no piensen esos infieles que van á espantarme con el horrible suplicio que han inventado; no esperen que el miedo me haga renunciar á la verdadera religion. Solo una cosa pido al Señor: que tenga misericordia de mi alma y me perdone los pecados.

Desde aquel momento Jerónimo se preparó para el brillante testimonio de su fe, que habia de dar al dia siguiente. En el Baño habia una capilla, y entre los esclavos un sacerdote. Jerónimo confesó, comulgó, quiso recibir la Extremauncion, y pasó la noche entregado á la oracion.

El 18 de setiembre de 1569, cuatro *chaouchs* de Alí-Pachá llegaron temprano al Baño en demanda de Jerónimo, el cual, al oirles salió de la capilla en la que estaba orando todavía.

—¡Y bien! perro, judío, traidor, ¿porqué no quieres hacerte musulman? gritáronle á porfía al verle.

El santo esclavo no respondió una palabra y se entregó á su disposicion. Llegó en medio de ellos delante del fuerte de las Veinte-y-cuatro-Horas, en el cual estaba ya Alí-Pachá, acompañado de gran número de turcos, renegados y moros, todos gente sedienta de sangre cristiana.

—¡Hola, perro! le gritó Alí, ¿no quieres volver á abrazar la religion musulmana?

—Por nada del mundo, respondió Jerónimo. Cristiano soy y cristiano seré hasta el último aliento.

—¡Pues bien! ahulló el pachá exasperado, ¿ves esa caja? voy á hacerte apisonar y enterrar vivo en ella.

—Haz lo que quieras, replicó valerosamente el mártir de Dios: estoy preparado para todo, y por nada del mundo abandonaré la fe de mi Señor Jesucristo.

Viendo Alí-Pachá que efectivamente no habia medio de vencer la enérgica resolucion de Jerónimo, mandó que le quitaran las cadenas y que le ataran de piés y manos. En tal estado, cogieron á Jerónimo los cuatro *chaouchs*, y le echaron al fondo de la caja.

Pudo verse entonces, que de aquellos hombres feroces, no eran los mas crueles los que habian nacido en Africa. Un renegado, llamado Tamango, que se habia hecho musulman bajo el nombre de Djafar, saltó á pié juntillas dentró de la caja encima de Jerónimo, cogió un pison y pidió con empeño que le trajeran tierra, lo que fue ejecutado al punto. Aquel miserable empezó entonces á apisonar con violencia la tierra sobre el pobre mártir, el cual no dió ni un solo grito, ni exhaló la menor queja.

No queriendo otros renegados parecer menos buenos musulmanes que Tamango, cogieron tambien pisones y acabaron de ahogar á Jerónimo bajo las capas de tierra.

La caja estaba llena hasta los bordes; el mártir descansaba para tres siglos en su glorioso sepulcro. Todos aquellos tigres, saciados con la vista del horroroso suplicio, volviéronse contentos y alegres á Argel, en compañía de Alí-Pachá, que mas de una vez repitió por el camino: «Á la verdad no hubiera creido que este cristiano recibiera la muerte con tanto valor.»

Tal es la historia de la muerte del mártir Jerónimo. Así saben morir los cristianos; así saben preferir los suplicios y la misma muerte á la vergüenza y al crímen de la apostasía, seguros de que Dios les recompensará en el cielo con una felicidad infinita y eterna, los pasajeros tormentos que en la tierra sufran por el amor y la gloria de su santísimo nombre.

## Últimos momentos y muerte de san Cárlos Borromeo.

### I.

San Cárlos Borromeo es sin duda alguna, uno de los mas grandes hombres que hayan aparecido en la tierra. Hijo de una de las familias mas célebres y poderosas del Milanesado, nació en Italia en 1538. Una tierna y sólida piedad le preservó, en la infan-

cia, de las faltas á que de ordinario arrastra la ligereza é irreflexion de aquella edad; y como creció en santidad á proporcion que fue creciendo en años, vivió en la inocencia sin haber cometido jamás una sola falta grave los cuarenta y seis años de su peregrinacion por este mundo.

Sintiéndose llamado por Dios al santo ministerio del altar, abrazó temprano la carrera eclesiástica, y habiendo sido elevado á la suprema dignidad de Pontífice su tio, que tomó el nombre de Pio IV, vióse elevado él tambien muy jóven aun y contra su voluntad, á los cargos mas brillantes de la Iglesia romana. A la edad de veinte y tres años era cardenal y distinguióse entre los miembros del Sacro Colegio por su fervor y piedad, por su amor á la justicia, por su celo por la santificacion de las almas, por su inagotable caridad para con los pobres y desgraciados, por su prudencia, por su fuerza de voluntad y por la firmeza de su carácter.

Nombrado arzobispo de Milan, abandonó á Roma á pesar de las instancias de su tio, y durante los veinte y tres años de su episcopado consagróse totalmente á procurar con todas sus fuerzas la salud de las almas de su inmenso rebaño. No habia nada difícil para él cuando se trataba de hacer bien. Poseía una fortuna de mas de quinientas mil libras de renta, y empleábala toda en buenas obras, en limosnas y en fundaciones útiles y piadosas, habiendo llegado en cierta ocasion á dar en un solo dia ochenta

mil escudos (cuatro cientos treinta mil francos).

El corto espacio de que podemos disponer no nos permite referir detalladamente su admirable vida: escribióla su secretario, testigo ocular de los hechos que refiere, y habiendo caido por casualidad en las manos de un ministro protestante, bastó para convertirle á la religion católica. Ese ministro depuso sus preocupaciones contra el clero católico, y al entrar en el seno de la Iglesia, obedeció al grito de su conciencia que le decia: una religion que produce héroes semejantes es evidentemente verdadera. Vamos ahora á narrar en algunas palabras los últimos momentos y la gloriosa muerte del santo Arzobispo de Milan.

San Cárlos retirábase cada año á hacer los ejercicios espirituales, aunque bien puede decirse que toda su vida no fue otra cosa que unos continuados ejercicios, consagrada como estuvo por entero á la oracion y á las buenas obras; y entonces, aislado por completo del mundo, solo en presencia de su Dios, dedicaba algunos dias á examinar severamente los mas ocultos pliegues de su conciencia, para revestirse de un nuevo espíritu de celo, sacrificio y piedad.

En el año 1584, que fue el de su muerte, hízolos con mas fervor, si cabe, que de ordinario, en un convento célebre desde entonces, conocido con el nombre de de *Mont-Varelle*, situado á orillas del lago Mayor á veinte leguas de distancia de Milan.

En este retiro el gran Cardenal redobló sus austeridades que, si antes eran rigurosísimas, llegaron á ser en aquellos dias espantosas por lo inauditas. En efecto, la habitacion que habia escogido era una estrecha celdilla; su lecho consistia en unas tablas cubiertas únicamente con un mal trozo de manta; no descansaba sino tres ó cuatro horas por la noche; no comia sino pan ni bebia sino agua; hacia diariamente seis ó siete horas de oracion, y pasaba la mayor parte de la noche entregado á la meditacion. Al quinto dia de los ejercicios hizo su confesion anual con tan intenso dolor de su corazon y derramando tantas lágrimas, que hizo llorar á su confesor. Habíase preparado para ella la noche anterior, estando ocho horas en oracion, de rodillas, sin apoyarse, inmóvil y como arrebatado en éxtasis; y aun le pareció tan corto ese tiempo, que pensó no hubiesen adelantado el reloj. A la manera que un labrador robusto redobla su actividad al ver que se acerca el fin del dia, así san Cárlos, considerando que le quedaba poco tiempo de vida, se entregó al trabajo con todas sus fuerzas. Siempre se le habia visto muy unido con Dios durante sus ejercicios; pero nunca como en estos pareció tan abismado en Jesucristo y tan desasido de las cosas del mundo. Al tiempo de celebrar la santa misa estaba tan penetrado de Dios, y de sus ojos caian tan copiosas lágrimas, que se veia obligado á interrumpir el santo sacrificio para enjugarlas; y su rostro transfigurado

parecia entonces como radiante de luz; destello sin duda de la luz interior de que estaba llena su grande alma.

Hácia el fin de los ejercicios, el 24 de octubre, oyendo Nuestro Señor los deseos de su fiel siervo, envióle un acceso de fiebre, principio de la enfermedad que en pocos dias debia poner término á su destierro en este mundo. A pesar de todo, san Cárlos, siempre duro para consigo mismo, continuó sus ejercicios de penitencia; y solo por mandato del confesor consintió en suavizar un poco sus austeridades, en acortar su oracion y sus vigilias. Toleró que le diesen pan cocido en agua pura, sin sal ni manteca, lo cual era una gran delicadeza para él. Permitió tambien que le pusieran un poco de paja sobre las duras tablas que le servian de lecho, y acortó su oracion de algunas horas. El 28 tuvo un nuevo acceso que le hizo padecer mucho; mas sosteniendo el santo Cardenal su debilidad y postracion de un cuerpo extenuado por la enfermedad y por austerísimas mortificaciones con la fuerza y el vigor de su espíritu, resolvió dar por concluidos sus ejercicios espirituales, á fin de poder celebrar de pontifical en Milan, segun tenia por costumbre, en la próxima fiesta de Todos los Santos.

Encontrábanse en el camino que habia de seguir, dos ó tres ciudades por las cuales quiso pasar para terminar unas fundaciones caritativas y ciertas reformas cuyos fundamentos habia echado en una de

sus visitas pastorales. A pesar de la fiebre, viajó toda la noche y atravesó el lago Mayor. Con las personas de su séquito y con los barqueros hizo la oracion de la noche, y preguntó á aquellas buenas gentes si al partir procuraban á rogar á Dios. Hízoles prometer que en adelante, al emprender cada viaje, rezarian siempre un *Padre nuestro*, una *Ave María* y un *Credo*. Pasó cási toda la noche en oracion, y llegado que hubo á la pequeña ciudad de Conobbio, término de la primera etapa de su viaje, rezó el oficio, se confesó y dijo misa. Despues de haber dado gracias, tomó una sopa de pan y agua para cobrar algunas fuerzas, arregló los asuntos religiosos del lugar, y á pesar de encontrarse excesivamente fatigado, subió al púlpito para predicar al pueblo.

De Canobbio trasladóse á Ascona, á pesar del mal tiempo. Al llegar le devoraba una fiebre ardiente; quisieron hacerle descansar en una buena cama, pero llevado de su espíritu de penitencia, no aceptó sino un mal jergon. Cuando hubo pasado el acceso, creyó que podria continuar el viaje, á fin de estar en Milan el dia de Todos los Santos; pero los médicos se opusieron, y pasó la noche en aquel lugar. Al dia siguiente encontráronle que se habia levantado muy de mañana, rezando de rodillas su oficio. Preparóse para decir la santa misa, y despues de haberse confesado en la iglesia, la celebró, aunque estaba tan débil, que al hacer las

genuflexiones no podia volver á levantarse sin que le sostuviese uno de los suyos. Queria sin embargo ayunar, porque era la vigilia de Todos los Santos, y únicamente tomó una pocion amarga que le ordenó el medico.

Partió en seguida para una ciudad llamada Arona, y pasó una parte del viaje rogando y exhortando á los barqueros á que viviesen cristianamente. Hablóles de la fiesta de Todos los Santos con tanto fervor, que les hizo llorar copiosamente. En el corto espacio de tiempo que se detuvo en Arona, trató y arregló algunos graves asuntos concernientes á la gloria de Dios y á la salud de las almas. Al dia siguiente, fiesta de Todos los Santos, levantóse á las dos de la madrugada y estuvo en oracion hasta el amanecer; entonces, como lo hiciera la víspera, dijo el rezo, confesóse (cosa que hacia cada dia), y se preparó para celebrar la misa á las siete, en la cual hubo muchas personas que quisieron comulgar con motivo de la festividad. Esta fue la última misa que celebró. Una medicina tomada en mala hora agravó mucho su mal, la fiebre llegó á ser muy violenta y no le abandonó ya hasta la muerte.

Al dia siguiente, dia de difuntos, quiso tambien celebrar la santa misa, pero se encontró tan débil que no pudo: quiso á lo menos ir á la iglesia para oirla, y se confesó y comulgó con grandísimo fervor, rezando en seguida el oficio, siempre de rodi-

llas. Despues de haber tomado algun alimento, entróse en la barca y al anochecer llegó á Milan por el Tesino.

## II.

Cuanto mas se acercaba el momento en que iban á romperse los lazos que le ligaban á la tierra, tanto mas san Cárlos levantaba á Dios su corazon y unia los afectos de su alma á la divina voluntad del Criador, de suerte que no pensaba sino en Dios, ni queria sino á Dios. Siempre habia sido devotísimo de los misterios de la pasion de Nuestro Señor, que fueron ordinario objeto de sus pensamientos y meditaciones; pero en aquellos supremos instantes aun pareció subir de punto su devocion á ellos, y como no pudiese ya fijarse con profunda atencion en la contemplacion de los dolores de su divino Maestro, mandó que le pusieran cerca, de modo que pudiese verlos, dos cuadros en los que estaban representados el sepulcro del Hijo de Dios y su agonía en el huerto. Bastábale de este modo dirigir una mirada á dichos dos cuadros para traer de nuevo á la memoria el amor de su Salvador y unir sus propios dolores á los de Aquel.

Era el 3 de noviembre. Los médicos, prévio un detenido exámen del estado del augusto enfermo, declararon que estaba en peligro. Hácia las dos arreció aun la violencia de la fiebre, acompañada

de un gran sopor: por lo que hubo necesidad de manifestar al Cardenal que le quedaba poco tiempo de vida. Su confesor, encargado de darle tan triste nueva, acercóse al lecho del ilustre moribundo, y con el corazon traspasado de dolor, díjole sollozando que habia llegado su última hora y que muy pronto tendria que comparecer á la presencia del Salvador. Golpe tan terrible, que abate á los mas esforzados, no hizo mella en su grande alma, y respondió con calma, que solo deseaba fortalecerse con el santo Viático y la Extremauncion. Fueron en seguida á la catedral por el Santísimo Sacramento, y al mismo tiempo dióse la órden de doblar todas las campanas de Milan para advertir á los fieles de la extremidad en que se encontraba su querido obispo. Entre tanto llegaban su familia, amigos y servidumbre, junto con un considerable número de eclesiásticos, para recibir por última vez la bendicion de su buen Pastor. Quiso este levantar la mano para dársela, pero tuvo necesidad de que le ayudaran á hacer la señal de la cruz; tan grande era su postracion. Revistiéronle con sus sagrados ornamentos, y cuando el Santísimo Sacramento entró en su aposento, recogiendo las pocas fuerzas que le quedaban para recibir mas dignamente á su Salvador, quiso por respeto salir del lecho y comulgar de rodillas; pero no se lo permitió su extremada flaqueza. Observóse que, al administrarle la Extremauncion, hacia todos los esfuerzos

para responder al sacerdote. Un instante despues, entró en la agonía.

Acordándose sus familiares de haberle oido decir muchas veces que deseaba morir, como su glorioso predecesor san Ambrosio, en la ceniza y el cilicio; le pusieron dos horas ántes de su muerte un cilicio cubierto de ceniza bendita. El aposento estaba lleno de eclesiásticos, de los cuales unos rezaban las oraciones de la recomendacion del alma, y los otros leian la Pasion, viéndose todos obligados por las lágrimas á interrumpir á cada paso sus preces. El P. Adorus, confesor de san Cárlos, estaba á su lado con el crucifijo en la mano, sugiriendo de cuando en cuando al moribundo algunas cortas y afectuosas jaculatorias. Cuando se vió que habia perdido ya el conocimiento, todos los allí presentes prorumpieron en llanto, gritos y gemidos. ¡No es posible imaginar un espectáculo mas triste y desolador: el gran Cardenal luchando con las ánsias de la muerte, extendido en el lecho del dolor con los ojos levantados al cielo, privado del uso de los sentidos, perdida el habla y el conocimiento, revestido con un cilicio y cubierto de ceniza!...

Despues de haber pasado, desde las cinco de la tarde hasta las ocho de la noche, en una agonía tranquila, el siervo de Dios, teniendo siempre fijos los ojos en la imágen del Salvador que habia hecho colocar delante de la cama, exhaló el postrer suspiro y su dichosa alma fué á recibir en el cielo la

recompensa de los inmensos trabajos que habia padecido por su divino Maestro.

Sus servidores no se cansaban de besar su cuerpo y de lavarle con sus lágrimas. En sus espaldas veíanse grandes magulladuras, efecto de sus disciplinas; tenia la carne endurecida á causa del cilicio que llevaba siempre, y su cuerpo era tan flaco y estenuado que parecia materialmente un esqueleto cubierto de piel. Revistiéronle con sus ornamentos blancos pontificales, y, segun costumbre, se le expuso en la catedral de Milan; habiendo habido, durante los tres dias que el santo cuerpo estuvo expuesto, tan prodigioso concurso de pueblo que no bastaban á contenerle las calles y plazas públicas, y las avenidas del palacio arzobispal se asemejaban al flujo y reflujo de un mar agitado. Sobre todo los pobres, las viudas y los huérfanos estaban inconsolables por la pérdida de su padre. El rostro de san Cárlos conservó en todos aquellos dias una expresion de gozo y beatitud que pareció señal manifiesta de su santidad y aumentó todavía el dolor de los milaneses.

Fue enterrado, segun ordenaba, en su iglesia catedral, en la parte inferior de las gradas del coro, es decir, en el lugar mas pisado por la muchedumbre.

Los numerosos y brillantes milagros que obró el Señor por medio de su siervo, atrajeron á la venerable tumba que contenia los restos de san Cárlos,

una devocion tan universal, que la Santa Sede apostólica se vió en cierto modo obligada á abrir, cási inmediatamente despues de la muerte del santo varon, la causa de la beatificacion y canonizacion del cardenal Borromeo, el cual fue, en efecto, declarado *santo* y propuesto á los pastores y á los fieles como cumplido modelo de todas las virtudes del cristiano y del sacerdote.

## Carta de un presidiario.

En las sangrientas y lúgubres jornadas de junio de 1848, los insurrectos cometieron un horrible asesinato en la persona del esforzado y excelente general de Bréa, á quien habian hecho prisionero por traicion. Cuando se hubo apaciguado la guerra civil, la justicia persiguió á los culpables, y de entre el gran número de acusados que tuvieron que comparecer ante los consejos de guerra, cinco fueron condenados á muerte como culpables de aquel crímen.

Dos de ellos fueron ejecutados en marzo de 1849, y á los tres restantes se les conmutó la misma pena por la de cadena perpétua. De estos últimos, el mas inteligente y distinguido era un jóven oficial de librero, llamado Andrés C..., que solo contaba

la edad de veinte y tres años. Durante su prision, habíase convertido á Dios de todo su corazon; mas las infames influencias del presidio de Rochefort, al cual fue llevado despues de la ejecucion de sus dos compañeros, alteraron, ó mas bien destruyeron muy luego la pureza de alma que habia reconquistado, y le precipitaron de nuevo en el abismo del mal.

Trasladado en 1852 á Cayena, en donde murió despues, libróse en parte de la abominable atmósfera que le rodeaba, y tras una cruel experiencia convirtióse á sentimientos mas dignos de un hombre y de un cristiano. Escribióme una carta tan conmovedora, tan admirable por su fe, por su resignacion, por su verdadera piedad, que creo prestar un verdadero servicio al lector poniéndosela á la vista. Su lectura ha bastado para cambiar el corazon de un jóven muy poco cristiano, que la leyó por casualidad á su padre, tan indiferente como él: ni uno ni otro pudieron contener sus lágrimas, y tomaron en seguida la generosa resolucion de practicar una fe que sabe regenerar á los hombres de una manera tan divina. Ambos fueron á confesar sus pecados, y todo hace creer que continuaron siendo fieles á un tan bello principio.

Ved ahí la carta, escrita desde Cayena, en junio de 1856:

«Cayena, á 15 de junio de 1856.

«Muy querido Padre:

«Aprovecho la galantería de los padres Jesuitas para dirigiros esta carta, y sin temor de seros importuno, voy á llenar tanto como pueda estas cuatro grandes páginas.

«Cinco meses hace que me encuentro completamente libre en la capital de la colonia; trabajo todo el dia en un escritorio, tengo una habitacion para mí solo; nada gano; vivo como puedo, no muy bien; pero aun así, alabado sea Dios.

«Mientras he estado en la cárcel y en los presidios, es decir durante siete años, he descuidado constantemente mis deberes religiosos, y he vivido como viven los que no tienen fe y los que por medio de sofismas mundanos, con pretensiones de morales, tratan de reemplazar la práctica de los deberes religiosos por esta moral de conveniencia, tan indulgente para el vicio, y que llega hasta á encontrar paliativos para todas las torpezas.

«Durante estos siete años, he bebido mis iniquidades como agua, y no he cesado de ofender al bondadoso Dios con una vida culpable y desarreglada bajo todos conceptos.

«El Señor en su misericordiosa bondad ha querido agregar continuamente á mis faltas los remordimientos y la vergüenza, y mi inquieta conciencia me advertia sin cesar de que un eterno

castigo seria la recompensa de una vida tan culpable. ¡Mil veces sea Dios bendito por su gran misericordia para conmigo! Porque ¡cuántos otros, como yo, continuamente pecan, no experimentan esas saludables advertencias!

«Sin que yo lo hubiera solicitado, sin que proteccion alguna mundana interviniera por nada, fuí de pronto objeto de un favor, que retirándome de aquella innoble masa de penados, no me dejaba pretexto alguno para continuar mi culpable vida. Allí me aguardaba Dios. ¡Glorificado sea!

«Puedo decirlo sinceramente, mi muy querido Padre, si llevando aquel género de vida pude conservar la fe, he de atribuir este milagro de bondad á la proteccion de la santísima Vírgen y al mismo tiempo á las excelentes cartas que vos me escribísteis muchas veces y que yo releia á menudo, aun en medio de mis mayores extravíos.

«Desde el dia de Pascua de este año he tenido la dicha de acercarme repetidas veces á la santa mesa. ¡Ah! ¡cuán ardientemente deseaba yo llevar una vida bastante pura para poder acercarme diariamente al divino banquete! Mas ¡ay! sigo siendo un gran pecador, y mis pecados, con todo y ser menos groseros que antes, no por eso son menos numerosos. Si yo fuera mas sumiso á la voluntad de Dios, podria adquirir todavía algun mérito en mi posicion actual, porque, á Dios gracias, no me faltan cruces. Pero no es así... como si yo no de-

biera dar gracias á Dios por haberse dignado castigarme en esta vida para hacerme expiar mis pecados.

«Cada vez que me acerco á la santa mesa, no dejo de acordarme de vos y de pedir á Dios que bendiga y haga fructificar vuestros esfuerzos y trabajos para la exaltacion de la Iglesia santa. Nunca me olvido de hacer votos al Señor para que vele por su idolatrada Esposa. Mañana y noche recito un *Acordaos* á vuestra intencion, y abrigo la firme esperanza de que la buena Madre me escucha, porque no le pido para vos favores temporales, mi muy querido Padre, sino que os dé siempre valor para defender la verdad, como en las *Contestaciones*, donde me ha parecido verme indicado en uno de sus pasajes. Trátase de un hombre condenado por un horrible crímen, y que está avergonzado al verse atado con un ladron. Este pasaje, que me he aplicado, me ha causado siempre mucho pesar; pero al fin, mi buen Padre, tambien os he afligido yo mucho á vos. Y despues que tal vez me engañe.

«Ahora permitidme, querido Padre, que desvanezca una duda que tal vez se presentará á vuestra imaginacion: humanamente hablando ¿puede serme útil mi conversion? No... La práctica de los deberes religiosos en un deportado parece un acto de hipocresía...

«... En medio de todo esto el cristiano experimenta cierto orgullo en servir á su buen Maestro;

y de mí sé decir, que doy gracias á Nuestro Señor que á pesar de mi indignidad ha querido encontrarme digno de oir su voz y de probar de servirle en un sitio donde no es Él quien reina. Sobre todo le doy gracias porque el mal estado de las cosas no permite que favor alguno temporal sea la recompensa de una vida cristiana, antes por el contrario, mas bien hace que esta misma vida cristiana sea objeto de sordas y malignas persecuciones. ¡Bendito sea el santo nombre de Dios.»

«En vuestra carta fechada en Roma, me preguntábais cuáles eran los socorros religiosos que se proporcionaban en la Guyana.

«Los reverendos padres Jesuitas están encargados de los presidios. Estos buenos Padres se encuentran constantemente á la cabecera de las camas de los enfermos, y no creo que sus detractores estén dispuestos á venir á reemplazarles para impedirles el que se apoderen de la herencia que puedan dejar los deportados: en todo caso, si les vienen deseos de llevarlo á cabo, se les puede advertir que esta herencia se compone de fiebres amarillas, malignas y tifóideas.

«El Señor hiere mas cruelmente en esta vida á sus amigos que á sus enemigos. Una prueba de esta verdad se halla en la vida de los religiosos de la Compañía de Jesús en la Guyana: son pocos en número, y últimamente, en quince dias, han fallecido dos, el R. P. Stumpf, superior, y el R. P. Da-

hadie, á quien tal vez habeis conocido, pues era de París: desde su llegada á la Guyana creo que han perdido ya siete ú ocho Padres.

«El clero colonial se compone de sacerdotes seculares y de religiosos de los sagrados Corazones de Jesús y de María. Este clero es dirigido por un prefecto apostólico.

«Los hijos del santo y bondadoso Libermann son buenos y excelentes religiosos con quienes estoy en muy buenas relaciones. Tienen una preciosa biblioteca en la cual paso leyendo todo el tiempo que me es posible. Su caridad y su celo para con los desgraciados negros no se ven siempre coronados por el éxito, porque los blancos están allí... y además los negros son unos niños grandes. Sin embargo, allí como en todas partes tiene el Señor sus escogidos. Entre aquellos jóvenes hay almas privilegiadas, cuya sencilla y cándida fe hace llorar de gozo á los cristianos.

«En nuestros libros de oraciones se lee á menudo, el *Sello del cristiano*, la *Señal del cristiano*, la *Figura del cristiano*. Os aseguro, querido Padre, que estas expresiones no son totalmente metáforas. Todos esos pobres negros son horrorosamente feos; mas á pesar de su fealdad se distingue fácilmente á los que son piadosos de los que no lo son; las facciones de los primeros son dulces, benévolas y bondadosas; cuando comulgan, están, por decirlo así, transfigurados: entonces os aseguro que les en-

cuentro hermosos. En general, el negro no es todavía filósofo; pero tiene fe, y si no fuera por los blancos, todos la practicarian.

«En la vida del buen P. Libermann, escrito por Dom Pitra, ha llamado mi atencion el grabado que representa al justo despues de su muerte, y debajo se lee: G. de J. S. sacerdote; ese grabado me ha producido una agradable impresion, y creo que si yo no hubiera ya estado convertido, él habria contribuido á hacerme detestar mis pecados.

«Antes de concluir, dos gracias tengo que solicitar de vuestra caridad, mi muy amado Padre; la primera consiste en que quisiera poseer una medalla de la Inmaculada Concepcion, un pequeño crucifijo, y un rosario que fuera bendito por Su Santidad.

«La segunda gracia que de vuestra caridad tengo que solicitar, mí querido Padre, es la que de que despues de mi muerte hagais rezar un poco por mí. Yo procuraré hacer de modo que llegue á vuestra noticia.—Yo no tendria quien pudiera hacerme este servicio, y sin embargo, atendidos mis numerosos pecados, puedo muy bien decir como Bayard: Que mil años de ayuno á pan y agua en el desierto no bastarian para expiarlos.

«Si os dirijo esta demanda, monseñor y querido Padre, es porque no siempre veré morir á los demás, sino que tambien vendrá mi dia. Por lo demas, la muerte no me asusta; no es que yo crea

que mis propios méritos me alcancen la salvacion, pero espero en la inmensa misericordia de Dios.

«Las friolaras que os pido podeis enviármelas por conducto de los reverendos padres Jesuitas de París, quienes ya tendrán medios para hacerlas pasar á Guyana, junto con algo de lo que aquí envien. En cuanto á respuesta, no os la pido. Ya sabeis, querido Padre, que será para mí una felicidad el que juzgueis conveniente dirigirme algunas líneas.

«No digo mas, porque veo que he sido excesivamente largo; pero hace tanto tiempo que no he hablado con vos, que he querido recobrar el tiempo perdido.

«Soy, mi muy querido Padre, con el mas profundo respeto, vuestro muy humilde y respetuoso hijo en Nuestro Señor Jesucristo.

«Andrés C.»

## Admirable martirio del venerable Augusto Chapdelaine y de otros dos cristianos de China.

*Mártir* quiere decir *testigo*. El testimonio de la sangre, es decir, de la abnegacion suprema, jamás ha faltado á la verdadera Religion, y en nuestros dias lo mismo que en los primeros siglos de la

Iglesia, los cristianos saben morir por su divino Maestro.

El 29 de febrero de 1856, recibió en China la gloriosa palma del martirio un sacerdote misionero, Augusto Chapdelaine, añadiendo su nombre al ya tan largo catálogo de los héroes de la fe y del amor de Jesucristo. Nacido en Francia, en la Rochela, el año 1814, Augusto Chapdelaine se habia consagrado á Dios abrazando la carrera eclesiástica, y hacia solos tres años que habia comenzado la vida apostólica del misionero en medio de las provincias idólatras de la China. Dios habia palpablemente bendecido sus primeros esfuerzos, y la naciente cristiandad que él dirigia hacia concebir las mas bellas esperanzas, cuando vino á destruirlo todo la ciega venganza de una mujer. Una china todavía pagana, esposa de un cristiano recientemente convertido, habiendo tenido una querella privada con su marido, fué en su despecho á denunciarle al *mandarin*, magistrado que tiene á su cargo la justicia criminal, y con él denunció todo lo que sabia de la mision cristiana en aquel país.

El mandarin, acérrimo enemigo de los cristianos, envió una partida de satélites con órden de prender al misionero europeo y á veinte ó veinte cinco cristianos cuyos nombres especialmente le habian sido apuntados. Advertido del peligro el venerable Chapdelaine, se habia ocultado en compañía de un piadoso neófito llamado Lorenzo Pé-Mou en una casa

que creia segura. Despues de crueles tratamientos que por sí solos constituian ya un verdadero martirio, todos los cristianos acusados y algunos otros todavía fueron cargados de cadenas, presentados al mandarin y arrojados en la cárcel. Distinguíase sobre todo entre ellos una jóven viuda cristiana llamada Inés, quien nacida en el Cristianismo habia contribuido mucho con su generoso celo á la conversion de un gran número de mujeres chinas idólatras.

El misionero continuaba oculto, cuando cinco ó seis mujeres, hermanas ó esposas de algunos de los cristianos presos, le fueron á encontrar para preguntarle qué debian hacer, y si era oportuno que fueran á reclamar sus esposos y hermanos al tribunal. Aconsejóles el misionero que lo hicieran: mas como ellas no se atrevian, el valeroso Lorenzo Pé-Mou, el querido neófito y compañero del ministro del Señor, se puso al frente de ellas, y arrostrando todos los peligros se presentó ante el mandarin. Habiendo este sabido que Lorenzo y las mujeres que le acompañaban eran cristianos, sin ni siquiera escuchar su peticion, mandó cargarlos á todos de cadenas.

Durante ése tiempo habia sido descubierto el asilo del misionero; hízose cercar la casa, y el jefe de la partida entró en su habitacion; encontrándole allí arrodillado y orando preparándose para el sacrificio como el Salvador en el huerto de los Olivos.

Apoderándose los satélites del santo sacerdote, le atan con otros dos cristianos que en la casa se encontraban, y despues les conducen al tribunal del mandarin: de modo que el 25 de febrero por la tarde nuestros dignos confesores en número de veinticuatro ó veinticinco, estaban todos reunidos para rendir homenaje á la santidad de su fe. ¡Qué espectáculo! ¡Qué bello debió ser para la corte celestial y cuán conmovedor para aquellos pobres neófitos que desde su entrada en el Cristianismo habian participado tan gustosos de los oprobios de la vida del Salvador! Entonces fue cuando pudieron comprender el significado de una maravillosa señal que les habia dado el cielo sin duda para fortalecer su valor. El mismo dia en que se verificó en Lao-chan su aprehension, apercibióse encima de la poblacion una luciente corona y en medio de ella una cruz, fenómeno que vieron igualmente los idólatras y los fieles. Los paganos creyeron era aquel un mal augurio para los acusadores; los cristianos, por el contrario, aunque entonces no supieron á qué atenerse, pudieron mas tarde comprender que les vendria la corona por medio de la cruz, y se sometieron humildemente á todo lo que el cielo se dignase decidir sobre su suerte. Desde su llegada á la cárcel se les cargó de cadenas, se les hizo doblegar bajo los repetidos golpes del junco, y se les sometió á un primer interrogatorio del cual no tenemos mas que algunos fragmentos recogidos por testigos ocu-

lares. A las cadenas se añadió la canga que tuvieron la dicha de llevar toda la noche por el nombre de Jesús.

Al siguiente, dia 26, Lorenzo Pé-Mou, fue el primero en comparecer en la barra del tribunal. Aquel que con tanta espontaneidad se habia ofrecido á seguir en sus tribulaciones al misionero, tuvo la gloria de ser el primero en confesar á Jesucristo con el valor y la firmeza que á su alma inspiraba una viva fe. Dirigiéndose á él el mandarin, pretendió desde un principio imponerle con terribles amenazas.

—¿Porqué, le dijo, practicas la Religion del Señor del cielo que es una religion perversa y que induce al pueblo á la rebelion?

—No, respondió el generoso neófito, la Religion del Señor del cielo nada es de lo que acabais de atribuirle. Lo que ella nos enseña es huir del mal, practicar el bien y salvar nuestras almas.

—¿Porqué sigues al maestro *Ma?*

Este era el nombre chino del venerable Chapdelaine.

—Lo sigo porque nos enseña á conocer al verdadero Dios y á practicar su santa Religion.

—¿Quieres seguirle todavía?

—¡Jamás le abandonaré!

—Pues si no le dejas, si no renuncias á tu Religion, te mandaré cortar la cabeza.

—Puede el mandarin cortar mi cabeza; no solo la mia, sino hasta la de mi mujer y las de mis hijos;

pero renunciar á mi Religion, á la Religion del Señor del cielo, cesar de dirigirle mis preces, ¡oh! no; jamás me haré reo de tan negra traicion. Mandarin, cortadme, si os place, la cabeza; ¡yo no apostataré jamás!

Irritado el mandarin, mandóle azotar durante largo rato; mas al fin, viendo que Lorenzo se mantenia firme en su relacion, díjole con acento colérico:

—¡Pues bien! Ya que lo quieres, sea: se te decapitará.

¡Y llamando á uno de sus feroces satélites, le hizo cortar la cabeza!

No se ha podido descubrir todavía que se habian hecho los preciosos restos de este glorioso mártir de Jesucristo. Algunos dicen que han sido inhumados; los mas, por el contrario, aseguran que fueron arrojados á un muladar. ¡Pero, qué importa! Dios sabrá encontrarlos muy bien en su dia, y rodear de la gloria que merecen á estos miembros que tan generosamente por él sufrieron. Hacia solos cinco dias que aquel digno atleta de la fe habia sido regenerado con las sagradas aguas del Bautismo; entonces recibió el nombre del santo mártir Lorenzo, cuya constancia tan perfectamente debia imitar. A la manera que su santa persona jamás quiso separarse de san Sixto, cuando este caminaba al suplicio, así Lorenzo Pé-Mou jamás habia querido apartarse del lado de su querido maestro Ma. Como él

permaneció impávido ante el furor de los tiranos; como él tambien, su alma purificada y embellecida por la sangre que con tanta nobleza habia derramado, fué á reunirse con el glorioso ejército de los mártires, para participar de su gloria en los resplandores de la eternidad.

En pos de la ejecucion de Lorenzo Pé-Mou, vino la de la jóven Inés. Mas antes de relatar el triunfo de esta jóven heroína, digamos algunas palabras sobre sus primeros años.

Nacida en 1833 en la provincia de Kouéi-Tcheou, de un viejo y pobre médico cristiano, Inés Tsaou-Kong, se distinguió ya desde sus mas tiernos años por su aficion á la piedad y á la constante práctica de la virtud. Habiendo quedado huérfana á la edad de quince años y privada desde aquel instante de todo apoyo, fue recogida por la caridad de los misioneros de la provincia, quienes la mandaron á la escuela, donde hizo notables progresos en la lectura y escritura de los libros chinos. Al año siguiente fue casada con un cristiano que murió tres ó cuatro años despues, dejando á la jóven Inés pobre sin amparo alguno, pero siempre fervorosa y resignada á la santa voluntad de Dios. Entre tanto, como empezara á extenderse la fe en la provincia del Quang-Si, y aumentara rápidamente el número de los neófitos á instancias del venerable Chapdelaine, fue enviada allá esta jóven con el objeto de que instruyera en la Religion cristiana á las personas de su sexo, Inés

desempeñaba perfectamente el cargo que le estaba confiado. De una virtud á toda prueba, dulce, modesta, siempre contenta con su suerte, tanto si iba bien como si se presentaba mal, no se cuidaba ella de otra cosa que de conquistar almas para Dios y dirigirlas por el camino de la salvacion. Así, por lo práctico de los deberes propios de su posicion, se preparaba para entrar en la liza de las heroínas de la fe y para sostener los gloriosos combates del Señor.

Aprehendida el 24 de febrero y como se distingüia de las demás por su valor, fue aherrojada y conducida á la presencia del juez, quien puso en juego mil medios con que alterar su constancia: pero Inés se mostró siempre invencible en su fe. Ni las promesas, ni las amenazas, ni las maldiciones que el brutal mandarin la dirigia, ni la vista de los suplicios que presentaba á su vista, pudieron debilitar su resolucion de ser toda de Dios y de serle fiel hasta el último instante de su vida. Entre las diversas preguntas que le dirigió el mandarin, se han notado principalmente las siguientes, que dan una prueba de toda la tranquilidad y sencillez de su alma.

—¿De dónde eres?

—Del Kouei-Tcheou, de Hijn-y-Fou.

—¿Quién te ha enseñado la Religion cristiana?

—Mis padres, que han sido siempre cristianos. Despues se me envió á la escuela, donde aprendí algo á leer.

—¿Qué has venido á hacer aquí?

—Hace dos años que habiendo un gran número de personas abrazado la religion cristiana en este país, he venido para enseñar á las mujeres y á las niñas de orar y de servir á Dios.

—¿Porqué las enseñas de robar como los pájaros?

—No les enseño de robar, sino de orar. Bien conoce el mandarin que esto no es mas que una calumnia inventada contra nosotros.

—¿Porqué los instruyes de noche y no de dia?

—Porque de dia ellas trabajan ya en el campo ya en su oficio, y de noche están libres.

—Díme, añadió el mandarin sin pretender siquiera ocultar su venalidad; díme; ¿tiene mucho dinero el maestro Ma?

—No lo sé.

Hízola otras preguntas y acabó por decirla:

—Si no renuncias á la Religion de tu maestro Ma, te haré morir.

—Hacedme morir, si quereis, pero yo no renunciaré á la Religion del maestro Ma, que es la Religion del Señor del cielo.

—¿De qué manera quieres que te haga morir?

—Dándome el mismo suplicio que á mi maestro Ma.

Consintió el mandarin en su eleccion, y al instante mandó preparar una jaula parecida á la del misionero y cuya descripcion verémos mas adelante. Entró en ella Inés el 28 de febrero, al mismo tiempo que el venerable Chapdelaine. Situados á poca distan-

cia uno de otra, podian verse, mas no hablarse: circunstancia penosa para aquellos dos mártires de Jesucristo que, dedicados á una misma obra, se veian probados con los mismos tormentos, y tenian la esperanza de ir juntos á recibir su recompensa. Despues de haber pasado cuatro dias entregada á esta cruel tortura la santa é ilustre heroína, consumida por el hambre y la sed, completamente mutilada y despedazada, puso su alma en las manos de su Creador, y voló á recibir de las de Jesucristo la brillante corona de los mártires. Hay bastantes probabilidades de que su cuerpo fue enterrado, pero no se ha podido descubrir todavía el sitio donde reposa. ¡Esperemos que algun dia permitirá Dios que pueda ser ofrecido á la veneracion de los fieles!

Finalmente, despues de haber contemplado con sus propios ojos los combates de sus generosos neófitos, era justo que el sacerdote de Jesucristo, el apóstol de la fe, compareció á su vez en el escenario, y dió pruebas del valor de que la divina gracia llevaba su alma. Interrogado primeramente por su religion, el venerable Chapdelaine respondió como debia á esas preguntas preliminares; luego como el mandarin le dirigiera varias preguntas impertinentes tales como estas:

—¿Cuánto dinero tienes? ¿Por qué enseñas de robar á tus sectarios?... el misionero, fuera que no comprendiese bien al mandarin, como lo han opinado algunos, ó bien fuera que quisiere imitar á

Nuestro Señor Jesucristo en presencia de Herodes, se callaba y no daba contestacion alguna á sus invectivas. Irritado el juez hízole dar cien golpes en la mejilla con la sangrienta soleta de cuero, de cuyos golpes uno solo basta para inundar de sangre los carrillos; de modo que estos cien golpes, administrados con toda la fuerza que prestar pueden el fanatismo y la sed de venganza, debieron literalmente hacer saltar los dientes y destrozar las mandíbulas del glorioso mártir. Imposibilitado así de hablar y por lo tanto de contestar, fue tendido boca abajo y se le administraron todavía trescientos latigazos en las espaldas. Todos estos tormentos no lograron hacerle lanzar un solo suspiro ni proferir una sola queja, de modo que el mandarin y los asistentes estaban admirados y estupefactos, pues, segun costumbre de los pacientes en China, cuando se les azota por órden de la autoridad, deben lanzar grandes gemidos y suplicar al gran mandarin que les perdone. Pero nuestro digno confesor, unido en cuerpo y alma á Nuestro Señor Jesucristo, pudo soportar todo lo que de mas cruel tiene el tormento sin que su boca descubriera el dolor de que estaba abrumado. Atribuyendo el mandarin aquel tan extraordinario silencio á algun arte de mágia, mandó degollar inmediatamente á un perro y rociar con su sangre el cuerpo del mártir, y despues continuaron azotándole sin contar ya los golpes, hasta que le vieron imposibilitado de mover-

se: entonces fue llevado á su prision á peso de brazos, pues hubiérale sido imposible ir por sí mismo á ella. Pero ¡oh piadosa bondad de Dios! pocos instantes despues el misionero se levanta, y empieza á pasearse como si estuviera en completa salud. Los satélites testigos de aquel prodigio se acercan á él y le preguntan, ¿cómo es que no pudiendo un momento antes moverse camina ahora con toda libertad? A lo que responde sonriendo el sacerdote:

— Es que el buen Dios me ha protegido y bendecido.

No se necesitaba mas para demostrar toda la inocencia, toda la belleza del alma del generoso mártir de Jesucristo; pero aquellos ciegos y furiosos hombres, viendo solamente en esta nueva maravilla una razon mas para creer en su poder mágico, le hacen servir una comida compuesta de los manjares reputados como los mas inmundos del país, á fin de destuir en él el efecto de sus hechizos. Como sabia el misionero que los afiliados á las sectas secretas tienen horror á esas especies de manjares, que miran como un antídoto para sus misteriosas prácticas, tomó de todas, para probar que no pertenecia á sociedad alguna prohibida; pero en muy pequeña cantidad: y estos fueron los únicos alimentos que se le ofrecieron desde el primer instante de su encierro hasta el momento que entró á participar del banquete celestial, pues el

mandarin prohibió, bajo pena de muerte, que se le presentara manjar alguno de cualquier especie que fuera.

El santo mártir fue condenado á muerte, y el 28 de febrero, encerrado frente á frente con Inés, como ya lo dijimos, en una jaula de madera expuesta al ardor del sol. Estaba allí, con las manos atadas á la espalda, pasada la cabeza por un agujero, como si estuviera colgado por los huesos de las mandíbulas y de la nuca y pudiendo apenas tocar el suelo de la jaula con la punta de los piés. Un salvaje la vigilaba dia y noche... Inés murió á los cuatro dias. El misionero no falleció hasta el dia siguiente.

En cuando hubo muerto, sus guardas le sacaron de la jaula, hiciéronle pedazos, y arrancándole el corazon se lo comieron despues de haberlo freido en una sarten.

Su sagrado cuerpo no ha podido encontrarse: únicamente la cabeza del mártir está en poder de los cristianos. Separada de su tronco y colocada en una pequeña jaula, fue colgada de la rama de un árbol por medio de la trenza de su cabello, que á imitacion de los chinos conservaba en mitad de la cabeza, y dejó crecer sin jamás cortarlos. Al cabo de unos quince dias, la trenza se rompió y quedó atada á la rama de la cual fue retirada por los fieles y enviada á la capilla de los Mártires de París. La cabeza, despojada de sus carnes, fue por algun

tiempo objeto de los ultrajes y de los crueles juegos de los muchachos infieles, que la hacian rodar por tierra, hasta que fue sustraida á sus vituperios por manos mas dignas, y respetuosamente depositada en un lugar secreto. El papa Pio IX ha declarado ya *venerable* al mártir Augusto Chapdelaine, y ha ordenado que se continúe el proceso de su beatificacion.

Tal es el compendioso relato del cruel y admirable martirio sufrido en nuestros dias en China por un sacerdote católico que la Francia ha tenido el honor de dar al mundo y á la Iglesia. Esperemos que este nuevo santo se acordará en los divinos goces de la celestial patria, de las innumerables miserias y necesidades de la patria que aquí abajo tuvo, y que él, lo propio que los compañeros de su triunfo, nos alcanzarán las bendiciones de Dios, únicas que pueden devolver la fe al mundo y contener el devastador torrente de la impiedad.

## Martirio del jóven sacerdote polaco Estanislao Iszora.

La causo principal del implacable odio de los rusos hácia los polacos, estriba en que la Polonia es católica. El cisma es todavía mas feroz en su cólera que la heréjía. De un siglo acá, el cisma

ha destrozado y ensangrentado repetidas veces el suelo de Polonia, con la esperanza de aniquilarla; primero, bajo el cetro de la célebre y detestable emperatriz Catalina, la amiga de Voltaire; despues bajo el de Nicolás I, de terrible memoria; y por último en nuestros dias, asesinatos y crueldades dignas de los Drusos ó de los antiguos Césares perseguidores, diezman la polonia, y los gobernadores, los generales y los *popes* (1), fusilan, incendian, atormentan y cubren de sangre y de ruinas aquella nacion fiel que mas quiere morir que apostatar.

Los sacerdotes son el principal objeto de sus persecuciones, como lo eran en las primitivas edades de la Iglesia. Uno de ellos, todavía bastante jóven, pues apenas tenia treinta años, acaba de dar á su fe y á su patria el testimonio de su sangre.

Es el jóven presbítero Estanislao Iszora, salido de una antigua y noble familia y martirizado en Wilna, Lituania, el 3 de junio de 1863.

Estanislao Iszora, terminados sus estudios eclesiásticos y promovido ya al sacerdocio, habia sido nombrado vicario del venerable párroco de Zoludko en el distrito de Lida. Para conservar la paz y la concordia fraternal entre los propietarios y los colones de Zoludko, habia leido desde el púlpito una declaracion de los propietarios y señores polacos quienes cedian á los labradores las tierras que cul-

(1) Nombre que se da en Rusia á los sacerdotes del rito griego.

tivaban á título de arrendamiento, paralizando de este modo las pérfidas maquinaciones de los cismáticos que atribuian á los señores católicos una porcion de perversos designios, con el objeto de amotinar contra ellos al pobre pueblo y sembrar así la division entre los polacos.

Habiendo tenido noticia el abate Iszora de que el feroz Muravieff, nuevo gobernador ruso de Varsovia, habia dictado contra él auto de prision como infractor de *las leyes*, ocultóse y huyó en pos de una partida de pobres polacos, fugitivos como él, y errantes por los bosques, acabando por ser en breve su capellan. La autoridad, no habiendo podido coger al pretendido culpable, prendió en su lugar al cura de la parroquia, anciano enfermo, del todo inocente de la falta atribuido á su vicario. Este, para libertar al venerable prisionero, dejó á sus compañeros de infortunio, y fué á ponerse voluntariamente en poder de los rusos. Conviene hacer notar que se constituyó prisionero antes del 1.° de mayo, y por tanto antes de que esperase el plazo fijado por el hukase de amnistía; y aun que su objeto no habia sido el de obtener su perdon ni el de aprovecharse de la amnistía, sino el de hacer devolver la libertad á su párroco, detenido por su causa, no por eso tenia menos derecho, atendidos los términos en que estaba concebido el hukase imperial, á ser completamente absuelto y puesto tambien en libertad.

Pero la *justicia* de los suyos es cismática y no abandona tan fácilmente su presa. Sin hacer gran caso del decreto de amnistía, el abate Iszora fue retenido preso, fue presentado ante una comision militar y condenado por este á la pena de muerte. Nazimow, gobernador de Polonia antes de Muravieff, habia conmutado esta pena por la de cinco años de destierro en Siberia; pero Muravieff rasgó las cartas de gracia é hizo resucitar arbitrariamente la pena de muerte.

El dia 3 de junio, á las seis de la mañana, se notificó al dean de Wilna la órden de que se trasladase á la cárcel para confesar al sacerdote Estanislao Iszora. Encontróle en una celda encerrado con el abad Szirwid, párroco de Wasilew. Al ver al dean, levantóse precipitadamente y se abrazo al cuello de su antiguo profesor de la Academía. Comprendiendo cual podia ser el objeto de aquella tan matutinal visita, suplicó al dean que se ocupase primeramente del abad Szirwid, anciano de avanzada edad.

—En cuanto á mí, dijo, soy jóven y espero que tendré valor para sufrir, sostenido por la esperanza de la próxima felicidad de mi patria.

Mas habiéndole contestado el dean que habia sido llamado únicamente para él, dispúsose para confesar y recibió el sacramento de la Penitencia con un fervor admirable.

Cumplida su mision y no pudiendo pensar que

se tratase de ejecutar inmediatamente al prisionero, retiróse el dean prometiéndo volver á verle. Al cruzar el patio de la cárcel fue detenido por un viejo que le preguntó si era verdad que el cura Iszora iba á ser fusilado. Era el padre del jóven prisionero: su corazon paternal presentía la muerte de su infortunado hijo. El dean le contestó que no sabia absolutamiente nada.

Esta breve conversacion habia atraido al general cosaco Szamszow, quien preguntó al dean si habia confesado y hecho comulgar al prisionero.

—No he recibido órden de hacerle comulgar, díjole este.

—Pues daos prisa en hacerlo, repuso el general.

El dean volvió á la celda del cura Iszora, y le dijo que acababan de ordenarle que le trajera el santísimo Viático.

—Ya me hago cargo de lo que va á suceder, contestó el jóven sacerdote: dispuesto estoy á apurar el cáliz hasta las heces. Decidme tan solo si debo morir fusilado ó ahorcado. No me lo oculteis: á todo estoy dispuesto.

—Pongo á Dios por testigo de que nada sé, contestóle con emocion el dean: únicamente os pido que no os preocupeis sin motivo. Pensad solo en disponeros á recibir á Nuestro Señor.

—Esto voy á hacer, repuso el prisionero.

Media hora despues el dean le administraba la

sagrada Comunion, que recibió con una piedad angelical.

La hora que siguió pasáronla conversando el jóven mártir y su confesor. El sacerdote Iszora estaba mas tranquilo que el dean y se esforzaba en disipar la tristeza que en él notaba. De pronto ábrese la puerta, y el guarda, dirigiéndose al prisionero, le dice esta sola palabra:

— Venid.

Levantáronse los dos sacerdotes, y antes de salir el reverendo Iszora deslizó en la mano del dean una suma de 60 rublos, que era todo lo que poseia, para que la distribuyera entre los pobres.

En el patio de la cárcel encontraron una numerosa escolta, en medio de la cual fueron colocados, y juntos se dirigieron hácia el barrio donde debia tener lugar la ejecucion. El trayecto duró mas de una hora. Cuantos vieron al sacerdote Iszora, escribia un testigo ocular, cuando le vieron caminar hácia la muerte rodeado de sus verdugos, con una serenidad de rostro y una tranquilidad de espíritu admirable, no olvidarán jamás aquel conmovedor espectáculo y pedirán á Dios les conceda, al llegar su última hora, la misma fe y el mismo valor.

El jóven sacerdote tenia un exterior agradable y distinguido, la tez fresca y sonrosada y los ojos azules; su rostro sereno y sonriente anunciaba la paz y la resignacion de su alma. Iba vestido con la sotana é iba á pié. Atravesó por entre una inmen-

sa multitud cuyos ojos llenos de lágrimas estaban fijos en él. Durante todo el trayecto, que como hemos dicho fue bastante largo, no se notó en él la menor señal de debilidad ó de aprehension: su actitud era grave y digna. Al verle avanzar así, recitando con su cofrade las oraciones de la Iglesia, se hubiera dicho que iba á tributar los últimos deberes á un hermano difunto; ¡y eran las oraciones de su propia agonía las que rezaba! ¡y era su propio cortejo fúnebre el que por sí mismo conducia!

La plaza del Mercado estaba atestada de campesinos, y la poblacion de Wilnia habia acudido allí en masa. Los soldados de la escolta se vieron con trabajos para abrirse paso á través de la muchedumbre y para llegar al círculo formado por la caballería y por la infantería alrededor del fatal poste. El sacerdote Iszora saludó con una sonrisa á los comisarios que le esperaban al pié del poste y se acercó á ellos sin apresurar ni contener el paso. Despues de la lectura de la sentencia oró de rodillas, recibió la absolucion de su confesor, levantóse luego, dió su bendicion al pueblo cuyos sollozos y gritos de indignacion oia, abrazó tiernamente al compañero que le asistía y le suplicó que celebrase á su intencion el santo sacrificio. Este, con los ojos bañados en llanto, le abrazó á su vez con efusion, y presentándole la cruz para que la besara, le dijo:

—Rezaremos por vos, aunque mejor podréis vos rezar por nosotros en el cielo donde vais á entrar.

El reverendo Estanislao respondió besando la cruz; devolvióla á su confesor apretándole por última vez la mano y se puso á disposicion de sus ejecutores, quienes le ataron á un poste.

Habia pedido que le dejasen morir con el rostro descubierto, pero se le negó, y tuvo por lo tanto que someterse á ser envuelto con un largo velo que le cubria hasta los piés. El mismo dean de Wilna, fue quien le revistió con aquel fúnebre paño. Mas antes de que se cumpliera esta formalidad que le cerraba por última vez la vista de la tierra, el santo sacerdote levantó hácia el cielo un rostro radiante, en el que resplandecia ya la alegría de la mansion divina que se abria para él.

Entonces se adelantaron doce soldados, é inmediatamente sonó una descarga. Un prolongado gemido salió de todos los pechos. La víctima no lanzó ni un solo grito, ni hizo un solo movimiento: vivia aun. En Rusia no se acostumbra matar á la primera descarga: una muerte demasiado pronta pareceria demasiado dulce. Tortúrase á la víctima con descargas sucesivas que le infieren crueles heridas, y prolongan para ellas una horrible agonía. Despues de la primera descarga que habia sido inútil, el general Szamszow que mandaba la tropa, observó que los soldados que formaban el peloton tenian los ojos llenos de lágrimas. Acercóse á ellos para reprenderles; pero su emocion le dominó, y, cosa rara en un cosaco, enterneciose y apenas pudo mas que ha-

cerles la señal de que volvieran á tirar. Cargaron de nuevo las armas, apuntaron á la cabeza y al corazon de la víctima é hicieron fuego. Un nuevo grito de horror salió de entre la multitud. El sacerdote Iszora, dejó caer hácia adelante la cabeza y la mitad de su cuerpo. A no ser por las ataduras que le tenian sujeto al poste, hubiera caido en el suelo. Estaba muerto.

Los soldados le despojaron inmediatamente de sus vestiduras y le arrojaron en una fosa abierta con anticipacion, cerca del sitio del suplicio. Llenada la fosa de cal, tierra y de estiércol, pasaron varias veces por encima de ella los caballos de los cosacos á fin de que no quedasen vestigios de ella, y la tropa se retiró.

Entonces explotaron el dolor y la indignacion de la multitud, y mas de una voz exclamó á la vista de aquella tumba aun fresca:

—¡ Dios vengará la muerte de este mártir !

Despues de esta terrible ejecucion, el padre del jóven mártir polaco se volvió loco, y su madre murió de pesar.

## Obra buena nunca perdida.

El célebre doctor Dupuytren, uno de los mas famosos quirúrgicos que han honrado la ciencia, ocultaba un buen corazon bajo unas maneras sumamente

bruscas; y vais á ver á qué buena obra debió sin duda alguna la mayor gracia que le hizo Dios, la mayor que á todo hombre puede hacer, la de morir cristianamente.

Cierto dia el gran quirúrgico vió entrar en la sala de consultas á un sacerdote de aspecto tímido, de dulce y sencilla mirada, cási pobremente vestido, con el calzado cubierto de polvo, en quien á la primera ojeada reconoció á un cura de aldea. Con el acento brusco que le era habitual, le preguntó qué queria, y el buen sacerdote explicó en pocas palabras que era ecónomo de una pequeña parroquia de la diócesis de Versalles, que tenia en la cabeza un lobanillo que le hacia sufrir atrozmente, y que, cediendo á las instancias de sus bondadosos parroquianos, habia venido á suplicarle que examinase su mal y le indicase el remedio que necesitaba.

Dupuytren dió una ojeada al sitio donde estaba el mal, tentóle con la mano y dijo al pobre eclesiástico:

—Es inútil que volvais; vuestro mal no tiene remedio y por lo tanto no puedo dároslo.

El buen cura se levantó, pidió al doctor que le dispensase la molestia que le habia causado y se retiró tranquilamente murmurando tan solo á media voz:

—¡Mucho pesar van á tener mis pobres parroquianos!

Dupuytren, afectado ante la calma y la sencilla reflexion del sacerdote, llamóle bruscamente, le examinó de nuevo con mas atencion que antes, y le dijo:

—Si quereis volver el jueves al Hotel-de Dieu, probaré una operacion dudosa, pero que si sale bien puede salvaros.

— Iré el jueves por la mañana al Hotel de Dieu, respondió el sacerdote.

Y se despidió del doctor.

El jueves á la hora citada, llegó Dupuytren al hospital, y el primer rostro que vió fue el de su cura de aldea.

Fuese directamente hácia él, preguntóle si estaba dispuesto á sufrir la dolorosa operacion que podia salvarle, y habiendo obtenido de él contestacion afirmativa, hizo los preparativos necesarios en tales circunstancias. Sus discípulos, que le rodeaban, observaron que su rostro, habitualmente impasible, estaba muy afectado, y que un ligero temblor agitaba su mano mientras escogia el instrumento mas propio para la operacion.

En el momento de empezar, el doctor dijo á dos de los asistentes que sostuvieran al paciente; pero el santo sacerdote levantó hácia él los ojos, y con acento á la vez firme y tranquilo le dijo:

—Es inútil, doctor; no me moveré.

Y en efecto no se movió: durante toda la operacion, en tanto que su sangre manaba á borbotones

bajo el acero del cirujano, permaneció inmóvil, fijos los ojos en la imágen del Salvador crucificado.

Terminada la operacion, el doctor Dupuytren estrechó la mano del animoso eclesiástico con una emocion que no trató de disimular, y se alejó de su lecho, tan pálido como el mismo paciente.

Al dia siguiente volvió, levantó por sí mismo el apósito, pareció satisfecho y dijo al sacerdote:

—Eso va bien: estais salvado.

El buen cura levantó al cielo los ojos, cogió entre las suyas las manos del doctor, y exclamó:

—Os doy las gracias en nombre de mis pobres parroquianos, caballero: ellos serán muy dichosos y rogarán á Dios por vos.

Algunos dias despues el digno cura, completamente restablecido, dejaba el hospital y volvia á su querida parroquia.

El verano siguiente, Dupuytren le vió entrar de nuevo en su gabinete, llevando en la mano un cesto. Esta vez salió al encuentro del buen cura y le acogió con visible satisfaccion. El pobre ecónomo traía á su salvador un regalo de parte de sus parroquianos: las primicias de los frutos de sus humildes jardines. El doctor recibió con emocion aquel conmovedor testimonio de gratitud, y el buen cura se volvió contento con su cesto vacío...

Pasáronse muchos años, y parecia que Dupuytren habia olvidado ya al cura de aldea: pero aquel rostro tan dulce, tan sencillo y tan firme á la vez, se

habia grabado profundamente en su corazon, y en él lo encontró, á Dios gracias, cuando se aproximó la solemne hora de su muerte.

Cuando con aquella penetracion que rara vez le engañaba vió con certeza que se acercaba su hora, Dupuytren se acordó de que habia un Dios á quien iba á dar cuenta de sus obras, y se acordó tambien de que aquel Dios tenia un ministro humilde y santo á quien él habia hecho en otro tiempo un favor y que le habia prometido no olvidarle. Sin vacilar, pues, mandó llamar al pobre ecónomo de la aldea.

Algunas horas despues el buen sacerdote estaba á la cabecera de su cama, asistiendo á su vez á aquel que le habia asistido, y en cambio de la vida del cuerpo que el gran quirúrgico le habia conservado, traíale la vida del alma con sus eternas esperanzas. Dupuytren se confesó humildemente, recibió con fe y amor los últimos Sacramentos de la Iglesia, y espiró dulcemente entre los brazos y con la bendicion del venerable sacerdote.

Así fue como Dios recompensó su buena obra, y así fue como una vez mas se realizaron aquellas celestiales palabras del Dios de misericordia y de bondad infinita: «En verdad os digo, que aquel que diese tan solo un vaso de agua fria en mi nombre á uno de sus hermanos, aquel no perderá su recompensa.»

## Un pequeño cirio á María.

Dos pobres viejos, marido y mujer, vivian con grandes apuros en un miserable desvan, por el cual pagaban de alquiler veinte francos al año. Muchas eran las noches en que se acostaban sin cenar, y muchas veces tambien, aquellos dias mismos, su almuerzo habia consistido en algunas duras cortezas de pan mojadas con agua.

No osaban dar á conocer su pobreza. En otros tiempos habian estado bastante acomodados, pero habian ido vendiéndolo todo... y un dia, era un sábado, se encontraron sin dinero, sin pan y sin alimento de ninguna especie.

La mujer estaba imposibilitada; el marido enfermó y precisado á guardar cama... El dia se pasó angustiosamente, y llegó la noche sin que hubieran comido ni un bocado.

Los dos viejos lloraban y rezaban.

El dia del domingo fue todavía mas horrible. Por la noche la necesidad hizo salir de casa á la pobre impedida. Pero la vergüenza la detuvo cuando llegó el momento de pedir, y volvió á su habitacion mas desfallecida y mas abatida que antes. Hacia cuarenta y ocho horas que nada habian tomado. Un

copioso sudor se deslizaba por sus rostros pálidos y demacrados.

—¡Pobre mujer mia! dijo el anciano: vamos á morir: ¡Dios nos abandona!

La pobre vieja no contestaba. Sin embargo, algunos instantes despues levantó la cabeza y como cediendo á una súbita inspiracion:

—Amigo mio, exclamó, invoquemos á la Virgen santísima. Ella es la consoladora de los afligidos y el refugio de los que sufren. Ella nos salvará. Mira, añadió, en el cajon me queda un pequeño cirio. Hagámoslo arder delante de su imágen, y María vendrá en nuestra ayuda.

Reanimados con esta confianza, levántanse penosamente los dos infelices, y en medio de las tinieblas de la noche encuentran el cirio, lo encienden y lo colocan delante de una pequeña estátua de la Vírgen que no habia encontrado compradores, porque no tenia valor alguno material. Pónense de rodillas, y apoyados el uno en el otro, piden auxilio á *Aquella* á quien dicen que jamás se invoca en vano. Amargamente lloraban los dos viejos haciendo su plegaria...

Una obrera que vivia en frente, en el mismo patio, tenia un niño enfermo. A eso de media noche se levantó para darle de beber, y mirando por la ventana vió luz en la de los dos pobres viejos. Les conocia un poco, y siempre que se encotraban se saludaban.

—¿Estará enferma esa pobre gente? se preguntó.

Y atraida no sé por qué instinto, se viste, toma su linterna y sube hasta la habitacion de ellos. Empuja la puerta... ¡qué doloroso espectáculo!

Los dos infortunados, jadeantes, desfallecidos, pudiendo apenas sostenerse, estaban mas bien sentados que arrodillados delante de la imágen de la Madre del Salvador...

Confiesan su posicion y la caritativa vecina corre en seguida á buscarles caldo, pan y algunas otras provisiones, les abraza y les consuela.

Al dia siguiente va á avisar al párroco y al presidente de la conferencia de san Vicente de Paul. Uno y otro van al instante á la habitacion de aquellos infelices, y reprendiéndoles porque no habian acudido mas pronto á ellos, les dan un socorro provisional al que siguió en breve una mas formal asistencia.

Para colmar la bendicion del cielo, algunos dias despues les sobrevino una pequeña herencia de un pariente lejano, y puestos desde entonces al amparo de la miseria, los afortunados viejos cuentan á todo el que quiere escucharles, la asistencia verdaderamente milagrosa que de la santísima Vírgen recibieron.

Sin el pequeño cirio, ó mas bien, sin la confianza en María que les sugirió la piadosa idea de encenderlo delante de su imágen, la buena vecina no habria acudido en su auxilio, y habrian muerto de miseria antes que les hubiera llegado la herencia.

## El pequeño Eucologio.

Era en 1851 : yo vivia á la sazon en París. Volvíame cierto dia á mi casa, deteniéndome de vez en cuando delante de los ricos almacenes donde el lujo de la capital tienta á los transeuntes á todas horas y bajo todas formas.

Detúveme á revolver algunos libros de los que estaban expuestos en el mostrador de un vendedor de libros viejos, y sin saber cómo ni por qué compré un pequeño *Eucologio* que estaba perdido entre una porcion de malos libros. Jamás habia entrado en mi casa una obra de aquel género. Hasta entonces su contenido me habia parecido ser un conjunto de cuentos y fruslerías, indignas de ocupar la atencion de un hombre formal.

Sin embargo lo compré, repito, sin darme cuenta de lo que hacia. Llegado á mi casa me acosté, y antes de dormirme cogí mi nueva adquisicion y abrí al azar sus páginas. Y no ya por azar, porque el azar no existe, sino por un efecto de la infinita misericordia de Dios, mis ojos se encontraron con la *Plegaria de la noche*. Aquella oracion empezaba así :

«En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

«*Pongámosnos en la presencia de Dios y adorémosle.*

«Yo os adoro, oh Dios mio, con la sumision que me inspira la presencia de vuestra soberana grandeza. Creo en Vos, porque Vos sois la Verdad misma. Espero en Vos, porque Vos sois infinitamente bueno. Os amo con todo mi corazon, porque Vos sois soberanamente amable, y amo al prójimo como á mí mismo por amor vuestro.

«*Demos gracias á Dios por los beneficios que nos ha dispensado.*

«¡Cuántas acciones de gracias debo daros, Dios mio, por todos los beneficios que de Vos he recibido! Habeis cuidado de mí desde toda la eternidad, me habeis sacado de la nada, habeis dado vuestra vida para redimirme, y todos los dias me colmais aun de un sin fin de favores. ¡Ay, Señor! ¿qué puedo hacer en reconocimiento de tantas bondades? etc...»

La lectura de estas palabras tan sencillas, tan profundas, tan consoladoras y á la par tan graves, me hizo una impresion increible: sentí asomar las lágrimas á mis ojos y una paz hasta entonces desconocida vino á llenar mi corazon. Era la vez primera, despues de muchos años, que probaba lo que todo el mundo busca: *un poco de felicidad verdadera.*

Á la mañana siguiente abrí de nuevo mi libro. La *Plegaria de la mañana* me conmovió tanto como

la de la noche lo hiciera la víspera anterior, y sentí que una fuerza secreta me atraía hácia la iglesia. Fuí á ella, me arrodillé en un rincon, y allí me puse á orar, ó por mejor decir á llorar. No sé verdaderamente lo que en mí pasaba: no tenia pensamiento alguno determinado, pero Dios tocaba mi alma... Empezaba á ser cristiano: entreveia una vida nueva y como un mundo hasta entonces desconocido. Muchas semanas permanecí en aquel estado de transicion: oraba en secreto, no atreviéndome todavía á manifestar mi cambio á mis amigos, ni aun á mi mujer ni á mis hijos. Comprendia que era una debilidad, pero el respeto humano me detenia siempre. En tanto de dia en dia iba aumentando el dolor de mis faltas. Por otro lado la idea de una confesion me asustaba... Esta confesion, tan bienhechora pero al mismo tiempo tan penosa, cuando se trata de largos años pasados léjos de Dios, se me presentaba bajo un punto de vista austero y humillante. Dichosamente Dios fue el mas fuerte, y una tarde, revistiéndome de todo mi valor, entré en la iglesia, cuyo camino me era ya entonces conocido, y supliqué á un sacerdote que se disponia á salir de ella, que me hiciera el obsequio de escucharme un instante. Acogióme con una bondad que me conmovió, y poco despues estaba yo arrodillado á sus piés, violentamente combatido por la vergüenza de lo que iba á decir, y por la felicidad que iba á resultar de aquella confesion,

Yo queria y no queria: y aun queriendo, no sabia por donde comenzar. El buen sacerdote me ayudó, me interrogó, me arrancó, por decirlo así, la confesion de todas mis faltas, suavizando la humillacion con una misericordia completamente paternal y animándome á que esperase. Hacia treinta y dos años que yo no habia cumplido con deber alguno de religion. Mi arrepentimiento era sincero y profundo. Con un consuelo indecible recibí aquel perdon misericordioso que Nuestro Señor otorga á todos sus hijos pródigos por el ministerio de sus sacerdotes, y que nos devuelve la perdida gloria de nuestra inocencia.

«Los pecados serán perdonados,—ha dicho el Hijo de Dios—á aquellos á quienes vosotros se les perdonareis» ; y yo oí á uno de los depositarios de aquel divino poder pronunciar sobre mi frente ese fallo de vida y de resurreccion:

—Yo te perdono en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Jamás olvidaré aquel solemne momento, ni al caritativo ministro que fue para conmigo el instrumento de la infinita misericordia de Dios.

—Id en paz, me dijo con efusion cuando hubo pronunciado la feliz sentencia: pero sed fiel á vuestro Salvador.

Desde entonces soy cristiano, y me glorio de una fe y de una vida que me guardan del mal, que me elevan sobre mis pasiones, y que me hacen cum-

plir con facilidad y gozo todos mis deberes. Creo, espero y amo; oro, me confieso y comulgo. ¡Haga otro tanto el que no sea feliz y quiera serlo! Que abra su libro de oraciones tal vez por largo tiempo desdeñado; que lea como yo las plegarias de la mañana y de la noche. De seguro que ellas le conducirán á donde á mí me condujeron.

*(Un oficial retirado).*

## Una equivocacion.

En Douai, Flandes, habia un buen sacerdote, cuya vida se hallaba completamente absorbida por incesantes obras de beneficencia y de piedad. Del religioso cuidado de los soldados á quienes amaba como si fueran hijos suyos, pasaba al de los desgraciados de toda especie, subiendo á sus guardillas, dándoles cuanto poseía, y trayéndoles lo que vale todavía mas que las limosnas, los auxilios de la Religion, la paz del alma y la alegría de la conciencia.

Una noche de diciembre de 1855, despues de un dia laborioso, habia regresado á su modesta habitacion y descansaba de sus trabajos apostólicos rezando el oficio divino, cuando vinieron á llamar á su

puerta. Abrió, y se presentó á sus ojos una muchacha que venia á suplicarle que pasase lo más pronto posible á la morada de una pobre señora que se estaba muriendo y que vivia en la calle de*** núm. 28.

El buen sacerdote quiso interrumpir su rezo y pasar en seguida con la muchacha al sitio indicado, pero esta le dijo que la cosa no era tan urgente y que tan solo se le suplicaba que no esperase al dia siguiente por si sobreviniera algun accidente. Tomó pues el sacerdote la direccion de la enferma y dejo á la niña que le precediera y anunciase su inmediata visita.

Cuando hubo terminado el rezo de su oficio, púsose en marcha el piadoso sacerdote, sin hacer caso de la abundante lluvia que caia y del helado viento que soplaba. Tratábase de salvar un alma, de consolar un dolor; ¿qué eran el frio y la lluvia ante un objeto de tal importancia? Llegado á la calle indicada por la niña, el sacerdote entró en el número 18, convencido de que era aquel el número que se le habia dado. La casa era pobre, y no tenia portero, El sacerdote subió á tientas la escalera y llamó á la primera puerta que encontró. Un hombre le vino á abrir, y distinguiendo su hábito eclesiástico, encolerizóse brutalmente, respondió con tres ó cuatro injurias á la atenta pregunta del caritativo sacerdote que se informaba de si era aquella la habitacion de la pobre mujer enferma, y por último le dió con la puerta en las narices.

Paciente y dulce como el divino Maestro, el sacerdote llamó á la puerta siguiente, y obtuvo cási la misma acogida. Efectivamente hemos llegado en una época en que se ha procurado hacer del sacerdote entre la clase obrera, un ser, si no odioso, por lo menos sospechoso para muchas pobres gentes: y es necesaria toda la infinita caridad de Jesucristo, para que el sacerdote no se disguste de trabajar para la salvacion de almas tan ingratas y tan injustas.

Subió el sacerdote al segundo piso, y en el pasillo encontró á un muchacho.

—Hijo mio, le dijo el buen eclesiástico, ¿podrias enseñarme la habitacion de una pobre señora que vive en esta casa y que está muy enferma? Se llama la señora G....

—En la puerta de allá al fin del corredor hay una pobre señora que está muy enferma, señor cura; papá dice que no pasará de esta noche; pero me parece que no se llama como vos decís.

—¡Oh! poco importa el nombre. Hazme el obsequio de enseñarme su puerta.

El niño se la enseñó, y el sacerdote abrió aquella puerta y entró en la habitacion. Junto á un lecho donde efectivamente estaba agonizando una mujer, estaba sentado un hombre de unos cincuenta años que se levantó y pareció sorprenderse á la vista del cura. Saludóle este con afabilidad y le pidió como se encontraba su pobre esposa.

—Porque sin duda será vuestra esposa, añadió, y vos seréis el señor G...

—¿Yo? respondió bruscamente el jefe de la habitacion: no señor. ¿Quién os ha dicho que vinierais aquí y que os metierais en nuestros asuntos?

—Pero si acaban de enviar á llamarme, repuso extrañado el sacerdote: me han dicho que una pobre señora G..., mala ya á lo sumo, enviaba á buscarme para recibir los últimos auxilios de la Religion. Si me he equivocado de calle ó de casa ó de habitacion, me parece por lo menos que la pobre señora que aquí veo no necesita menos mi ministerio. Sin duda que ha sido Dios quien aquí me ha conducido permitiendo esta equivocacion.

—¡Oh! ¡sí, padre! murmuró con débil acento la infeliz moribunda: Dios es quien os ha traido.

—No tal, exclamó colérico el marido: hace mas de diez años que ningun clérigo ha puesto los piés en mi casa, y por lo tanto no confesaréis á mi mujer: ella me pertenece: ¡cuidaos de vuestros asuntos, y dejad los mios!

—Os equivocais completamente, caballero, replicó con dulzura y firmeza el sacerdote: vuestra mujer pertenece antes al Señor que á vos, y no teneis derecho á disponer de su alma. Si vuestra mujer quiere confesarse, yo la confesaré: y es mi deber no abandonarla, á no ser que ella por su propia voluntad rechaze mi asistencia.

Y añadió acercándose á la enferma:

— Señora, ¿deseais reconciliaros con Dios y morir cristianamente?

La pobre mujer levantó al cielo las manos, y se puso á llorar de alegría.

—Dios es quien lo ha hecho todo, exclamó. Hace muchos dias que pido á mi esposo que llame á un sacerdote y se niega siempre. Sí, sí, quiero reconciliarme con Dios que se ha apiadado de mí.

—¿Lo oís, caballero? dijo el sacerdote, volviéndose hácia el marido: hacedme el obsequio de dejarme unos instantes solo con esta pobre mujer.

Y fueron pronunciadas estas palabras con tanta entereza y resolucion, que aquel hombre se vió obligado á retirarse: lo que hizo murmurando por lo bajo.

—Ved ahí, señor, lo que me ha salvado, dijo llorando la moribunda. Y mostrándole un rosario colgado junto al lecho, añadió: he tenido la debilidad de temer mas á mi marido que á Dios, y para evitar disgustos he abandonado durante diez ú once años la práctica de mis deberes religiosos; pero jamás he dejado de encomendarme á la bondadosa Vírgen santísima. Cási diariamente he rezado una parte de mi rosario y he amado siempre á la Madre de Dios. Ella es, señor cura, quien os ha traido: ¡ella es quien salva mi pobre alma!

Profundamente afectado ante aquella enternecedora escena, el buen sacerdote consoló á la enferma, ayudóla á confesarse, le dió la absolucion de sus

pecados, y le dijo, separándose de ella, que se dispusiera para recibir el santo Viático y la Extremauncion que iba á buscar á la parroquia inmediata.

Al salir, quiso estrechar la mano del marido; pero esté se la retiró, volviéndose muy descontento al lado de su dichosa mujer.

Entretanto el sacerdote habia mirado en su cartera la direccion de la enferma para quien habia sido enviado á buscar, y habia visto que era el número 28 y no el 18 el que se le habia indicado. Bendiciendo al Señor por su feliz equivocacion, corrió al número 28, y encontró efectivamente á la enferma que le estaba aguardando. Recibió su confesion, y sin perder tiempo, fué á dispertar al sacristan de la parroquia, y tomando el Santísimo Sacramento con los santos óleos, volvió á sus dos enfermas; mas cuando entró en su querido número 18, su penitenta acababa de espirar... Habia obtenido con la absolucion sacramental el perdon de sus pecados, y el fervor de su buena voluntad habia indudablemente suplidō á los ojos del Dios de las misericordias los demás socorros que el sacerdote la traia.

Lleno de fe y de reconocimiento hácia la santísima Vírgen, refugio de pecadores y consuelo de afligidos, el ministro de Dios terminó cerca de la otra enferma lo que le quedaba por hacer; él mismo fue quien me contó esta conmovedora aventura que prueba una vez mas cuántos tesoros dé bendi-

cion se encierran en la devocion á María, y cuán *misericordioso es Jesús para con aquellos que aman á su Madre.*

## Amor filial.

En una modesta casa de un barrio pobre de París vive una familia digna de compasion por sus desgracias é infortunios. Compónese de cinco personas; á saber: el padre, la madre, y tres hijos, el mayor de los cuales á penas llega á los quince años. Este es aprendiz... No diré cómo se llama, ni el oficio que aprende de tres años á esta parte; pero sí que diré que en el taller donde trabaja, es querido de todos, así de sus compañeros como del amo, por que es tan complaciente y amable para con los primeros, como respetuoso y obediente para con el segundo. Diré tambien que en la reunion del *Patronazgo* (1) se le cita como modelo; y, sobre todo, diré que en la casa paterna es como el ángel y la providencia de la familia... Vais á ver á qué extremo le llevó su amor filial.

Tres meses hacia que el padre de nuestró jóven

(1) El *Patronazgo* es una casa en que algunos piadosos jóvenes de la Sociedad de san Vicente de Paul reunen cada domingo á cierto número de aprendices y jóvenes obreros.

aprendíz estaba enfermo y sin poder trabajar; las pequeñas economías del verano iban mermando, mermando siempre, hasta que por fin quedaron agotadas del todo... En toda la casa no habia ni un cuarto... y el monte de piedad habia recibido ya todos los objetos de algun valor que constituian el pobre ajuar de la familia.

Era uno de aquellos interminables dias de invierno... Al volver del taller el jóven aprendiz, á las cinco de la tarde, encóntró á su anciano padre oprimido de dolor y amargura... á su madre llorando; y sus dos hermanitos, viendo llorar á su madre, lloraban tambien á alguna distancia.

Pronto comprendió Luis el motivo de aquel dolor... No hay ni una migaja de pan en casa y la desgraciada madre padece doblemente, por ella y por sus hijos. ¿Qué hacer?

Despues de un instante de silencio, ante la familia que le mira con asombro, Luis se echa sobre el modesto paletot que lleva, una mala blusa, y sale diciendo que estará ausente por dos ó tres horas, pero que traerá pan, pues sabe en donde lo encontrará. Habla con un tono de seguridad, y por otra parte la necesidad es tan apremiante, que nadie se atreve á oponerse... y le dejan partir.

Eran las once ó las doce de la noche cuando el aprendiz volvió á su casa... pero traia medio pan. Míranle, pregúntanle... ¿Qué ha sucedido? ¿qué ha hecho?

¿Qué ha sucedido? ¿qué ha hecho? Si la casualidad ó alguna ocupacion os hubiesen hecho salir de casa aquella noche, acaso hubieseis encontrado por el camino á un jóven vestido con blusa, buscando y recogiendo en las cercanías de las casas y de los ricos almacenes que son el ornamento de nuestras calles, los trapos y pedazos de papel que se echan á ellas por la noche... Hubiéraisle visto, y tal vez le tomarias por uno de esos jóvenes haraganes á quienes la aversion al trabajo conduce al humilde oficio cuyo nombre no hay necesidad de decir..... ¡Cuán equivocados hubierais andado! Aquel jóven era Luis.

¡Ay! mucho habia sufrido su amor propio... Mas todo lo habia despreciado y sabiendo que no hay nada humillante y vergonzoso fuera de lo que ofende á Dios, habia puesto manos á la obra; quiero decir que siguiendo las huellas de algunos traperos de profesion, habia ido, como ellos, á recoger trapos y papeles.

Dios habia bendecido su trabajo; la cosecha habia sido abundante... y sea que hubiese vendido á aquellos que imitara, sea que hubiese ido á las tiendas que compran los despojos de las calles... habia podido realizar algunos sueldos... Héos aquí de donde procedia aquel medio pan.

El niño rebosaba de alegría al llevarlo á sus padres.

¿Y por qué no habias de experimentar la mayor

dicha, niño bendito? Pudiste entregarte al sueño diciéndote que habias sido el sosten de tu padre y el consuelo de tu dolorida madre... Tal vez al pensar en la humillacion á que te habias entregado, cubrióse tu frente con los colores de la vergüenza! Pero no, ¿porque habias de sonrojarte? Deseo que siempre te muestres tan grande como lo fuiste en aquella noche de angustia. Yo quisiera ver la blusa que te pusiste, los trapos que recogiste; ¡con qué respeto los contemplaria!...

## La primera Comunion.

El emperador Napoleon I conversaba un dia familiarmente con muchos de sus ilustres compañeros de armas, y preguntábanse los unos á los otros cuál era el dia que cada cual consideraba como el mas dichoso de su vida. Este respondia, que el de la batalla de Marengo; aquel, el de la de Austerlitz; quien, el de la de Jena; quien, el de la de Wagram; todos citaban algunos de esos nombres de batallas que para todo el mundo han venido á ser sinónimos de gloria y honor. El Emperador estaba pensativo y habia dejado de tomar parte en la conversacion. Uno de los presentes tomóse la libertad de interrumpir sus meditaciones

y le dijo: «Y vos, señor, no nos decís cuál es el mas hermoso dia de vuestra vida? Indudablemente que vuestra majestad tendrá dificultad en escoger entre tantos dias de triunfo. — El dia mas hermoso de mi vida, respondió aquel grande hombre con gravedad, ha sido el dia de mi primera Comunion.»

Razon tenia el emperador: despues del dia de la muerte en que el cristiano se ve libre para siempre de las penas de esta vida y entra en la eternidad bienaventurada, el dia mas bello de la vida es, sin duda, el dia de la primera Comunion. ¿Qué felicidad tan profunda, qué gozo tan puro y suave, como la felicidad, como el gozo de un niño que se acerca á la sagrada mesa con la inocencia en el alma, la paz en el corazon y las lágrimas en los ojos? ¿Qué recuerdo hay que pueda compararse con el de aquellos dias de preparacion en que, por medio de fervientes oraciones y con la mayor buena voluntad, nos disponíamos á recibir por primera vez á Nuestro Señor Jesús? Nada podrá igualar jamas la tranquila y profunda emocian que nos dominaba por completo, cuando despues de haber recibido la absolucion del sacerdote, íbamos á arrodillarnos á los piés de nuestro Padre y de nuestra Madre para pedirles que nos perdonaran las ofensas que les hubiésemos hecho y que nos bendijeran! ¡Y el despertar de aquel gran dia con tanta impaciencia esperado! ¡y el aire alegre de

aquella solemnidad religiosa, de la cual éramos con Jesús dichosos actores! ¡y aquellos tan bellos cánticos, cuyos ecos no se borrarán jamás de nuestra memoria y que parecen decirnos todavía en el fondo de nuestra alma que Dios nos ama y que debemos amarle!

La primera Comunion es una fiesta de familia en la que todos deben tomar parte. La bendicion de Dios entra en casa con los amados niños, en cuyas frentes resplandece la mas pura inocencia. ¡Qué esa bendicion no salga de ella! Y para ello vigilen atentamente los padres sobre sus angelitos custodios á fin de que no pierdan lo que les hace tan agradables á los ojos del Señor. Que la piedad no tiene solamente las promesas de la vida venidera, sino que tambien tiene las de la vida presente y en ella sola estriba la felicidad mas cumplida y duradera.

## Tengamos confianza en María.

En 1843 tuve el honor y la dicha de trabar relaciones en Roma con un santo y admirable sacerdote llamado Dom Biaggio. Acababa de suceder, en calidad de superior de la Congregacion de los Misioneros de la preciosa Sangre, al venerable fundador de la misma, Gaspar del Búfalo, que habia

muerto en 1839 tras una vida, no solamente apóstólica y santa, sino tambien brillante por los milagros que obrara.

Entre otros muchos admirables prodigios que Dom Biaggio me refirió, y de los cuales habia sido testigo ocular, y á veces actor y dichoso instrumento, contóme el siguiente que excitará sin duda el interés de los piadosos lectores. Dejo hablar á Dom Biaggio y traslado, cási sin añadir ni quitar nada, sus propias palabras:

«Tenia veinte y tres años, díjome; era en 1814. Pio VII acababa de volver del destierro y de hacer su entrada triunfal en Roma. Desde mi niñez habia deseado ser sacerdote, pero la aplicacion y el trabajo habian alterado insensiblemente mi salud. Sin embargo, habia podido dar los primeros pasos en el santuario; estaba ordenado de diácono. El pecho, que era lo que principalmente me hacia sufrir, acabó por afectarse completamente; la fiebre no me abandonaba ya y los médicos manifestaban serios temores...

«Yo no me hacia ilusiones sobre el estado cada dia peor de mi salud; y en la probabilidad de un fin prematuro, pedí y obtuve la gracia de ser ordenado de presbítero un año antes de la edad canónica. Las fatigas del exámen y de los ejercicios preparatorios de la ordenacion agotaron las pocas fuerzas que me quedaban aun; caí enfermo de gravedad; y los médicos, á quienes se llamó en

consulta, declararon, despues de un atento y concienzudo exámen, que habia llegado al tercer grado de tísis pulmonar, que era humanamente imposible que yo sanase, y que, por consiguiente, tenia que arreglar sin demora mis asuntos del alma y del cuerpo. (En Roma, los médicos aun tienen fe; no tienen, como la mayor parte de los nuestros, la terrible costumbre de dejar morir á los enfermos sin advertirles de su proximidad á la muerte, y por consiguiente, sin darles tiempo para prepararse á comparecer ante Dios).

«Resolví ir á acabar mis dias en Loreto, á la vista de la santísima Vírgen, á la sombra de la *santa Casa*. El viaje fue penoso; pero para un hombre que se estaba muriendo importaba poco sufrir un poco mas, ó un poco menos... Al llegar á Loreto, arrastréme como pude á la santa Casa, rogando con fervor á la Señora que no me desamparase en aquel terrible trance.

«Pocos dias hacia que estaba allí; mi mal iba en aumento; una mañana que me sentí con mas fuerzas que de costumbre, fuí temprano al bendito santuario de María santísima. Segun acostumbraba, me arrodillé un instante apoyándome en la pared... Entonces vino á arrodillarse á mi lado un jóven sacerdote, al cual no conocia ni habia visto en mi vida. Estábamos solos, ó cási solos. Aquel sacerdote empezó á decir, mirando á la milagrosa Señora y como designándome á mí: «*Bisogna anchè che questo*

*faccia la missione:* conviene que tambien este haga la mision.» Miréle; era evidente que mi vecino hablaba de mí. Como aun estuviese arrodillado, respondíle: «De buena gana la haria si pudiese... Pero no he venido aquí para predicar; soy tísico; he venido para morir aquí. — ¡Bah! replicó el sacerdote con dulce sonrisa; tengamos confianza en María! *abbiamo fede in* MARÍA; y añadió: *Dite meco un' Ave María:* diga V. conmigo una *Ave María.*» Recé con él la salutacion angélica sin poder darme cuenta de lo que queria significar todo aquello...

«Cuando hubimos concluido, Gaspar del Búfalo (pues él era) se levantó, hízome seña de que le siguiese y salimos juntos de la *santa Casa.* Atravesamos en silencio la gran Basílica, en medio de la cual está engastada, como una reliquia, la santa Casa de Nazaret; y así que hubimos llegado al atrio exterior, Búfalo se volvió hácia mí con un semblante grave y lleno de una expresion celeste... Díjome que el Santo Padre acababa de confiarle el encargo de predicar sin descanso misiones en las Marcas, á fin de procurar borrar las funestas huellas que habia dejado en ellas la revolucion, el volterianismo y la ocupacion extranjera; que habia querido empezar por Loreto á fin de que la santísima Vírgen se interesara en su empresa; pero que estaba solo y le faltaban compañeros. «V. vendrá conmigo, añadió con un tono singular de autoridad; mañana darémos principio á la mision; V. predi-

cará á tal hora, yo á tal otra,» y sobre la marcha organizó el órden de los ejercicios... Parecíame que estaba soñando. No habia experimentado ningun dolor en el cuerpo ni durante el *Ave María*, ni despues.

«Subyugado por una fuerza secreta y teniendo toda la confianza puesta en María, que puede alcanzarlo todo de su divino Hijo, no hice ninguna objecion; y al dia siguiente por la mañana, con la ayuda de Dios y de la Vírgen María, empecé con aquel siervo de Jesucristo una série de misiones que duraron cási sin interrupcion por el espacio de veinte y tres ó veinte y cuatro años, hasta su dichosa muerte. Desde aquel dia, no he estado nunca enfermo; nunca mas me ha dolido el pecho.»

A su vez Dom Biaggio, murió pocos años despues, en 1845, en olor de santidad. Oí de su misma boca la relacion que precede. El venerable Gaspar del Búfalo, decia, obraba sus mas grandes milagros con estas sencillas palabras: «*Abbiamo fede in* MARÍA: tengamos confianza en María.»

## Nuestra Señora de las Victorias.

Tal es el nombre de una iglesia de París, situada ó mas bien escondida en medio del barrio mas comerciante, mas agitado y menos cristiano de

aquella gran ciudad. Esa iglesia de que hablamos tiene un exterior bastante pobre, y era desconocida de los parienses antes del año 1836. Era parroquia, pero una parroquia sin parroquianos; á pesar de los desvelos y solicitud de respetables sacerdotes, ni un hombre, ni uno solo cumplia el precepto pascual! Nadie iba á la misa mayor, y en una parroquia que contaba diez y siete mil almas, á duras penas se acercaban á los Sacramentos quince ó veinte mujeres!

Hoy dia esa pequeña iglesia es conocida en los cuatro ángulos de la tierra; su nombre hace palpitar millares de corazones católicos, no solamente en París y en toda la Francia, sino en toda Europa, en América, en Asia, en Africa y en las remotas islas á donde van nuestros misioneros á predicar la fe. Nuestra Señora de las Victorias es como el centro religioso de todas las almas piadosas y devotas de París y de provincias; fervorosos fieles llenan de contínuo su nave, y las funciones que en ella se celebran son tan concurridas, que no se puede penetrar en el templo si no se llega con mucha anticipacion.

¿Qué ha sucedido, pues, para que en tan pocos años se haya verificado semejante metamórfosis? Escuchad; ahí está el dedo de Dios.

Cuatro años hacia en 1836, que habia sido nombrado cura de la triste parroquia de Nuestra Señora de las Victorias Mr. Desgenette, anciano octoge-

nario y dignísimo sacerdote. Viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos por convertir las almas que le habia confiado la Providencia, y atribuyendo, en su profunda humildad, los escasos ó nulos resultados que daba su ministerio, á la indignidad del ministro, traia, de algun tiempo á aquella parte, la idea de presentar su dimision á Mgr. el Arzobispo de París.

Un dia del mes de diciembre empezó la misa bajo la impresion de esta idea. Apoderóse de su alma una turbacion tan extraordinaria que, al llegar al *Sanctus*, se vió obligado á pararse para sustraerse á aquella preocupacion y recogerse como conviene. Mientras así se esforzaba en recobrar la paz del corazon, hé aquí que de repente, sin que hubiese cerca de él persona alguna, oye una voz clara y distinta que le dirige estas palabras: «¡Consagra tu iglesia y parroquia al Santísimo é Inmaculado Corazon de María!»—Lleno de admiracion el afligido sacerdote, tomó aquella voz por una ilusion de sus turbados sentidos. «Así, pues, no tan solo soy un mal párroco, se dijo á sí mismo suspirando; sino que tambien pierdo el juicio y me vuelvo loco. No debo titubear ya; es necesario que sin dilacion presente la dimision.»—Y animado con esta determinacion, acabó el santo sacrificio con bastante calma y tranquilidad.

Empleó mas tiempo de lo acostumbrado en dar gracias. Otra vez se habian apoderado de él sus

preocupaciones y angustias, y se afirmaba mas y mas en la resolucion de dimitir un cargo de que se creia evidentemente indigno. Estaba solo en el coro, arrodillado en una silla. Iba á levantarse para volverse á su casa y escribir al Arzobispo, cuando resonó á su lado la misma voz misteriosa, que le decia con un acento de majestad y de mando: *Consagra tu iglesia y tu parroquia al Santísimo é Inmaculado corazon de María.*

El santo sacerdote, conmovido hasta el fondo de su corazon, no puede dudar ya de la realidad de lo que le acontece: póstrase, humíllase, pide á Dios le asista, invoca, para que le diga lo que debe hacer, aquel Santísimo é Inmaculado Corazon de María, al cual no habia recurrido nunca hasta entonces y del cual hablara, segun lo confesó despues ingénuamente, como de una devocion singular, impracticable é inútil. «Al fin y al cabo, díjose á sí mismo, no hay inconveniente alguno en que haga una tentativa.»

Y lo intentó efectivamente. Habiéndose ido á su casa escribió, con una facilidad que jamás habia sospechado en sí, los estatutos de una cofradía de Nuestra Señora de las Victorias en honor del Santísimo é Inmaculado Corazon de María. Admirado en extremo de la rara facilidad con que habia llevado á cabo aquel trabajo, lo presenta á Mgr. de Quélen, de piadosa y santa memoria, arzobispo á la sazon de París, el cual, leidos los estatutos, no

solamente le autoriza para erigir su nueva cofradía, sino que tambien se lo manda de la manera mas terminante: «V. empezará el próximo domingo,» añadió. Y decíaselo el viernes.

Llegado el domingo, el buen párroco sube al púlpito en el momento de la plática, en medio de su desierta iglesia, y anuncia á algunas mujeres que componian su auditorio, que aquella misma tarde se daria principio á las reuniones y ejercicios de la cofradía del Inmaculado Corazon de María...

Al bajar del púlpito le detuvo un hombre á quien no habia visto al subir, para pedirle cuando podria recibir su confesion. Aquel hombre era un rico comerciante de la parroquia, conocido del cura, pero que no iba nunca á la iglesia. El buen sacerdote no pudo menos de ver en esta inesperada conversion una *señal* que le enviaba el Señor para inspirarle confianza y darle una prueba de que su obra venia del cielo.

Cuando el párroco, vacilando entre el temor y la esperanza, entra en su pobre iglesia, queda estupefacto al ver que la llena de bote en bote un concurso de hombres, mujeres y jóvenes mas numeroso que en ninguna solemnidad. Hace la instruccion ó sermon, la cual es seguida del canto de las letanías de la Virgen. Al llegar á aquella invocacion, tan cara á nuestros corazones: *Refugium peccatorum, ora pro nobis.*—«Refugio de pecadores, ruega por nosotros», una emocion involuntaria y

sobrenatural se apodera de toda la concurrencia, que con voz unánime repite tres veces seguidas, como un gran grito de confianza y arrepentimiento: *Refugium peccatorum, ora pro nobis!* El párroco poseido tambien de profunda emocion, admira la bondad de Dios que muda los corazones y atrae las almas...

La santísima Vírgen, refugio de pecadores y madre de misericordia, habia escogido en la tierra un nuevo santuario, desde el cual iba á derramar sobre la Francia y sobre el mundo entero las gracias de su divino Hijo. La cofradía (erigida mas tarde en archicofradía) de Nuestra Señora de las Victorias, quedaba fundada, y desde aquel memorable dia no ha pasado mes, no ha pasado semana sin que prodigios de toda especie, repentinas conversiones de pecadores endurecidos, curaciones evidentemente milagrosas, gracias, en fin, de todo género, hayan venido á probar al mundo que no se ha abreviado el brazo de Dios, y que la santísima Vírgen es siempre Madre nuestra.

Mas de tres millones de fieles, á cuyo frente figura nuestro santísimo Padre el papa Pio IX, están inscritos en esta admirable archicofradía, y en señal de reconocimiento y amor, llevan sobre el pecho la medalla, á la que se ha dado el sobrenombre de *medalla milagrosa*, á causa de las gracias insignes de que ha sido como instrumento. Francia, sobre todo, es muy devota de esa medalla y del san-

tuario de Nuestra Señora de las Victorias, prendas inestimables de los misericordiosos designios del Señor sobre nuestra patria. (1) Á ella es deudora de esa resurreccion religiosa que se observa en todas partes, y cuya gloria se complace en tributar única y exclusivamente al SANTÍSIMO É INMACULADO CORAZON DE MARÍA.

(1) Recuérdese que el autor es francés.



FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.

# ÍNDICE

## DE ESTE SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.

### CUARTA PARTE.

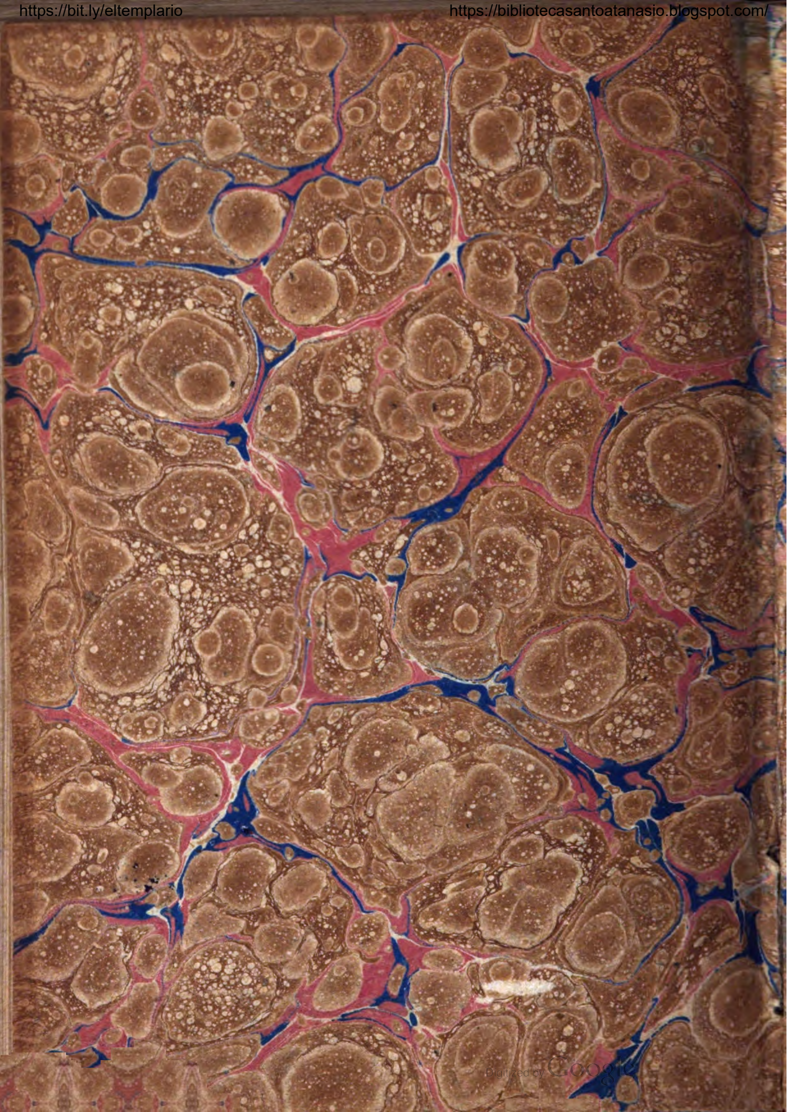
## QUINTA PARTE.

## SEXTA PARTE.

FIN DEL ÍNDICE.









https://bit.ly/eltemplario
https://bibliotecasantoatanasio.blogspot.com/

